

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

TOMO PRIMERO



MADRID: 1914
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
IMPRESORES Y LIBREROS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Arenal, 11.

3

PRÓLOGO

Obra de misericordia y caridad cristiana, aun más piadosa que enterrar a los muertos, es resucitar en la memoria de los vivos a aquellos pobres hombres, ricos de entendimiento, que pagando en buena gloria la mala vida que les dió su patria, conquistaron contra la envidia el derecho a la inmortalidad.

Y, pues el azar, que todo lo gobierna, nos ofrece ocasión de reparar injusticias o desvíos del vulgo tornadizo e iconoclasta, los que nunca quisimos doblegarnos ante soberbias, sólo preeminentes sobre la bajeza ajena, a mucha honra tenemos el inclinarnos y aun hincar las rodillas para alzar al caído en el umbral del Templo de la Fama, adonde muchas *águilas* no hubieran entrado sin recomendación; y, así, haremos lo que podamos en lo que otros no hicieron cuanto debían para enseñar al que no sabe distinguir entre las ruinas que su ignorancia pisotea, las que merecen ser veneradas como monumento nacional.

Expondremos el motivo y el objeto especial de la voluntaria tarea cuyas dificultades han sido estímulo de nuestra perseverancia.

Entre las maravillas literarias de más castiza hechura que, en la historia universal del Arte, fueron como apariciones luminosas del ingenio español, inconsciente soberano con perpetua manía de humillación a servidumbre de sus expoliadores extranjeros; entre esas obras de hermosura perenne, y triunfadora contra insolencias del modernismo ignaro, y que la Real Academia Española designó como necesitadas de cuidadosa restauración y nueva publicidad, hemos elegido, no como dignas de preferencia artística por su mérito relativo, pero sí merecedoras de prelación por razones de urgencia en ser reimpresas, las composiciones teatrales y líricas del insigne escritor gaditano del siglo XVIII D. Juan Ignacio González del Castillo.

Bosquejar un remedo de su simpática personalidad; descubrir y restaurar las obras, hijas de su alma, y agruparlas en torno de su nombre olvidado, como en corte de amor o guardia defensiva, es el menor homenaje que España debe al que en su corta vida, terminada al cumplir treinta y siete años en el de 1800, fué mantenedor del arte nacional contra el desaforado extranjerismo de aquella época vergonzosa; pues mientras infatuados escritores, para cuyos nombres, de triste recordación, tendremos la piedad del silencio, afrancesados artísticos que acabaron en traidores a la patria, osaban proscribir del Corral de las Comedias todo el repertorio dramático del siglo de oro, y aun avanzaban en son de guerra como devastadora legión de renegados, asalariada por los eternos enemigos de nuestras glorias, él, héroe obscuro, semisepultado en su concha del apuntador de la farándula, pero infatigable mantenedor de la más pura

tradición artística, y profeso de la fe en el ingenio hispano, acorralado, pero no vencido, en su amorosa Cádiz, que siempre fué reducto de patriótica defensa, peleaba como bravo guerrillero por la independencia de la musa española y el derecho inalienable de la risa.

Reirse o morirse de vergüenza era la disyuntiva para un patriota inteligente desde la mitad del siglo XVIII; y el sainetero González del Castillo optó por burlarse de lo que no podía corregir de otro modo.

El sainete; el fin de fiesta; ¿qué otro espectáculo merecía el fin inevitable de la nacionalidad española, resignada a vergonzosa servidumbre de una horda de aventureros que en calidad de pléyade ilustrada, y con la protección del que para unos fué gran Monarca, y para otros, Soberano de una gran nación (que no es lo mismo), hizo irrupción por el norte de la Península en alarde de dominación intelectual, precursora de la agresión armada que, en 1808, atentó contra lo que quedaba de nuestra independencia?

Era la época de Carlos III, el que por su importante notoriedad merece todos los homenajes, hasta el de la verdad, de que no disfrutó en vida.

Quizás amante, pero no admirador de sus vasallos; persuadido de que el talento era artículo de importación, y con el fin de engrandecer a España sin el modesto auxilio de los españoles, empezó por convertirla en Jauja de aventureros intrusos, graduados de notabilidad como artistas, ingenieros o alarifes: unos, que salieron aprendiendo lo que venían a enseñar; otros, que fomentaron exclusivamente el cultivo

de la tierra, no incompatible con la cultura del espíritu; y otros que, encontrando piedra abundante y barro a mano, alzaron sobre el yermo y la urbe vetusta, espléndidos monumentos arquitectónicos para gloria del Soberano, admiración del pueblo, que se moría de hambre, y comodidad del Fisco: el Ministerio, que impone los tributos; la Aduana, que cobra por arancel, la suntuosa puerta del fielato, los puentes del pontazgo, el canal, que no puede regar lo que no se siembra, y el arco triunfal, por donde no se va a ninguna parte; y todas las maravillas; todo... menos el teatro.

Al Rey no le gustaba. El teatro no adula. Y como no había palacios para todos, los dramaturgos y sus admiradores continuaron alojados en el Corral de las Comedias.

Por el gran cazador y sus favoritos, que se disputaban el primer premio de puntería contra reses amaestradas en los Sitios Reales, la literatura dramática era considerada cosa vil y nefanda, como la *Trata de musas;* y aunque los dramaturgos disfrutaban absoluta libertad de escribir todo... lo que fuera del Real agrado y mereciera la aprobación de los Censores, del Alcalde Corregidor y la paternal protección del Santo Oficio de la Inquisición, conservado por el libérrimo Monarca para uso exclusivo de los intelectuales, dieron éstos en sospechar que el cerebro era un órgano inútil y hasta peligroso; para ponerse a tono con lo que oficialmente se llama Superioridad, se hicieron los tontos, y acabaron por serlo, pues lo que no se ejercita se atrofia, y el entendimiento tiene también su gimnasia; y la depresión espiritual de

sabios y artistas españoles se reflejó en el teatro, que es como espejo, y también barómetro social, que fué bajando... bajando hasta anunciar la tormenta que se venía encima.

Falto de aire libre, de espíritu nacional y calor de sangre española, el arte dramático se hallaba en período preagónico; y el remedio fué peor que la enfermedad, pues los galoclásicos, modernistas de entonces, precursores de los superhombres europeizadores que actualmente padecemos, y que mirando hacia los progresos de Europa no ven más allá de sus... franceses, creyendo desorden calenturiento el poco ingenio que aun aleteaba, y que, en la obra bella, la inspiración valía menos que el precepto de una técnica intransigente y exótica, en vez de aliviar al moribundo, le amortajaron a la francesa.

Mientras pasaba aquella oleada de imbecilidad antipatriótica, el ingenio dramático español reclinóse sobre sus laureles; y, creyéndole difunto, invadió la escena muchedumbre de enanitos literarios que, por trepar sobre el cuerpo yacente como atrevidos alpinistas, se creyeron a la altura de las águilas y disputaron la soberanía del reino de Liliput.

¿A qué nombrarlos sino por antonomasia? Estaban todos: los critiquillos roedores, que se alimentan de la reputación ajena; los dictadorcitos de minucias filológico-retórico-poéticas; los miniaturistas, cuya legión entera cabe en la pincelada amplia y resuelta del artista de enjundia, que ve claro.

Estaban todas las alimañas que viven de la muerte, pululan en la sombra y huyen al primer rayo del amanecer.

El público (llamado vulgo cuando paga poco por ver la función), indeciso entre los extremos escolásticos de los nuevos dramaturgos, tomó el término medio... de silbarlos a todos; y la luz de la alegría volvió a inundar la escena cuando la musa del sainete, que ni pudo ni quiso ser francesa, otorgó su real y resaladísima gracia, y nombró pintores de su camarín y caricaturistas de todas las camarillas palaciegas al insigne D. Ramón de la Cruz, en la villa de Madrid, hacia mediados del siglo XVIII; y en el último tercio del mismo, en Cádiz, al ingenioso escritor festivo, a cuya grata memoria dedicamos la ofrenda de este humilde trabajo.

Su vida fué muy breve. Nació en 1763 y falleció en 1800.

Su labor artística no pudo ser tan copiosa como la de su antecesor, y quizás modelo, D. Ramón de la Cruz, a quien nuestro ilustre compañero en esta Academia, D. Emilio Cotarelo, califica de nuevo Lope de Vega por su portentosa fecundidad; pero fué semejante por el acierto en comprender que el teatro, convertido en tertulia de petimetres, madamas, cortejos, abates, y pedantes afrancesados, era la *Casa del pueblo,* y que éste merecía: un rato de alegre esparcimiento después de llorar trágicas desventuras de los héroes helénicos o latinos; una ráfaga de claridad para el espíritu, desorientado por tesis abstrusas y trascendentalismos sociales o teológicos y desvanecido por primorosos cuanto enrevesados circunloquios retóricos; algo parecido a la humilde vida y a la pobre gente que escuchaba en pie a los cómicos de los corrales; algo que fuera suyo, español puro

y neto, y distinto del arte exótico de los innovadores: el entremés regocijado, sabroso y pintoresco; el fin de fiesta, consolador y ameno; el sainete, cortesano de Su Majestad la Plebe.

Ninguno de los dos mencionados escritores, porque ambos tuvieron la vida vibrante por los clamores del aplauso y de la envidia, recelaría que el popular estruendo se extinguiera a poco en el silencio del olvido, y que al comenzar el siglo XX sería ímproba, y casi imposible, la tarea de desenterrar hoja por hoja todas las flores de su ingenio.

La dolorosa peregrinación social y artística del dramaturgo madrileño; su portentosa fecundidad y enconadas luchas con los más famosos escritores coetáneos, han dejado luminosas huellas, por las que pudieron guiarse la erudición y sana crítica del Sr. Cotarelo, para ofrecernos la resurrección, más que la biografía, y hasta la reproducción maravillosa de toda la época en que el popular sainetero imperó en los teatros de la Corte por derecho de conquista y sufragio universal de *Chorizos y polacos* (1). Análoga información sobre la personalidad y labor artística de González del Castillo, tropieza con dificultades que no ponderaremos en recomendación de este modesto trabajo, sino que deploramos por ser tan grandes como inesperadas para los viejos que fuimos admiradores de aquellos graciosos entremeses, anun-

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras.* Ensayo biográfico y bibliográfico.

Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo, por D. Emilio Cotarelo y Mori.

ciados en carteles con el dictado genérico de *Un divertido fin de fiesta,* para excusar el pago de derechos al autor, pero representados con escrupuloso esmero y con la solemnidad de un homenaje por Romea, Valero, Catalina, Mario, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Pepita Hijosa, Carmen Berrobianco y Dardalla con su compañía de género andaluz, cuando aún los cómicos, honrándose en parecerlo, no ostentaban otros títulos nobiliarios que su nombre de pila o su apodo en la farándula, y aplicaban a la variedad del repertorio la flexibilidad de su talento, en vez de proscribir de la escena nacional obras gloriosas, pretextando desdenes que son temores de no saber interpretarlas.

Del insigne gaditano, ídolo de una muchedumbre de espectadores, pobres como él, y con él y su efímera popularidad sepultados en la fosa común, poco hemos leído que no le sea adverso; y no es maravilla esta escasez de benévolas noticias, porque el vulgo pagó al autor festivo con risas y aplausos que se llevó el viento, y no escribió elogios por la sencilla razón de que no sabía escribir; la terrible bibliomanía, con instinto de urraca que codicia todo lo que reluce, lo entierra y lo olvida, detentó impresos y manuscritos favorables al autor, quizás por el placer de releerlos, y de seguro por el gusto de que nadie más los leyera; y sólo abundan en el mercado las páginas ensombrecidas con tristezas del bien ajeno por la rivalidad literaria; que ésta sí sabe escribir ultrajes, y aun los esculpiría para eternizarlos; mas, para su castigo, y por el mismo escándalo, proporcional al mérito, y sobre todo al éxito, envidiados, se

convierte en involuntaria pregonera de la fama merecida, guía de la justicia y colaboradora de la posteridad.

Otro inconveniente se ofrece para toda minuciosa averiguación acerca de González del Castillo, y consiste en la insignificancia de su personalidad fuera de la vida artística; y como no es posible escribir una biografía interesante de quien no la tiene, ni lícito inventarla, quizás hubiéramos desfallecido ante una empresa tan difícil como estéril, si a ella no nos estimulasen principalmente este consejo, algo paradójico, del escritor militar Sobieski de Janina: «Si quieres enterarte de algo, escribe un libro sobre ello», y también el temor de que muy pronto la indolencia nacional habría consumado su habitual hazaña; y tan imposible sería recoger las páginas en que quedó impresa su culta amenidad, como encontrar los huesos del artista adonde fueron sepultados de limosna: en el *hoyo grande,* que en España suele ser panteón barato de hombres ilustres.

Veamos lo que el memorable sainetero debe a la historia de la literatura española.

En el transcurso de todo un siglo, después de su muerte, ha tenido dos biógrafos que sumados dan uno solo, porque el segundo copió todo lo que había escrito el primero.

Éste fué D. Nicolás María de Cambiaso y Verdes, autor de un *Diccionario de personas célebres de Cádiz,* publicado en Madrid el año de 1829, y en cuyo segundo tomo, escrito como complemento del primero, se menciona, entre otros personajes *también famosos* y dignos de completar la colección, al saine-

tero González del Castillo, del cual nos proporciona escasas noticias personales y la enumeración incompleta de las obras escénicas.

Rebuscando bien en el montón adonde van las glorias humanas, el Sr. Cambiaso pudo aprovechar el nombre del sainetero para rellenar un segundo tomo con lo mejor en que tropezase su diligencia.

¡En esto suele consistir la celebridad! En el año de 1845, D. Adolfo de Castro publicó en Cádiz la obra intitulada «*Sainetes de Don Juan del Castillo, con un prólogo sobre este género de composiciones*», que encabeza el primer tomo, y una biografía bajo el dictado de «*Vida y escritos de Don Juan González del Castillo*», que precede al tomo IV, al principio de la cual atribuye al biografiado el nombre de *Juan Ignacio González del Castillo,* diferente de los dos anteriores, y a su vez rectificado por la partida de defunción, que el Sr. Castro copia, y en la que vuelve a aparecer el nombre de *Juan González del Castillo.*

Por la muestra que ofrecen esos tres nombres distintos del mismo personaje, puede juzgarse de la precipitación con que, sin duda, fué compuesto ese libro, en el que dicho Sr. Castro, entonces muy joven, suplió la escasez de datos biográficos con sobras de imaginación, limitándose, en cambio, a publicar las obras de González del Castillo, mencionadas en la relación incompleta del Diccionario de Cambiaso, y copiadas de estampaciones defectuosas o de manuscritos de archivo teatral, en los que todas las faltas de ortografía y de sentido común son tradicionales.

Las primeras y únicas ediciones de estos dos libros y las colecciones de sainetes, impresos en su

mayor parte después de la muerte del autor, están agotadas; sensible circunstancia que no sospechábamos al comenzar nuestras averiguaciones sobre las obras de González del Castillo, pues todos aseguraban conocerlas..., y resulta que ninguno las había leído.

Señalemos las honrosas excepciones de nuestros ilustres amigos D. Emilio Cotarelo y D. Jacinto Octavio Picón, que nos han favorecido con su valioso auxilio, y D. Francisco Rodríguez Marín y D. Carlos Cambronero, respectivos directores de las Bibliotecas Nacional y Municipal de Madrid, a quienes debemos grandes facilidades para el minucioso trabajo que hemos ejecutado con arreglo al conocido precepto: «Apresúrate despacio», sin que nos socorrieran con noticias ni advertencias oportunas los que no hacen las cosas ni las dejan hacer, y después de un siglo en que pudieron anticipársenos, quizás reservarán el lujo de su erudición para ostentarle a la hora de las censuras tardías e impertinentes.



Don Juan Ignacio González del Castillo nació en Cádiz el día 16 de febrero del año 1763.

Sus padres D. Luis González y D.ª Juana del Castillo, designados en la partida de bautismo de nuestro poeta con el tratamiento nobiliario que entonces no se prodigaba, pertenecían a una familia probablemente hidalga y de seguro pobre.

Ni pudieron costearle los estudios preparatorios para ingreso en una carrera del Estado, ni siquiera la

instrucción primaria, ni los más elementales principios de cultura general.

Don Adolfo de Castro nos dice lo siguiente en su citado libro:

«Su amor a las *buenas letras* lo llevó a aprender, sin auxilio de maestro, la Gramática castellana, la latina y la francesa, y las *Matemáticas*.

»Fué de ocupación apuntador en las compañías cómicas que representaban en el teatro principal de Cádiz.

»Era su ingenio agudo, notable su erudición. Tuvo por discípulo en el estudio de la lengua castellana al famoso alemán D. Juan Nicolás Bolh de Faber, conocido luego en la república literaria por editor de la *Floresta de rimas antiguas españolas* y del *Teatro español anterior a Lope de Vega;* obras que lograron los honores de la estampa en distintos años, y en la ciudad de Hamburgo.

»Fué de condición apacible: presto en el discurrir, nunca tardo en el obrar, siempre señor de sí, sin género alguno de ambición, sin átomo de vanidad, contento con su suerte, festivo en sus escritos, oprimido en el ánimo por una incesante melancolía.»

Parécennos demasiadas perfecciones morales para un solo apuntador de farándula las que el Sr. Castro le atribuye, con la generosidad propia de la juventud, y, sin duda, más cuidadoso de pulir retóricamente la descripción del carácter que de la exactitud del parecido; pues resulta inverosímil que el biógrafo conociera tan exactamente al dramaturgo, cuando no publica ni siquiera enumera la totalidad de sus obras.

Y no es que regateemos premios de virtud al escritor, sino que no hay derecho a convertirle en héroe de novela, ni de inventar cómo pudo ser, porque él se retrató en lo que escribía.

Para la crítica, los autores no son más que los padres de sus obras, que a su vez los prohijan y defienden.

Las de González del Castillo nos dicen: por su importante número, que el sainetero gaditano, aunque en su oficio de apuntador anduvo a veces con *malas compañías,* era infatigable obrero intelectual, y por consiguiente hombre de bien: los pícaros no son laboriosos; con la fecha de su estreno (en 1779), una de ellas elogia la precocidad del dramaturgo, que entonces cumplía diez y seis años; muchas ponderan la originalidad y también la ilustración del que escribió lo suyo aunque conocía lo ajeno, ya por haberlo releído en la concha del consueta, ya colaborando con el alemán hispanófilo, quién sabe si protector o explotador del joven erudito; una serie de ellas, producida con rapidez vertiginosa, denuncia codicias de gloria o necesidad de pan; largos intervalos de esterilidad refieren con muda elocuencia desesperanzas, vacilaciones y desfallecimientos; y del conjunto de esas obras, en que fué dejando pedazos de su vida y de su alma, parece que resucita y nos refiere sus gloriosas desventuras el pobre dramaturgo español que tuvo la desgracia de ser aplaudido.

No intentamos ni podríamos satisfacer esa infantil curiosidad que busca, en las biografías, minucias de nombres, fechas, señas personales, como de ficha antropométrica, y pormenores de abolengo, que impor-

tan poco; pues ni por el árbol genealógico se hace la transfusión del talento, ni hay estirpes artísticas; la nobleza de ingenio es unipersonal; y los reyes del Arte no heredan soberanías ni dejan herederos de la Corona.

A pesar de sus probables amistades con muchos cómicos y cómicas que accidentalmente pertenecieron a las compañías de que fué autor y apuntador González del Castillo, no alcanzó a ver representadas sus obras en los teatros de la Corte (1), ni pudo coleccionarlas, ni siquiera darlas todas a la imprenta, como lo prueba una carta incluída en el libro de don Adolfo de Castro, y publicada por aquél como efusiva y entusiástica dedicatoria de su tragedia *Numa,* a *muchos amigos* cuya *generosidad* llegó hasta sufragar por subscripción los ¡ochocientos o mil reales! a que ascenderían los gastos para la primera edición de dicha obra.

En tan interesante documento se lee lo siguiente:

«No; mi suerte no es tan deplorable como me la pintaba mi despecho.

»¿Qué importa que la fortuna me niegue enteramente sus favores; que la malevolencia desacredite mis sudores y vigilias; que una crítica obscura y simulada denigre, muerda, emponzoñe todas mis produc-

(1) La primera suya que se representó en Madrid fué la tragedia *Numa,* estrenada con escaso éxito en el teatro de los Caños del Peral el día 29 de junio de 1802, con el reparto siguiente: *Rómulo,* Caprara; *Tacio,* Martínez; *Numa,* Alfaro; *Julia,* Srta. Prado; *Hermilia,* Sra. Rosa García; *Ostilio,* Navarro; *Marcelo,* Díez; *Séquito:* Fabiani, Iriarte, López y Ribera. (Biblioteca Municipal de Madrid.—Ejemplar impreso.)

ciones, si puedo enumerar tantos amigos que enjuguen mis lágrimas, que animen mi desaliento?»

Esto escribía con fecha 3 de enero de 1799, cuando su tragedia se publicaba, después de muchas dificultades; «puesto que—dice Castro—se negaba licencia para ello, por leerse en semejante obra muchas doctrinas y pensamientos de libertad».

No estaban los tiempos para expansiones líricas, patrióticas o liberales a que el sainetero se mostró aficionado desde que, en 1793, publicó el poema intitulado *La Galiada,* donde se lee los siguientes versos:

....
¿En nacer y morir, fuertes franceses,
no son todos iguales? Pues ¿qué fuero
o qué excepción es ésta? El patriotismo
debe igualar los nobles y plebeyos.
¡Oh abusos! ¡Oh costumbres corrompidas!
No puedo meditarlas sin que el pecho
lastimado palpite... ¡Reyes! ¡Papas!
¡Próceres! ¿Quién podrá tascar el freno
de tanta sujeción...?, etc.

Esto, en la tragedia, lo decía Mirabeau; pero lo escuchaban los favoritos del favorito de Carlos IV, monarca nunca bastante llorado... por sus desaciertos, enemigo de las letras y de los que sabían escribirlas, cuya imagen, esculpida en la estatua cesárea y sedente en que tuvo la comodidad de eternizarse, se ofrece en el vestíbulo de nuestra Biblioteca Nacional a la natural admiración... de encontrarla en tal sitio; y el pueblo oyó leer esos conceptos con sorpresa y sin agrado. Porque la clarividencia del escritor popular sufrió un desvanecimiento.

La libertad venía por el camino de Francia, y el sainetero fué de los que madrugaron para darle la bienvenida; avanzó creyéndose precursor de sus conciudadanos, y unos no le siguieron y otros le persiguieron.

Como acontece a los hombres de teatro, había confundido al público con el pueblo, por no enterarse de que España es el país de los viceversas.

Los que más tenían que perder en la patria, eran afrancesados; y la plebe, siempre patriota, no era todavía liberal; porque criada en la ignorancia y abandonada al instinto de la fiera por los que se tomaban la licencia de maltratarla, creyó, cuando le predicaban democracia, que los derechos del hombre consistían en la libertad de ser déspota.

Y, cuando el ingenioso sainetero dejó por menguado el campo alegre donde florecía su donaire, y alucinado por delirio de grandezas resolvió lanzarse a desfacer entuertos sociales y políticos, por la senda del progreso, a lomos del Pegaso y al frente de la muchedumbre, no encontró un triste Rocinante para cabalgar, ni un mal Sancho Panza que llevase algo de yantar en las alforjas, ni puerta franca de venta ni castillo, ni majada de que no le azuzaran los mastines; yendo de aventura en desventura sin hallar enemigo que le hiciera frente, sintióse herir en la espalda, que es donde la envidia lo tiene por costumbre; y al fin descendió la noche triste sobre la soledad y desamparo del paladín andariego, que, vencido, no convencido ni desesperanzado, aun avanzó resuelto; mas se detuvo, temeroso de un presagio adverso, ante algo grande e inmóvil que por más

sombrío, se destacaba de las tinieblas; pues, como Don Quijote de la Mancha, *había dado con la Iglesia,* que le cerraba el paso al alcázar de Dulcinea.

Desde 1793 todas las furias de la censura y todas las alimañas de la crítica dieron tras del dramaturgo, como si trataran del acoso y derribo de una res; porque, según nos dice D. Adolfo de Castro en su citada biografía:

«No falta quien crea que Castillo era amigo de las doctrinas republicanas, y que deseoso de esparcirlas en España, escribió *La Galiada...,* etc.»

Y añade luego:

«Sabidas son también las dificultades que hubo que vencer para que saliese a la luz pública la tragedia *El Numa,* puesto que se negaba licencia para ello, por leerse en semejante obra muchas doctrinas y pensamientos de libertad.

....

»No ha faltado quien vierta todo el rigor de la crítica contra Castillo porque en sus sainetes sacó al teatro gentes de mal vivir y gallinas con apariencias de valientes..., etc.

....

»Además de los sainetes, salieron de la pluma de Castillo varias poesías que, aunque fueron impresas, no vieron públicamente la luz por haberlo estorbado la censura, tan rígida en aquella sazón...........

....

»Había compuesto Castillo, en el año 1800, una comedia intitulada *La madre hipócrita,* para que concurriese a un certamen que había propuesto la Junta de teatros.

»No recibió el premio destinado a la mejor composición de esta especie que se presentase, y mereció censuras, así entonces como en años anteriores, etc.»

Don Emilio Cotarelo, en su mencionado estudio biográfico sobre Iriarte, dice de *La madre hipócrita*:

«Es la única obra de *tesis* que conocemos del regocijado sainetista andaluz, y no del todo mala, aunque la famosa Mesa Censoria no la consideró digna de premio cuando la presentó su autor al concurso de 1800.

. . . .

»Permaneció inédita hasta que en 1846 la incluyó D. Adolfo de Castro en el tomo IV de su colección.

»Censura la tendencia en las familias de entonces de hacer monjas contra su voluntad a las hijas, para aumentar la fortuna de los varones, sobre todo del mayor.»

Y el mismo Sr. Cotarelo nos ha favorecido con una nota que copiamos íntegra, porque no tiene desperdicio:

«El legajo 3.239 del Archivo de Alcalá de Henares, que hoy se halla en el Histórico Nacional, contiene el original de la égloga piscatoria *Glauco*, de D. Juan González del Castillo, en honor de la paz, con esta solicitud al Consejo de Castilla:

«Excmo. Sr.: Don Juan González del Castillo, ante »V. E. con el debido respeto expone: Que ha com»puesto una égloga piscatoria (que acompaña) en »honor de la Paz, y deseando darla al público, ha»ciéndola imprimir a su costa, la presenta a V. E. para

»que, siendo de su aprobación, le dé el curso que »tenga por conveniente.

»Madrid, octubre 8 de 1795.—*Juan González del Castillo.*»

»Se remite a censura de D. Pedro Citala, bibliotecario de San Isidro, quien en 26 de octubre la desaprueba por mala, y porque la paz que celebra no es la de Godoy, sino la hecha con los ingleses; pues dice la égloga:

En la escuadra después encarcelados
erramos por el mar, viendo diversas
costas, remotos puertos hasta el día
que nos acometió la furia inglesa.

»Y seguidamente pinta el combate naval con los ingleses, y otras circunstancias de aquella guerra, con lo cual dice que se engaña al público, y opina que no debe imprimirse.

»Parece fútil—dice el Sr. Cotarelo—este pretexto para negar la publicidad a una obra poética.»

....

Así, recio y seguido, granizaba sobre las cabezas inteligentes la nube de imbecilidad, condensada en las alturas de aquella Corte depravada y gazmoña cuyo cinismo daba el mal ejemplo y prohibía el co mentario, como reservándose el monopolio del escándalo; así se procuraba ahogar en las gargantas todo grito de protesta contra las ignominias que deshonraban a España; y aun se reputaba de grave irreverencia que el poeta no dedicase su *Oda piscatoria* al gran pescador de prebendas y cazador en vedados reales; así fué puesto en entredicho e incomunicado

espiritualmente con su patria el gracioso sainetista, y no por lo que escribía, candoroso e insignificante como cuerpo de delito, sino por las intenciones que hasta en lo más recóndito de la conciencia humana olfateaban los sabuesos del Príncipe de la Paz... ¡de la paz de Basilea!

El atrevimiento solapadamente revolucionario de aquellos sainetes que, para regocijo de plebeyos, ridiculizaban: al clero, en el abate mujeriego; al ejército, en el soldado fanfarrón; al matrimonio, en el cortejo, el marido tolerante, y el paje afeminado; y la sátira social contra la honesta clase media, que todo lo sufre, no fueron castigados ni aun advertidos por los insensatos censores que, para adorno terminal de sus cabezas sin seso, gastaban el simbólico apéndice capilar; pero ya *La Galiada* y *El Numa* quedaron decomisados en la zona fiscal por los que pretendían ensartar con el pincho del consumero las ideas atentatorias a sus comodidades; y la obra intitulada *La madre hipócrita* fué madrastra para su autor. Arremetió contra los hipócritas, que le acusaron de irreligiosidad, como lo tienen por costumbre defensiva; y cuando se detuvo *para no dar con la Iglesia,* se hallaba ya en la jurisdicción del llamado *Santo Oficio.*

Éste, que había venido a menos e implantado su régimen económico, no quemaba a los heterodoxos, para ahorrarse el haz de leña; los condenaba a morir de hambre, aislándolos del género humano y dándoles el mundo por cárcel.

La peste fué más piadosa con el escritor, según lo demuestra la siguiente curiosa fe de óbito encontrada en los libros de la parroquia de San Antonio:

«En la ciudad de Cádiz, catorce de setiembre de mil ochocientos años, murió Don Juan González del Castillo, natural de Cádiz, de edad como de cuarenta años, de estado casado con Doña Ana Benítez; recibió el Santo Óleo = no testó; se enterró dicho día en el cementerio general del Señor San José, estra-muros de esta ciudad, de limosna, por esta parroquia del Señor San Antonio: vivía calle del Herrón, número 126. Cádiz *ut supra*. Manuel José Valderrama.»

Un hombre *como de cuarenta años* había fallecido y tenía derecho al respeto humano.

Mas no descansó en paz.

Un paisano suyo, a quien no privaremos de la triste celebridad que merece, escribió lo siguiente en 1810, al frente de una edición de *Entremeses* de Cervantes (1):

«Sin embargo, estas y otras expresiones no están vertidas con aquella copia ni con aquella bajura que causen la repugnancia honrosa, y el asco social que infunden muchos dramillas del pervertidor *Don Ramón de la Cruz,* y casi todos los de su secuaz, más pervertidor que él, y más inmundo el tan famoso en las ciudades de Cádiz y San Fernando, D. Juan del Castillo.

. . . .

»Dentro de la covacha de apuntador escénico, donde le sumió su pobreza y su afición a la farándula, empezó a adquirir el conocimiento de las varias pasiones humanas y del modo de sacarlas al teatro. *El*

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras,* por D. Emilio Cotarelo, pág. 224.

Manolo, dramilla abominable, a la luz de la poesía, de la moral y aun de la racionalidad de los caribes, y otras composiciones y pasos sucios y malvados del indecente autor del *Manolo*, le dieron choz y se le quedaron en la fantasía propuestos por modelo para cuando su musa saliese a volar.»

En esta forma inculta censuraba la incultura ajena un editor, ultrajando a tres autores cuando se lucraba con el ingenio de uno de ellos; y sin duda por ser muy popular, y quizás estimado, subscribía esas injurias con una abreviatura: J. A. Sánchez.

Díjolo un Sánchez, ¡y bastó para que robaran la fama al que quitaron la vida!

De la poca que nos queda hemos dedicado más de un año a reparar los estragos de la envidia, del odio sectario y de la ingratitud del público, procurando recoger y restaurar las obras del infeliz escritor, para que ellas nos ayudasen a defenderle; ya que, por no reclamar ese honor los ricos en talento y literatura, podemos ser abogados de pobres los que hemos sido pobres sin abogado.



En vida de González del Castillo, pocas obras suyas fueron estampadas, y los originales manuscritos han desaparecido; las ediciones de ejemplares impresos y numerados en serie, pero sin formar volumen ni expresar el nombre del autor, se publicaron: en Cádiz, por la imprenta de la Viuda de Comes; y en la Isla de León, por la oficina de Perín, en 1812; y varios de sus sainetes más famosos fueron estampa-

dos separadamente, también después de la muerte del autor, en Madrid, Valencia, Valladolid y Salamanca, según se expresará en el índice general que incluiremos al fin de este Prólogo.

La colección que en 1845 editó D. Adolfo de Castro, con más prisa que cuidado, dando a la estampa, tal como los fué encontrando, ejemplares plagados de errores, es, sin embargo, importante pero incompleta; y nuestro principal trabajo ha consistido en corregirla y aumentarla: cotejándola con otros ejemplares de las obras que hemos logrado copiar o consultar, y completándola con varios sainetes y comedias que, previa la debida comprobación, podemos atribuir al mismo escritor.

En cambio, dejaremos de incluir entre sus obras, algunas de que se le ha supuesto autor y que, por las fechas de publicación, no pudieron ser escritas por él.

Las estampadas bajo la dirección de D. Adolfo de Castro, en Cádiz, el año de 1845, por la imprenta, librería y litografía de *La Revista Médica*, a cargo de Vicente Casuana, Plaza de la Constitución, número 11, figuran en la siguiente lista, anotada con mención de los ejemplares impresos o manuscritos que, para comprobación del texto, hemos consultado en la Biblioteca Municipal de Madrid:

aprendiz de torero (El). Sainete.— Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 8.º

baile desgraciado (El) o maestro Pezuña (El). Sainete.— Isla de León, Oficina de Perín, 1812, 8.º Aprobación; manuscrito, 1815.—Otro ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1815, 4.º

boda del Mundo Nuevo (La). Sainete.—Manuscrito de 1819. Aprobado en 1826, 4.º

caballeros desairados (Los). Sainete.—Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 8.º

café de Cádiz (El). Sainete.

casa de vecindad (La) (primera y segunda partes). Sainete.—Un ejemplar: Isla de León, Oficina de F. Perín, 1812, 4.º—Otro ídem: manuscrito, en 4.º, con censuras de 1817 y 1826.

casa nueva (La). Sainete.

cómicos de la legua (Los). Sainete.—Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º

cortejo sustituto (El). Sainete.

cura de los deseos (La) y varita de virtud. Sainete.—Manuscrito en 4.º, con censuras, 1815.

chasco del mantón (El). Sainete.—Manuscrito, en 4.º, con aprobación de 1809; 1817.

desafío de la Vicenta (El). Sainete.

día de toros en Cádiz (El). Sainete.

Felipa la Chiclanera o la novia de Pozuelo. Sainete.—Manuscrito, con aprobación, 1817, 4.º

feria del Puerto (La). Sainete.—Manuscrito. Valladolid, 1807. Para la compañía de Antonio de Guzmán.—Otro: Isla de León, 1812.

fin del pavo (El). Sainete.—Cádiz, Viuda de Comes, 1812, en 4.º

Galiada (La) o Francia revuelta. Poema.

gato (El). Sainete.—Un ejemplar: Impreso en 4.º, sin licencia ni aprobación.—Otro ídem: en 4.º, de 1806, con aprobación de 1815.

Hannibal (Aníbal). Unipersonal. Escena lírica.

inocente Dorotea (La). Sainete.—Valencia, Ferrer de Orga, 1811, 4.º

letrado desengañado (El). Sainete.—Manuscrito, en 4.º, Cádiz, 1804.

liberal (El). Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, en 4.°

literatos (Los). Sainete. — Cádiz. Viuda de Comes, 1812, en 4.°

lugareño en Cádiz (El). Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.°

madre hipócrita (La). Comedia. — Manuscrito, en 4.°, con censuras de 1817.

maestro de la tuna (El). Sainete. — Un ejemplar: Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1848. — Otro ídem: manuscrito, en 4.°, 1826.

maja resuelta (La). Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.°

majos envidiosos (Los). Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.°

marido desengañado (El). Sainete. — Un ejemplar: Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.° — Otro: manuscrito, con censura, de Díez González, 1792.

médico poeta (El). Sainete. — Manuscrito, en 4.°, 1807.

mujer corregida (La) y marido desengañado. Sainete.

naturales opuestos (Los). Sainete. — Manuscrito, en 4.°, con censuras de 1815.

nobles ignorados (Los). Sainete. — Un ejemplar: Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.° — Otro ídem: manuscrito, en 4.°, atribuído a Luis Moncín.

Numa. Tragedia. — Madrid, Imprenta de Sánchez, 1799, en 4.°

palos deseados (Los). Sainete. — Una edición: Valencia, Imprenta de Ferrer de Orga, 1813, 4.° — Otra ídem: Madrid, Imprenta que fué de García, 1815, 4.° — Otra ídem: Madrid, Librería de González, 4.°

recluta por fuerza (El). Sainete. — Manuscrito, con censuras de 1817, 4.°

robo de la pupila en la feria del Puerto (El). Sainete.

soldado Tragabalas (El). Sainete.

soldado fanfarrón (El). Sainete. — Primera parte: Un ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1811, 4.° — Otro ídem: manuscrito. — Segunda parte: Un ejemplar: Valencia, Esteban, 1816. — Otro ídem: manuscrito. — Tercera parte: Valencia. Esteban, 1816. — Otro ídem: manuscrito, con censuras, 1811 y 1816.

triunfo de las mujeres (El). Sainete. — Un ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1814, 4.° — Otro ídem: Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de Cuesta, 1865, 4.° — Otro ídem: manuscrito, en 4.°

zapatos (Los). Sainete. — Un ejemplar: Valencia, Esteban, 1813. — Otro ídem: manuscrito, con censuras de 1811.

El Sr. Castro menciona, además, pero no publica, las obras siguientes de dicho autor:

Pigmaleón. — Versión parafrásica, en metro castellano endecasílabo, escena lírica, original francés, representada en 1788.—Cádiz, en la imprenta de D. Juan Ximénez Carreño.

Oda en honor de Nuestra Señora. — Recitada por D. José de Elers en la noche del 15 de diciembre de 1795 en la clase de D. Basilio Carsi, maestro de primeras letras.—Cádiz, en la imprenta de Quintana y Compañía.

Y los sainetes:

El payo de la carta y *El ventorrillo por la mañana,* incluídos por D. Leandro Fernández de Moratín, como originales de González del Castillo, en el «Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España desde el principio del siglo XVIII hasta el año de 1825».

Castro cita también, como última obra, que dicho autor dejó sin concluir, *La alameda del palito.*

A la mencionada colección hemos agregado las obras que se expresa a continuación:

La orgullosa enamorada. Comedia en un acto.—Biblioteca Nacional. — Teatro. Manuscrito 16.128.

Una pasión imprudente origina muchos daños. Comedia. — Biblioteca Nacional.—Teatro. Manuscrito 18.138.—Colección de Pascual de Gayangos, núm. 4.266.

La venganza frustrada. Zarzuela.—Biblioteca Nacional.—Teatro. Manuscrito 16.135.

El soldado fanfarrón (cuarta parte). Sainete. — Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 8.563, 8.°, tomo VI.—Impreso en Valencia por Ferrer de Orga, 1811.

El payo de la carta. Sainete. — Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 14.848-51.—Biblioteca Municipal de Madrid: un ejemplar. Madrid, Imprenta que fué de García, 1817, en 4.° — Otro ejemplar: manuscrito, en 4.°, con censuras de 1815.

El recibo del paje. Sainete. — Biblioteca Municipal: manuscrito del año 1806. — Otro del Teatro del Príncipe, 1841. — Otro de R. de Guzmán, 1842.

Los jugadores. Sainete.—Ejemplar impreso. Cádiz, Viuda de Comes, 1812.

El Numa.—Refundición hecha por el actor Diego María de Garay.

Es una desatinada combinación de escenas del original colocadas en distinto orden, abreviadas o aumentadas con trozos de poesía defectuosa, con que el atrevido cómico creyó mejorar la tragedia, si no se propuso hacer en ella lo que en jerga teatral se llama *atajos,* es decir, supresiones para evitar dificultades de representación.

Solamente publicamos la dedicatoria, por curiosa, y el reparto en la compañía.

La función de Vallecas, refundición de *La feria del Puerto.* Sainete.

El arreglo hecho en 1812 para el Teatro de la Cruz, de Madrid, consiste en pequeñas variaciones para localizar la acción en la Corte.

No hemos creído necesario incluirle entre las obras de González del Castillo, que había fallecido en 1800, y de seguro no hizo ese trabajo de acomodación.

Biblioteca Municipal: un ejemplar. Isla de León, Imprenta de Perín, 1812, 4.º—Otro ídem: manuscrito, con censura de 1817.

El gitano Canuto Mojarra o el día de toros en Sevilla. Sainete.

Es refundición del intitulado *El día de toros en Cádiz,* y tampoco lo incluímos en nuestra publicación, por insignificante.

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 1.369.

El tío Peregil o el soldado Tragabalas. Sainete.

Es el mismo sainete *El soldado Tragabalas.*

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 15.016, 4.º

Los esclavos de su esclava o hacer bien nunca se pierde.

Esta obra, calificada de *comedia famosa* y atribuída equivocadamente a González del Castillo, es original de D. Juan del Castillo. No puede incluirse en la colección.

Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, de Paz y Melia.

Catálogo de obras antiguas del Teatro Español, por don Cayetano Alberto de la Barrera.

Biblioteca Municipal: un ejemplar sin fecha. Imprenta de la Santa Cruz.

La recluta de cómicos. Sainete.

Esta obra, atribuída a D. Juan Ignacio González del Castillo y publicada en tal concepto en 1912 por D. Juan Luis Estelrich, a quien le fué facilitado el ejemplar que existía y hemos visto en la carpeta de manuscritos de la Biblioteca Nacional, por el entonces director D. Marcelino Menéndez Pelayo, creemos que no pudo ser escrita por nuestro sainetero.

El ejemplar que copió el Sr. Estelrich dice textualmente:

«Sainete nuevo que se ha de representar en el Teatro Español, de la ciudad de Cádiz, en este año de 1773.»

Y como González del Castillo nació en 1763, tenía diez años cuando fué estrenado el sainete.

Aunque precoz, creemos que el gracioso escritor no pudo estrenar obras escénicas a esa edad.

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 14.597, 16.º, y 408, núm. 2.

El ventorrillo por la mañana.

De esta obra no hemos podido encontrar ejemplares, y sólo sabemos que fué estrenada en el teatro de los Caños del Peral, de Madrid, por la compañía del Príncipe, el día 12 de agosto de 1806.

La alameda del palito y *Pigmaleón.*

No existe ejemplar alguno de estas obras.

En resumen: la colección que hemos logrado completar comprende: las 41 obras teatrales publicadas por D. Adolfo de Castro; otras 7, inéditas u olvidadadas, que fundadamente pueden ser atribuídas al famoso dramaturgo, y de las cuales sólo quedaban pocos y defectuosos ejemplares impresos, y copias manuscritas alteradas por error de escribientes o capricho de cómicos; y varias composiciones poéticas originales o traducidas del griego o del latín; y cumplimos el deber de manifestar que de la Comisión encargada de elegir los trabajos dignos de ser publicados en la Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, recabamos la responsabilidad que exclusivamente nos corresponde al editar la obra total artística de dicho escritor, no excluyendo algunas de sus poesías líricas que aparecieron en 1795 con el título de *Pasatiempos juveniles,* ni ciertas producciones escénicas en que la musa de González del Castillo adoleció de inexperiencia o de cansancio; y confiamos en que los lectores no han de censurarnos en este caso excepcional un exceso de benevolencia que les permitirá apreciar la labor completa del dramaturgo popular, injustamente olvidado, cuyas obras menos afortunadas en el concepto literario, serán siempre interesantes como documentos informativos de las costumbres nacionales.

Nuestras investigaciones para precisar la fecha del estreno y el reparto entre los representantes de cada una de las obras escénicas del referido autor, han tenido escaso éxito. Ni en los ejemplares impresos o manuscritos ni en documento alguno constan esos pormenores, ni de los mismos puede deducirse algo

que indique el orden en que fueron publicadas.

Aquí podría terminar nuestra voluntaria tarea, de merecida rehabilitación y desagravio.

Para justificar la inclusión de los regocijados sainetes y otras obras de González del Castillo entre las más selectas producciones escénicas españolas, no cometeremos la petulancia de valorarlas, ni la puerilidad de prorrumpir en elogios, como trujamán del Retablo de las Maravillas, o lazarillo que explica al ciego cómo es la hermosura del crepúsculo.

Las obras teatrales son buenas cuando el público las aplaude, pues para él se escriben, no para el que, metiéndose a censor por no haber logrado lo que envidia, pretende dictar reglas y pragmáticas, géneros y figurines de modas para lo que no sale de máquinas, ni moldes, ni tratados de Retórica: la inspiración artística.

González del Castillo hizo reir a los espectadores.

Al que eso le parezca poco, invitadle a hacer otro tanto; y si lo logra, habrá conseguido mucho: ser algo en Literatura.

No por pequeño vale menos el sainete; porque la perfección no se mide por resmas de papel ni toneladas de arqueo.

Ni se imagine que el gracioso de las farsas burlescas era tan inocente como parecía.

Para la Revolución francesa, la Enciclopedia colaboró con la Caricatura; y el bufón contrahecho y misántropo, alquilado para ser escarnecido, denunciando las pequeñeces de los grandes, enseñó a reirse de los que se burlaban de él.

No se busque en la obra del sainetero: pulcritud

en la elocución, exactitud cronométrica en el mecanismo escénico, ni miniaturas de personajes; sus cuadros son abocetados, pero con pincelada firme, de seguro efecto; su lenguaje, jerga andaluza sazonada con la sal gorda del modismo popular; el argumento, cualquiera cosa pequeña, pero llena de gracia; los caracteres, exagerados para ser comprendidos por los tardos de entendimiento, parecen arrancados de la realidad y en la plenitud de la vida y del donaire; y en resumen, esos sainetes de punzante ironía que transformaban el escenario en purgatorio de vicios y ridiculeces para pícaros y payos, mantuvieron en el camino de la virtud a aquel pueblo que poco después hizo de la hermosa Cádiz el emporio de la cultura y del progreso, y el baluarte de la independencia nacional.

LEOPOLDO CANO.

EL APRENDIZ DE TORERO

SAINETE

PERSONAS

Olalla Maritornes, novia de
El Alcalde, padre de
Gil Cascarranas, novio de
Teresona.
Doña Marta, madrina.
Curro, torero.
Peligrifo, alguacil.
Tomás, torero.
Andrés, barbero.
Vejarruco, tabernero.
Un sacristán.

EL APRENDIZ DE TORERO

Casa pobre que figure ser la taberna, con todos los avíos necesarios de ella; y salen VEJARRUCO y PELIGRIFO.

PELI. ¡Vejarruco!
VEJA. ¿Qué se ofrece?
PELI. ¿Hay vino bastante en casa?
VEJA. Nunca falta en las tabernas,
mientras que no falte el agua.
Pero ¿por qué lo preguntas?
PELI. Porque los novios acaban
de echarse las bendiciones;
y toda la garullada
salió de la iglesia, y viene
a refrescar las gargantas
en tu taberna.
VEJA. ¿Qué dices?
Hoy se beben dos tinajas.
Conque dime: ¿ha estado buena
la función?
PELI. Ni el día de Pascua
hay más rüido en la iglesia.
Mira: Perico Semana
repicaba el esquilón,

y su hermano la campana.
El enterrador también
voleaba la matraca;
y el barbero, sobre el coro,
punteaba la guitarra;
de modo que era una gloria
el rüido, y la algazara
que se armó.

VEJA. Ya; si el Alcalde
y su hijo se casaban,
¿no había de haber jolgorio?
Pero dime: ¿hay luminarias?

PELI. ¿No las ha de haber? Y toros.

VEJA. ¿Toros también?

PELI. De Jarama;
como que mandó el Alcalde
por dos toreros de fama.

VEJA. ¿De dónde son?

PELI. De Sevilla.
Ya verás qué par de capas.

VOCES. *(Dentro.)* ¡Viva el Alcalde!

PELI. Ya vienen.

VEJA. Pues yo prevengo las tazas.

Sale el ALCALDE con OLALLA de la mano; CASCARRANAS, con TERESONA; el SACRISTÁN y tío ANDRÉS, que traen en medio a DOÑA MARTA en traje de señora ridícula, con una lata al cuello; y todos los PAYOS y PAYAS.

ALC. Señores, tomen asientos;
y tú, tabernero, saca
del pellejo reservado.

MARTA. Ahijado, ya que se trata
de emborracharse, ¿no fuera
mejor hacerlo en mi casa,
que, por fin, es un palacio
fundado por doña Urraca,
mi tatarabuela, y tiene
sobre las puertas las armas
de los Grajos y Verracos?
ALC. Madrina, si es una jaula,
según se clarean los techos;
¿qué quiere usted; que se caigan
sobre nosotros, y quede
hecha la boda una plasta?
MARTA. Pero ¿qué dirán de mí,
si en la *Gaceta* se estampa
que doña Marta Rimblombos
en las tabernas entraba?
ALC. Dirán que tiene buen gusto.
MARTA. La gente de mi prosapia,
el primer voto que hace
sobre la cruz de la espada
es de no entrar en tabernas,
bodegones ni covachas.
ALC. ¿Qué, no hay señores borrachos?
MARTA. Mi padre tuvo esa falta.
Mas era tan recatado,
que debajo de la cama
ocultaba los barriles;
y así, cuando se acostaba,
con un vaso entre los brazos
su señoría roncaba.
GIL. Pues, madrina, la gentuza

de paño burdo y polainas,
siempre gusta de beber
la leche al pie de la vaca;
conque deje usted los dengues,
y alegrémonos en gracia
de Dios.

TODOS. ¡Que vivan los novios!

MARTA. Mi ejecutoria se empaña,
si no la saco de aquí.
¡Sacristán!

SACRIS. ¿Qué es lo que mandas?

MARTA. Ponte de rodillas (1), toma
con reverencia esta lata,
y colócala en un nicho
hasta que a la calle salga.

SACRIS. ¿Son reliquias?

MARTA. No, salvaje;
que es la ejecutoria rancia
de mi familia, en la cual
han florecido, a Dios gracias,
hombres que con la cabeza
un castillo derribaban.

SACRIS. Muy bien; yo la llevaré
con mucho tiento. *(Vase.)*

ALC. Pues vaya.
Siéntese usté aquí, madrina. *(Lo hacen.)*
Abejarruco, despacha.

GIL. Siéntate con tu conejo,
conejita.

MARTA. ¡Qué bestiaza!

(1) El ejemplar de Castro dice *de ropillas.*

GIL. ¡Toma! Si soy aprendiz
de novio, ¿y queréis que haga
las cosas como mi padre,
que hace treinta años que arrastra
la carreta?

ALC. Si tú hicieras
por imitarme, no erraras.

PELI. Copla, mi Alcalde.

TODOS. Silencio.

MARTA. Él dirá una borricada.

PELI. Las cañas echan canutos,
peras todos los perales;
y, así, de los animales
es fuerza que salgan brutos;
un racimo de estos frutos
vuestro matrimonio os dé;
y, tanto se aumente, que
lleguen todos a pensar
que hay diluvio, y que el lugar
es el Arca de Noé.

TODOS. ¡Viva, viva!

ALC. ¡Qué cacumen!
Llénale otra vez la taza.

GIL. Brindemos por la madrina.

TODOS. Mucha salud, doña Marta.

SACRIS. *(Saliendo.)* Señor Alcalde, ¡qué gusto!
Ahora mismísimo acaban
de llegar los dos toreros.

ALC. Formémonos en dos alas
y vamos a recibirlos.

SACRIS. No es menester que usted salga,
porque los dos peregrinos

iban buscando con ansia
este santüario, y yo
les dije que usté aquí estaba.

Salen CURRO y TOMÁS.

CURRO. Dios guarde la gente buena.
¿Cuál de ustedes, camaradas,
es quien gobierna el cotarro?
ALC. La respuesta es esta vara.
CURRO. Lo celebro; pues, señor,
los sujetos que le hablan
son los dos facultativos
que han de matar en la plaza.
ALC. Ya estaba yo con cuidado.
Abejarruco; despacha
chocolate a estos señores.
VEJA. Tomen ustedes.
TOMÁS. Pues vaya,
señor Alcalde, a que Dios
lo libre de una estocada
de las mías.
ALC. Buen provecho.
CURRO. Brindo a que quiera Santa Ana
que los toros y los novios
queden lucidos.
ALC. ¡Canastas!
Otra vez ponga usté un punto,
cuatro comas y seis rayas
entre los toros y novios;
que tengo miedo a las astas.
CURRO. ¡Usted miedo! No lo creo;

sobre que tiene más facha
de torero que de burro.

MARTA. Ésa es una verdad clara;
y por lo tanto, me atrevo
a suplicarle me haga
el favor de capear
un toro por la mañana.

ALC. Señora, ¿yo torear?
¡Si en viendo a cincuenta varas
una carreta, me subo
al instante a las ventanas!
¿Torear? Más fácil fuera
el que a mí me torearan.
¡Carambola, y qué capricho!

GIL. Padre, salga usté a la plaza;
que yo se lo pido a usted.

ALC. ¿Tú me lo pides, canalla?
¿Conque quieres heredarme
antes de tiempo?

OLALLA. ¡Qué bragas
tiene mi novio! Sal, hijo;
veremos cómo te plantas.

ALC. ¿Tú también? Mujer o diablo,
¿todavía no se acaba
el pan de la boda y ya
me quieres ver en las astas
del toro?

TERES. Pues es preciso,
suegro mío.

MARTA. Doña Marta
de Rimblombos se lo pide,
y no debe desairarla.

TODOS. Un par de lances, mi Alcalde.
ALC. Esta gente está borracha.
¿Y qué dirán si un alcalde
de Paterna, con polainas
y montera, como un chulo,
anda saltando las vallas?
MARTA. ¿Eso qué importa? Mi abuelo
don Gerundio, que Dios haya,
en una fiesta salió
montado sobre una jaca
berberisca; el rey don Sancho
mandó al punto que soltaran
diez toros pintos; entonces
don Gerundio se afianza
en los estribos; le abren
el toril; sale la sarta
de animales; le acometen;
él con valor los aguarda,
y en un momento quedaron
los diez toros de Jarama,
como si fueran zorzales,
ensartados en la lanza.
ALC. Pues yo no quiero que el toro
me ensarte a mí.
GIL. ¡Qué panarra
que es mi padre!
OLALLA. Pues es fuerza
que salgas hoy a la plaza.
ALC. ¡Si yo no sé torear!
CURRO. Señor Alcalde, palabra;
¿quiere usted salir con garbo
del empeño?

ALC. Me alegrara.
CURRO. Pues con una leccioncita,
y no más, usted se traga
todos los toros.
ALC. ¿Es burla?
CURRO. Diga usted: ¿tengo yo cara
de burlarme? ¿Quiere usted
dejar fama en toda España?
ALC. Como el toro me despance,
no habrá ciego que no salga
con un romance.
CURRO. No es eso;
de la habilidad se trata.
¿Quiere usted ser un torero
de los de mano pesada?
ALC. Pues ya se ve que quisiera.
CURRO. Pues agarre usted la capa
con las manos.
ALC. ¡Yo estoy lelo!
¿Si en lugar de estar mañana
de tornaboda, estaré
de cuerpo presente?
CURRO. Vaya;
plántese usted de este modo.
ALC. ¿Qué tal?
CURRO. Merece una estampa.
MARTA. Ahijado; parece usted
sayón de Semana Santa.
ALC. En un bodegón he visto
retratada una fantasma
del modo que estoy ahora.
TOMÁS. Levante usted más la capa.

ALC. Cuando me levante el toro,
será fuerza levantarla.
CURRO. Estando en esta postura,
mientras el toro no parta,
columpie usted las caderas.
ALC. ¿Y para qué es columpiarlas?
¿Voy yo a bailar con el toro
el zorongo o la pavana?
CURRO. Hágalo usted, porque así
se torea con más gracia.
ALC. ¿Conque primero me planto;
después muevo la culata,
hasta que resuelva el toro
el venir a visitarla?
CURRO. Vaya, que lo ha comprendido.
Dé usted una patada
y dígale al toro: ¡Ah indino!
¡Ah verraco!
ALC. ¿Y si se enfada,
viendo que me desvergüenzo,
y por una hijar (1) me ensarta?
CURRO. ¡Si él no lo entiende!...
ALC. Está bien.
CURRO. Al embestir se repara
qué oreja es la que ha movido;
y si es la izquierda, la capa
se saca por la derecha;
y si acaso es la contraria,
la capa va al otro lado,
y está la fiesta acabada.

---

(1) Así escribió el autor. ¿Quiso decir *un ijar*?

ALC. Una preguntita suelta:
¿si al toro le da la gana
de mover las dos orejas,
a qué lado va la capa?

CURRO. Entonces se echa por alto.

ALC. Eso es dejarle la panza
descubierta. ¡Caracoles!
¡Me he metido en buena danza!

CURRO. No tenga miedo (1).

MARTA. Valor,
ahijado, que así se gana
reputación; fuera de eso,
si acaso el toro lo mata,
morirá usted con el gusto
de vernos dar carcajadas.

ALC. ¿Conque la muerte de un hombre
es diversión?

MARTA. Cosa es clara:
rómpase aquí la cabeza,
verá usted cuántas palmadas
le dan todos.

ALC. ¡Un demonio!
Antes no sería mala
providencia entapizar,
con los colchones, la plaza.

OLALLA. Hombre, no seas cobarde.

TOMÁS. Señor Alcalde, usted haga
todo lo que se le ha dicho,
que el toro no le hará nada.

(1) Los ejemplares consultados dicen: «No tenga mieo, divertirse. Valor.»

ALC. ¿Conque la oreja es la seña?
CURRO. Sí, señor.
ALC. Ésta es la planta,
éste es también el columpio;
ahora le digo una sarta
de desvergüenzas; y ahora
me patea las entrañas.
CURRO. No tema, que aquí está Curro.
TOMÁS. Yo iré siempre con la capa
a su lado.
ALC. Mejor fuera
con un mortero de a placa.
¿Conque, en fin, no me hará daño?
CURRO. ¿Qué daño ni calabaza?
Le prometo a usted que el toro
no le hablará una palabra.
ALC. Vamos al toro de prueba.
MARTA. Ahijaditas, a la plaza.
TODOS. ¡Viva el Alcalde!
ALC. Decid
que muera, por si me agarra.
(Vanse todos, menos Peligrifo y Vejarruco.)
PELI. Dame vino, Abejarruco,
que a bien que el Alcalde paga.
VEJA. ¿Si el toro lo desmondonga,
a quién le pido la plata?
PELI. ¿Quiés callarte? ¿Conque el toro
se atrevería a las nalgas
de un alcalde de Paterna?
Ea, lléname la taza.
VEJA. Chíflatela, y buen provecho.
PELI. Pues, Jesús; y haz una raya.

VEJA. ¿Cuántas te he de hacer?
PELI. Veremos
cuánto me cabe en el arca:
llénala pronto, y van dos.
VEJA. Parece que no lo mascas.
PELI. Atízamela; y van tres.
VEJA. ¡Qué buche!
PELI. Es una tinaja:
van cuatro.
VEJA. ¿Y aun no te llenas?
PELI. Ya me llega a la garganta.
Acabóse. Abejarruco,
di que traigan la palanca.
VEJA. Ya vas borracho.
PELI. Es mentira;
di que me ha crecido el alma
dos tantos más: con efleuto,
cuarenta mil luminarias
tengo en los ojos. Hoy prendo
a todo el mundo, ¡zarazas!,
que tú has de ser el primero.
Dame la mano.
(Sacando un cordel y queriendo amarrarlo; el otro huye, y Peligrifo anda tras él dando traspiés.)
VEJA. ¡Canastas!
Vete a prender al demonio.
PELI. Te he de llevar a la casa
del poco pan.
VEJA. Yo no quiero.
PELI. ¿Resistencia?
VEJA. Diablo, calla.

PELI. Date al Rey; tengan a ese
picarón; ¡si no te escapas! *(Vanse.)*

Plaza de lugar con andamios para sentarse, y en ellos toda la gente que se pueda. Entran en la plaza el ALCALDE, GIL, MARTA, MARITORNES, TERESONA, CURRO, TOMÁS, el SACRISTÁN con la lata, y tío ANDRÉS; los que están sentados gritan y silban.

TODOS. ¡Que viva el Alcalde; viva!
ALC. Siéntese usted, doña Marta.
MARTA. Primero le pondré al cuello,
para defensa, la lata
de mi ejecutoria.
ALC. Diga:
¿querrá el toro respetarla?
MARTA. Seguro está que se acerque;
porque, como en toda España
mis nobles antecesores
han tenido la contrata
del vinagre y el aceite,
sus altos nombres exhalan
un olor que hasta los diablos
vuelven al punto la espalda.
ALC. ¿Qué sabemos? Puede ser
que a este toro le dé gana
de gazpacho, y me lo saque
del ombligo con el asta.
MARTA. Vamos al andamio.
OLALLA. Esposo,
que le tiendas bien la capa.
ALC. ¡Mira no me tienda el toro
y se vuelva la medalla!

GIL. Cuidado con los fondillos,
padre mío.
ALC. Bruto, marcha;
que como salga con bien
te he de torear mañana.

Se sientan todos en los andamios; y quedan en la plaza el ALCALDE, CURRO, TOMÁS, el tío ANDRÉS y el SACRISTÁN.

ALC. El barbero, ¿adónde está?
AND. Señor Alcalde, ¿qué manda?
ALC. Prevenga usted las estopas,
el ungüento y las tenazas
de curar, por si se ofrece
remendarme alguna nalga.
AND. Ya lo tengo todo pronto. *(Se sube.)*
ALC. Tú no faltes de la plaza,
por si tienes que doblar.
SACRIS. Toma; si hasta la mortaja
le he prevenido...
ALC. De oirlo
solamente me dan bascas.
TOMÁS. Mi Alcalde, no tema usted;
que Tomás Pincho lo ampara.
CURRO. Verá usted cómo le saco
el toro, si es que lo agarra.
ALC. Mira no me saque antes
las tripas entre las astas.
PELI. y VEJA. *(Saliendo.)* ¡Señor Alcalde, favor!
ALC. ¿Qué ha sucedido?
PELI. No es nada.

ALC. ¿Ya estás borracho?
PELI. Un poquito
no más; cuanto se me anda
la cabeza.
ALC. ¡Picarón!;
súbete a un andamio; marcha.
PELI. Mire usted; si acaso el toro
por casualidad lo agarra,
llámeme usted.
ALC. Ve a dormir.
(Se suben Vejarruco y Peligrifo.)
MARTA. Ahijado; que el toro salga.
TODOS. ¡Que salga el toro!
ALC. Primero,
que los picadores salgan.
(Salen los picadores y hacen su cortesía; la gente grita y silba.)
ALC. Que se toque la trompeta
mientras me arrimo a la valla.
(Sale el toro, lo pican, y revuelca a los picadores.)
CURRO. Señor Alcalde; ahora es tiempo.
ALC. ¡Cómo tiemblo! ¡Santa Olalla!
¿Dónde me pongo?
CURRO. Aquí en medio.
ALC. Cuidado, que no se vayan.
TOMÁS. Aquí estamos.
ALC. ¡Ay qué feo!
¡Qué malditísima cara!
GIL. Padre, las obligaciones...
ALC. ¡Hijo del demonio, calla!
(El toro siempre corriendo.)

CURRO. Llámaselo, Tomasillo.
TOMÁS. Ea, plántese con gracia.
ALC. ¡Ah toro indino! ¡Ah borracho!
¡Que me pilló! ¡Que me mata!
(Lo coge y le echa las tripas fuera.)
GIL. ¡Que el toro cogió a mi padre!
¡Ay qué gusto! *(Bajan todos.)*
ALC. ¡Que me traiga
la botica, el cirujano;
no se hielen las entrañas!
(Lo entran Curro y payos.)
CURRO. Cirujano; baja pronto.
AND. Voy a zurcirle la panza. *(Vase.)*
ALC. Amigos; a la taberna,
que el vino todo lo sana.
CURRO. A la taberna con él. *(Lo llevan.)*
(Baja Peligrifo y se va al toro; éste escarba y él le presenta la vara.)
PELI. ¡Ah verraco; date preso!
Mira... Respeta la vara...
¿No vienes? ¿A que te amarro?
TODOS. ¡Que lo coge!
PELI. ¿A mí con chanzas?
(Embiste y lo coge.)
¡Den favor a la Justicia!
MARTA. Abran ustedes la plaza
para que salga ese toro.
TOMÁS. Dejad; le echaré la capa.
(Peligrifo siempre gritando; Tomás se lleva el toro; y bajan todos.)
VEJA. ¿Te ha hecho mal?
PELI. Hombre; si el vino

me ha servido de muralla...
VEJA. ¡Cómo rodabas!
PELI. El toro
es un traicionero, vaya;
sobre que yo no lo vi
cuando me dió la trompada.
MARTA. Vamos a ver si mi ahijado
ha dado las boqueadas.
OLALLA. Como se muera mi novio
me vuelvo a casar mañana;
y será usted mi madrina.
(Salen el Alcalde, Curro, los payos y el tío Andrés.)
ALC. No te casarás, bellaca;
porque ya, gracias a Dios
y al barbero, tengo cada
intestino en su lugar.
TODOS. Sea enhorabuena.
GIL. ¡Qué brava
cornada le pegó a usted!
Vaya; si yo reventaba
de risa viéndolo dar
volteretas en la plaza.
ALC. No es posible que tú seas
hijo mío. Me alegrara
que ahora viviese tu madre
para que nos declarara
si algún diablo te engendró
cuando estuvo endemoniada.
OLALLA. No hagas caso de ese bruto.
MARTA. Ahijado mío; me espanta
una cura semejante.

AND. Pues todavía no es nada;
cuando era albéitar mataron
a Perdiguero con rabia,
y al punto, con un emplasto,
hice que resucitara.
ALC. Es gran hombre; en un instante
me ha hilvanado las entrañas.
Mas ¿sabe usted qué reparo?
Que ahora no está donde estaba
el corazón.
AND. ¿Cómo no?
ALC. Si no me late, ¡zarazas!
¿Si acaso mientras que usted
los ungüentos preparaba,
se lo comería el perro
de presa?
AND. No. Usted se engaña,
que lo envolví en el redaño
para que no se enfriara.
ALC. Pues no le encuentro. Tentadme,
a ver si está en las espaldas.
MARTA. Por aquí no está.
ALC. Esperad,
que lo tengo en una nalga.
Hombre del diablo, ¿qué ha hecho?
¿Cómo he de decirle a Olalla:
¡hija de mi corazón!,
teniéndolo en la peana?
AND. Eso pronto se remedia.
ALC. ¿De qué manera, bestiaza?
AND. Saliendo usté a torear
otra vez.

ALC. ¿Cómo? Ni en chanza.
Peligrifo, ve al toril
y di a los toros que salgan
dentro de treinta minutos
del lugar.
PELI. Si no se marchan,
les saco veinte ducados
de multa.
MARTA. ¿Conque se agua
la función?
OLALLA. ¡Esposo mío!...
ALC. Ninguno me hable palabra.
CURRO. Pero, señor, ¿es posible?
¿Ahora, que usted se empezaba
a adiestrar, quita los toros?
ALC. ¡Qué toros ni pataratas!
No quiero yo diversión
donde se arriesga la panza.
Vengan todos a beber
y comer; que al fin se saca
más provecho que de ver
rodar gente por la plaza.
MARTA. Dice bien mi ahijado; yo,
aunque soy, por mi prosapia,
una dama de alta clase,
soy dama de la montaña,
y así mucho más me gustan
los tragos que las tajadas.
ALC. Pues vamos; pidiendo todos
el perdón de nuestas faltas.

FIN

EL BAILE DESGRACIADO

Y EL MAESTRO PEZUÑA

SAINETE

PERSONAS

Don Jaime.
Don Pedro.
Don Mateo.
Don Antonio.
Don Diego.
Don Juanito.
Don Luisito.
Don Miguel.
Don José.

Doña Petra.
Doña Jacinta.
Doña Isabel.
Doña María.
El Maestro Pezuña.
Roque.
Retaco, jorobado.
Teresa.
Un mozo que no habla.

EL BAILE DESGRACIADO

Y EL MAESTRO PEZUÑA

La escena es una sala corta, con una mesa al foro con botellas, copitas y platos; la cortina de en medio figura el entra y sale del baile que se hace dentro; aparecen DOÑA PETRA sentada en una silla y DON LUIS con una rodilla en tierra, teniendo un vaso de vino, donde moja DOÑA PETRA un bizcocho. DON MIGUEL y DOÑA JACINTA en una esquina del teatro, sentados, haciendo lo mismo; ROQUE, de majo, y TERESA con un niño en los brazos, haciendo lo mismo junto a la mesa, en pie. DOÑA MARÍA en otro lado sentada; y DON MATEO brindándole con el vaso para que beba.

MATEO. Para el histérico, dicen
que es el vino buen remedio.
MARÍA. ¡Jesús! Aparte usté el vaso;
que solamente de olerlo
me aprieta el dolor.
MATEO. Y a mí
se me mitiga bebiendo.
MIGUEL. Crea usted que deseaba
poderle hablar en secreto
dos palabras.
JACINTA. ¿Cuáles son?

MIGUEL. Que ha mucho que la requiero.
JACINTA. ¿Desde esta noche?
MIGUEL. No hay tal.
Si sabe usted que ha más tiempo...
JACINTA. Soy muy flaca de memoria.
LUIS. Dice usted muy bien los versos.
¡Valgáme Dios! ¿Cómo es
aquel paso?... Ya me acuerdo:
el de Cleopatra.
PETRA. ¡Qué lindo!
Por esta entrada me muero:
«Marco Antonio imprudente,
para con los cobardes muy valiente...» (1).
Eccetera.
LUIS. La otra noche
lo hizo usted con tanto afecto,
que me enamoré de usted.
PETRA. ¡Jesús, qué hombre tan chancero!
«Y según el clarín armonïoso
para con los cobardes venturoso...» (2).
LUIS. Bendita sea tal boquita.
PETRA. No sea usted zalamero.

Sale DON PEDRO de bastonero, sin sombrero.

PEDRO. ¡Pues, luego lo dije yo!
Todos se vienen adentro;
y después, mas que se lleven

(1) Versos de *Los Áspides de Cleopatra*, comedia de don Francisco de Rojas.
(2) Ídem íd.

los diablos al bastonero.
MIGUEL. Si están tomando un bizcocho...
PEDRO. La contradanza es primero.
MIGUEL. Vamos a ponerla.
JACINTA. Vamos. *(Vanse los dos.)*
PEDRO. Señores, no pierdan tiempo.
LUIS. Esta señora no baila.
PEDRO. ¿Pues qué hace?
PETRA. Represento.
PEDRO. Venga usted, doña María.
MARÍA. Tengo un flato en el celebro.
PEDRO. ¡Yo rabio! ¡Jesús, qué gente!
TERESA. Hombre; toma este muñeco
y no bebas.
ROQUE. Tenlo tú;
porque esta noche lo estrello. *(Llaman.)*
MATEO. ¿Quién es?
PEZUÑA. La ronda del cisco.
Ábrame usted, don Mateo;
ROQUE. Si es el Maestro Pezuña.
MATEO. Pues abre pronto.

Abre la puerta de la derecha, que estará desde la primera escena cerrada, y sale el MAESTRO PEZUÑA de majo antiguo, con gorro, capa azul con galón, y sombrero blanco.

PEZUÑA. *Laus Deo.*
MATEO. Señor Pezuña, ¿pues cómo
por estos barrios? ¿Qué es esto?
PEZUÑA. Náa; pasaba por la calle,
y como oí el chinchorreo
del vigolín, vengo a ver

si sirvo de algo.
MATEO. Me alegro
que haya usté entrado; al instante
deje la capa y sombrero,
y encárguese de la puerta.
PEZUÑA. Cuenta con el castoreño,
no se me machuque. *(Lo da a Roque.)*
ROQUE. Aquí
hay clavo donde ponerlo. *(Lo cuelga.)*
MATEO. En no siendo conocido
no abra usté a nadie.
PEZUÑA. Yo huelo
por el ojo de la llave
la gente. Iré componiendo
la pipa; ¿hay un trago?
MATEO. Muchos.
PEZUÑA. Verá usté un hombre derecho.
ROQUE. Venga usté acá.
LUIS. Si usted quiere,
mañana mismo le ofrezco
ajustarla en el teatro.
PETRA. Hijo mío, no me atrevo,
porque tengo un tío sastre
y un primo ropavejero,
y al instante se opondrían.
LUIS. ¡Qué lástima! Yo lo siento.
PETRA. ¿Y usted representa?
LUIS. Mucho.
PETRA. Si quiere usted que ensayemos
aquel pasito...
LUIS. ¿Mas dónde?
PETRA. En el patio.

LUIS. Vamos presto... *(Vanse.)*
MARÍA. ¡Ay don Mateo de mi alma!
MATEO. ¿Qué tiene usted?
MARÍA. ¡Que me muero!
MATEO. ¿Quiere usté acostarse un rato?
MARÍA. ¡Ay, qué punzada!
PEZUÑA. ¿Qué es eso?
MATEO. Un dolor.
PEZUÑA. Se habrá enflautao
alguna tripa; al momento
si quié usted ponerse buena
agarre una estopa ardiendo
y aplíquesela al ombrigo
sufriendo bien el resuello,
y usted me dará las gracias.
MARÍA. Eso es un botón de fuego;
Dios me libre.
MATEO. Recostada
se aliviará... *(Se la lleva.)*
ROQUE. Marcha dentro,
y duerme ese niño.
TERESA. Voy. *(Vase con él.)*
PEZUÑA. Compadre; y este festejo,
¿a qué santo es?
ROQUE. Mire usted;
¿conoce usté a un caballero
llamado don Jaime?
PEZUÑA. Mucho;
¿no es un señor pelinegro,
trigueñito, que ahora poco
tuvo catarro en los huesos
y estuvo cuarenta días

tomando leche en el Puerto?
ROQUE. Yo creo que fué en Chiclana.
PEZUÑA. Bien; o sería más lejos.
ROQUE. Pues, compadrito; ése paga
el fandango.
PEZUÑA. Muy bien; pero
¿sobre qué carga de agua?
ROQUE. Por obsequiar a un sujeto
de quien está enamorado.
PEZUÑA. No hable usted más; ya comprendo.
Esta niña no podrá
tener en casa el jaleo.
ROQUE. Si no entran allí calzones,
sino los de un tal don Diego,
padrino suyo...
PEZUÑA. Ya sé;
y por eso don Mateo
presta su sala.
ROQUE. Es amigo.
PEZUÑA. Y acá, ¿somos los porteros?
Pues tenemos buen oficio.
ROQUE. Compadre, ¿quién piensa en eso?
Echemos un trago.
PEZUÑA. ¡Jui!
Aun me acuerdo de mis tiempos.
ROQUE. Que llaman.
PEZUÑA. No están en casa.
RETACO. Abra usted con dos mil cuernos.
PEZUÑA. No hay por acá esas ganzúas.
RETACO. Dígale usté a don Mateo
que está Retaco.
ROQUE. Abra usted,

que es el famoso bolero.
PEZUÑA. ¿Es saltaor? Pues que entre,
a ver si se rompe un hueso.

Abre; y sale RETACO con jorobas, vestido de majo, y se quita la capa y montera.

RETACO. ¿No me han conocido ustedes?
PEZUÑA. Si vienes entre dos cerros
metío, ¿cómo querías
que se conociese el eco?
RETACO. ¿Hay gente de avío?
ROQUE. ¡Toma!
Si hay muchachas como cielos...
RETACO. ¿Buenas mozas? ¡Hui!, que toma,
que toma, que toma. *(Baila.)*
PEZUÑA. El mueso
se me revuelve de ver
a esa araña haciendo quiebros.
RETACO. ¿Es envidia? ¡Hui! Que toma...
PEZUÑA. ¡Yo envidia! Si dices eso,
te mato con un gargajo.
JAIME. *(Saliendo.)* ¡Que uno pague su dinero
para quemarse la sangre!
Ya es vergüenza sufrir esto;
¡por vida de...! ¿Quién demonios
ha traído ese mozuelo
del fraque verde?
ROQUE. No sé.
PEZUÑA. Desde que tengo el manejo
de la puerta, aquí no ha entrado
nadie más que ese muñeco.

JAIME. ¿Dónde está Mateo?
ROQUE. Está
en esa alcoba.
JAIME. ¡Mateo!
MATEO. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres?
JAIME. ¿Tú has convidado
a ese señor chuchumeco
de lo verde?
MATEO. ¿Yo? Ni en chanza.
JAIME. ¡Vaya; si estoy que no veo
de coraje!
MATEO. Pues ¿qué ha habido?
JAIME. Que ese mono está luciendo
en el estrado. ¡Por vida...!
MATEO. Pero vaya, di, ¿qué ha hecho?
JAIME. Que le ha quitado a Isabel
el abanico; y, muy hueco,
se ha sentado a cortejarla.
ISABEL. *(Saliendo.)* Señores, ¿tienen congreso?
¿De qué se trata?
JAIME. De ti.
ISABEL. La memoria le agradezco.
JAIME. ¿Conque, después que a mis ojos
estás con ese trastuelo
escandalizando al mundo,
me preguntas lo que tengo?
¡Vaya, que es lindo descoco!
ISABEL. Pues todo fué estar haciendo
burla de la contradanza.
Por señas que hemos dispuesto
poner una muy bonita.
JAIME. ¿Bailar tú con él? Primero

le arrancara el corazón.
ISABEL. Si tú bailaras, moreno,
no me atreviera yo, entonces.
JAIME. Yo te daré compañero.
Retaco, baila con ella.
RETACO. Vengan de estos caramelos.
¡Ay, toma, que toma, toma! *(Baila.)*
ISABEL. Vaya; déme usté espejuelos
para ver a mi pareja.
PEZUÑA. Amárrele usté al pescuezo
una soga; y jale usted
en perdiéndose el muñeco.
RETACO. Si tengo yo, aunque chiquito,
más de mil varas de cuerpo.
ISABEL. Ya; lo tendrá usted plegado.
PEZUÑA. Pues recogío en el pecho.
JAIME. No seas burlona.
ISABEL. Muy bien;
una vez que ha dado en eso,
que venga, y la marmotita
entre los dos bailaremos.
RETACO. ¡Ay, Retaco, que te pierdes! *(Vase con ella.)*
JAIME. Así quedo satisfecho.
PEZUÑA. Pero, si ese figurín,
como no se ve en el suelo,
se ha e meter entre los pies
en empezando el enreo
de la contradanza...
JAIME. Y ¿qué
me importa, si lo que quiero
es que no baile con ella
el de lo verde?

ROQUE. Bien hecho.
PEZUÑA. Me parece que ese loro
ha venido con deseo
de chocolate; pues cuenta
no le haga yo con un leño
tocar la trompeta.
MATEO. No;
yo no quiero, en casa, estruendo.
ISABEL. Deténgase usted, don Juan.
JUAN. He de aplastarle los sesos.
TODOS. ¡Que lo mata!
(Sale Retaco rodando.)
RETACO. ¡Ay, que me ha roto
este primer contrapeso!
TODOS. ¿Qué ha sido eso, Retaco?
RETACO. Que ha lucido con mi cuerpo
el de lo verde.
JAIME. ¿Qué dices?
RETACO. Que apenas entré allá dentro
y me puse a la cabeza
de la contradanza, haciendo
para templarme una octava
y algunos escobeteos,
cuando el señor de lo verde
me dijo, poniendo un gesto
de sayón: «¿Qué hace usté aquí
entre los hombres?» Si tengo
un chisme entonces, lo birlo;
pero yo, con un meneo
natural, le respondí
que yo no aguantaba juegos.
Pero entonces el tunante,

sin darme siquiera tiempo
de correr, alzó la pierna
y me pegó en el trasero
tal puntapié, que rodé
como si fuera un muñeco.
¡Por vida! ¡Que me suceda
esto a mí! Mas lo que siento
es el que me asegundó.

PEZUÑA. ¿Con el pie?

RETACO. ¡Toma! En el mesmo
sitio; de modo que vine
hasta aquí dando mil vuelcos.
¡Vaya! Lo mato esta noche.

JAIME. Déjame; que ese monuelo
ha de expirar a mis manos.

MATEO. Por Dios, no escandalicemos
el barrio.

PEZUÑA. Silencio todos;
que yo sabré componerlo
con prudencia.

JAIME. ¿De qué suerte?

PEZUÑA. Poniéndolo con salero
en la calle. Sonsoniche.
Vaya usted, Roque, allá dentro,
y dígale a ese mocito
que quiere hablarle el Maestro
Pezuña.

ROQUE. Voy al instante. *(Vase.)*

PEZUÑA. ¿Pa qué es aguar el festejo?
Ya verán cómo se va
lo mismito que un cordero.

JACINTA. ¿Y si no quiere?

PEZUÑA. Yo, entonces,
lo engancharé con los dedos
por el fondillo, y saldrá
volando como un jilguero.
RETACO. ¡Si tengo descuadernao
este lao; me ha deshecho!
Toma, que toma, que toma.
(Baila renqueando.)
Vaya, sobre que no puedo
mover el pie.

Salen DON JUAN, con fraque verde, y ROQUE.

JUAN. ¿Quién me llama?
PEZUÑA. Escuche usté aquí un secreto,
con licencia de tóo el mundo.
JUAN. ¿Qué quiere usted? *(Gritando.)*
PEZUÑA. Más dequeo.
¿Quién ha traído a usté aquí?
JUAN. Estos dos pies.
PEZUÑA. No gastemos
saliva en balde.
JUAN. ¿Y por qué
solicita usted saberlo?
PEZUÑA. Porque si usté no ha venío
con nenguno, en el momento
va usté a plantarse en la calle;
que se lo píe el Maestro
Pezuña, y no es regular
que nadie lo deje feo.
JUAN. ¿Y cuándo ha sido bonito?

PEZUÑA. Baje usté el pico.
JUAN. No quiero. *(Recio.)*
PEZUÑA. Hombre; mire usted que el fraque
me lo he poner por culero.
JUAN. Vaya usted muy noramala,
so pillastro, desatento.
PEZUÑA. ¡Ea, que le quié pegar
a Pezuña! ¡Ay qué salero!
Mono, ¿sabes con quién hablas?
JUAN. Con un baladrón.
PEZUÑA. Corriendo
nájate, pájaro verde;
miá que se me va subiendo
la cólera a las manazas,
y de un sopapo te estrello.
JUAN. ¿Será como éste? *(Le da uno.)*
PEZUÑA. Ea, vaya;
se está el niño divirtiendo
conmigo; ea, a la calle.
JUAN. Ya le he dicho que no quiero;
váyase de aquí. *(Lo echa a rodar.)*
PEZUÑA. Tunante;
verás un hombre derecho.
JUAN. Ya me canso de aguantar
tonteras; abra usted presto.
PEZUÑA. Esto se hace de este modo. *(Abre la puerta.)*
RETACO. Antes que salga, tenerlo;
le pagaré el puntapié.
JUAN. ¿A mí echarme? ¡Vive el cielo
que a silletazos...! *(Toma una silla.)*
MATEO. ¡So mono,
en mi casa atrevimientos?

RETACO. Voy a ver si hallo un demonio
con que aplastarle los sesos. (*Vase.*)
JUAN. ¡Vive Dios!
ROQUE. ¡Dejadme a mí!
PEZUÑA. O te najas, o te estrello;
nájate, pájaro verde.
(*Salen todos los del baile.*)
ISABEL. Jaime, detente.
TODOS. ¿Qué es esto?
MATEO. So tunante; ahora verás.
MARÍA. Por Dios, señor don Mateo.
(*Sale Retaco con un deshollinador.*)
RETACO. Yo solo basto; apartarse;
verán cómo me meriendo
a ese don Líquido.
PEZUÑA. Mira
que te veo y no te veo,
si tardas más en largarte.
ROQUE. Ya yo la silla le tengo;
echarlo.
(*Va por detrás y le quita la silla.*)
MUJERES. Por Dios, señores...
JUAN. ¿Tantos contra uno indefenso? (*Vase.*)
TODOS. Afuera.
MUJERES. Que no le maten.
MATEO. Echad la llave.
PEZUÑA. (*Cierra la puerta.*) Silencio,
que ya yo le eché a la calle
a ese mono; conque pecho
y divertirse, que a bien
que si vuelve me lo meto
en la pipa y a las cuatro

fumadas ya no hay sujeto. *(Llaman.)*
TODOS. ¡Qué golpes!
ROQUE. ¿Quién llamará?
(Mira por el ojo de la llave.)
PEZUÑA. Lo sabremos en abriendo.
Otra vez el de lo verde
viene; y con él, cuando menos,
otros cuatro verderones;
pero nadie tenga miedo,
que aquí está un hombre; al instante
vengan mi capa y sombrero,
que yo voy a salir fuera *(Se la pone.)*
a comerme a ese muñeco.
¿Quién de ustés quiere prestarme
un trabuco naranjero?
HOMBRES Esta noche hay mil tragedias.
PEZUÑA. Mas yo sólo basto.
MUJERES. ¡Ay, cielos!,
(Lo agarran todas.)
no salga usted.
PEZUÑA. Es preciso.
MUJERES. Señor Pezuña...
PEZUÑA. Silencio.
¿Por quién me lo píen ustedes?
MUJERES. Por nosotras.
PEZUÑA. Ya no puedo
salir; vean aquí un hombre
cogido por los cabellos.
¡Ay, que me crujen los dientes!
PEDRO. Señores, vamos adentro.
(Llaman.)
TODOS. ¡Ay, que vuelven a llamar!

MUJERES. ¡Que echan la puerta en el suelo!
JACINTA. ¡Ay, San Antonio bendito! *(Cae.)*
PETRA. ¡Ay qué susto!
ISABEL. ¡Yo me muero! *(Cae.)*
JAIME. ¡Isabel mía! ¡Mi bien!
¡Vuelve en ti, querido dueño!
PETRA. ¡Ay, que también quiere darme!
¡Un hombre, un hombre corriendo!
¡Que me da, que me da!
TERESA. Echando
están la puerta en el suelo.
(Llaman recio.)
PETRA. ¿Quién me tiene? ¡Que me da;
don Luisito, don Mateo!
¡Ya me dió! ¡Jesús mil veces! *(Cae.)*
MATEO. Téngala usted.
LUIS. Yo no quiero.
JOSÉ. Abra usted.
RETACO. ¡Si es el rondín!
Abran, no tengan recelo.
PEDRO. ¿Le conoces?
RETACO. Lo mismito
que a usted.
MATEO. Señor don Anselmo,
¿es usted?
JOSÉ. *(Dentro.)* Yo soy.
MATEO. Pues abran.
PEZUÑA. Si es otro, me lo meriendo.

Abre PEZUÑA y salen DON JUAN y DON JOSÉ con las espadas desnudas, tirando palos; ruedan las luces y queda obscuro; las mujeres desmayadas se levantan y se apiñan todas a la izquierda; los hombres huyen, menos RETACO y PEZUÑA.

JUAN. ¡Tunantes, esto quería! *(Palo.)*
PEZUÑA. ¡Pero si yo náa tengo
con ustés!
MUJERES. ¡Ay, que se matan!
TODOS. Huyamos todos adentro. *(Vanse.)*
RETACO. ¡A la guardia! *(Grita, temblando.)*
PEZUÑA. Ésta es la mesa;
aquí debajo me meto,
no venga un palo y me rompa
la cofaina de los sesos. *(Métese.)*
JOSÉ. Juanito, ¿dónde te encuentras?
JUAN. ¿Di qué quieres, compañero?
Aquí estoy.
JOSÉ. Vámonos pronto;
porque, a los gritos, recelo
que venga el rondín.
LOS DOS. Pues vamos.
(Vanse buscando la puerta.)
RETACO. ¡Ay!, que me he roto este hueso
con la mesa; pero a bien
que bajo de ella me puedo
esconder.
(Va a meterse y topa con Pezuña.)
PEZUÑA. ¡Fuera de aquí,
o, vive Dios, que le meto
diez balas en el ombligo!
RETACO. ¡Ay!, que el nido está ya lleno.

Pero éste será un cobarde
como yo. ¡Salga de ahí presto,
o lo mato!

PEZUÑA. ¡Por San Pito,
que estoy sudando de miedo!
¡Retírese, o lo despanzo!

RETACO. Lo ensarto como un buñuelo.
(Salen todos los hombres.)

MATEO. Un farol traen.

JAIME. Será ronda.

LUIS. Los otros se van huyendo.

Salen DON DIEGO y un Mozo con un farol.

DIEGO. ¿Qué es esto? ¿No hay luz aquí?

RETACO. ¡Señor Pezuña!

MATEO. ¿Qué veo? *(Aclara todo.)*
¡Un hombre como un trinquete
está escondido! ¿Qué es esto?

PEZUÑA. Como me cansé de estar
toda la noche derecho,
quise doblarme un ratito.

RETACO. Sí, tóo es miedo.

PEZUÑA. ¿Qué miedo,
si el tunante de lo verde
se me escapó de los deos
y se metió tras la mesa?
Yo entonces me agacho; llego;
le echo esta mano a una pierna,
ésta al gaznate, le aprieto,
y le dije: «¡So tunante,
de cariá no te pego

la lengua contra la tierra.
Vete a la calle corriendo.»
Él se levantó temblando;
se fué con sus compañeros,
y yo me queé toavía
tomando un poco el resuello.

JAIME. Se ha portado usted.

PEZUÑA. ¿No dije
que aquí está un hombre derecho?
¿A que no vuelve?

JAIME. Por fin,
¿qué busca usted, caballero?

DIEGO. Llámenme a doña Isabel.

MATEO. Yo discurro que está dentro.
¡Doña Isabel! *(Salen todas.)*

ISABEL. ¿Ya se han ido?

DIEGO. Acérquese usted.

ISABEL. ¿Qué veo?
¡Padrinito de mi alma!

DIEGO. ¿Conque se va usté a bureo
sin decirme nada?

ISABEL. Como
me hizo Petra tantos ruegos...

DIEGO. ¡Qué buena alhaja es usted!

ISABEL. ¿Yo, padrinito?...

DIEGO. Si tengo
quien siga todos sus pasos...
Vamos; tome usted corriendo
la mantilla. Vámonos (1).

ISABEL. Tráela, Roque. *(Vase Roque.)*

---

(1) Este verso corto está igual en varios ejemplares.

JAIME. ¡Estoy ardiendo!
PEZUÑA. No se vayan.
TERESA. Yo no aguardo
un minuto.
PETRA. Ni yo quiero
nada con hombres que dejan
revolcarse como un perro
a una señora de honor.
LUIS. Sírvate, pues, de escarmiento
para no armar otro baile,
pues siempre en tales festejos
todos se divierten, mientras
rabia el que larga el dinero.
JAIME. Ya lo sé para otra vez.
PEDRO. Pues a tomar los sombreros.
PEZUÑA. Vamos; y ninguno tema;
que va aquí un hombre derecho.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonen sus muchos yerros.

FIN

LA BODA DEL MUNDO NUEVO

SAINETE

PERSONAS

Doña Josefa.
Don Alejo.
Don Mateo.
Rafaela, maja, novia.
Pechuga, majo, novio.
Anastasia, madrina.
Pepa, amiga de Rafaela.
Juana.
Juanillo Rabón, amigo antiguo de Rafaela.
Mariano, amigo de Juanillo.
Tolondrón, aprendiz de Pechuga.
Majas.
Majos.
Sillero.

LA BODA DEL MUNDO NUEVO

Casa pobre. Salen PEPA y ANASTASIA.

ANAST. ¿Qué tal me está este monillo?
PEPA. Parece que te lo han hecho
a tu medida.
ANAST. Si Juana
tiene el mismísimo cuerpo...
PEPA. Apuesto yo que en la boda
no hay un vestido más bueno
que el tuyo.
ANAST. Soy la madrina,
y es preciso echar el resto.
PEPA. Y la novia, ¿qué se pone?
ANAST. Le han prestado uno de aquellos (1)
sacos de cola que tienen
el talle junto al pescuezo.
PEPA. Pero ¿quién se lo ha prestado?
ANAST. Se lo pidió a don Mateo,
mayordomo de un señor

(1) En la Colección de Castro dice: «Uno le han puesto de aquellos.»

mayorazgo; y ahora mesmo
viene la novia a vestirse
para salir de aquí luego
en silla e manos.

PEPA. ¡Jesús!
¡Qué profaniá!

ANAST. El sujeto
es su protector, y quiere
que vaya con lucimiento
al baile.

TOLOND. *(Sale con el vestido en un pañuelo.)*
Aquí está la ropa.

ANAST. No manosees el pañuelo,
cara de dogo; que tienes
llenos de tizne los dedos.

TOLOND. ¡Toma! Si estoy en la fragua
manejando siempre hierro...

ANAST. ¿Y la novia?

TOLOND. Hacia acá viene;
pero ¡si viera usté al perro
del novio qué chupa trae;
qué calzón de terciopelo!
¡Vaya, es un pasmo! Alredor
no se ven más que fideos
de plata y oro; y las cintas
de los hombros van haciendo
acá y allá respinguitos
como orejas de conejo.
Si es preciso que a su amo
le costase muchos pesos.

ANAST. ¿Conque no es suyo el vestido?

TOLOND. Se lo prestó un caballero.

¡Toma! El oro es contrabando
en casa de los herreros.

Salen RAFAELA con un corpiño, en mangas de camisa,
y PECHUGA de majo rico.

PECHUGA. Señá madrina, a la orden.
RAFAELA. Ya me estaba deshaciendo
por venir, pero la loca
de Rosilla Chupahuesos
me ha entretenido hasta ahora.
ANAST. Pues bien; no perdamos tiempo.
Siéntate; te peinaré. *(La sienta.)*
TOLOND. Y yo, ¿me voy o me quedo?
PECHUGA. Miá, Tolondrón; vete a casa
y haz que esté tóo dispuesto
para el baile.
TOLOND. Pue hasta nunca. *(Vase.)*
PECHUGA. No le corte usté ni un pelo,
señá madrina.
RAFAELA. ¿Pues cómo
se me ha de hacer el enredo
que llevan en las cabezas
las gachís?
PECHUGA. Suelte usted presto
(Le quita el peine.)
el escarpior; verá
cómo le pongo en un verbo
el tustú. *(Le bate el pelo.)*
RAFAELA. ¡Ay, mala hora;
que me arrancas el pellejo!
PECHUGA. Aguanta; maldita seas;

que te he poner como un perro
lamío.

RAFAELA. Mas, si me tiras...

ANAST. Mujer, trágate el resuello.

RAFAELA. ¿Y esto sufren las usías
por salir a los paseos
con la cabeza lo mismo
que una esponja? ¡Ay, que no quiero
padecer, porque me vean
con pasas como los negros!

PECHUGA. Traiga usted la cal, madrina.

ANAST. ¿Y con qué se la echaremos?

PECHUGA. ¿Hay estopa?

ANAST. No.

PECHUGA. Pues meta
la mano en un agujero
del colchón, y traiga lana,
que es lo mesmo.

ANAST. Voy corriendo. *(Vase.)*

PECHUGA. ¡Qué jermosa está mi mona!
¡Toma que toma, salero
de las sales!

RAFAELA. No te vengas
con jonjanas, cara e muerto.

Sale ANASTASIA con una poca de lana, una caja con polvos y un pedazo de espejo.

ANAST. Tome usted la lana.

PECHUGA. Ahora
verás qué mano de yeso
llevas. ¡Cuchuchú, chu, chu!
(Canta, y al compás echa los polvos.)

¡Ay cuchichí!

RAFAELA. Ya está bueno;
que no quiero más jarina.

PECHUGA. Toma el pedazo de espejo.

RAFAELA. ¡Ay qué cara, Santa Rita!
¡Vaya, vaya; si parezco
una mula de tahona!
¡Y que paguen peluquero
las gachís! ¡Ay!, mala hora
las coja con estos pelos.

PECHUGA. Calla, mujer; si pareces
una Generala.

ANAST. Presto;
(Saca un vestido del pañuelo.)
vamos a vestirte.

RAFAELA. Mira
qué rico está este manteo.

PECHUGA. ¿A que lo meto en la fragua?

RAFAELA. Calla hombre, que su dueño
nos sacaría los ojos.
¿Y qué se pone primero,
esta cola o estas naguas?

ANAST. El diablo que entienda esto.

RAFAELA. Y este parche con tres picos *(Por el peto.)*
¿dónde se pega?

PECHUGA. Yo creo
que eso se pone en la frente
como gorra e Granadero.

RAFAELA. Si viniera la tía Curra
nos explicara este enredo,
porque como su sobrina
topó con un caballero

que la quitó de vender
caracoles, y la ha puesto
una casa en el cogollo
de la ciudad, yo me pienso
que ya la tía sabrá
manejar estos trebejos.

PECHUGA. Pues bien; yo voy a buscarla.
(Sale don Mateo.)
Adiós, señor don Mateo.

MATEO. ¿Adónde vais tan de prisa?

PECHUGA. Como acá no estamos hechos
a manejar garambainas,
iba yo por un sujeto
que vistiese a Rafaela.

MATEO. Vaya, que no puedo menos
de reirme. El guardapiés
debe ponerse primero,
luego la falda, después
se le prende bien el peto;
¡miren qué dificultad!

RAFAELA. ¿He sido yo en algún tiempo
señora, para saber
amortajarme, salero?
No nos faltaba otra cosa
sino que vengáis riñendo. *(Gritando.)*

PECHUGA. Mujer, que es tu protector
el señor; ten mejor genio.

ANAST. Vaya, cállate esa boca,
que las dos te vestiremos.

PECHUGA. Señor protector, ¿qué tal
está el vestido?

MATEO. Muy bueno.

¿Y por fin dónde es el baile?

PECHUGA. En casa de Juan Anzuelos,
que tiene una hermosa sala
con más de dos mil muñecos
pintados, y unos sillones
como camas. ¡Qué, si al verlos
dan ganas de revolcarse!
Ya se ve; tiene un sujeto
que le arría mucha plata.
Así se pasea el perro
del marido; aquélla sí
que es conveniencia.

MATEO. Veremos
qué tal dispones la cosa.

PECHUGA. Esta mañana, al momento
que el cura nos despachó,
fuí a venderle a un cocinero
un candil, un asador
y unas parrillas; con esto
me avié; pero me falta
comprar vino pa el refresco,
bizcochos y otras cosillas;
conque señor...

MATEO. Yo no tengo,
hasta que nos manden plata
de Amsterdam.

PECHUGA. Pues yo reniego
de Rastán. ¿Qué tierra es ésa
que nunca llega el dinero?

SILLERO. *(Saliendo.)* La silla.

MATEO. Váyanse pronto.

RAFAELA. ¿Y usted no viene, salero?

MATEO. Me están esperando en casa,
pero yo despacho presto.
RAFAELA. Míe que no bailo el zorongo
hasta que vaya.
MATEO. Prometo
no tardar.
PECHUGA. Mi protector;
llévese usted, por San Pedro,
algunos parneses.
MATEO. Bien.
PECHUGA. Cuidado, que el casamiento
ha hecho mucho rüido
en la ciudad, y tendremos
señores de pierna tiesa
esta noche en el jaleo.
MATEO. ¿Y eso qué importa?
PECHUGA. Remucho;
que todo el barrio está impuesto
en que es usté el protector
de nuestra boda; y si luego
se van con la boca seca,
mañana con los panderos
cantarán el cachirulo
del usía cicatero.
MATEO. Ya digo que iré al instante,
y allí despacio hablaremos. *(Vase.)*
PECHUGA. Vamos, mujer, que te aguarda
ese señor silletero
con el armario a la puerta.
ANAST. Trae las mantillas corriendo...
(Vase Pepa y vuelve con las mantillas.)
RAFAELA. Vaya; si con esta cola

me parezco a un trompetero.
PECHUGA. No digas eso, que yo
casi te tengo respeto
de verte con la figura
de Marquesa.
ANAST. Ea, marchemos.
TODOS. ¡Ay zoro, zoro, zorongo!
PECHUGA. Que vivan los cuerpos buenos.

Vanse cantando el zorongo y tocando las palmas. Calle corta con puerta a la izquierda. Es de noche. Salen JUANILLO RABÓN, MARIANO y todos los MAJOS; dentro tocan una guitarra.

JUANILLO. Ea; que ya se ha empezado.
MARIANO. Pues vamos, y llamaremos. *(Llaman.)*
TOLOND. *(Dentro.)* ¿Quién es?
MARIANO. Abre, Tolondrón.
TOLOND. Diga usted quién es, primero.
MARIANO. Señor Juanico el Rabón.
(Sale Tolondrón a la ventana.)
TOLOND. Señor Juanico, no pueo
abrirle porque los novios
aun no han venido.
JUANILLO. Embustero;
si estaban tocando el ole...
TOLOND. Era Antoñillo el Camello,
que templaba la guitarra.
JUANILLO. ¿Conque no abres?
TOLOND. Si tengo
impedimento del novio...
JUANILLO. Mira, pillo; en otro tiempo,
cuando traté con la novia,

me hablabas como un cordero.
TOLOND. Eso es mentira.
JUANILLO. Tunante;
¿conque ahora dices que miento?
¿No te acuerdas, endinote,
que te has tirado más medios
con mi plata que morcillas
ha hecho tu madre?
MARIANO. So feo;
abre la puerta, o te tiro
una pedrada.
TOLOND. No quiero;
no quiero abrir; tunantones. *(Cierra.)*
JUANILLO. Mira, hocico de poenco...
MARIANO. Oyes, Rabón; ¿quieres ver
cómo se acaba el festejo
en risa?
JUANILLO. Yo me alegrara;
porque sabe todo el pueblo
que ha sido la Rafaela
mi compinche; y a lo menos
quisiera, ya que se casa
con Pechuga, que el jaleo
se volviese una Guinea.
MARIANO. Pues ahora mismo el cochero
del Mayorazgo me ha dicho
que ese señor don Mateo,
que suda para la boda,
ha tomado, sin saberlo
la señora, un gran vestido
de la señorita.
JUANILLO. ¡Bueno!;

¿conque viene de prestado
la novia?

MARIANO. Sí; y ahora mesmo
voy a hacer una diablura.

JUANILLO. Dime, ¿qué piensas?

MARIANO. No quiero
decirlo hasta que lo veas.
Aguarda, que pronto vuelvo. *(Vase.)*

JUANILLO. Camaráas; ésta es la novia;
mucha burla y no haya miedo,
que aquí está Rabón.

Salen RAFAELA en la silla; PEPA y ANASTASIA, y PECHUGA delante, alumbrando.

MAJOS. ¡Que viva
la usía en feria! *(Empiezan a silbar.)*

RAFAELA. ¿Qué es esto?
(Sale de la silla; llama Pechuga; y abre Tolondrón.)
¿Quién ha traído a mi puerta
tanto pillo? Llama presto.

TODOS. ¡Que sale su señoría! *(Silbando.)*

PECHUGA. Que se porta el Matadero
conmigo. Viva la tuna.

RAFAELA. Hijos, a robar pañuelos;
que ya es tarde.

ANAST. Mujer, entra
y no hables con chuchumecos. *(Vase.)*

TOLOND. *(Saliendo.)* Pues no; como agarre un moco
de la fragua...

PECHUGA. Vete adentro.
con ese hachón.

TOLOND. ¡No, caramba!
Tolondrón no aguanta juegos. *(Vase.)*
JUANILLO. ¿Oyes, Pechuga?
PECHUGA. Rabón:
hombre, ¿te estás divirtiendo
con mi novia?
JUANILLO. ¿Quiés callarte?
Conque ahora mismo llego
con los amigos...
PECHUGA. ¿Qué quieres?
JUANILLO. ¿Qué he de querer? Entrar dentro
y bailar el cachirulo,
el fandango o el bolero.
PECHUGA. Mira, Rabón, yo podía
decir que no, porque tengo
mis motivos.
JUANILLO. ¿Qué motivos?
PECHUGA. Sonsoniche, y no gritemos.
¡Ay, quién tuviera una boca
de vidrio! Pero no quiero
que los camaradas sepan
por mi lengua los enredos
que has tenido con la novia.
JUANILLO. Hombre, ya pasó ese tiempo;
la gente que sabe, nunca
escucha chismes ni cuentos.
PECHUGA. Es que tengo al corazón
pegados los cinco dedos
que le plantaste en la cara
a Rafaela.
JUANILLO. Callemos;
que yo sé lo que me hice.

PECHUGA. Si yo sé todo el suceso.
Tú no te querías casar;
confiésalo.
JUANILLO. Lo confieso.
PECHUGA. Pues bien; la otra te dijo:
«Rabón, tú huyes el cuerpo
al casorio; y, así, mira
que buscaré mi remedio.»
Entonces la sacudiste
con la manopla en los medios
de la cara... ¡Ay, carambita,
si hubiera entrado a ese tiempo!
¿Qué hemos de hacer? Se empeñó
aquel día un caballero
en atrancarme, y estaba
dando gusto.
JUANILLO. Deja eso,
y dime con claridad
si entro en el baile o no entro.
PECHUGA. Te dejo entrar, por que veas
que, gracias a Dios, la tengo
como una imagen; mas yo,
aunque pobre, ya estás viendo,
me porto como un Marqués
así que llega un empeño.
JUANILLO. Haces muy bien.
MAJOS. ¿Y nosotros?
PECHUGA. El que quiera que entre dentro,
y todos refrescarán,
porque el aljibe está lleno.
(Vanse por la puerta.)

Salón con sillas y mesa: RAFAELA, ANASTASIA, JUANA y MAJAS.

JUANA. Rafaela; como novia,
debes sentarte aquí en medio.
RAFAELA. Madrina; con dos mil santos,
diga usted adónde meto
esta cola de pandorga
con que ca instante me enredo.
ANAST. ¿Quieres que te la pongamos
hilvanada en el pescuezo?
RAFAELA. No, no, que pareceré
niño que lleva el culero
levantado.
JUANA. Estáte quieta,
y no barrerás el suelo.

Sale PECHUGA con JUANILLO, MATEO y MAJOS.

PECHUGA. Vaya, señores, sentarse,
que hasta que venga un sujeto
no se baila.
JUANILLO. Rafaelita,
me alegro de tus aumentos,
y Dios quiera que los goces
mil años, con el contento
de ver catorce muchachos
gateando por el suelo.
RAFAELA. Lo estimo.
PECHUGA. No te despolves,
mujer, que no hay peluquero

en el barrio.

RAFAELA. Me ha hecho hoyo
la peluca. ¿Habrá trapiento
como éste?

ANAST. ¡Ay! ¡Qué calor
hace, mujer! Yo me quemo.

PEPA. Yo estoy rabiando de sed.

PECHUGA. Tolondrón, saca refresco.

TOLOND. *(Dentro.)* Ya voy allá.

RAFAELA. ¡Qué coraje
tendrá Juanillo de vernos
tan llenos de relumbrones!

ANAST. Pues que se rompa los sesos
contra un canto.

TOLOND. *(Sale con frascos.)* Aquí está ya.

PECHUGA. A la madrina, primero.
(Da de beber a Anastasia; y luego pasa la cubeta de mano en mano.)

JUANILLO. Mira, Tolondrón, acaba,
y corre a traerme un medio
de manzanilla.

PECHUGA. En mi casa
ninguno gasta dinero.

JUANILLO. No quiero hacerte ese gasto,
porque ya te ha dado el Cielo
obligaciones, y tú
no eres ningún caballero.

PECHUGA. Rabón, lo que a mí me sobra
son parneses. Eh, sin miedo
bebe ese frasco; que a bien
que hay otros seis allá dentro.

MATEO. *(Saliendo.)* Señores, muy buenas noches.

PECHUGA. Señor protector...
MATEO. ¿Qué es esto?
¿No se baila?
PECHUGA. No, señor;
nadie menea los huesos
hasta que usted no lo mande.
MATEO. Pues bien; comience el jaleo.
TOLOND. ¿Quién quié caldo?
PECHUGA. Ve otra vez
a llenarlo, ¡so fideo! *(Vase Tolondrón.)*
RAFAELA. Don Mateo, venga usted
a sentarse.
MATEO. Aquí hay asiento.
PECHUGA. No, señor; entre la novia
y su madrina. ¿Hay aquéllo? *(Al oído.)*
MATEO. ¿Qué es aquéllo?
PECHUGA. Un par de estronques,
porque en la sala hay sujeto
que no viene más que a oler;
y si no les doy veneno,
mañana andará mi honra
por las tabernas hediendo.
MATEO. Estoy esperando al mozo
con unos cincuēnta pesos. *(Se sienta.)*
PECHUGA. ¿Si será mi protector
judío? Siempre está lleno
de esperanza; y entretanto
se divierte, y yo reniego.
¡Tolondrón!
TOLOND. *(Saliendo.)* ¿Qué quiere usted?
PECHUGA. Trae otra luz; que ya esto
se va a empezar.

TOLOND. Ya está puesta
la mecha; pronto la enciendo. *(Vase.)*

MATEO. ¿Querrás bailar, mona mía,
un minuet?

RAFAELA. Yo no entiendo
de arrastraderos de pies;
mándeme poner el cuerpo
como la sota de bastos
y verá cuál lo meneo.

MATEO. Voy a bailar el zorongo
por darte gusto.

RAFAELA. ¿Qué hacemos?
Al avío, que ya estoy
en punto de caramelo.
(Pega un brinco Rafaela, recogiéndose la cola; y don Mateo se levanta.)

PECHUGA. ¡Ay, que va mi protector
a bailar! Este instrumento
(Toma la guitarra y da vueltas.)
¿quién le toca? Juan Rabón,
vaya, menea los dedos.
(Le da la guitarra.)

JUANILLO. Yo no toco a los usías.

PECHUGA. Ni se ha menester; camello,
cencerréame este mueble.

Baila RAFAELA el zorongo; y después sale TOLONDRÓN con un candil, corriendo, tropieza con PECHUGA y se le cae de la mano.

TOLOND. Diga usté, ¿dónde le cuelgo?

PECHUGA. ¿Qué has hecho, cara de sable?
¡Cuál me has puesto el terciopelo,

de aceite! ¡Ay Virgen del Carmen,
que me ha perdido este perro!

TOLOND. Si yo entraba encandilado
y su mercé estaba en medio,
¿puedo remediarlo?

PECHUGA. Endino;
si no haces nada bueno.
¡Que no me hubiera llevado
el condenado más feo
cuando yo te recibí
de aprendiz! ¿No miran esto?
Si hay aceite pa freirme.
¡Ay mi protector; que el dueño
vendrá al baile!...

RAFAELA. Quítate
la chupa; y venga corriendo
una poca de harina
para que se empape.

PECHUGA. Presto;
tráela, maldito.

TOLOND. Ya voy. *(Vase.)*

PECHUGA. Si no se limpia, me meto
en San Antonio.

RAFAELA. No digas
esas cosas, pues tenemos
un protector que nos valga.

JUANILLO. Vaya, Pechuga, ten pecho,
y confía en el señor.

MATEO. Si no me pide dinero. *(Aparte.)*

TOLOND. *(Sale con un migajón de pan aparentando que es harina.)*
Aquí hay harina.

RAFAELA. Pues trae.
ANAST. Mujer, dale con salero.
(Entre todos tienen la chupa.)
RAFAELA. Vaya, ¿quieres que la rompa?
PECHUGA. ¡A ver si sale! ¿Qué veo?
(Refriega con el pan.)
¡Virgen de la Soledad;
que peor se va poniendo!
¡Ay, que me ahorco esta noche!
RAFAELA. Madrina, déle usted recio.
PECHUGA. Don Mateo; usté es mi padre;
si no me ampara, amanezco
en medio de dos señores
de bolsa y futraque negro.
ALEJO. *(Saliendo.)* Buenas noches.
PECHUGA. ¡Que es el amo
de la chupa!
ALEJO. ¿Qué, qué es eso?
(Rafaela quiere esconderla, y él lo repara.)
¿Por qué guarda usted mi chupa?
JUANILLO. Ahora sí que me divierto.
PECHUGA. Mire usted, señor, los mengues
es preciso que anden sueltos.
Ese diablo que usted ve
con esa jeta de negro
descolorido, me dió
con el candililllo un beso
por la espalda... ¡Mala hora;
al primer moro te vendo
mañana!
TOLOND. ¿Tengo la culpa
de que usted se ponga en medio?

ALEJO. A ver la chupa.
PECHUGA. Míe usted;
para limpiarla la he puesto
una poca de harina. *(Se la enseña.)*
ALEJO. ¡Ay, cuál está el terciopelo!
Eres un bruto, un salvaje;
pero yo la culpa tengo
de prestar a estos bribones
mis vestidos; al momento
vete desnudando.
PECHUGA. Vaya,
que no ha de salir con eso
la mancha: espérese usted
a que se acabe el jaleo.
ALEJO. Yo no me aguardo.
RAFAELA. Señor,
¿ha e bailar este hombre en cueros?
¡Qué súpito que es usted!
¡Miren cuántos aspavientos
para una mancha lo mismo
que un realillo!
ALEJO. No juguemos.
Ya que pierdo mi vestido,
quiero despojarlo; quiero...
PECHUGA. Vaya, señor protector;
en este apuro, ¿qué haremos?
MATEO. ¿Qué se ha de hacer? Desnudarse.
PECHUGA. ¡Ay, que nos va protegiendo
con mucha gracia!
RAFAELA. Caramba;
que es usted, para un empeño,
como una rosa.

JOSEFA. *(Saliendo.)* Señores,
buenas noches. Di, Mateo:
¿es posible que mis prendas
sirvan a tus devaneos,
sin mirar que soy tu esposa
y que ya sufrir no puedo
tus insolencias?

MATEO. Pepita,
éste es un divertimiento
que no te ofende, pues yo...

JOSEFA. Muy bien. Después hablaremos.
Vaya, desnúdese usté.

PECHUGA. Señor protector, ¿qué es esto?
¡Ay, ay, ay!, que hemos quedado
como lo que somos: feos.

RAFAELA. Lució usted como quien es.
¡Qué gusto, que se me ha vuelto
mi boda una encamisada!

PECHUGA. ¡Qué tempranito me acuesto!
Mujer; vaya, que procuran
cuidarnos los caballeros.

MATEO. Si yo supiera el indino
que fué con el soplo, creo
que le había...

MARIANO. *(Saliendo.)* Mire usté,
yo soy ése; ¿y qué tenemos?

JUANILLO. Y yo, si el otro no basta.

PECHUGA. Ea, que está el Matadero
en mi casa.

MATEO. De manera
que eso no ha sido bien hecho.

JUANILLO. Pues se hizo por que vea

esa mujer que el sujeto
por quien a mí me ha dejado
vale tres cuartos y medio
en buena moneda.

PECHUGA. Mira,
no vengas con quebraderos
de cabeza. Marcha pronto;
que te atuse el tío Conejo.

JUANILLO. Si eres un descamisao...

PECHUGA. Miren ustés el sujeto
que habla; y está manejando
tripas en el Matadero.
¡Puf, qué asco!

RAFAELA. Dice bien
el Rabón. Ya voy yo viendo
que he tenido muy mal gusto.
Me ahorco si no te entierro.

JOSEFA. Vaya, prontito; el vestido.

ANAST. Tenga usté un poco de pecho.

RAFAELA. Ea, que no tengo sarna,
ni se rezuma mi cuerpo
como alcarraza. ¡Jesús!,
que con cuatro trapos viejos
se imaginan ya Marquesas
estas gentes. ¡Ahí va eso!

ALEJO. Vaya; los calzones fuera.

PECHUGA. ¿Y que me quede lo mesmo
que un perro chino? Señor,
mire que, aunque soy moreno,
se me mudan los colores.
Venga usté a casa, salero;
y me pondré los de paño.

ALEJO. Pues vamos, que pierdo tiempo.
PECHUGA. Venga mi capa.
RAFAELA. Adiós, Juana.
MAJOS. ¡Que vivan los cuerpos buenos!
PECHUGA. Tunantes, ¿por qué os reís?
¿Porque ha venido su dueño
por la ropa? Pues en Cádiz
muchos lucen con lo ajeno.
RAFAELA. Anda, deja a esos pillastres;
que con estos trapos viejos
seré siempre Rafaela,
la honra del Mundo Nuevo.
TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

LOS CABALLEROS DESAIRADOS

SAINETE

PERSONAS

El Marqués de Campo Claro.
El Conde de Campo Obscuro.
Don Juan.
Doña Isabel, hermana del Marqués
Doña Inés, mujer de D. Juan.
Perico, criado del Marqués.
Tadeo, peluquero.
Curro, torero.
Mariano, majo.
Felipe, criado del Marqués.
Ana, criada de D.ª Isabel.

LOS CABALLEROS DESAIRADOS

Habitación del MARQUÉS, con taburetes, mesa con barajas, botellas, vasos, platos con nueces y queso; una espada torera sobre una silla, y dos cuchillos sobre la mesa; PERICO y FELIPE aparecen, y por la derecha sale TADEO.

TADEO. ¿Se peina el señor don Pedro?
PERICO. Ya saldrá su Señoría;
aguárdese usté un poquito.
TADEO. ¡Hola! ¿Bálsamo de viña:
Pajarete? Con licencia
me enjuagaré las encías. *(Bebe.)*
FELIPE. Buen provecho.
TADEO. ¿Conque queso
y nueces? Una rajita
para que sirva de taco.
MARQUÉS. *(Saliendo.)* Hombre; tú eres una pipa.
TADEO. Nadie como yo maneja
los cubiletes. ¿Usía
se peina?
MARQUÉS. Salgo de majo.
TADEO. ¿Está usía de conquista?
MARQUÉS. Si sabes de alguna moza

que lo merezca...
TADEO. ¡Qué chica
se me ha presentado! Vaya,
es ciertamente bonita.
Mire usía: el cuerpecito
es fino como una higa.
¡Si con dos jemes se puede
abarcar la cinturita!
El pellejo, ¡qué pellejo!,
morenito, pero brilla
lo mismo que si estuviera
charolado; sus dos niñas
son tan vivas, que parece
que han venido de las minas
del azogue; después de eso,
cuando sus patitas pisan
la calle Ancha a las doce,
apuesto que en la bahía
no hay buque más tormentoso.
Ya se ve; si deshollina
con el fleco los balcones,
cuando navega la niña
viento en popa.
MARQUÉS. So tunante;
no vengas con pinturitas
a engañarme.
TADEO. Como soy
peluquero, que en mi vida
he visto más linda moza.
MARQUÉS. Pues bien; le haré una visita.
Ya sabes tú que yo tiro
la plata.

TADEO. ¡Toma! Si usía
sabe gastar el dinero...
¡Y qué caridad! Me admira;
lo menos, menos, conozco
más de ochenta pobrecitas
que, con sus limosnas, echan
boleros en las mantillas.

MARQUÉS. ¡Si yo tengo un corazón
que no puede ver desdichas!

TADEO. Conque ¿volveré a la tarde
para ir a ver a esta ninfa?

MARQUÉS. Por supuesto.

TADEO. Pues ahora
voy en un vuelo a decirla
que no salga. De usía soy... *(Vase.)*
(Al irse tropieza con Mariano, que sale.)

MARIANO. ¡No es mala la cortesía!
El demonio del pendón,
cómo me ha puesto de harina.

MARQUÉS. ¡Ja, ja, ja, ja!

MARIANO. ¡Ciertamente
que es el paso para risa!
Yo no sé cómo permite
que estos muebles cada día
vengan a amasar pasteles
en su cabeza.

MARQUÉS. Daría
mi nobleza y mi caudal
por andar toda la vida
con la capa y la montera,
y un eslabón de seis libras.

MARIANO. Ya se ve; si esos pegotes

revuelven todas las tripas...
MARQUÉS. Ven, y tomarás un trago.
MARIANO. Ese trago venga aprisa.
¿A ver un habano?
MARQUÉS. Toma.
MARIANO. ¿Conque se nos casa usía?
MARQUÉS. ¿Quién te lo ha dicho?
MARIANO. No hay
en el barrio de la Viña
otra noveá.
MARQUÉS. Pues siento
que se publique.
MARIANO. ¿Y qué avispa
le ha picao para hacer
esa gran majadería?
MARQUÉS. Hombre, la razón de estado.
MARIANO. ¿Y es buena la figurita?
MARQUÉS. La verdad, no me da golpe;
porque ¿a quién no le fastidian
esas damas, arrastrando
dos varas de muselina,
más tiesas que un mastelero
y con el talle a la orilla
del cogote? Yo me caso
porque la tal niña es rica,
y un hombre no está boyante;
pero en teniendo yo asidas
las talegas, la señora
irá a visitar amigas,
y nosotros andaremos
de borrasca todo el día.
MARIANO. Muchito; con nuestra gente.

MARQUÉS. La verdad; a mí me hechiza
mil veces más una olla
de caracoles encima
de una cabeza, que cuantos
polvos, plumajes y cintas
se ponen las petimetras.
MARIANO. Bien haya su Señoría,
que tiene gusto.
MARQUÉS. Cabal;
y ahora he mandado a Sevilla
por un maestro de lengua
germana.
MARIANO. ¡Bueno! Y usía
la hablará con mucha gracia.
MARQUÉS. Vaya, di una palabrita.
MARIANO. Pues diga usía conmigo:
Sosnabelar.
MARQUÉS. *(Repitiendo.)* Ya está dicha:
Sosnabelar.
MARIANO. Prajandí,
maripor.
ISABEL. *(Saliendo.)* ¿Qué algarabía
es ésta?
MARQUÉS. Vaya, ¿qué traes?
ISABEL. Ven, y verás a Juanita
qué maja viene.
MARIANO. ¿Quién es?
MARQUÉS. Ésta es una trigueñita
que está enseñándole el ole
a mi hermana.
MARIANO. ¡Buena avispa!
Ya la conozco. ¿Y qué tal

le baila usted?

ISABEL. Soy muy viva.
Mire usted; ya sé poner
levantadas las manitas
y dar vueltas de este modo.

MARIANO. ¡Viva la gracia!

MARQUÉS. Repica
esos pies.

ISABEL. ¿De esta manera?

MARQUÉS. Con más salero.

CURRO. *(Saliendo.)* Madrina,
yo quiero arroz.

ISABEL. Pues chuparse
los dedos a toda prisa,
que ya se acabó.

CURRO. Si acaso,
me iré para que prosiga.

ISABEL. No es eso; sino que el ole,
para gustar, necesita
de una moña; un gran jubón
con treinta varas de cinta
en los hombros; unas naguas
con las alforzas cogidas;
y, por fin, un relicario
lo mismo que una salvilla;
conque amigo, si quisieres
babear, ven otro día
que esté de humor.

CURRO. Pues vendré
aunque sea de rodillas,
para ver empavesado
ese buque.

MARQUÉS. ¿Y qué venida
es ésta? ¿Se ofrece algo?
CURRO. Sólo vengo a ver a usía
y a rogarle que me preste
la torera.
MARQUÉS. En esta silla
está. ¿Matas esta tarde?
CURRO. El sexto toro.
MARQUÉS. Pues mira
que está muy bien enseñada.
Con esta espada, en Lebrija,
maté un toro de diez años
que la tierra se comía.
Me acuerdo que le tendí
la muleta recogida;
pero al citarlo colóse,
y, sin que pudiera huirla,
al tirar la cabezada
me ensartó por la pretina;
yo volé como una pluma;
mas, como una lagartija,
me arrastró el toro; me planto,
y le llamo con más ira...
Yo estaba así en esta acción:
me temblaban las rodillas
de cólera, y los calzones
ya casi se me caían;
toda la gente gritaba:
«¡No se empeñe tanto usía!»
Las mozas, unas lloraban;
a otras daba alferecía.
¡Qué chillidos! ¡Qué accidentes!

Mas, sin dejar la porfía,
gritaba yo: «Embiste, toro.
¡Ah cobarde! ¿Te retiras?
¿Me temes? ¡Entra, tunante!»
En fin; me acomete, brinca;
ensártole la estocada,
pero tan bien dirigida
y con tal fuerza, que fué
preciso en la plaza misma,
para sacarle la espada,
abrirlo por la barriga.

CURRO. Usía se pinta solo.

ISABEL. Si mata bien, mejor pica.
¡Qué gusto que da mirarlo
sobre la jaca tordilla,
metido en el albardón,
con la chaqueta morisca,
su aldabón en la mollera,
y luego su monterilla
con un millón de caireles!
¡Qué! Si hay toro que lo tira
cada instante por saciar
su curiosidad.

MARQUÉS. Mi vida
la he gastado en aprender
a manejar una pica,
y así tengo entre las uñas
todo el arte.

CURRO. ¡Buena hojita!
(Toma la espada.)

MARQUÉS. Ésa fué de un bisabuelo
de mi abuelo, que en Castilla,

en unas fiestas reales,
mató ante el rey Witiza,
y desde entonces quedó
vinculada en la familia.

CURRO. Vaya; es alhaja de gusto.
JUAN. *(Saliendo.)* Mi don Pedro, buenos días.
MARIANO. Don Juan, a tomar un trago.
JUAN. Lo estimo.
ISABEL. Una nuececita.
Vaya, que yo se la doy.
JUAN. Tantos favores me hechizan.
MARQUÉS. ¿Ha visto usté a doña Inés?
JUAN. No la he visto.
MARQUÉS. ¡Qué perdida
está por mí esa mujer!
JUAN. Puede que se engañe usía.
MARQUÉS. ¿Cómo engañarme? Le apuesto
dos onzas a que en el día
queda la boda ajustada.
JUAN. Yo sé que esa señorita
no piensa en casarse.
MARQUÉS. ¡Ya!
¿Querrá ser monja? ¡Qué risa!
¡Toma! En hablando de boda
se tapa al punto la niña
los oídos.
TODOS. ¡Ja, ja, ja!
MARQUÉS. Y ayer cantó una coplilla,
diciendo que los morenos
echan por los ojos chispas.
TODOS. ¡Ja, ja, ja, ja!
MARQUÉS. Y dió un suspiro

que creí que le salían
los hígados por la boca.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

ISABEL. Pues Inesita
no puede hablarle más claro.

MARQUÉS. Pero si a don Juan le pican
los celillos; la verdad...

ISABEL. ¡Válgame Dios, qué malicia!
Mira, para que lo sepas,
te digo que quien suspira
por mis ojos es don Juan.

MARQUÉS. ¡Bueno! ¿Conque Isabelita
lo tiene a usté amartelao?
¿Y cuándo se determina
la boda?

JUAN. Luego que esté
ajustada la de usía.

MARQUÉS. Pues será en breve.

ISABEL. Sí, hermano;
al mal paso darse prisa;
porque estar enamorada
y soltera es la fatiga
mayor; y cada momento
pierdo diez años de vida.

MARQUÉS. Todo queda por mi cuenta.

PERICO. *(Saliendo.)* Señorita, una visita.

ISABEL. ¿Quién es?

PERICO. Doña Inés.

ISABEL. Tu novia.
¿No vienes a divertirla
un ratito?

MARQUÉS. Sí; allá vamos.

JUAN. Voy a hacerle compañía. *(Vase.)*
ISABEL. Aguárdese usted, don Juan.
MARIANO. Que no se va el hombre a Indias.
¿Siempre ha de querer tenerlo
colgado como reliquia?
ISABEL. Mucho; como que lo quiero.
MARIANO. Pues tiene usted, por mi vida,
muy mal gusto.
ISABEL. Calle usted,
que tiene unas orejitas
tan redondas, tan pequeñas,
que parecen clavellinas.
CURRO. Pues ¡que vivan las orejas!
ISABEL. ¡Pobretes! Envidia, envidia.
MARIANO. Vaya, que está enamorada
de todas.
MARQUÉS. Una copita
de Pajarete, y vendréis
a conocer mi costilla.
CURRO. Veremos esa real moza.
MARQUÉS. La verdad, ella es muy fría;
pero tiene unas talegas
tan graciosas, tan bonitas...
MARIANO. Pues brindemos por su plata.
TADEO. *(Saliendo)* Que falta mi personilla.
MARQUÉS. ¿Qué traes aquí, buena maula?
TADEO. Yo pasaba por la esquina,
y el olor del Pajarate
me obligó a subir arriba.
MARIANO. Apártese usté un poquito
con esos polvos.
PERICO. *(Saliendo.)* A usía

pretende hablar un hidalgo
montañés.

MARQUÉS. ¿Qué solicita
ese espantajo? Ese mueble
anda que se descanilla
por casarse con la plata
de doña Inés.

TADEO. ¡Qué avaricia!
Pero usía, ¿por qué ya
no le ha dado una paliza?

CURRO. Echarle abajo una oreja.

MARIANO. Un navajazo en las tripas.

MARQUÉS. Chitito; dile que entre. *(Vase Perico.)*
Ya veréis la tropelía
que se arma.

MARIANO. A bien que aquí estamos.

Se arriman los MAJOS a un lado, el MARQUÉS se sienta en medio del teatro, y sale el CONDE.

CONDE. Tenga usía buenos días.

MARQUÉS. Sea bien venido. Un asiento.
Perico, trae la copilla.
(Enciende un cigarro.)

CURRO. El don Pedro es hombrecito.

MARIANO. ¡Con qué tunantá lo mira!

CONDE. Diga usía: ¿me conoce?

MARQUÉS. Y a mí, ¿me conoce usía?

CONDE. Yo no.

MARQUÉS. Pues ni yo tampoco.

CONDE. Bien; yo traigo quien lo diga.

Mire usía si estas armas
(Saca un escudo pintado.)
son alguna niñería.

MARQUÉS. Esto me parece el arca
de Noé.

CONDE. Pues oiga usía:
sobre este horrendo dragón
que en este cuadro se mira,
mi bisabuelo don Tello
a las batallas salía
antes que hubiese caballos.

MARQUÉS. No es mala caballería;
pero ¿quién se la ensillaba?

CONDE. El demonio. Aquesta encina,
en este cuartel morado,
claramente significa
que en mi casa se cebó
el primer cerdo.

MARQUÉS. Sería
su pariente.

CONDE. No desciendo
de serranos. Aquí arriba
hay un cuervo que es figura
de mi abuelo don García
cuando le sacó los ojos
de una lanzada al rey Pipa.
En fin; todas estas fieras,
insectos y sabandijas,
manifiestan que es del tiempo
del diluvio mi familia.

MARQUÉS. Perico; el árbol. Ahora
verá con quién habla usía.

CURRO. ¡Caramba, que lo ha parado!
MARIANO. El lance está, por mi vida,
bien jugado.
TADEO. Si don Pedro
vale un Perú.
MARIANO. Se las tira
con su padre.
MARQUÉS. Daca, hombre.
Acerque usía la silla.
CONDE. Me parece un cientopiés
el tal árbol.
MARQUÉS. Eche usía
los ojos sobre el papel,
y verá mil maravillas.
La primer raíz del tronco
de mi gran genealogía
fué el valeroso y forzudo
Hércules, el que su vida
la gastó sólo en comerse
cuantos leones había
en el mundo.
CONDE. ¿Por ventura
fué gringo su Señoría?
MARQUÉS. Fué andaluz, según lo dicen
todos los genealogistas.
Mas sigamos: tuvo tres
Herculitos en Mencía,
hija del rey Chuchurumbo,
que son estas tres casillas
que están aquí.
CONDE. Chuchurumbo
reinó, según las noticias,

en el país de las monas.
MARQUÉS. Los autores no lo afirman.
En fin; el mayor de todos,
Tetrarca de Andalucía,
fué el primero que sacó
la moda de las patillas.
CONDE. Pero no hay comparación
con mi preclara y antigua
nobleza.
MARQUÉS. ¿Cómo? ¿Qué dice?
CONDE. Que mis mayores habían
conquistado medio mundo
cuando andaba todavía
Hércules con chichonera.
MARQUÉS. No hable ya más herejías,
que está hablando con don Pedro
de Campo Claro.
CONDE. Y usía
sepa que habla con don Bruno
de Campo Obscuro.
MARQUÉS. Hidalguía
nocturna.
CONDE. No es.
MARQUÉS. Pues será
apellido con neblina.
CURRO. Esto no ha e parar en bien.
TADEO. Yo creo se deshollinan.
MARQUÉS. Pero, vamos, ¿qué pretende?
CONDE. Advertirle que desista
de conquistar la hermosura
de doña Inés.
MARQUÉS. Es muy fina

para gente de montaña.
CONDE. Ésa es ya descortesía,
y sabré vengar mi agravio
si en un pelo se desliza.
MARQUÉS. ¿De qué modo?
CONDE. Haciendo aquí
de su cuerpo anatomía,
para poner su esqueleto
como trofeo en la cima
del morrión de mis armas.
MARQUÉS. ¡Soniche!; ya llegó el día
de dar una campanada.
MARIANO. Aquí hay sangre.
TADEO. Habrá morcillas.
MARQUÉS. ¿Cómo quiere usía reñir?
CONDE. A moquetes.
MARQUÉS. Esa es grilla.
Yo riño con la torera.
CONDE. Pues yo traigo prevenidas
las armas de mis mayores.
Entra, escudero.

Sale CRIADO con lanza, morrión y rodela.

CURRO. Arme usía
la muleta; y que se acerque.
CONDE. ¡Qué celada tan antigua!
Diez siglos habrá que sirve
de nido de golondrinas.
MARQUÉS. Acabe usía de armarse.
CONDE. Dame la lanza; ¡qué fina!;
ha servido de asador

tres siglos en mi cocina
y no tiene ni una mella.
El escudo ya me sirva
de punto en blanco.

MARQUÉS. Pues vamos.

CONDE. Tengo que hacer todavía.
¡Oh vosotros, infanzones
que en la antigua galería
de mi casa os conserváis
entre el humo y la polilla;
vosotros, cuyos bigotes
de tal suerte se ensortijan,
que parecen vuestras caras
una guitarra embutida;
vosotros, favorecedme
en aquesta triste cuita!

MARQUÉS. ¿Es acto de contrición?

CONDE. Don Quijote así lo hacía.

MARQUÉS. Empecemos.

CONDE. Pues al arma.
¡Santiago, y cierra Castilla!
(El Conde enristra la lanza, y el Marqués ha formado una muleta con una capa; le llama presentándole la espada.)

CURRO. Déle usía la estocada
a volapié.

MARQUÉS. Como usía
me presente bien la cruz,
lo abro como una sandía.

CONDE. Antes yo de una lanzada
le echaré por la barriga
el humor.

MARIANO. Por ahí; llamarlo.
MARQUÉS. ¡Que viva la Andalucía!
MARIANO. Con valor.

Salen DOÑA ISABEL, DOÑA INÉS y DON JUAN.

TODOS. ¿Qué ruido es éste?
ISABEL. ¡Ay hermano de mi vida;
que me lo matan!
INÉS. ¿Qué es esto?
CONDE. Esto es, hermosa homicida,
exponerse por tus ojos
a quedar como una criba.
INÉS. ¿Por mis ojos?
MARQUÉS. Sí. señora;
porque el señor solicita
aguarme la boda, y yo
tengo alguna fantasía
en que nadie me dé celos.
CONDE. Doña Inés ha de ser mía.
MARQUÉS. Le tenderé la muleta.
CONDE. Pues el combate prosiga.
MARQUÉS. Está muy bien.
ISABEL. Deteneos.
Vaya por Dios, Inesita;
elige el que te gustare,
y así todo finaliza.
Ya miras tú que mi hermano,
aunque algo feo, respira
majeza por todas partes,
y que el señor tiene pintas

de rinoceronte. Vamos,
no pienses.

CONDE. Usted elija,
porque de no, subirá
nuestra sangre hasta las vigas.

MARQUÉS. Desengañe usté a ese hombre.

INÉS. Hace muchísimos días
que pudiera haber mudado
de pensamiento.

MARQUÉS. ¿Ve usía?

CONDE. ¿Conque desprecia a don Bruno
de Campo Obscuro?

INÉS. Mi amiga
no gusta de obscuridades.

CONDE. ¡Que esta injuria se le diga
a un octavo descendiente
de Túbal! Vaya, la ira
casi me ahoga. ¡Ingratona!
¿Tú desprecias la hidalguía
de un ilustre montañés?
¡Qué rabia! El amor permita
que esas montañas que injurias
se te desplomen encima.

MARQUÉS. Para que el pobre se muera,
venga esa mano, Inesita.

INÉS. También usted se ha engañado
en discurrir que admitía
sus obsequios.

MARQUÉS. ¿Cómo es eso?
¿Pues esa mano no es mía?

INÉS. No, señor, que tiene dueño.

MARQUÉS. Se me ha helado la saliva.

CONDE. Señorita, creo que es
tan feo su Señoría
como yo.
ISABEL. ¡Qué disparate!
Si Inesita está perdida
por mi hermano, ¿no es verdad?
INÉS. No lo imagines, amiga;
jamás le he tenido afecto.
MARQUÉS. ¿Quién logra esa fortunilla?
JUAN. Yo, don Pedro.
MARQUÉS. Don Juanito,
¿usted tiene la osadía
de competirme? Pues sepa
que mientras don Pedro viva
no se ha de casar usted.
JUAN. Y yo se lo ofrezco a usía;
pues ha un año que lo hicimos
en secreto.
CURRO. ¡Qué paliza
le daba yo en este instante!
ISABEL. ¿Conque también me ofendías?
¡Qué alevoso! Ciertamente
que muy fresca quedaría
si no tuviese seis novios.
CONDE. ¿Es alguna compañía
de Granaderos?
ISABEL. Son seis
currutacos que suspiran
por mi belleza: uno blanco,
otro verde, otro mezclilla
y los demás matizados
a la *dernier*.

INÉS. Tú me hechizas
con tus gracias.
ISABEL. Alevosa,
¿cómo tienes osadía
de respirar? ¡Qué traidora!
Prometo desde este día
no tratar con mis iguales.
INÉS. Haces bien, porque es distinta
de tu clase tu conducta.
ISABEL. ¿Conque tú me satirizas?
¡Miren la sierra nevada
cómo revienta de envidia,
porque tengo nombre en Cádiz
de salerosa! Pues hija,
aprende como yo aprendo
el ole y otras cositas.
MARQUÉS. Vaya; estoy desazonado.
Venga la vihuela. Niña,
se ha lucido usted conmigo.
A ver, venga una coplilla.
Airón, ron, ron, ron, ron, ron. *(Canta.)*
TADEO. Yo voy a ver esa ninfa.
CONDE. Y yo a apuntar en mi escudo
un toro y mote que diga:
«Con don Pedro Monteclaro,
que parece una jeringa,
el sin igual Monteobscuro
peleó por su querida.»
ISABEL. Yo me voy a repasar
el zorongo con Juanita.
MARIANO. Y a la Verónica todos
a dar sosiego a las tripas.

Venga usía, y pagará.
MARQUÉS. Vamos a olvidar fatigas.
TODOS. Y aquí concluye la idea;
si os ha gustado, aplaudidla.

FIN

EL CAFÉ DE CÁDIZ

SAINETE

PERSONAS

Curra.
Manolo.
Antonio.
Pepe.
Don Sebastián.
Frasquito.
Don Blas.
Don Judas.
Don Narciso.
Don Pedro.
Martín.
Don Julián.
Pepa.
Un ministro.

EL CAFÉ DE CÁDIZ

La escena representa el patio de un café con puertas y ventanas; las del medio de la fachada del frente corresponden al billar; mesas alrededor y sillas; ANTONIO y PEPE con unas rodillas en las manos.

ANTONIO. Pepillo, prepara tazas;
vamos limpiando las mesas;
arrima sillas.

SEBASTIÁN. *(Saliendo.)* Antonio;
buenas tardes. La *Gaceta*,
café y un vaso de agua.

ANTONIO. Frasquito; la cafetera.

Sale FRASQUITO con la cafetera, y le da la *Gaceta*.

FRASQ. Aquí está.

BLAS. *(Saliendo.)* Don Sebastián,
¿tan temprano en la palestra?

SEBASTIÁN. Como siempre, a buena hora.

BLAS. ¡Antoñito!

ANTONIO. ¿Qué me ordena?

BLAS. Trae la *Gaceta de Leiden*.

ANTONIO. La están leyendo.
BLAS. Pues sea
la de *Lugano*.
ANTONIO. También
está ocupada.
BLAS. ¡Qué pelmas
son estas gentes!
ANTONIO. Señor,
si usted no sabe esas lenguas,
¿para qué las quiere usted?
BLAS. Pero conozco las letras;
y es fuerza, para citarlas,
haber leído siquiera
los títulos.
ANTONIO. Pues así
que acaben vendré con ellas. *(Vase.)*

Sale DON JULIÁN, de abate.

JULIÁN. Buenas tardes.
BLAS. Abatito,
¿cómo vamos de tareas
literarias?
JULIÁN. Ahora escribo
una obrilla muy extensa
que me adquirirá gran fama.
SEBASTIÁN. ¿Y qué es, historia o novela?
JULIÁN. Gramática cuatralingüe,
o preceptos de las lenguas
andaluza, valenciana,
catalana y aun gallega.
BLAS. ¡Amigo, famosa obra!

JULIÁN. Como que, para la empresa,
habrá cincuenta y dos años
que hago apuntes.

BLAS. Esa fecha
estará errada, porque
apenas tendrá usted treinta.

JULIÁN. Es que la empezó mi padre
cuando salió de la escuela,
y se casó por tener
un hijo que la siguiera.

Sale DON NARCISO, Oficial.

ANTONIO. Café, pronto.

NARCISO. Lo he tomado
en casa de la Marquesa
de Torre Verde. Abatito,
¿cómo vas de mozas? ¿Pescas
algo bueno?

JULIÁN. Como es dable;
si no tengo una peseta
desde que soy literato,
y en esta insolente tierra
es un bolsillo de onzas
el amor que más las tienta...

NARCISO. ¡Pobre diablo! Pues ¿por qué
no has seguido mi carrera?
Vieras cómo las mujeres
te pagaban por quererlas.

JULIÁN. Yo serviría contento,
como nunca hubiera guerra.

MARTÍN. *(Saliendo.)* ¡Narcisito!
NARCISO. ¿Qué me quieres?
MARTÍN. ¿Tienes en la faltriquera
la onza que te presté?
NARCISO. ¿La vas a gastar?
MARTÍN. Teresa
me la ha mandado a pedir;
y está aguardando la vieja
en la calle.
NARCISO. Pues no tengo
cosa que huela a moneda.
MARTÍN. ¡Voto al sol! Voime al billar
por ver si la suerte enreda
que con dos duros que tengo
gane otros catorce.
NARCISO. Juega
por los dos; y si perdieres
cárgame el duro a mi cuenta.
MARTÍN. Adiós, adiós.
(Entra por la puerta del frente.)
PEDRO. *(Saliendo.)* Buenas tardes,
caballeros.
BLAS. Un poeta
faltaba tan solamente
para completar la fiesta.
SEBASTIÁN. ¿Hay algunos versos nuevos,
señor don Pedro?
PEDRO. Una bella
octava compuse anoche,
mientras me quité las medias.
SEBASTIÁN. ¿La trae usted?
PEDRO. Sí, señor.

JULIÁN. Oigamos.
BLAS. Todos atiendan.
PEDRO. *(Lee.)* «Vi tus ojos, Clarinda, y al instante
sentí que el corazón me titilaba.»
JULIÁN. Ese término es impropio.
PEDRO. ¿En qué es impropio?
JULIÁN. Usted sepa
que titilar se deriva
de tities, una cierta
casta de micos pequeños
que vienen de las Batuecas;
conque titilar será
hacer monadas y muecas.
PEDRO. ¡Jesús, y qué disparate!
JULIÁN. ¿Cómo disparate? Vea
con quién habla el poetastro.
NARCISO. El abate es un trompeta;
porque muchas señoritas
son unas monas y es fuerza
hablarles en su lenguaje.
JULIÁN. Se concede, si es burlesca
la dicha composición;
si es patética, se niega.
PEDRO. ¿Mas si la etimología
no es ésa?
JULIÁN. ¿Cómo no es ésa?
¿Usted quiere disputar
con quien sabe cuantas lenguas
se formaron en la torre
de Babel?
BLAS. Tenga usted flema
y prosígase la octava.

PEDRO. Pues yo no quiero leerla.
No faltaba ya otra cosa
sino que un abate quiera
criticar mis versos.

JULIÁN. Esos
no son versos, sino berzas.

PEDRO. Por eso usted me los muerde.

SEBASTIÁN. Que nos duele la cabeza.

JUDAS. *(Saliendo.)* Ya vinieron las noticias.

BLAS. Don Judas; aquí hay silletas.

JULIÁN. ¿Qué novedades tenemos?

JUDAS. Muchas son, y todas frescas.

PEDRO. Silencio.

NARCISO. Arrímense todos,
para que no pierdan letra.

JUDAS. El día cinco del pasado
dicen todas las *Gacetas*
que hubo una regia función
en que el gran Dux de Venecia
se desposó con la mar.

JULIÁN. Señor don Judas, advierta
que es mejor decir el mar
y no la mar.

JUDAS. Esta fiesta
pide que sea femenino;
pues entonces no pudiera
casarse el gran Dux, si el mar
fuese aquí macho, y no hembra.

TODOS. Muy bien dicho.

BLAS. Siga usted.

JUDAS. Se sabe por papeletas
que en el Canal de la Mancha

con seis urcas holandesas
tuvo un combate obstinado
la caballería inglesa.

TODOS. ¡Jesús qué bola!

JULIÁN. ¿En el mar
caballería?

BLAS. Si fuera
necesario, yo me atrevo
a poner hasta trincheras.

SEBASTIÁN. ¿De qué suerte?

BLAS. En barcos chatos
o en balsas de vigas gruesas.

JULIÁN. Usted, siempre, con proyectos
nos aturde la cabeza.

BLAS. Todo es posible en habiendo
mucho ingenio y mucha ciencia.

PEDRO. Prosigan las novedades.

JUDAS. Seguro está que yo vuelva
a decir una palabra
en ninguna concurrencia
de incrédulos.

MANOLO. *(Saliendo.)* Sea alabado
el que todo lo menea.

CURRA y PEPA, de majas.

PEDRO. ¿Qué se les ofrece a ustedes?

MANOLO. Queremos en una mesa
tomarnos unos pocillos
de aquesa bebía negra;
ya me entiende usted, café.

FRASQ. Aquí mujeres no entran.

CURRA. Salero, ¿se necesita
despacho para que puean
entrar aquí las mujeres?
PEPA. ¿Es ésta, acaso, la Puerta
del Mar, por donde no pasan
contrabandos?
NARCISO. ¡Qué trigueñas
tan bonitas! Yo me acerco.
PEPE. Señores; yo bien quisiera
en esta ocasión servirlos,
mas no tenemos licencia.
MANOLO. Compadrito, advierta usted
que vienen estas dos hembras
mareadas.
NARCISO. ¿Pues de dónde
viene usted con esas perlas?
MANOLO. Del Puerto.
NARCISO. ¿Con este tiempo?
MANOLO. ¡Si usted supiera las penas
que hemos pasao! Míe usted:
a eso de las doce y media
me dijo el patrón Taranga
que se iba a dar a la vela.
Yo, aunque vi que había Levante,
y que estaba algo revuelta
la mar, como soy así,
se me puso en la mollera
bailar esta noche el ole
en la boda de la Tuerta,
ésa que vende menudo
en la calle de la Higuera.
En fin, que nos embarcamos

sin miedo, que acá no entra;
pero al llegar a la barra,
dijo el viento: «Allá va ésa;
tomen, tomen azuquita»,
y nos echó una salmuera
de arena y agua, que ya
nos corría por las piernas.
Lo bueno es que yo tenía
seis medios en la bodega,
que me aforraban en cobre;
pero la pobre de Pepa
y mi Currita, al instante
nos cambiaron la peseta.
Pues mire usté; aquel fregao
no iba bueno; que en la arena
dimos más de seis culáas;
mas un hombre con linterna
de manzanilla, ve más
que todos cuantos navegan;
y así, plantándome en medio
dije: «Patrón, carga vela;
venga el trinquete a la mura,
y arriba sobre la tierra.»
Entonces de un chicotazo
me tendió cual largo era;
pero cuando desperté,
me hallé puesto en la escalera
del muelle, todo mojado,
mas sin haber visto penas.

NARCISO. ¿Y se le ha pasado a usted
ya el susto?

CURRA. ¡Tengo de piedra

las alas del corazón!
Además, que yo estoy hecha,
siempre que se proporciona,
a correr muchas tormentas.

PEPA. Pero con todo, el café
buen provecho nos hiciera.
Vamos a tomarlo luego.

FRASQ. No se puede; no hay licencia.

CURRA. Siempre dije yo que usted,
con la nariz de corneta,
nos había de tocar
a despacho.

FRASQ. ¡Vamos fuera!
¡Vaya usted a fregar platos,
so muñeco de la feria!

MANOLO. Camaráa; tenga usted pecho,
que no somos gente negra.
Si por plata lo hace usted,
aquí tiene dos pesetas
en cuartos. Venga el café.

NARCISO. Yo pondré remedio; vuela
y llama a tu amo.

FRASQ. Voy. *(Vase.)*

CURRA. ¡Viva la gente de guerra!
En fin, todo se consigue
cuando un buen mozo se empeña.

MANOLO. Sobre que es cosa que pasma
el que un hombre con montera
nunca represente a nadie. *(A Pepe.)*

ANTONIO. *(Saliendo.)* Don Narciso, ¿qué me ordena?

NARCISO. Yo pretendo que a esta gente
se le sirva en lo que quiera.

ANTONIO. Si estamos notificados
y tenemos multa impuesta,
¿qué quiere usted que le haga?
NARCISO. Si acaso ese lance llega,
yo lo pago.
ANTONIO. Bien está.
Pepe, en aquel cuarto hay mesa.
Que suban.
FRASQ. Vengan ustedes.
MANOLO. Padrino; cuando se ofrezca,
pregunte usté allá en la Viña
por Manolo Rompepuerta,
que yo deseo servirlo.
CURRA. ¡Que vivan las charreteras,
que en cualquier empeño saben
servir a todas las hembras!
PEPA. Sobre que es un real mozo.
NARCISO. Morenita, usted me tenga
por suyo.
PEPA. Junto a la Palma
vivimos; cuando usted quiera
tiene silla prevenida.
NARCISO. Yo iré a servirla, mi prenda.
ANTONIO. Vengan ustedes.
MARTÍN. *(Sale con el taco.)* ¡Caramba!
¡Qué lindas mozas! Morena;
viva ese cuerpo con gracia.
CURRA. Aunque es lisonja, se aprecia.
MANOLO. Caballero, caballero,
aquí no ha de haber chanela.
MARTÍN. ¡So tunante!
MUJERES. Manolito,

con usías no te metas.
MANOLO. Deja, y verás al usía
si le abro una faltriquera
en la barriga.
NARCISO. ¡Insolente!
¿Cómo no mira y respeta
los hombres de honor que estamos
delante?
MARTÍN. Narciso; deja
que le dé mil bofetadas.
JULIÁN. A una patrulla, que venga
y lo líe.
MANOLO. Si el señor
fué quien...
NARCISO. No muevas la lengua,
o te doy una estocada.
MANOLO. Pues de suerte y de manera
que ustedes son el cuchillo
y yo la carne: paciencia.
CURRA. Si tú la tienes, yo no;
y estos Condes de comedia
debieran ver que hay mujeres
por medio.
NARCISO. Usted es la estrella
que sólo me ha serenado.
CURRA. ¿Cómo, si anuncio tormenta?
MARTÍN. Yo soy astrólogo, y quiero
observarla de más cerca.
MANOLO. So peluca; con mi Curra
no quiero que haya chanela.
Por vida...
NARCISO. Calle el tunante,

o le mato.

MANOLO. De manera
que ustedes son el cuchillo
y yo la carne.

CURRA. Canela;
que ya me voy encendiendo
como el azufre.

MANOLO. Sosiega;
¿no ves que es gente de honor
con quien hablamos?

CURRA. Que sea.
¿Y qué tenemos? ¡Naranjas!
¿Si será la vez primera
que trato yo con señores
de llave en la faltriquera?

PEPA. Vámonos, Manolo.

MANOLO. Vámonos,
que han lucío las coletas;
ya se ve; cáa gallo canta
en su gallinero. Es fuerza
coserse la boca: agur.

MINISTRO. *(Saliendo.)* Señores, ¿qué bulla es ésta?
¿Pero qué es esto; mujeres?
¿Dónde está el amo? Que venga.

ANTONIO. ¿Qué se ofrece?

MINISTRO. Que se pague
la multa.

ANTONIO. Pero usté advierta
que la compasión de ver
a esta señora indispuesta...

MINISTRO. No hay caridad. Usted debe
guardar las órdenes. Ea;

la multa, pronto.
ANTONIO. *(Al Oficial.)* Dé usted
alguna cosa siquiera;
que yo pondré lo que falte.
NARCISO. Páguela usted toda entera,
que después nos compondremos.
MANOLO. Si es cosa de una peseta,
no tenga usted cortedad.
ANTONIO. Miren qué grande friolera.
Venga usted, señor Ministro.
(Vanse los dos.)
MANOLO. ¡Vaya, que el chavó se precia
de agradecido!
NARCISO. Mi vida;
si quiere usté una muleta,
aquí estoy yo.
MARTÍN. Yo también.
CURRA. Apártese media legua;
que si quisiera compaña
admitiera la fineza
del militar. ¿No ve usted
que esas narices de pera
bergamota sólo sirven
para despabiladeras?
Ea; vaya usted, mi alma,
a que le arropen. ¡Qué perla
es la criatura! Manolo,
vamos tomando la puerta.
MANOLO. Padrino; aunque usté ha sacado
la espada, no tengo queja;
que aunque pobre, soy más noble
que un montañés. Usted tenga

a Manolo por su amigo;
y si me busca en la tienda
del Cañón, hacia esta mano,
junto a la bota tercera,
estaré anclado. Allí mande
todo cuanto guste; y beba
hasta gastar dos arrobas
de jaboncillo en la cuenta.

NARCISO. Yo se lo agradezco. Adiós,
salada.

CURRA. Tenga usted cuenta
con ese niño; y quitadle
esa higuita de madera
de tinteros, porque temo
que le revienten la jeta. (*Vase.*)

MARTÍN. No hago caso de mujeres.

NARCISO. Yo la sigo. Hasta la vuelta.

MARTÍN. Abate, que son las cinco.
¿No vienes a la comedia?

JULIÁN. Vámonos.

TODOS. También nosotros
vamos esta noche a verla.
Y aquí se acaba el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

LA CASA DE VECINDAD

SAINETE

—

PRIMERA PARTE

PERSONAS

Don Simeón, casero.
Don José, administrador de la casa.
Doña Blasa, casera.
Doña Clelia.
Pepa, mujer de Curro.
Juana, hija de tía María.
Teresa, mujer de Andrés.
Tía María.
Curro.
Andrés, ciego.
Pablo, ciego.
Jorge, ciego.
Nicolás, zapatero.
Montañés.
Rondín.
Dos disfrazados.

LA CASA DE VECINDAD

PRIMERA PARTE

La escena es en el patio de una casa de vecindad; en medio un brocal de aljibe; el zapatero tendrá su mesilla a un lado; las puertas de los cuartos, numeradas. Sale TERESA de su cuarto y llega a la puerta de tía MARÍA.

TERESA. Tía María, escuche usted.
TÍA. *(Saliendo.)* ¿Mande usté, señá Teresa?
TERESA. ¿Me hace favor de prestarme
por un rato su cubeta?
TÍA. Voy por ella. *(Se entra.)*
CLELIA. *(Saliendo.)* Buenos días.
TERESA. Dios guarde a usted, doña Clelia.
TÍA. *(Sale con la cubeta.)*
Tome usté; y tenga cuidado
no se desfonde, que es nueva.
TERESA. Está bien.
CLELIA. ¿Saben ustedes
la fiesta que hoy nos espera?
TERESA. Yo no sé nada.
TÍA. Tomemos
un polvito. La cajeta.
TERESA. ¿El de usté es cucarachero? *(A Clelia.)*

CLELIA. Y muy süave. Pues sepan
que hoy se nombra por casero
a don Simeón de las Cuevas.
TÍA. ¿Conque ese gran perdulario
nos ha de mandar?
TERESA. La puerca
de su mujer ¡qué estirada
se pondrá!
TÍA. Ya no se acuerda
de cuando frió pescado
a la puerta de una tienda.
CLELIA. Cuando vivía mi esposo
el Intendente, diversas
veces me encaló la casa
don Simeón.
TÍA. Y el fachenda
se imagina un potentado
porque vende cuatro prendas.
Que entra el Administrador.
JOSÉ. *(Saliendo.)* Señoras; a la obediencia.
TODAS. Dios guarde a usted.
JOSÉ. ¡Doña Blasa!
BLASA. *(Saliendo.)*
¿Qué manda usté?
JOSÉ. Que ahora venga
don Simeón; y con eso
haré aquella diligencia.
BLASA. Está poniéndose el fraque.
¡Simeón!
SIMEÓN. *(Saliendo.)* ¿Quién simeonea?
JOSÉ. Yo soy.
SIMEÓN. Señor don José,

entre usted.

JOSÉ. Vengo de priesa.
Llame usted a los vecinos.

SIMEÓN. Vecinos; salgan afuera,
que está el Administrador
esperando.

NICOLÁS. *(Saliendo.)* ¿Quién vocea?

JUANA. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto, madre?

TÍA. Que hay
nombramiento de casera.

JOSÉ. Desde hoy conocerán todos
a don Simeón de Cuevas
por casero; pues en vista
de su honradez y prudencia,
no hay duda conservará
la quietud que se desea.

SIMEÓN. ¡Oh! Todo andará derecho;
y si no, justicia seca.

TÍA. ¿Has visto cómo se ha hinchado?

JUANA. ¡El demonio del fachenda!

SIMEÓN. ¿Las llaves?

JOSÉ. ¿En dónde están?

CLELIA. Yo tengo la de la puerta;
tome usted. (*Se la da.*)

SIMEÓN. ¿La del aljibe?

TERESA. En sacando esta cubeta
se la daré.

SIMEÓN. Venga acá;
que esta ceremonia es fuerza.

NICOLÁS. Yo pensé que era otra cosa
la llamada. *(Se sienta a trabajar.)*

JOSÉ. Ustedes tengan (*A Simeón.*)

buen modo con los vecinos,
y cuiden que las viviendas
no se atrasen.

BLASA. Yo me encargo
de semejante tarea.

JOSÉ. Bien. Adiós, don Simeón.

SIMEÓN. Si usté un instante se espera,
le haremos ahora un pocillo
de chocolate.

JOSÉ. Se aprecia.
Adiós, adiós. *(Vase.)*

TÍA. Vamos, hija,
que se acabó la comedia.

TERESA. Yo después sacaré el agua.

CLELIA. Adiós, Nicolás. *(Vase.)*

NICOLÁS. Mi prenda;
sepa usted que la requiero.

SIMEÓN. Sácame, Blasa, aquí fuera
el sillón, porque es preciso
ver los que salen y entran.

BLASA. Voy por él. *(Vase.)*

SIMEÓN. Los espejuelos
me pondré; porque hay culebras
que se mudan el pellejo,
y en un volver de cabeza
se escurren como una anguila
por las rajas de las puertas.

BLASA. *(Sale con un sillón de brazos.)*
Siéntate, hijito.

SIMEÓN. ¡Gran silla!
Me imagino en la eminencia
de la torre de Recaño

viendo si descubro vela.
BLASA. Llama si descubres algo,
que yo también soy casera. *(Vase.)*

Sale de su cuarto ANDRÉS, ciego, con libros y papeles.

ANDRÉS. ¿Dónde está el casero nuevo?
SIMEÓN. Aquí estoy de residencia.
Diga usted qué se le ofrece.
ANDRÉS. Darle a usted la enhorabuena.
Por fin gobierna la casa
un sujeto que nos pueda
valer en algo.
SIMEÓN. Así es;
como que tuve una mesa
en las losas de Cabildo,
y mientras duró la guerra
manejaba de la escuadra
todas las correspondencias.
ANDRÉS. ¡Qué cosas sabrá usted!
SIMEÓN. Yo
confesaba a las solteras,
casadas y otras mujeres
que no supe lo que eran.
ANDRÉS. ¡Válgame Dios!
SIMEÓN. Y por fin,
¿qué se lleva ahora de venta?
ANDRÉS. La Cueva de San Patricio,
el Trisagio, la Gaceta,
la Ordenanza Currutaca,
y otras cuantas frioleras.

SIMEÓN. Me alegro.
ANDRÉS. Don Simeón,
ordene usted cuanto quiera. *(Vase.)*
SIMEÓN. Vaya usted con Dios.
TERESA. *(Saliendo.)* Vecino,
¿me echará usté una puntera
en este zapato?
NICOLÁS. Mucho;
aunque sea una docena;
sobre que quiero labrar
su voluntad.
TERESA. Una pera
he de regalarle a usted.
Vaya usted luego por ella.
SIMEÓN. Niña; no acercarse tanto,
porque el cerote se pega.
TERESA. Si vengo a que me remiende
un zapato...
SIMEÓN. Enhorabuena;
pero se debe hablar alto,
para que todos lo entiendan.
¡Qué flujo tienen de oler
los resuellos estas hembras,
sin mirar que por las bocas
entran muchas epidemias!
BLASA. *(Saliendo.)* ¿Qué ha sucedido?
SIMEÓN. Esa niña,
que se picó con la lezna;
y le digo que no juegue
con armas punzantes.
BLASA. Ea;
retírese usté a su cuarto.

TERESA. No le respondo dos frescas,
porque no estoy para riñas. *(Vase.)*

NICOLÁS. Pecho, señora casera;
que ahora empieza usté a vivir
y camina muy de priesa.

SIMEÓN. Éntrate a fregar los platos.

BLASA. Ya sabré poner enmienda.
¿Cuchicheos? Yo les juro
que sueñen con la casera.

CURRO. *(Sale de tuno.)*
Dios guarde a usted.

SIMEÓN. Chis, mocito.

CURRO. ¿Qué se le ofrece a usted, prenda?

SIMEÓN. ¿A quién busca?

CURRO. A usted no es.

SIMEÓN. ¿Pues a quién? Dé usted respuesta.

CURRO. ¿Es usted pesquisior?

SIMEÓN. Soy el casero.

CURRO. ¡Canela;
qué casero tan decente
ha echado la casa esta!

SIMEÓN. Se lo estimo; pero al grano.

CURRO. Pues, caballero, usted sepa
que soy el novio de Juana
la Choncha.

SIMEÓN. Sea enhorabuena.
Usted pretende ser útil
a la patria. ¡Qué culebra! *(Aparte.)*
Pues amigo, en esta casa
ya todas son Recoletas
y no reciben visitas.

CURRO. De suerte es, y de manera,

que las casas se han labrado
para entrar gentes en ellas.

SIMEÓN. Eso es conforme.

CURRO. A los hombres
que entramos por cosa buena
no se les pone reparo.

SIMEÓN. Yo lo pongo, porque en ésta
y otras casas las mocitas
en todo el día no cesan:
«Daca el novio, toma el novio»,
y anda la marimorena.

CURRO. Mire usted que yo...

Salen tía MARÍA y JUANA.

TÍA. ¿Quién grita?

JUANA. Currillo, ¿por qué no entras?

BLASA. *(Saliendo.)*
¿Quién ha de entrar?

SIMEÓN. Este mozo,
que quiere se le conceda
el pasaporte de novio.

BLASA. No hay novios que valgan, ea;
y no quiero ver fantasmas;
que me asusto.

TÍA. Mi casera;
ya ve usted que las muchachas
no se han de quedar doncellas.

JUANA. ¡Canastos con doña Blasa!
A fe que cuando soltera
le gustaría tener
dos dedos de su silleta

al señor don Simeón.
CURRO. Eso es regular; cualquiera
que tiene un novio, si puede
cuchichear a la oreja,
jamás se vale de cartas,
a riesgo de que se pierdan.
BLASA. Yo no entraré por ahí.
SIMEÓN. Pensémoslo con prudencia.
Considera, doña Blasa,
que a cada momento hay guerra,
y que es menester soldados
y marineros.
BLASA. Es fuerza,
ya lo veo; mas también
no debían las mozuelas
estar, mientras no se casan,
jugando con las monteras.
SIMEÓN. Yo pondré, en esto, remedio.
Señores, sirva de regla.
Desde este día el brocal
del aljibe es la palestra
de los novios; desde allí
hagan gestitos y señas,
porque cosa de pellizcos,
pisaditas y otras tretas,
no será mientras yo empuñe
la gran llave de la puerta.
CURRO. Está bien; poco me importa.
Como yo a Juana la vea,
mas que me tengan colgao
del pescante.
TÍA. La silleta;

y ponte a coser también
delante de tu vivienda.

JUANA. Cabal que lo haré; yo soy
testaruda; y, si me aprietan,
le he de hablar, aunque me cueste
salir por una gatera. *(Vase.)*

BLASA. Vaya, Simeón, que puedes
gobernar una galera.

SIMEÓN. Ya verás cómo yo pongo
la casita.

(Saca Juana la silla y la costura, y se pone a coser a la puerta de su vivienda; y Curro está echado en el brocal del aljibe.)

BLASA. Niña, cuenta
no se le salte a usté un ojo.

JUANA. Poco durará la veda.

SIMEÓN. Vaya, vete a tus quehaceres.

BLASA. Dame una voz si alguien entra. *(Vase.)*

Sale el MONTAÑÉS con un vaso.

SIMEÓN. ¡Montañesillo!

MONTAÑÉS. ¿Qué hay?

SIMEÓN. ¿Qué es lo que en el vaso llevas?
(Toma el vaso y lo mira.)

MONTAÑÉS. Champurrao.

TERESA. *(Saliendo.)* Vecinito,
¿no viene usted?
(Desde la puerta de su cuarto.)

NICOLÁS. Ya voy, prenda.
(Se levanta con recato y entra en el cuarto.)

SIMEÓN. Aquí habrá medio cuartillo.
¿Dónde vas?
MONTAÑÉS. A la vivienda
de allí enfrente.
SIMEÓN. Bueno, bueno.
¡Miren Madama Intendenta
qué latigazos se tira!
¡Blasita!
BLASA. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres?
SIMEÓN. Llega,
y mira los lamedores
que se toma doña Clelia.
BLASA. A ver la noble señora;
¡miren cómo se calienta
el ilustrísimo vientre!
CLELIA. *(Saliendo.)* Muchacho, ¿por qué no llegas?
MONTAÑÉS. Si aquí están mirando el vaso...
CLELIA. ¡Está buena la insolencia!
¡El diablo de los fisgones!...
BLASA. Cuidadito con la lengua,
que aun no puede el champurrado
trastornarle la cabeza.
CLELIA. Eso es decirme borracha.
SIMEÓN. No adelantar la materia;
aficionada no más
al aguardiente y mistela.
CLELIA. Váyase muy noramala,
y advierta que doña Clelia
no ha sido mujer de un pobre
encalador.
BLASA. Pues ¿qué era
su marido?

CLELIA. Un Intendente.
SIMEÓN. Nos conocimos en Ceuta;
por señas que luego fué
cuando obtuvo la Intendencia
del boquete, y fomentó
el ramo de las pajuelas.
CLELIA. Por vida...

Salen ANDRÉS, PABLO y JORGE, ciegos, con guitarras.

ANDRÉS. No haya camorra,
que viene a casa la fiesta.
CLELIA. Dame el vaso, y luego vuelve.
(Vase el Montañés.)
SIMEÓN. ¿Qué es esto, Andrés?
ANDRÉS. Mi Teresa
quiere oir unas coplitas
que hemos sacado ahora, nuevas.
SIMEÓN. Pues cosa que dure poco,
que no quiero en casa gresca.
(Se encaminan hacia el cuarto de Teresa.)
ANDRÉS. Sí, señor; pronto acabamos.
CURRO. Al que está en la ratonera,
¿qué tal le irá?
JUANA. Vente adentro
si acaso hubiere pendencia.
(Pónense los ciegos a la puerta de Teresa, y entra Andrés mientras los otros cantan.)

CANTAN LOS CIEGOS

Los señores currutacos
solicitan que las damas,

como ellos son machihembras,
también sean marimachas.
¡Ay tira busín;
ay tira busón!
Señor currutaco,
estire el calzón.
Busín, busón;
estire el calzón.
(Salen del cuarto Teresa y Nicolás huyendo, y Andrés detrás tirando palos; y los demás ciegos hacen lo mismo.)

TERESA. ¡Que me mata mi marido!
NICOLÁS. ¡Caramba, qué palos pega!
ANDRÉS. ¿Hombre, dentro de mi casa!
JORGE. ¿Llueven palos? Pues que llueven.
SIMEÓN. ¡Hola! ¿En casa estos rüidos?
BLASA. Don Simeón, no te metas
entre ciegos.
PABLO. Al que coja
le abro un jeme en la cabeza.
JUANA. Vente, Currillo.
CURRO. Allá voy,
puesto que el mundo se quema.
(Éntranse.)
SIMEÓN. Andrés, que soy el casero;
no me rompas una pierna.
TERESA. Tente, Andrés.
NICOLÁS. Voy a tomar
el tranchete. *(Vase.)*
ANDRÉS. ¡Ah, mala hembra!
BLASA. ¡Vecinos, favor, favor
a la señora casera!

SIMEÓN. Ya basta, o llamo al rondín.
ANDRÉS. Señor casero; esa perra
estaba con un mozuelo
en picos pardos.
TERESA. No mientas,
que pensarán que yo ando
en malos pasos.
ANDRÉS. ¿Quién era
el que hablaba gordo? Di.
TERESA. El zapatero, so bestia,
que entró a llevarme un zapato
compuesto.
ANDRÉS. Mira, Teresa,
que mi garrote ha de oler
todas tus *picardigüelas.*
SIMEÓN. Andrés, pierda usted cuidado,
que yo estoy de centinela.
Vecinas; de aquí adelante
salgan todas a sus puertas
a pagar al zapatero,
porque yo no quiero cuentas
a puerta cerrada.
ANDRÉS. Bien.
Es famosa providencia.
Ven adentro, buena maula.
TERESA. Maldita mil veces sea
tu música. *(Vase.)*
ANDRÉS. Compañeros,
a tomar una epidemia. *(Vase al cuarto.)*
PABLO. Vamos donde tú quisieres.
SIMEÓN. ¿Dónde está la buena pieza
de Nicolás? ¡Nicolás! *(Llámale.)*

NICOLÁS. *(Sale con capa y sombrero.)*
¿Queso fresco?

SIMEÓN. Usted no vuelva
a cobrar jamás trabajo
dentro de alguna vivienda.

NICOLÁS. ¿Pues hay en eso algo malo?

SIMEÓN. Sí, señor; porque se enredan,
como hay poca luz, las manos,
y suceden mil tragedias.
No, señor; a campo raso,
donde todo el mundo vea. *(Se sienta.)*

NICOLÁS. ¡Que no he de poder buscar
mi vida sin que me vengan
a jurgar! Pues no; conmigo
muy poquitas cuchufletas;
porque si largo la capa,
ningún santo me menea.

SIMEÓN. Siéntese usté a trabajar.

NICOLÁS. Yo me voy a la taberna,
porque estoy muy sofocado. *(Vase.)*

PEPA. *(Sale con saya y mantilla.)*
Dios guarde a la gente buena.
¿Qué se alquila?

BLASA. Una salita
con su alcoba.

PEPA. ¿Puedo verla?

SIMEÓN. La verá usted; pero antes
hablemos de la materia.
Arrímame ese sillón. *(Se lo arriman.)*

PEPA. ¿Es paso de residencia?
Me parece usted Caifás
con las narices mal hechas.

SIMEÓN. Niña, que soy el casero;
hable usted con más decencia.
PEPA. Vaya, si quiero reirme;
¿y qué ceremonia es ésta?
SIMEÓN. Responda usté y lo sabrá.
Diga usted, niña, ¿es soltera?
PEPA. No, señor; tengo, a Dios gracias,
marido que me mantenga.
SIMEÓN. Está muy bien. ¿Tiene niños?
PEPA. Hasta ahora está la hacienda
sin herederos. ¿Quién sabe?
Ya ve usted que no soy vieja;
y si ahora no hay ninguno,
mañana habrá una docena.
SIMEÓN. Eso es aparte; el que nazca
en virtud de la influencia
de estas paredes, será
bien recibido.
BLASA. Se piensa
con juicio en aquesta casa;
como que soy la casera.
PEPA. Ya lo dije yo al instante.
SIMEÓN. Volvamos a la materia.
¿Tiene usted muchas visitas?
PEPA. Un primo mío sólo entra,
y eso de dos en dos días,
y está tres horas y media.
SIMEÓN. ¿Primito? Luego lo dije.
Sacaremos la cajeta *(Toma un polvo.)*
para tragar a este primo.
PEPA. No tenga usted mala lengua;
que un hombre con casacón

ha de pensar con nobleza.

SIMEÓN. ¿Tres horas y media, niña?
¿Cómo tiene usted paciencia
para mirar tanto tiempo
una misma cara?

PEPA. Ésas
no son cuentas de caseros.

SIMEÓN. Sí, señora, que son cuentas;
que, en infestándose un cuarto,
toda la casa se apesta.

PEPA. Pues está muy bien. Si acaso
me acomoda la vivienda,
se acortará la visita.

SIMEÓN. Pero es preciso le advierta
que yo debo ver la carta
de casamiento.

PEPA. ¡Qué tretas!
De aquí saldrán las vecinas
para la Gloria derechas.

SIMEÓN. En mi casa todo es puro.

PEPA. No habrá bastante cosecha
de palmas para las niñas
que en este colegio mueran.

SIMEÓN. En fin; ¿a usted le acomoda?

PEPA. Pues ya se ve que me peta;
y hasta la fe de bautismo
de mi madre y de mi abuela
le traeré, por si es preciso
hacer pruebas de pureza.

SIMEÓN. Bien; iré a abrirle la sala.

BLASA. Eso toca a la casera.

SIMEÓN. Pues llévala.

Sale CURRO despidiéndose de JUANA y tía MARÍA, a la puerta del cuarto.

CURRO. Adiós, Juanita.
JUANA. Curro mío, hasta la vuelta.
PEPA. ¿Quién ha de volver, señora?
CURRO. Se vino la casa a cuestas.
PEPA. Hombre mal entretenido,
¿tú en visitas de mozuelas?
¿No te dije el otro día
que sabría la huronera
donde te metes, indino?
SIMEÓN. Doña Blasa, abrid la oreja
para hacer luego justicia.
JUANA. Oiga usted, doña Espetera:
si es alguna pelandusca
que anda tras de las pesetas,
sepa usted que el señor Curro
en el día sólo piensa
ponerse en gracia de Dios.
PEPA. ¿Es usted la penitencia?
TÍA. Sí, señora; que es su novio,
y están las cosas dispuestas
para, de aquí en tres semanas,
irse juntos a la Iglesia.
PEPA. Señor Currito, ¿qué es esto?
¿Ha sacado usted licencia
del Gran Turco para hacer
algún serrallo? ¡Canela!,
que se ha vuelto entre las manos
morisco. Menee la lengua,

que no le han puesto mordaza.
CURRO. Si esto es una chanza, Pepa.
La verdad..., por divertirme...;
bien sabes tú la madera
de mis cascos.
JUANA. ¡Ah mal hombre!
¿Conque ha sido estratagema
para burlarte de mí?
CURRO. De suerte es, y de manera,
que como las cosas...; nadie...;
ya se ve, si no se piensan...;
y en fin, soy hombre...
JUANA. ¡Bribón;
engañar a una doncella!
¡Vive Dios que he de arrancarte
las asaduras!
PEPA. So puerca;
a mi marido, ninguna
lo maltrata en mi presencia.
JUANA. Vaya mucho noramala.
PEPA. ¿A que le doy media vuelta
y le bajo a usted la rabia
como a los niños de escuela?
TÍA. ¿A mi hija?
JUANA. ¿Usted conmigo? *(Se arañan.)*
PEPA. Con todos, y más que hubiera.
SIMEÓN. Silencio; que yo hasta aquí
no he despegado mi lengua.
Señoras; que habla el casero.
BLASA. Respeten a la casera.
PEPA. Miren qué par de figuras
para puestas en la feria.

SIMEÓN. Conténgase usted; si no,
don Simeón de las Cuevas
la pondrá como merece.

CURRO. Don Simeón o don Pelma;
mire usted que esa casaca
no está bendita, y me tienta
el diablo por sacudirle
en los lomos una felpa.

SIMEÓN. Lo pondré yo en un presidio.

CURRO. Yo le abriré la cabeza.

SIMEÓN. Mire que soy el casero.
(Salen Clelia y todos los vecinos.)

CLELIA. ¿Quién grita?

ANDRÉS y TERESA. ¿Qué gresca es ésta?

BLASA. ¡Que matan a Simeón!
(Salen Rondín y disfrazados.)

RONDÍN. Aquí suena la pendencia.
¿Qué es esto? Ténganse todos.

SIMEÓN. Justicia, si hay en la tierra.
Señor Ministro, oiga usted.
¡Atreverse a la cabeza
de un casero! Pronto, pronto;
amarrarlo con cien cuerdas.

RONDÍN. Pero sepamos la causa.

PEPA. Señor Ministro; esa puerca
entretiene a mi marido.
La verdad; nada hay que duela
como la costilla, y yo
le dije no sé qué fresca;
anduvo con chupaeritos;
agarréla por las greñas;

y si me la dejan, corre
viento en popa una tormenta
que no hubiera en quince días
puesto la quilla en la arena.

SIMEÓN. Ella no tiene la culpa;
porque cualquiera doncella
debe buscar su remedio,
y más cuando se escasean
tanto los novios, que un ojo
de la cara a muchas cuestan.
El bribón que la engañó
merece pagar la pena.
¡Y después, poner la mano
sacrílega en la melena
del casero! No, no quiero
bajarme de la querella.

RONDÍN. Prendan al señor.

CURRO. ¿A mí?
¿Conque por novio me llevan
a la cárcel?

RONDÍN. No; por vago
y escandaloso me es fuerza
asegurarlo y dar parte.

PEPA. Por eso tú no te mueras;
que yo tengo todavía
gente que me favorezca.

CURRO. A nadie come la cárcel;
y, sobre todo, paciencia.

RONDÍN. Señores, que no haya más
alborotos ni quimeras.
Vamos.

CURRO. Mi don Simeón;

vacie usted la calavera
de tanto viento; pues luego
que salga de en cas de Abuela,
quiero venir a decirle
dos palabras a la oreja. *(Lo llevan.)*

PEPA. Adiós, niña; y no se aflija,
que si casarse desea,
niños hay en el Hospicio;
y si acaso no le petan,
créame, busque al instante
donde estar de cocinera,
porque los desesperados
en el día no se encuentran. *(Vase.)*

JUANA. ¡Qué desgraciada que soy!

SIMEÓN. Cuenta, señoras solteras,
que ya no recibo novio
sin que traiga papeleta
del cura.

CLELIA. Yo me despido.

SIMEÓN. Ve a poner luego la cédula. *(A Blasa.)*

TÍA. Ven adentro, y deja el llanto.

JUANA. ¡Si me muero de vergüenza!...

ANDRÉS. Don Simeón; cuidadito
con celar a mi Teresa.

SIMEÓN. Los que quieran encargarme
a sus mujeres, que vengan
a mi cuarto, y hablaremos
despacio de la materia.

ANDRÉS. Vamos todos suplicando...

TODOS. Perdonen las faltas nuestras.

FIN

LA CASA DE VECINDAD

SAINETE

—

SEGUNDA PARTE

PERSONAS

Don Simeón, casero.
Doña Blasa, su mujer.
Tadeo, manco, cojo y mendigo.
Curra, maja.
Pepe, su marido.
Doña Eusebia.
Doña María, mojigata.
Don Alberto, currutaco.
Don Cirilo, abate y cantor.
Lora, criada de doña Eusebia.
Domingo, aguador.
Un cirujano.
Un juez.
Un cabo de barrio.
Alguaciles.
Disfrazados.

LA CASA DE VECINDAD

SEGUNDA PARTE

La escena es un patio con brocal y varias puertas numeradas. Se levanta el telón, y aparecen: DON CIRILO, en mangas de camisa, sentado a la puerta de su cuarto, con la guitarra, cantando unas boleras; DOMINGO, llenando un barril de agua; DOÑA MARÍA, sentada, leyendo en un libro; CURRA y LORA en pie, delante de don Cirilo, oyéndole cantar.

CIRILO. *(Canta.)*
Celos e ingratitudes,
Filis, suspiro,
y aun el labio en la queja
no encuentra alivio.
Porque recelo
que mis quejas aumenten,
Filis, tu tedio.

TODOS. ¡Viva, viva! *(Palmoteando.)*

CURRA. Don Cirilo,
vaya otra copla.

CIRILO. No puedo,
porque tengo que ensayar
un miserere. *(Se entra en su cuarto.)*

CURRA. Gallego;

el agua de esta semana,
que la necesito.

DOMINGO. Presto
será su merced servida.
(Se va con el barril.)

Sale DOÑA EUSEBIA a la puerta de su casa.

EUSEBIA. ¡Lora!
LORA. ¡Señora!
EUSEBIA. ¿Qué es esto?
¿No oyes que te llamo?
LORA. Estaba...
EUSEBIA. Ya te he dicho que no quiero
platillos con las vecinas.
LORA. Está bien.
EUSEBIA. Éntrate dentro.
(Se entra en su cuarto.)
CURRA. ¡Habrá trapo semejante!
Quien la viere echar regüeldos
de señora, no creerá
que en dos palmos de terreno
tiene el tocador, la cama
y el fogón. ¡Qué mueble!
MARÍA. *Oremus:*
Misericordiam tuarum...
CURRA. Este es otro clamoreo.
¡La santita! Y se le van
los ojos tras un mozuelo.
(Éntrase en su cuarto.)
MARÍA. ... Y *sæculorum*. Amén.
Ya he concluído mi rezo.

Sale de su cuarto DON CIRILO, con casaca y sombrero de abate.

CIRILO. Mariquita, ¿quiere usted
componerme el coletero?
MARÍA. Siéntese usted; que aunque el tacto
es el más fiero veneno
de la castidad, por ser
cantor de iglesia, me atrevo
a peinarlo.
CIRILO. Ese recato
vale más que mil saleros.
MARÍA. No sea usté malo. ¡Qué bien
cantó usted en San Lorenzo
el miserere!
CIRILO. Es verdad
que triné como un jilguero.
MARÍA. Lo hubiera chillado a usted.
CIRILO. ¿Se acuerda usté del gorjeo
que hice yo sobre el *pecavi?*
MARÍA. Pues ya se ve que me acuerdo.
Como que quisiera oirle
pecavi cada momento.

Sale DON SIMEÓN, de la calle.

SIMEÓN. ¿Qué tal anda la casilla?
¡Miren qué cuadro! No hay medio
de separar los calzones
de las naguas; es empeño
sumamente superior

a las fuerzas de un casero,
porque, en volviendo la espalda,
anda el ganado revuelto.

Sale TADEO, pobre mendigo, manco y cojo.

TADEO. ¡Alabado sea Dios!
SIMEÓN. ¿Qué es esto, señor Tadeo?
¿Cómo desampara usted
por la mañana su puesto?
TADEO. Hoy me duele la cabeza.
SIMEÓN. Quien tiene el riñón cubierto
hace muy bien de cuidarse.
Ya se ve; si en este pueblo
no hay mayorazgo más pingüe
que tener un miembro menos.
TADEO. Hoy, amigo, no produce
cosa mayor. Yo me acuerdo
cuando el comercio gastaba
birrete blanco y sombrero
de canoa, y se traía
de la América el dinero
en botijas, que había pobre
que recogía tres pesos
sólo en motas de a dos cuartos.
Pero aquél era otro tiempo.
MARÍA. ¿Está bien?
CIRILO. Muy buena está.
¡Viva usted mil años! *(Vase corriendo.)*
MARÍA. Vuelvo
a rezar mis devociones.
SIMEÓN. Señá beata; juguemos

limpio. Mire que el cantor
no es tiple; cuenta con eso,
no se le pegue a las manos
la grasa del coletero
y se vaya usté a lavar
a los profundos infiernos,
porque esos malos olores
en casa no los consiento.

MARÍA. Perdón, mi Dios, que he causado
un escándalo. Prometo
no volver más a pecar.

TADEO. Sentarme un ratito quiero.
¡Cómo me duele esta pierna!
Hoy me han mordido dos perros,
porque en muchas casas tienen
mastines, con el empleo
de despedir a los pobres,
y lo cumplen con empeño.

BLASA. *(Saliendo.)* Ven a almorzar, Simeón.

SIMEÓN. Allá voy.

Sale LORA con plato tapado.

LORA. Señor casero;
de parte de mi señora,
que ustedes se coman esto.

SIMEÓN. Dile a tu ama que estimo
la expresioncita; que luego
le mandaré el plato.

LORA. Bien. *(Vase.)*

BLASA. ¿A ver qué es?

SIMEÓN. *(Destapándolo.)* Lomo de puerco.

BLASA. ¡Ay, qué bien huele el adobo!
SIMEÓN. Esta mujer, aunque es cierto
que tiene a mesa y mantel
un currutaco, a lo menos
se nos muestra agradecida.
BLASA. A fe que ni un caramelo
nos ha dado la Currilla,
siendo así que el estafermo
de su compadre no cesa
de estar entrando y saliendo.
SIMEÓN. ¡Ya! Pero ¡qué diferencia
hay de sujeto a sujeto!
La gallota de la Curra
es mujer de un zapatero;
y doña Eusebia, ¡no es nada!,
es vïuda de un Sargento
Mayor, que murió en la guerra,
de dolores flatulentos.
BLASA. Vamos, hijo, que estará
el chocolate hecho un hielo. *(Éntrase.)*
TADEO. Mire usté, señá María;
porque estaba aquí el casero
no le di con la muleta
al monigote.
MARÍA. ¿Qué exceso
he cometido? El Señor
le dé buenos pensamientos.
TADEO. Hablemos claro; yo gano
en mi facultad dos pesos
cada día. ¿Quiere usted
casarse conmigo?
MARÍA. Presto

tengamos hijos que alaben
al Señor de tierra y cielo.

TADEO. Pues cuidado, que no gusto
que le haga usté el coletero
al cantor.

MARÍA. Si usted no quiere,
no le tocaré al cabello.

Sale DON ALBERTO, de currutaco.

ALBERTO. *(Cantando.)* Larán, larán...

TADEO. Señorito;
duélase usted, por San Pedro,
de este pobre, que ha seis días
que no recibe en su cuerpo
cosa caliente. Socorra
mi miseria; así los cielos
lo libren de un acreedor
montañés, del manoseo
de un albéitar, de prestar
a sevillanos dineros...

ALBERTO. No tengo suelto; perdone.

SIMEÓN. *(Saliendo.)* ¿Quién grita?... Pero ¡qué veo!
Señor don Juan, soy de usted;
beso su mano; allá dentro
(Haciéndole cortesías.)
está Madama.

ALBERTO. A la orden.
(Se entra en el cuarto de doña Eusebia.)

SIMEÓN. Ya te he dicho que no quiero
que pidas aquí limosna.

TADEO. La costumbre...
SIMEÓN. Ya te entiendo.
Vete a tu cuarto.
TADEO. Ya voy;
señá María, hasta luego.
(Vase a su cuarto.)
MARÍA. Vaya usted con Dios. *Eternam*
gloriam. Amén. Padre nuestro...

Sale DOMINGO con el barril.

SIMEÓN. ¿Quién te manda sacar agua?
DOMINGO. La señora Curra.
SIMEÓN. Bueno;
si no cierro yo el aljibe,
pronto me lo dejan seco. *(Ciérralo.)*
DOMINGO. Deixe usté sacar el ajua.
SIMEÓN. Marcha a rascarte, gallego.
(Lo echa a empujones.)
CURRA. ¿Qué es esto? ¿Por qué motivo
no quiere usted, mi casero,
que saque el agua?
SIMEÓN. Porque
hasta el sábado no quiero
dar una gota.
CURRA. ¡Muy lindo!
¿Y doña Eusebia Cienfuegos
se la bebió ayer?
SIMEÓN. Yo mando
dentro del aljibe, y puedo
hacer un favor.
CURRA. Muchito;

como que debe usté hacerlo;
que para eso le ha dado
esa dama los desechos
del difunto Su Excelencia.

SIMEÓN. A bien que a usted no le debo
ni un alfiler.

CURRA. Si mis puertas
en verano y en invierno
siempre están de par en par...

EUSEBIA. *(Saliendo.)* Oiga usted; si yo las cierro
es porque, como soy dama,
me resguardo de los vientos.

CURRA. ¡Miren la dama, la usía;
y habrá rodado su cuerpo
por todas cuantas cocinas
tiene España!

EUSEBIA. ¿Cómo es eso?
¿Piensa que soy algún mueble
de los tres mil y quinientos
que habitan este corral?

MARÍA. Hable usted con más respeto;
que vive aquí una mujer
virtüosa; y si me emperro
le he de sacudir la harina
que tiene usted en el pelo.

EUSEBIA. ¡Miren ustedes la santa!
Pero de puertas adentro
todas son unas.

CURRA. Se engaña,
porque unas somos jilgueros
caseritos, y otras son,
igual que usía, mochuelos,

que están de día en el nido
y de noche toman vuelo.

EUSEBIA. ¿Cómo? ¿Piensa que una dama
empañe sin miramiento
su decoro?

CURRA. Eso es conforme,
si está el gusto de por medio.
Todas tienen paladar,
y puede ser... ¿qué sabemos?
Pero las que tienen hambre,
como usía, no hay remedio;
el estómago vacío
hará cualquier desacierto.

EUSEBIA. ¿Yo tengo hambre, insolente?

CURRA. ¿Insolente yo?

SIMEÓN. Silencio,
que todas, toditas tienen
por qué callar.

CURRA. Eso es bueno
para usted, que con el gorro
y el fraque de bojiguero
es un solemne alcahuete
de la señora.

BLASA. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto;
alcahuete mi marido?

CURRA. Yo lo he dicho, y lo mantengo.

BLASA. Calle la puerca.

CURRA. La puerca
lo será ella.

EUSEBIA. Un proceso
le he de formar.

MARÍA. En mi casa

no entran profanos...

SIMEÓN. La tengo
de poner en el Hospicio,
por zoronguera.

CURRA. ¿Qué es eso?
Vecinos; séanme testigos
que me ha llamado el casero
ramera. Voy a poner
una querella al momento.
(Entra corriendo en su cuarto.)

SIMEÓN. ¡Qué embustera!

EUSEBIA. He de escribir
a mi tío el Consejero
para que me la castiguen.

Sale CURRA corriendo, poniéndose la mantilla.

CURRA. Yo haré que tenga respeto
a las mujeres casadas. *(Vase.)*

SIMEÓN. Oiga usted.

BLASA. No tengas miedo.

SIMEÓN. ¿Yo miedo? Ni lo conozco;
tráeme al instante el sombrero
de tres picos y el bastón
de jurisdicción. Veremos
quién se lleva el gato al agua.
(Entra Blasa.)

Salen ALBERTO, y LORA deteniéndolo.

LORA. No salga usted, don Alberto.

ALBERTO. ¿Quién es el tuno atrevido
que agravia a usted?

SIMEÓN. Caballero;
don Simeón de las Cuevas,
como absoluto casero,
tomará las providencias
oportunas.

Sale BLASA con el sombrero y bastón.

BLASA. Toma presto.
SIMEÓN. Para más autoridad
me colgaré del pescuezo
(Se cuelga las llaves al cuello.)
la llave de la secreta,
y de la puerta; veremos
si los vecinos ahora
osan perderme el respeto.
BLASA. Mantente firme.
SIMEÓN. Un Norueste
no me cimbra.
ALBERTO. Me contengo
por estar usté delante,
que si no...
EUSEBIA. No haga usté aprecio
de gentezuela.
ALBERTO. ¿Y qué ha sido?
EUSEBIA. Que me ha dicho mil dicterios
la Curra.
ALBERTO. ¡Picaronaza!
Pues como agarre al trastuelo
del marido, he de romperle
con el garrote los sesos.
EUSEBIA. No, por Dios.

ALBERTO. Vaya; si entrara
por la puerta...
BLASA. Ya está bueno;
cállese usted.
ALBERTO. ¡Si lo había
de patear contra el suelo!
MARÍA. ¡Que llega, que llega!
(A este grito, don Alberto arranca a correr y se mete en el cuarto de doña Eusebia.)
LORA. Vaya;
como lo dijo lo ha hecho.
PEPE. *(Saliendo.)*
¿Qué ha habido, que el Montañés
dice que salió corriendo
mi mujer por esas calles?
EUSEBIA. ¿Qué ha de haber? Que nos ha puesto
como unos trapos.
PEPE. Darían
ustedes causa para ello.
EUSEBIA. No; sino que es su mujer
una insolente.
PEPE. Silencio;
yo no quiero platicar
con naguas. Si está allá dentro
el señor currutaquito,
que salga y platicaremos.
Verá usted cómo al instante
le hago dar sobre este dedo
más vueltas que un molinete.
SIMEÓN. Oiga usted, Pepe; callemos,
y respete usted la llave
que ha puesto en mi mano el dueño

de la casa.
PEPE. ¡Si con ella
parece usté un carcelero!
SIMEÓN. Más valiera se dejara
de chistes y contoneos,
y se supiese poner
los calzones.
PEPE. ¿Pues son éstos
algunas hojas higueras?
SIMEÓN. No, señor; no son ni aun eso,
supuesto que aguanta usted
que su compadre don Diego
se lleve a comer melones
a la Curra.
PEPE. ¿Y qué tenemos?
¿Hay en eso algo de malo?
SIMEÓN. Ya; para usted todo es bueno;
sí, señor; como ve entrar
por las mañanas al cuervo
con la despensa, discurre
que son presentes del cielo.
¡Qué maridos! Si hoy en día
son de pasta de muñecos.
PEPE. ¡Qué lengüita tiene usted,
don Simeón!
SIMEÓN. Yo la tengo
para reprender infamias.
PEPE. ¿Conque infamias?
SIMEÓN. Por supuesto.
PEPE. Estoy por darle a usté un soplo
en esa cara de enfermo
agonizante.

SIMEÓN. Insolente;
ya verás si te escarmiento.
(Éntrase corriendo.)
BLASA. Váyase usted con mil santos.
MARÍA. Por estos cuatro evangelios
se lo suplico.
PEPE. Que salga;
verán si me lo meriendo
con el casacón y el gorro.
EUSEBIA. Hijo, váyase al momento,
no busque su perdición.
PEPE. No me da gana; no quiero.
(Sale don Simeón a la ventana de su cuarto con una escopeta y le apunta.)
SIMEÓN. Apártense, que le tiro.
MUJERES. No tire usté.
SIMEÓN. ¡Que doy fuego!
EUSEBIA. Yo me encierro en mi vivienda. *(Vase.)*
LORA. ¡Ay qué susto! *(Vase.)*
PEPE. Seor casero,
salga usté afuera.
SIMEÓN. Bergante;
como a un judío te quemo.
MARÍA. ¡Válgame San Telesforo!
(Cae desmayada.)
BLASA. No me apuntes.
PEPE. Nos veremos,
don Simeón.
(Vase por detrás de Blasa, que siempre ha estado con los brazos abiertos delante de Pepe.)
SIMEÓN. Desde aquí

le haré cara a un Regimiento.
BLASA. Abre la puerta.
SIMEÓN. ¿Se fué?
BLASA. Sí, ya se fué.
SIMEÓN. Desde lejos
desafío yo a Sansón
y a todos los filisteos. *(Retírase.)*
BLASA. Yo no gano para sustos;
ésta no es casa, es infierno.
El diablo me hizo casera;
¡maldito sea el empleo! *(Vase a su cuarto.)*
MARÍA. *(Levantando la cabeza.)*
¡Ah, ah, ah! Qué lindos lances
para reir, si el recuerdo
de la muerte no me aguara
continuamente el contento.
(Saca la cabeza, por la puerta del cuarto, Tadeo.)
TADEO. ¡Mariquita!
MARÍA. ¿Quién me llama?
TADEO. ¿Cuándo quieres que tratemos
del casorio?
MARÍA. Ahora no es hora.
A retirarte corriendo,
que viene gente.
TADEO. En pasando
saldré entonces, y hablaremos. *(Se retira.)*
CIRILO. *(Saliendo.)* Beatita; pues está solo
todo el patio, entremos dentro
de mi cuarto.
MARÍA. Estoy ahora
meditando en el infierno.

CIRILO. Déjese de eso, y medite
en la gloria de querernos.
Venga usted.
(La agarra por la mano, y Tadeo saca la cabeza.)

TADEO. ¡Hola, que quiere
el musiquito bureo!

MARÍA. ¡Ay, que el Ángel de la Guarda
nos está mirando!

CIRILO. Tengo
amistad con él. Si siempre
le estoy haciendo gorjeos...

MARÍA. Yo quisiera..., pero como
soy doncella...

CIRILO. Pensaremos
en casarnos.

MARÍA. ¡Ay, abate
de mi alma y de mi cuerpo!
Si hablara usted seriamente...

CIRILO. Pues entre usted y hablaremos.

MARÍA. Entremos. Bien sabe Dios
que son buenos mis deseos.
(Sale Tadeo sin muletas, con un cuchillo en la mano que era manca, y cogiendo a don Cirilo por detrás le hiere, volviéndose a meter en su cuarto, a tiempo que Lora sale del suyo y vuelve a entrarse.)

TADEO. Antes te sacaré el alma.

CIRILO. ¡El Santolio, que me han muerto!

LORA. ¡Ay, Dios mío! *(Vase.)*

MARÍA. Yo me escondo. *(Éntrase.)*

CIRILO. ¡Confesión!

Sale DON SIMEÓN con la escopeta.

SIMEÓN. ¿Quién arma estruendo?
Pero ¡qué miro? Vecinas,
salgan ustedes corriendo.
BLASA. *(Saliendo.)*
¿Qué es esto? Mas ¡ay, Dios mío!
¡La Justicia; presto, presto!
EUSEBIA. *(Saliendo.)* ¿Qué es lo que tiene, casera?
Mas ¡ay, qué horror!
CIRILO. ¡Que me muero!
TODOS. ¡A la guardia!

Salen el CABO y DISFRAZADOS.

CABO. ¿Qué alboroto
es éste? Pero ¡qué veo?
¿Quién lo ha herido?
TODOS. No se sabe.
CABO. Retiradle a su aposento,
y busque usté a un cirujano.
(Vase un disfrazado.)
CIRILO. Señor Rondín, que me hirieron
por detrás. *(Lo entran.)*
CABO. ¿Nadie lo ha visto?
EUSEBIA. Yo estaba con don Alberto
en mi estrado, y sólo oí
los clamores del casero.
CABO. Vengan todos los vecinos.
BLASA. ¡Seña María! *(Llamando.)*
SIMEÓN. ¡Tadeo!

Salen el DISFRAZADO y DON MARCOS, cirujano.

CIRUJANO. ¿Dónde está el herido?
CABO. Allí.
CIRUJANO. No traigo los instrumentos.
¿Hay por ahí un rascamoños
o un escarbadientes? Presto;
que no tengo lezna.
CABO. ¡Cómo!
¿Con qué cura sus enfermos?
CIRUJANO. Es que aunque soy cirujano
romancista, sólo ejerzo
la medicina, por ser
más aseada.
CABO. Me alegro.
Ea, pues; ¿qué determina?
CIRUJANO. El cortaplumas...; lo tengo;
ya está todo remediado. *(Éntrase.)*
MARÍA. *(Saliendo.)* Sea loado, en tierra y cielo,
el Señor de los señores.

Sale TADEO con muletas, cojo y manco.

TADEO. ¿Hay algún cristiano pecho
que me quiera socorrer?
CABO. Digan ustedes si oyeron
voces, disputa y, en fin,
lo que sepan del suceso.
MARÍA. Yo, señor Rondín, estaba
encorvada contra el suelo
delante de un crucifijo,

pidiendo por todo el pueblo,
cuando de repente escucho
un escopetazo... Tiemblo;
me santiguo; «Ave María,
Ave María; ¿qué es esto?
Sal, Patillas, de mi cuarto.»
Lo conjuré, y al momento
volví otra vez a quedarme
en un divino embeleso.

CABO. ¿Conque escopetazo?

MARÍA. Sí.

CABO. Muy bueno, señor casero.

SIMEÓN. ¿Cómo, señor?...

BLASA. ¿Mi marido?

CABO. Tengan ustedes silencio.
Diga usted lo que supiere.

TADEO. Yo, señor Rondín, me siento
algo malo; porque, como
no están muy buenos los tiempos,
me alimento con «perdones»;
«Dios nos dé; no llevo suelto.»
Hoy, por fin, habré juntado
en ochavos un realejo;
y estando en mi covachuela
contando, sentí el estruendo
de la escopeta; mas como
de un soplo me echan al suelo,
no quiero meterme en bulla;
y así seguí disponiendo
de mi corto caudalillo:
un cuarto para pimientos,
cuatro para pan y aceite,

dos de vino, uno de queso...
CABO. Eso no es del caso ahora.
A ver; prendan al casero.
BLASA. ¿A mi marido?
SIMEÓN. Señor,
que cuanto han dicho es incierto.
¿Yo disparar? ¿Tengo, acaso,
cara de cazar conejos
racionales?
CABO. ¡Qué sé yo!
La verdad es que lo encuentro
con la escopeta en la mano.
SIMEÓN. Fué para meterle miedo
a un vecino.
CABO. ¿Y quién le manda
valerse de tales medios?
SIMEÓN. Soy el jefe de la casa.
CABO. Mas no tiene tales fueros.
SIMEÓN. ¿Cómo no? Si yo creía
que eran todos los caseros
señores de horca y cuchillo.
CABO. Pues se engañó. Venga preso.
BLASA. ¡Maldita sea la hora
en que entraste en el empleo!
SIMEÓN. Sí, Blasa; maldita sea.
Mira tú qué lindo premio,
después que por mis afanes
es esta casa un colegio,
de donde salen las novias
como el día en que nacieron.
CIRUJANO. *(Saliendo.)* Ya el caso está remediado.
CABO. ¿Pero es la herida de riesgo?

CIRUJANO. Mi pronóstico es mortal;
pues como dice Galeno
en el célebre tratado
de afeitar, *nula es redentio.*

CABO. ¿Y con qué especie de arma
lo han herido?

CIRUJANO. Según creo,
fué sin duda cuerpo duro,
capaz de romper los nervios.
La figura, en mi dictamen,
era polígona, puesto
que participa del cono,
del cilindro, del...

CABO. No entiendo
esa jerga. ¿Ha sido bala?

CIRUJANO. Sí, señor; bala, en efecto.
Le entró rozando la quinta
costilla falsa, hasta el hueso
dorsal; rechazó al instante
y penetró el mesenterio;
de allí, por su gravedad,
cayó al intestino recto;
pasó al fémur, resbalóse
por la tibia, y se la dejo
entre el cutis y la carne
sobre el tobillo derecho.

CABO. ¿Declarará usté eso mismo
por escrito?

CIRUJANO. No me atrevo;
porque yo no sé escribir
sino recetas. *(Hace cortesía y vase.)*

SIMEÓN. Apelo

de ese informe a todo el proto-
medicato.

CABO. Yo no puedo
resolver; allá en la cárcel
apele, si quiere hacerlo.

Sale DON ALBERTO, sacando por fuerza a LORA.

ALBERTO. Ven a declarar.

LORA. Señor,
suélteme usted.

CABO. ¿Qué es aquello?

ALBERTO. Esta moza, que ahora mismo
me dijo con gran misterio
que había visto hacer la muerte.

CABO. ¿Por qué callabas?

LORA. Por miedo.

CABO. Vaya, dime cómo ha sido.

LORA. Yo sólo vi que Tadeo
le hirió al cantor por detrás
con un cuchillo, y corriendo
se volvió a entrar en su cuarto.

CABO. ¿Éste corría?

TADEO. ¡Qué enredo!
Si no me puedo mover...

LORA. Señor Rondín, yo no miento.
Corría con sus dos pies,
y no era manco.

CABO. Veremos.
(Le empieza a registrar y desliar el brazo; y un soldado, el pie.)
Regístrele usté esa pierna.

TADEO. Si yo mismo vi el entierro
de mis miembros... Por más señas
que mi tío el rosquetero
les mandó decir tres misas,
y hubo tres días de duelo.

CABO. ¿Y este brazo ha retoñado?
(Le desenvuelve el brazo.)

TADEO. Usté es santo. ¡Qué portento!
¡Milagro, milagro! Sepan
que el Rondín me ha puesto bueno.

SIMEÓN. Tú lo mataste, bribón.
Señor Rondín...

CABO. Ya le entiendo;
usté se queda en su casa,
que yo al señor me lo llevo.

SIMEÓN. Preciso es que haya algún santo
que ruegue por los caseros.

MARÍA. ¡Pobrecito!

TADEO. Adiós, beatita.

MARÍA. Todos los días prometo
encomendarlo al Señor.

TADEO. No lo hagas, porque temo
que oiga el Cielo tus plegarias
y me aprieten el pescuezo. *(Se lo llevan.)*

BLASA. De lindo susto salimos.

EUSEBIA. Don Simeón, yo me alegro
que triunfase su inocencia.

SIMEÓN. No se maraville de eso,
porque los caseros tienen
tres ángeles: uno de ellos
para custodiar las llaves,
otro para defenderlos

de asesinos y borrachos,
y el otro para el gobierno
del ganado femenino.

Salen el JUEZ y MINISTROS, CURRA y PEPE.

CURRA. Señor Juez, ese hombre seco
y larguirucho es el dicho.
JUEZ. Venga usté conmigo preso.
SIMEÓN. ¿Yo preso? ¿Cómo? ¡San Dimas!
¿Se ha conjurado el infierno
contra mí? Mas ¿por qué causa?
CURRA. Vaya por mi cuenta y riesgo,
que después lo probaré.
JUEZ. Está bien; venga al momento.
BLASA. ¡Ay, Simeón de mi vida!
SIMEÓN. Mas ¿no sabremos qué es esto?
¿Hay acaso algún Herodes
que degüelle los caseros?
JUEZ. Va preso por malhablado.
SIMEÓN. ¿Yo malhablado? Es incierto;
en esta casa no hay nadie
más cortés ni más discreto;
y si alguna vez les digo
desvergüenzas, las floreo
de modo que las aplauden
y no forman sentimiento.
JUEZ. La señora lo ha formado.
SIMEÓN. No la he tocado un cabello.
Aquí prometo probarlo.
CURRA. Señor, por mi cuenta y riesgo.
JUEZ. Cállese usted. ¿De qué modo

lo probará?
SIMEÓN. Todos éstos
son otros tantos testigos
que aquí mismo le presento.
JUEZ. Está muy bien. Señorita *(A Eusebia.)*
sírvase usté de exponernos
lo que hubo aquí.
EUSEBIA. Sepa usté
que soy doña Eusebia Cueto,
hija de don Pedro Juan,
comendador de Mochuelos,
barón de Culanchigordo
y señor de los Cangrejos.
JUEZ. Sea para bien.
EUSEBIA. Esa bestia...
CURRA. Por mayor la reverencio.
JUEZ. Tengan más modo.
EUSEBIA. ... recibe
en su casa un chuchumeco,
al cual le llama compadre
y será...
CURRA. Cuenta con eso;
no me obligue usté a decirle
que el señor es su cortejo.
ALBERTO. Miente usted.
PEPE. Si no estuviera
aquí el señor, ahora mesmo
le tomaba yo a usté el molde
del hocico.
JUEZ. ¿Cómo es esto?
EUSEBIA. Me querello de este agravio.
PEPE. Y yo también me querello,

que aunque Curra no sea santa,
no me gusta a mí saberlo.

JUEZ. Eso no es del caso ahora;
yo sólo saber deseo
lo que le dijo este hombre
a esa mujer.

EUSEBIA. No me acuerdo.

SIMEÓN. Eso prueba mi inocencia.

CURRA. Señor Juez, tienen comercio:
ella lo regala, y él
la tapa.

SIMEÓN. ¿Lo hará usted bueno?

CURRA. Sí lo haré.

SIMEÓN. Pronto.

CURRA. Al instante.

JUEZ. Señores, tengan silencio.
Usted dirá lo que ha sido;
pues según muestra el aspecto
parece mujer juiciosa.

MARÍA. Mucho trabajo por serlo;
pero esta maldita carne,
por más que la atenaceo,
siempre está tiesa que tiesa.

JUEZ. Somos débiles. Al hecho.

MARÍA. La señora y el señor
se han dicho tantos excesos,
que no es posible acordarme.
Ya se ve; tengo en el cielo
mis sentidos y potencias,
y a lo que pasa no atiendo.
Sin embargo, me parece
que lo que más sentimiento

le dió a la señora fué
que la llamara el casero
churrulera.

BLASA. No hay tal cosa.

CURRA. Fué mucho peor.

LORA. No es eso;
si le dijo zoronguera...

SIMEÓN. Mucho; me mantengo en ello,
pues desde que Dios arroja
sus luces, se arma el jaleo;
se araña la guitarrilla,
comienza el repiqueteo
de los palillos y sale
a todo trapo ese cuerpo
dando continuos balances,
levantando y sumergiendo
toda la popa, de modo
que para tener los huesos
tan süaves es preciso
que se los unte con sebo.

CURRA. ¡Qué tonto es don Simeón!
Señor, por mi cuenta y riesgo.

JUEZ. La cuenta que yo he sacado
es que todo es un efecto
de la mala educación
de este país, donde vemos
perecer entre resabios
los más felices talentos.
Enmiende, pues, su conducta; *(A Curra.)*
y usté advierta que si vuelvo *(A Simeón.)*
a recibir otra queja
lo meteré en un encierro.

SIMEÓN. Seguro está; en este instante
prometo entregar al dueño
de la casa la gran llave
de la puerta, porque temo
que venga la Inquisición
a prenderme por hebreo.

BLASA. No más casera.

CURRA. Pues yo
he de tomar el empleo
por rifar con doña Eusebia.

EUSEBIA. Yo me mudaré al momento,
pues en la casa de Pinto
ya tengo alquilado el cuerpo
principal.

MARÍA. María; vamos
a visitar a este enfermo,
pues nos lo mandan las obras
de misericordia.

SIMEÓN. ¡Fuego
en el oficio! Mañana,
con mi carpeta y tintero,
me colocaré a la sombra
de Cabildo, en cuyo puesto
manejaré mil embrollos
que me produzcan dinero.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

LA CASA NUEVA

SAINETE

PERSONAS

Don Blas.
Don Narciso.
Don Lorenzo.
Doña Tecla.
El Conde.
Laura.
Petra.
Pintor.
Escribano y Ministros.
Oficiales de pintor.
Don Cristóbal.

LA CASA NUEVA

Sala. El PINTOR y tres OFICIALES, pintando las paredes y acomodando la sillería; cómodas y mesas.

PINTOR. Antonio; remata pronto
ese zocalillo, mientras
yo doy cuatro pinceladas
a esta pilastra. Baeza;
coloca ese canapé
en el testero. Tú, Sierra,
arrima la sillería.
Vamos; que es tarde y desean
esta noche los señores
dormir en la casa nueva.

NARCISO. *(Saliendo.)* Conque, maestro, ¿podremos
estrenar la casa?

PINTOR. Aun queda
bastante que hacer.

NARCISO. Pues no;
mi esposa quiere, y es fuerza
darle gusto.

PINTOR. Seis días ha
que ya la casa estuviera

concluída, si no hubiese
cambiado tantas ideas.

NARCISO. ¿Qué he de hacer, si los amigos,
conforme vienen a verla,
me las sugieren, y yo,
ciertamente, no quisiera
que nadie le hallase pero?

PINTOR. Pues prevenga usted talegas,
si ha de complacer a todos.

NARCISO. Seguro está que se mueva
un taburete. Maestro,
dé usted a la gente priesa.

PINTOR. ¿Cómo, si usted no me da
dinero?

NARCISO. De aquí a hora y media
les pagaré.

PINTOR. ¿No habrá falta?

NARCISO. No la habrá.

PINTOR. Muchachos, ea;
trabajemos, que hay dinero.

BLAS. *(Saliendo.)* Amigo, ¿da usted licencia?

NARCISO. Pase usted, señor don Blas.
Vamos, diga con franqueza:
¿qué le parece la casa?

BLAS. Muy mal.

NARCISO. ¿Por qué?

BLAS. Por cincuenta
bestialidades que ustedes
han cometido: una de ellas
es haber puesto la cama
en esa segunda pieza
que mira al Oriente.

NARCISO. Pero
¿qué importa?
BLAS. ¿Qué? ¡Bagatela!
Todo el que duerme al Oriente,
al año y medio revienta.
NARCISO. ¿Lo oye usted, Pedro?
PINTOR. Mas ¿dónde
han de dormir?
BLAS. ¿Dónde? En esta
sala que está al Occidente.
Sí, señor. Galeno observa
que, cuando desciende el sol
al Océano, se quiebran
sus rayos con los vapores,
y pierden aquella fuerza
resecante que consume
el jugo nutricio.
NARCISO. Apriesa;
que se traiga aquí la cama.
PINTOR. ¿A qué vendría este bestia?
Ven tú conmigo, Melchor.
(Entran el Pintor y el Oficial por la izquierda, y sacan la cama; otros llevan el canapé.)
BLAS. El maestro es un trompeta.
NARCISO. Un pedazo de animal.
BLAS. Cuando pasé por la puerta
de la cocina, sentí
un olorcillo a pimienta
que vivificaba. ¿Acaso
se estrena la casa nueva
con algún banquete?

NARCISO. Vienen
a comer unas parientas
de mi mujer, y unos cuantos
amigos.
BLAS. Usted me tenga
por uno de los más finos.
NARCISO. Así lo creo.
BLAS. Yo fuera
un hombre ingrato si no
lo acompañase en la mesa.
NARCISO. Si usted quiere honrarnos...
BLAS. Mucho.
(Se quita la espada y el sombrero.)
¿Para qué son etiquetas?
Ya tiene usté un sobrestante
todo el día.
LAURA. *(Saliendo.)* Con licencia
de ustedes, ¿dónde está el maestro?
PINTOR. Señorita, ¿qué me ordena?
LAURA. ¡Se ha portado usted; mil gracias!
¡Sobre que todos se esmeran
conmigo!
NARCISO. Laura, ¿qué tienes?
LAURA. ¿Qué tengo? Que me destierran
a un cuarto con un balcón
que mira a una callejuela
por donde no pasa un alma.
NARCISO. Mas si la casa es estrecha...
LAURA. ¿Estrecha? ¡Linda disculpa!
¿Quién ocupa esas tres piezas
principales?
NARCISO. Mi mujer.

LAURA. ¿Y que tu hermana se meta
en aquel zaquizamí?
No, hijo mío; no lo creas.

NARCISO. ¿Es posible que te quejes?
¿No tiene el balcón dos puertas
de cristales?

LAURA. ¿Y qué importa,
si sólo miro por ellas
perros, gatos e inmundicias?

BLAS. Dice muy bien. Las solteras
deben tener a la vista
de todo el mundo la muestra,
pues en habiendo mirones
no hay cosa que no se venda.

LAURA. Ea; vaya a chancearse
con quien aplauda simplezas.

BLAS. Si yo abogo por usted...

LAURA. Yo tengo muy buena lengua
para defender mi causa.
Sí, lo digo, y diré treinta
mil veces, si es necesario.
No quiero aquella vivienda;
no la quiero, no. ¡Mal haya
la casa! ¡Si se cayera;
si se la llevara el diablo!...

NARCISO. Ya me falta la paciencia.
Voime, por no reventar
de rabia. *(Vase.)*

LAURA. ¡Que no le diera
un tabardillo a la loca
de mi cuñada! Ella, ella
tiene la culpa de todo.

BLAS. ¡Toma! Si es una coqueta.
LAURA. Una tonta vanidosa.
BLAS. Si no hay mujer más soberbia.
LAURA. Y mi hermano es un Juan Lanas.
BLAS. Un simple de cuatro suelas.
LAURA. Así se arruina.
BLAS. Y así
a todo el mundo trampea.
PETRA. (*Saliendo.*) ¿Ésta es la casa? Parece
un palomar.
LAURA. ¿Oyes, Petra;
vienes sola?
PETRA. Con el ama.
LAURA. ¿Quién la acompaña?
PETRA. El postema
del señor Conde Ruibarbo.
BLAS. Ya se ve; si la corteja...

Sale DOÑA TECLA con el CONDE, de bracero.

TECLA. ¿Qué es esto? ¿Quién ha mandado
que se ponga en esta pieza
la cama?
PINTOR. El amo, señora;
porque el señor le aconseja
que se ponga aquí.
TECLA. ¡Qué chiste!
El señor es una bestia,
si tal mandó.
BLAS. Muchas gracias,
madama, por su fineza.
TECLA. Sepa usted, señor maestro,

que aquí ninguno gobierna
sino yo. Pronto, a su sitio.

PINTOR. No me atrevo, hasta que venga
Su Merced.

TECLA. ¡Cómo, bribón,
mis órdenes no respeta?

CONDE. Obedezca prontamente
o le rompo la cabeza.

BLAS. Vaya la cama allá adentro.

PINTOR. Ya irá; pero mejor fuera
que no se hubiera sacado.

BLAS. No me despliegue la lengua.

PINTOR. Sólo por ver si me pagan,
no tomo al punto la puerta.

(Comienzan a desbaratar la cama y la van entrando; sacan el canapé, y vuelve a quedar la escena como primero.)

TECLA. Si mi marido es un tonto...
Señora, ¿está usté indispuesta?

LAURA. No, señora.

TECLA. Como usted
no nos saluda...

LAURA. A quien entra
le corresponde.

TECLA. Por fin
ya tengo en casa maestra
de política.

LAURA. Usted sabe
demasiada.

TECLA. ¡Puf! Me apesta
la conversación.

LAURA. Y a mí.

TECLA. Si no mirara...
LAURA. ¿Qué hiciera?
(En acción de embestirla.)
TECLA. Le diría...
CONDE. Señorita...
BLAS. Vaya, madama; prudencia,
templanza; que este palacio
no se estrene con quimeras.
TECLA. ¿Palacio? Ya; si lo habita
mi señora la Princesa
doña Laura...
LAURA. Si ese honor
me viene de doña Tecla,
Reina de Estarambumbug...
TECLA. Oiga usted. Si no soy Reina,
soy tan ilustre que a muchos
he honrado con mi nobleza.
LAURA. Es verdad. Mi hermano es uno.
TECLA. Tan sólo en eso no yerra.
CONDE. Se acabó ya.
BLAS. *(Aparte.)* Yo no he visto
mamelucas más completas.
TECLA. ¡Qué sofoco!
LAURA. ¡Qué furor!
TECLA. Para esto no hay paciencia.
CONDE. Ya basta. *(Mediando.)*
BLAS. Que las palabras
se enredan como cerezas;
y pensarán que aquí vive
gentuza de la Caleta.
LAURA. Pues si dice que a mi hermano
ha ennoblecido, ¿no es fuerza

que responda?

TECLA. Lo repito;
y ustedes todos debieran
agradecer que mi mano
le diese la preferencia
entre un millón de señores
de la primera nobleza.
Y usted lo sabe muy bien. *(A don Blas.)*

BLAS. Eso es una cosa cierta.
Es fijo que la señora
le negó la mano bella
a un Marqués, porque dijeron
que a sus abuelos, en Ceuta,
los conocieron vendiendo
tomates y berenjenas.
La verdad debe decirse.

LAURA. Si quiere se lo agradezcan,
agradezcamos también
el no tener la molestia
de sazonar el potaje
que daba la Providencia

TECLA. ¡Desvergonzada...; insolente!

LAURA. Ea; reprima la lengua,
porque si no...

CONDE. Señorita... *(Deteniéndola.)*

BLAS. Basta que un hombre de prendas,
como yo, medie...

TECLA. Tomad
(Le da un bofetón.)
y volved por la respuesta.

BLAS. ¡Santa Polonia bendita!
(Llaman, y Petra va a abrir.)

¡Ay, qué dolor!
CONDE. Doña Tecla...
TECLA. ¿No ve usted que me amenaza?
Vamos, señora, ¿qué espera?
Arránqueme los cabellos.
LAURA. Si yo no soy corralera,
como muchas que presumen
de señoras...
TECLA. Ya es vergüenza
que yo sufra...
PETRA. *(Saliendo.)* Las vecinas
del cuerpo bajo desean
hacerles una visita.
LAURA. ¿A quién?
PETRA. A las dos.
LAURA. No, Petra;
o a la señora o a mí. *(Vase.)*
TECLA. Pues di que ni a mí ni a ella. *(Vase.)*
PETRA. Pues será a mí. Yo no he visto
dos mujeres más soberbias. *(Vase.)*
CONDE. ¿Qué decís de esto, don Blas?
BLAS. Que yo he pagado la fiesta.
¡Qué par de locas! No sé
cómo usía tiene fuerzas
para sufrir a una dama
tan ruidosa.
CONDE. Si no fuera
porque están malos los tiempos...
BLAS. ¡Ya! ¿Tendrá usía las rentas
interceptadas?
CONDE. Sí, amigo;
con estas lluvias tan recias

se ha desplomado la torre
de mi título.

BLAS. Mi hacienda
tampoco está muy boyante,
porque tengo en esta pierna
cierta humedad que me impide
hacer pagar la inocencia
a muchos bobos.

NARCISO. *(Saliendo.)* ¡Mal haya
una y mil veces mi estrella!
Estoy por ahorcarme.

CONDE. Amigo;
sepamos por qué se queja.

BLAS. Vamos a comer, que luego
podrá contarnos sus penas.

NARCISO. ¡Qué comer! Si los cubiertos,
todo el servicio de mesa
y los baúles, que estaban
en la otra casa, se quedan
en poder del dueño.

CONDE. ¿Cómo?

BLAS. ¡Pero que usted lo consienta!

NARCISO. Si le debo dos mil pesos
de alquileres.

CONDE. De manera
que habiendo amigos...

NARCISO. No encuentro
nadie que me favorezca;
y así espero, señor Conde,
que usted de mí se conduela
en este lance.

CONDE. Veremos...

(Mirando el reloj.)
Ya han dado las dos y media.

NARCISO. Advierta usted que no sufre
demora alguna la urgencia
en que me hallo.

CONDE. Veremos;
hasta luego. *(Vase.)*

NARCISO. ¡Así me deja
un hombre que me ha debido
tanto aprecio!

BLAS. Y que corteja
a madama. ¡Vaya, vaya;
si el más amigo la pega!

LAURA. *(Saliendo.)* Hermano; vengo a decirte
que yo no tengo paciencia
para sufrir a tu esposa.

NARCISO. Y ¿qué remedio?

LAURA. Que veas
lo que has de hacer, porque yo
no vivo una hora con ella.

NARCISO. Déjame, y no me atormentes.

TECLA. *(Saliendo.)* Ya es preciso que resuelvas.
Narciso; tu hermana o yo
hemos de tomar la puerta.

NARCISO. ¿Se ha conjurado el infierno
contra mí?

TECLA. Mas que lo sientas,
te digo que la aborrezco.

LAURA. ¡Yo la detesto!

TECLA. ¡Es soberbia!

LAURA. ¡Es vanidosa!

TECLA. ¡Es un tigre!

NARCISO. ¿Dónde encontraré una cuerda?...
BLAS. No lo despechen ustedes.
Vamos a ver si nos prestan
las vecinas los cubiertos,
el mantel, las servilletas,
los platos, y...
NARCISO. ¿Qué dirán?
No, señor; aunque supiera
no comer, no haría tal cosa.
LORENZO. *(Saliendo.)*
¡Deo gratias!
NARCISO. ¿Quién es quien entra?
LORENZO. ¿Está en casa don Narciso
Peranzules?
NARCISO. ¿Qué me ordena?
LORENZO. Caballerito; el señor
canónigo, a usted le besa
la mano; le hace presente
que hasta el día de la fecha
van dos meses y dos días
que tiene usted por su cuenta
la casa; que cuatro veces
(y cinco serán con ésta)
urbaniter le ha pedido
los mil quinientos y treinta
reales, y un maravedí,
que importan *rationem certam*
los alquileres; que usted
mirum in modum desprecia
sus peticiones. Por tanto,
ipso facto, le amonesta
que se sirva de pagarle

en *numerata* moneda
statem et inmediate
aliter, que usted se atenga,
facto sequestro, a los daños
y a las costas, *etcetera*.

NARCISO. Amigo, usted con su idioma
me ha deshecho las orejas.

LORENZO. Señor; *habeo tibi gratiam*
del afecto que me muestra.

NARCISO. Diga usté a Su Señoría
que pagaré.

LORENZO. Pero sepa...

NARCISO. ¡No hay que saber!

LORENZO. *Ergo*, ¿usted
manifiesta resistencia?

NARCISO. ¡Váyase usted con los diablos!

LORENZO. Pues, señor, *si michi negas*
debitam pecuniam, ego
ostendam justiciam mean. (*Vase.*)

NARCISO. Lo sensible es que no hay
en qué comer.

PINTOR. Usted vea
cómo pagar a la gente,
pues dicen que no menean
una mano sin dinero.

TECLA. ¡Está buena la insolencia!

OFICIAL. Sin plata no se trabaja.

BLAS. Vaya usted de puerta en puerta
pidiendo, porque ya es hora
que los convidados vengan.

NARCISO. Si mi tío no me hubiese
abandonado por esta

fatal boda, me sacara
de esta aflicción.

TECLA. ¿A qué esperas?
Hoy se ha de acabar la casa;
conque toma providencia.

NARCISO. ¡Voy a tomar un cordel,
para terminar mis penas!... *(Vase.)*

BLAS. Esto va malo; yo voy
a tomar alguna presa
en la cocina... *(Vase.)*

TECLA. Un sonrojo
como éste, ¿quién lo creyera?
¡Qué vergüenza!

CONDE. *(Saliendo.)* Madamita,
¿qué es esto? Si por mi ausencia
está usted tan enfadada...

TECLA. Mi congoja es muy diversa.

LAURA. ¡Petra!

PETRA. *(Saliendo.)* ¿Qué me manda usted?

LAURA. Ven conmigo.

PETRA. ¿Adónde?

LAURA. Es fuerza
remediar el infortunio
de mi hermano. *(Vanse.)*

PINTOR. Hasta que venga,
vámonos al corredor. *(Vanse con él.)*

CONDE. Vaya; idolatrada Tecla,
no se abandone usted tanto
a una profunda tristeza.

TECLA. ¡Ah, Conde; que la que siente
lo que yo, no se consuela
tan fácilmente! *(Se sienta.)*

Sale BLAS con una sartén en la mano, comiendo.

BLAS. ¿Qué es esto?
¿Le ha dado acaso jaqueca?
TECLA. ¡Qué loca, qué simple he sido!
He despreciado cincuenta
pretendientes, todos hombres
de calidad, que me hubieran
cubierto de plata y oro
de los pies a la cabeza;
y, al fin, vine a embarrancarme
con un pobretón que apenas
puede mantenerme.
BLAS. Todo
tiene remedio en la tierra,
menos la muerte.
TECLA. También
es cosa fuerte que vengan
a chuparle el corazón
al miserable; y, si llega
un lance, no halle un amigo
que le sirva.
CONDE. *(A don Blas.)* A usted va ésa.
BLAS. Si lo dice por usía.
TECLA. ¿Y una mujer de mis prendas,
de mi mérito y talentos,
ha de mirarse hoy expuesta
al desprecio, al abandono
de todo el mundo?...
(Se sienta en otra silla.)
CONDE. ¿Quién piensa

semejante cosa? Usted
será respetada mientras
haya marqueses y condes.

TECLA. ¡Ah!, que en no habiendo una mesa
de estado, desaparece
al instante la caterva
de los hambrones.

CONDE. A usted
se dirige esa vareta.

BLAS. Yo discurro que a los dos.

TECLA. Pero ¿dónde está ese bestia
de mi marido? ¿Se ha ido?
¿Se ha ocultado? Qué, ¿me deja
en el cenagal?

CONDE. Señora;
usted misma se atormenta.

TECLA. ¿Y dónde está mi cuñada?
¿Me ha plantado también ella?
¡Todos me abandonan, todos!
¿Quieren que, rabiosa y ciega,
me desespere y me mate? *(Se sienta.)*

CONDE. Aquí estoy yo, doña Tecla.

BLAS. Y yo también.

CONDE. Para ahora
es el valor.

BLAS. Bueno fuera
que tomara usté alimento.

TECLA. Otra cosa me interesa
más que la comida.

BLAS. No;
mire usted que es mal sistema.
Antes que todo es el vientre.

TECLA. Tráigame, ya que se empeña,
rejalgar, veneno...

BLAS. No;
voy a traerle una presa
de la cocina... *(Vase.)*

TECLA. Narciso
me ha burlado. ¡Qué vileza!
¡Qué indignidad! ¡Yo me muero!
¡Yo rabio! ¡Que no vinieran
mil furias a destrozarme!
(Se tira de los cabellos.)

NARCISO. *(Saliendo.)* ¡La pobrecita me quiebra
el corazón!

TECLA. Hombre infame,
¿dónde has estado? ¿En qué piensas?
¿Para qué me has engañado?

NARCISO. Toma este cuchillo, Tecla,
y pásame el corazón. *(Se lo da.)*

TECLA. ¡Hombre loco, sin vergüenza,
sin reputación!...

PINTOR. ¿Qué hacemos?
¿Se trabaja?

NARCISO. No me muelan;
no tengo un cuarto.

Salen LORENZO, ESCRIBANO y MINISTROS.

LORENZO. Señor,
ex toto corde le besa
la mano este servidor.

NARCISO. ¿Qué es lo que ustedes me ordenan?

ESCRIB. Traemos orden de embargar

la casa y cerrar la puerta
hasta que usted satisfaga
los alquileres.

TECLA. ¡Qué afrenta!
¡Qué bochorno! ¡Yo no sé
cómo no me caigo muerta!

NARCISO. Pero, señor, ¿es posible
que por tan pequeña deuda
se atropelle a un caballero?

LORENZO. Sí, señor: *tuta concientia*
unisquisque semper potest
a cualquiera que le deja
capere pignus, si acaso
ullam pecuniam no encuentra.

ESCRIB. Mañana temprano haremos
inventario de las prendas.
Conque, caballeros; vamos
a la calle.

TECLA. ¡Qué vergüenza!
Señor Conde; usté es mi amigo,
y espero que no consienta
que sufra yo esta ignominia.

NARCISO. Ahora es tiempo resplandezca
su generosidad.

CONDE. Bien;
veremos. Las dos y media.
Ya es hora de ir a comer
en casa de la Marquesa
de Aguas Turbias. Pensaremos...
Beso sus pies, doña Tecla... *(Vase.)*

TECLA. ¡Falso, indigno, petardista!...

ESCRIB. Vengan las llaves.

TECLA. ¡Qué pena!
¡Ay, que me muero! *(Cae en una silla.)*

Salen DON CRISTÓBAL, DOÑA LAURA y PETRA.

CRISTÓBAL. ¿Qué es esto?
NARCISO. ¡Qué miro! ¡Tío; clemencia!...
TECLA. Señor; tenga usted piedad
de nosotros...
NARCISO. ¡Que nos echan
de la casa, y nos hallamos
en la calle!...
CRISTÓBAL. ¡Ha sido cierta
mi predicción! ¿No te dije
que por la loca y soberbia
de tu mujer te verías
arruinado?
TECLA. Sí; me pesa
de haber sido yo la causa
de su desgracia. ¡Qué necia,
qué loca he sido! ¡Qué tarde
reconozco mi flaqueza!
Pero ¿qué digo? Señor;
no es tarde, no, pues mi estrella
me tiene a sus pies. En ellos
juro mil veces la enmienda;
y en ellos espero hallar
el consuelo que me niega
todo el mundo.
CRISTÓBAL. Vamos claros.
¿Se olvidarán las promesas
en saliendo del ahogo?

TECLA. No, señor; si falto a ellas,
que me encierren en un claustro;
que hagan de mí lo que quieran.

CRISTÓBAL. Pues a mi casa al instante.
Mi sobrina Laura, a fuerza
de lágrimas y de ruegos,
me ha traído. Denle a ella
las gracias.

NARCISO. ¡Querida hermana!
(Se abrazan.)

TECLA. Perdone usted las ofensas
que ha recibido de mí.

LAURA. Olvidemos bagatelas.

BLAS. *(Saliendo.)* Vamos; coma este aloncito,
y perdone la cazuela;
que a bien que todas son gentes
de confianza.

TECLA. No sea
importuno.

CRISTÓBAL. ¿Es usté, acaso,
el cocinero?

BLAS. No es esa
mi profesión. Otros guisan
y yo devoro.

CRISTÓBAL. Pues, ea;
váyase usted con los grajos
a devorar a las selvas.

BLAS. ¿Conque no hay banquete?

CRISTÓBAL. No.

BLAS. Pues a llenar la talega
en casa de cierto indiano
que ahora tiene plata fresca.

(Por si acaso llego tarde,
me he echado en la faltriquera
una gallina dorada.)
Señores, hasta la cena. *(Vase.)*

CRISTÓBAL. Yo saldré con un garrote
a recibirte.

PINTOR. ¿Hay moneda
para este gente?

NARCISO. Señor...

CRISTÓBAL. Yo soy quien pago tus deudas.
Vengan todos a mi casa.

LORENZO. Con razón decir pudiera:
Veni, vidi, vici. Vamos
ad pecuniam accipiedam.

NARCISO. ¡Qué regocijo! En efecto:
no hay mal que por bien no venga.

TODOS. Y aquí concluye el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

SAINETE

PERSONAS

Sargento.
Tremendo.
Roque.
Bernardo.
Pascual.
Remigio.
Bartolo.
Simón.
Marquesa.
Cosme.
Rosa.
Romo.
Gaditana
Rojo.
Mosca.
Belica.
Clara.
Niño.

LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

El teatro representa la plaza de un lugar; en el foro habrá una puerta grande; encima una tablilla que diga: «Mesón»; a la izquierda, una puerta que figure la taberna; y salen el SARGENTO, TREMENDO, ROQUE y BERNARDO, de soldados, de camino, cantando seguidillas.

(Cantan.)
Donde llega la tropa
con su bandera,
a todas las muchachas
las vuelve lelas.
Pues con sus bromas
recluta en todas partes
mozos y mozas.

TREM. Mi Sargento, ¿qué lugar
es éste, que no se encuentra
en la plaza ni en la calle
una persona siquiera?
Yo no sé a qué nos envían
a este pueblo, de Bandera.

SARGENTO. Vamos a ver si al Alcalde
hablamos, que las boletas

de alojamiento nos dé.
BERN. Vamos; porque ya las piernas
quieren descansar un poco.
ROQUE. Hacia aquí un ganso se acerca,
y podemos preguntarle.
PASCUAL. *(Saliendo.)*
¿Ya hay soldados? ¡Quién pudiera
solamente con la vista
echarlos a Cartagena!
Haré que no los he visto;
y por esta callejuela
me escurriré sin...
SARGENTO. Paisano,
¿nos hace usted la fineza
de decirnos dónde vive
el Alcalde?
PASCUAL. ¡Quién tuviera
los ojos de basilisco
y a todos los consumiera!
¿Ve usté esa tapia de enfrente?
Pues pegue usted de cabeza
contra ella, y hallará
hacia la mano derecha,
al revolver de la plaza,
al Cristo de Zalamea;
no haga caso dél y tome
la casa donde se encierra
trigo; después topará,
contra una esquina, una cuesta;
tírese por ella abajo,
que en pasando una bodega,
la botica, el herrador,

la espartería, la tienda,
el estanquillo, la noria
y el huerto de Juan Melenas,
vive en la primera casa.

SARGENTO. Póngase usted la montera.

TREM. ¿Dónde venden que mascar?

PASCUAL. Mire usté allí la taberna;
allí hay chorizos, sardinas
y tóo lo que ustés quieran.

ROQUE. No tiene muy mala talla.

BERN. Éste caerá en ratonera.

PASCUAL. Señores, hasta la vista.

TREM. Calla; que como no sea
casado, si no cayere,
he de perder las orejas.
Vaya; venga usted, paisano;
tomará una friolera,
que los soldados, clarito,
en teniendo una peseta,
es, sin gastar cumplimiento,
para servir a cualquiera.

PASCUAL. Estos hombres son el diablo
si empiezan a meter gresca.
Por no despreciar favores,
vamos muy enhorabuena.

Entran todos en la taberna; y salen REMIGIO, de militar ridículo, y BARTOLO y SIMÓN, de capa, con varas.

BARTOLO. Conque digo, compañero,
¿no se concede licencia
para que, como otros años,

se disponga soldadesca
entre los mozos solteros?

REMIGIO. Así está la gente quieta,
y nos ahorramos nosotros
quebraderos de cabeza.

BARTOLO. Pero los usos antiguos
es razón que se mantengan.
(Salen los soldados de la taberna y se sientan a la puerta.)

SARGENTO. Mejor estamos sentados
en un banco aquí a la puerta.
Tremendo; echa de beber
al paisano.

TREM. Norabuena.

PASCUAL. Allí están los dos Alcaldes.

SARGENTO. Las estampas tienen buenas.
A hablarlos me llego yo,
porque luego forman queja
si saben que hemos llegado
y uno no se les presenta.

TREM. Sí, vaya usted; y nosotros
bebamos, y afuera penas.

SARGENTO. Señores; aquí venimos
a fijar nuestra Bandera.
Sírvanse ustedes de darnos
correspondientes boletas
para cuatro hombres que somos,
ínterin mañana llegan
otros tres y un Oficial.

REMIGIO. Pues entremos en la Audiencia
a despachar al señor.
Tómese usted la molestia

de esperar.
SARGENTO. Con mucho gusto;
así como así, me espera
la gente para almorzar.
BARTOLO. Al punto damos la vueltá. *(Vase.)*
PASCUAL. Señores; poquito a poco,
que se me va la cabeza
calentando demasiado.
TREM. ¡Qué mozo para la guerra!
Capaz soy yo, en una broma,
de agotar una taberna.

Sale COSME con casaca a la chamberga, montera alta, pañuelo de color al cuello, chaleco negro, calzones blancos, botines alpargatas, unas alforjas, y una espada en la mano.

COSME. Como soy, vengo cansado;
que en ayunas cuatro leguas,
y a pie, me parece a mí
que es una diversión buena.
Quiero descansar un poco
sentado en aquesta peña,
y después desayunarme,
porque ya el hambre me aprieta.
TREM. ¿Quién será aquel fantasmón?
ROQUE. Será algún purichinela.
SARGENTO. Tal vez será Don Quijote
con espada y sin rodela.
TREM. Ustedes no han reparado
en la casaca que lleva.
PASCUAL. ¿A que acierto yo quién es?
TREM. Que no; vaya una peseta.

PASCUAL. Es el paje de Malbruc
con botas y sin espuelas.
COSME. ¡Ellos se ríen de mí!
Mas si estoy de esta manera,
¿qué maravilla será
se ría de mí cualquiera?
PASCUAL. Démosle calma.
SARGENTO. Embromarlo.
TREM. Démosle vaya.
ROQUE. Que sea.
SARGENTO. Don Terencio.
TREM. Don Canuto.
BERNARDO. Don Líquido.
ROQUE. Don Lamprea.
COSME. ¡Eh, que se están divirtiendo
conmigo! Cosme, paciencia.
SARGENTO. Chicos; dejad al pobrete,
y bebamos.
TODOS. Norabuena.
PASCUAL. Como soy, que no creía
que fuese vida tan buena
la de ustedes, pues pensaba
yo que los soldados eran
lo mismo que la langosta,
que destruye cuanto encuentra.
SARGENTO. Eso tienen los paisanos
encajado en la cabeza.
TREM. No encontraréis en el mundo
gente que más se divierta.
Aquí el trabajar no mata;
nunca falta una peseta
(al que la tiene, que a veces

no hay para un cuarto de yesca);
se come pasmosamente
(menos cuando se anda a dieta),
y en llegando a cualquier pueblo,
regularmente se encuentra
quien lave a uno sus trapillos,
le recosa a uno las medias,
dé para comprar tabaco,
aguardiente y etcetera.
Se dice a todas las mozas
que, en tomando la licencia,
con ellas se ha de casar;
llega la marcha, y se quedan
ellos con lo que han chupado,
y ellas con la boca abierta.

ROQUE. ¡Cuánto mejor es llevar
uno ropa como ésta,
que no ir hecho un estropajo
con ésa tan sucia y fea!

TREM. A ver; ponte este sombrero
y verás qué bien te sienta.

PASCUAL. *(Se lo pone.)* Pesa mucho.

ROQUE. Es aprensión.
Aun no llega a libra y media.

PASCUAL. Pero en esta religión
son las reglas muy estrechas.

TREM. ¡Qué han de ser! Yo cada día
estoy más contento en ella.

PASCUAL. Pues yo quiero sentar plaza,
señor Sargento; mas cuenta
que quiero ser Capitán,
si puede ser.

SARGENTO. Norabuena:
¿cómo te llamas? *(Saca tintero y papel.)*
PASCUAL. Pascual.
SARGENTO. Tu apellido.
PASCUAL. Villaseca.
SARGENTO. ¿De dónde eres?
PASCUAL. De la Habana;
hijo de la Ingalaterra,
sobrino de Veracruz,
hermano de las Cabezas
y nieto de Guatemala.
SARGENTO. Pero supongo que entras
en el servicio gustoso.
PASCUAL. Con mi voluntad entera.
SARGENTO. Basta; ya estoy informado.
¿Sabes firmar?
PASCUAL. Ni una letra
he podido conocer;
pues aunque fuí a la escuela
más de tres años y medio,
sólo aprendí a hacer monteras
y pájaras de papel.
Que firme por mí cualquiera.
TREM. Pues yo firmaré por ti. *(Firma.)*
Ya está: Pascual Villaseca.

Salen BARTOLO, REMIGIO y SIMÓN.

REMIGIO. Señor Sargento; aquí tiene
por su orden las boletas.
SARGENTO. Pues, chicos, vamos a ver
si las patronas son buenas.

TREM. Dice usted bien, mi Sargento;
vamos muy enhorabuena;
y en estando usted contento,
ande la marimorena. *(Vanse.)*
COSME. Pues ya hemos tomado aliento,
y los Alcaldes se encuentran
aquí juntos, empecemos
la pretensión; mas las piernas
apenas pueden conmigo.
Señores, a la obediencia.
REMIGIO. Perdone por Dios, hermano.
BARTOLO. Dios le ampare.
COSME. ¡Tómate ésa!
Señor, no pido limosna;
le suplico que me atiendan.
REMIGIO. Pues ¿qué se le ofrece a usted?
BARTOLO. ¿Qué pretende, o qué desea?
COSME. Señores; mi Compañía,
que va de paso, quisiera,
aunque fuese poco tiempo,
que se le diese licencia
para poder trabajar
en el lugar.
BARTOLO. Poca arenga.
¿De qué Regimiento es?
COSME. Señores; que hablo de veras;
mi Compañía no es tropa.
REMIGIO. Pues si no, ¿a qué es la simpleza
de llamarla Compañía?
Se viene con buena fresca.
COSME. Yo no falto a la verdad.
Es Compañía de veras.

BARTOLO. Pero sepamos de qué.
COSME. De cómicos de la legua.
REMIGIO. Pues, amigo, este lugar
no necesita comedia;
lo que necesita es gente
que cave y are las tierras;
conque ya estáis despachado.
MARQ. *(Saliendo.)* Señores, a la obediencia.
LOS TRES. Tenga usía buenos días.
COSME. Ésta parece Marquesa,
y de ella me he de valer
para lograr la licencia.
REMIGIO. ¿Conque al fin, según han dicho,
parece que usía piensa
irse esta tarde sin falta?
MARQ. Sí, señor; ya estoy violenta,
y me voy.
BARTOLO. ¡Voto al demonio!
¿Ahora que a usía pudiera
proporcionársele cosa
que tal vez la divirtiera
otros tres o cuatro días,
nos quiere dejar?
MARQ. ¿De veras?
¿Pues qué tenemos de nuevo?
BARTOLO. ¡Ahí que no es nada! Comedias.
El señor viene a pedirnos
la licencia para hacerlas.
MARQ. ¿Supongo que usted traerá
una Compañía buena?
COSME. Que es buena no diré yo,
ni que le haga competencia

a ninguna de Madrid;
pero verá usía en ella
que, no siendo más de cuatro
las partes, nada se deja
por hacer.

MARQ. Es imposible;
y si no, en una comedia
que haya ocho o nueve papeles,
¿cómo es posible que pueda
ejecutarse entre cuatro?

COSME. No hay cosa más fácil que ésa:
sólo hablan los personajes
de más viso y consecuencia,
como galán, dama, barba,
gracioso u otro cualquiera
que no se pueda omitir
por el argumento de ella;
los demás todos se atajan;
las relaciones se dejan,
si tienen doscientos versos,
en algunos veinte o treinta;
y, en fin, usía verá,
si nos conceden licencia,
hacer *El Cid Campeador*
sin que salga el Cid en ella.

MARQ. Tan sólo eso puede hacer
que yo la marcha suspenda
y no me vaya esta tarde.
Es menester se conceda,
si vale mi intercesión,
a este buen hombre, licencia
para trabajar.

REMIGIO. Señora,
será lo que usía quiera.
COSME. Doy a usía muchas gracias.
MARQ. Y diga usted: ¿cuándo llegan
los demás?
COSME. Ya están aquí.
ROSA. *(Dentro.)* ¡Cosme; autor!

Sale ROSA en un borrico con jamugas; lleva en la falda un niño como de tres años, a las ancas otro como de cinco, y a pie otro como de doce; lleva al burro del ramal el ROMO, vestido de payo; sigue a pie la GADITANA, con el tontillo al hombro y un legajo de papeles debajo del brazo; después sigue ROJO con una vihuela debajo del brazo y el tambor al hombro.

COSME. Vamos apriesa,
derechos a la posada.
ROSA. ¡Válgame Dios, qué vergüenza!
¡Yo entrar en ningún lugar
en burro, cuando estoy hecha
a llevar para mí sola
un gran coche de colleras!
GADITANA. Es preciso que se tomen
los tiempos conforme vengan.
¿Y qué diré yo, que vengo
de barro hasta las orejas,
y sin comer desde ayer?
NIÑO. Padre; que el hambre me aprieta;
¿me da usted pan?
COSME. Aguardarse;
vaya, guíe usted la bestia
en derechura al mesón,

que ya tenemos licencia
y hemos de trabajar hoy.

MARQ. ¡Caramba, y qué petimetras!

ROJO. No más volver a salir
en Compañía como ésta.

GADITANA. La culpa te tienes tú.
Teniendo mil conveniencias,
venimos a lo peor. *(Éntranse.)*

COSME. Empecemos con quimeras,
para que después nos hagan
cargar con el hato a cuestas.

MARQ. Pues son muy buenas muchachas,
como soy, las compañeras.

COSME. Ahora vienen de camino
despeinadas, descompuestas.
En llegando el equipaje,
que viene en una carreta
más atrás, ya verá usía
otra cosa muy diversa.

SIMÓN. Me parece que la mona,
aunque se vista de seda...

MARQ. Y ¿cuál de las dos mujeres
es primera dama?

COSME. Aquella
que venía en el borrico:
canta, baila y representa;
es mi mujer, y la pobre
está ya fuera de cuenta,
esperando por instantes
el dar a luz parte nueva;
y la que venía a pie
es la graciosa, y muy buena:

canta tiranas, y toca
con tal chiste la vihuela,
que es capaz con su salero
de hacer bailar a las piedras.
Yo soy autor y gracioso,
bailo el fandango y la inglesa;
también hago de galán,
y compongo varias piezas,
como loas y sainetes,
entremeses y comedias;
hago adentro los papeles
que dicen: «¡Al arma; guerra!»;
toco el tambor por las calles;
enciendo las candilejas,
y teniendo tantas gracias,
jamás tengo una peseta.

MARQ. Usté es un cajón de sastre,
que se hallan de todas telas.

NIÑO. *(Saliendo.)* Padre; que dice mi madre
que me dé usté una peseta.

COSME. Dila que ya voy allá.

NIÑO. Venga usted pronto, que espera
Su Merced; y lleve algo
con que entretener las muelas. *(Vase.)*

MARQ. Supongo, señor Alcalde,
que tomará por su cuenta
un asiento para mí,
decente y con conveniencia.

REMIGIO. Señora; se pondrá usía
donde la Justicia mesma.

MARQ. Muchas gracias; yo me voy,
que ya la hora se acerca

de comer; hasta la tarde. *(Vase.)*
LOS TRES. Vaya usía enhorabuena.
COSME. Señores, lo mejor falta.
REMIGIO. Decid, por que se prevenga.
COSME. Paraje en que trabajar.
BARTOLO. No faltará; usted se venga
con nosotros (1). *(Vase.)*
COSME. Norabuena;
vaya, que hoy se nos ha entrado
la fortuna por las puertas.
De esta hecha voy a Madrid
con un costal de pesetas,
y formo una Compañía
para Murcia y Cartagena. *(Vase.)*

Salón corto con sillas; y salen la tía MOSCA, de vieja de lugar, hilando, y BELICA y CLARA, una haciendo calceta, y la otra con una almohadilla, cosiendo; y se sientan.

MOSCA. Ya digo que no me gusta
que me gastes cuchufletas
con los soldados. ¡Cuidado!
BELICA. ¡Qué genio tiene usté, abuela!
CLARA. Nosotras no los hablamos
una palabra siquiera.
MOSCA. ¿Que no los habláis? ¿Pensáis
que no he sabido la gresca
que se armó cuando me fuí;
insolentes, mocosuelas?

(1) Entre estos versos asonantados, el autor debió poner uno libre.

No; pues como yo me enfade,
yo las haré andar derechas.

BELICA. Bien se conoce que usted
ya, con los años, chochea.

MOSCA. No me seas desvergonzada,
que te abriré la cabeza.

BELICA. Pues si nos hemos estado
callando como unas muertas,
y nos viene usted diciendo
que hemos andado de gresca.

MOSCA. ¿Conque yo mentiré? Miren,
sepan que si no se enmiendan
sabré yo muy bien quitarme
de escrúpulos de conciencia;
que lo primero es mi alma.
Las niñas son como yesca,
y los hombres son el fuego;
Patillas es la pajuela;
y a poco viento que sople,
todo el edificio vuela.

CLARA. ¿Qué edificio?

MOSCA. El del honor;
que como una vez se pierda,
no hay tesoro en este mundo
con que restaurarse pueda.

CLARA. ¿Para qué queremos ir
a oir sermón a la iglesia,
si cada día del año
nos echa usté una docena?

MOSCA. No hay cosa que más amargue
que la verdad.

BELICA. Vaya, abuela;

no nos reniegue usted más;
nosotras seremos buenas.

MOSCA. ¿Pensáis que en esto que digo
me echo algo en la faltriquera?
No por cierto; que esto es sólo
que sepáis la diferencia
de crianza que tenían
en mi tiempo las doncellas.

Salen el SARGENTO y SOLDADOS.

SARGENTO. Alabado sea el que cría
los hombres para la guerra.

MOSCA. Vaya, niñas; allá dentro
a hacer su labor.

LAS DOS. Paciencia. (*Vanse.*)

TREM. ¿Cuándo vendrá un tabardillo
por esta maldita vieja?

SARGENTO. Patrona, ¿no sabe usted
cómo tenemos comedia
en el lugar esta noche?

MOSCA. Sea muy enhorabuena.

SARGENTO. Pero es menester que usted
a las niñas dé licencia,
si no tiene inconveniente,
que vayan un rato a verla.

MOSCA. ¿Quién, mis nietas? No, señor;
ni pensarlo. Las doncellas,
encerraditas en casa
y quebraditas las piernas.

TREM. Yo te quebraría a ti
la nuca, vieja perversa.

SARGENTO. Vaya, que esto se reduce
a que vaya usted con ellas.
MOSCA. No sean ustés el diantre.
Yo me alegrara de verla.
¿A qué hora se acabará?
SARGENTO. A eso de las nueve y media.
MOSCA. ¿Y la casa está muy lejos?
ROQUE. No, señora; aquí a la vuelta.
MOSCA. Pero ¿qué dirán las gentes?
TREM. ¡Habrá demonio de vieja!
Tal vez rabiará por ir,
y se está haciendo de pencas.
PASCUAL. ¿Qué es lo que pueden decir?
Qué, ¿será usted la primera
que guste de divertirse?
MOSCA. Bien, iremos; pero cuenta
que hemos de ir y venir solas;
porque hay aquí malas lenguas
que murmurarán de vernos,
sin caridad ni conciencia.
SARGENTO. Sea lo que usted quisiere.
Pascual; lleva unas silletas,
por si no hay donde sentarse.
MOSCA. Llévese usté esas más viejas,
porque allí suelen trocarlas.
Ya que no gane, no pierda.
TREM. ¿Si sabrá la tía a qué hora
se ha de comer la merienda?
SARGENTO. Vamos, hasta que sea hora,
a dar por ahí cuatro vueltas.
Abuelita, hasta después... (*Vanse.*)
MOSCA. Vayan ustés norabuena.

¡Clara; Belica!

LAS DOS. (*Saliendo.*) ¡Señora!

MOSCA. Vaya, tomad esta rueca
y recoged la labor,
que vamos...

CLARA. ¿Adónde, abuela?

MOSCA. ¡Qué presto que os entonáis
al vamos! A la comedia.
Ahora en mí se verifica
aquel adagio de veras
de «Calentémonos todos,
ya que la casa se quema».

Vanse, y se descubre mutación larga de salón o casa pobre; de parte a parte del foro, cortinas de cotón; en medio una araña de palo con velas de sebo; en el suelo dos o tres candilejas; y, detrás, los cómicos. Sale un mozo con bancos, que coloca a la izquierda; y se asoman por las cortinas y dicen:

COSME. Ya son cerca de las siete,
y no hay un alma siquiera.

Salen el SARGENTO y SOLDADOS.

SARGENTO. Somos cuasi los primeros.
Aun no ha venido la abuela.

PASCUAL. Voy a poner a este lado
colocadas las silletas.

COSME. Ya han venido los soldados.

Salen MOSCA y las dos MUCHACHAS.

MOSCA. Lo que tengo dicho: cuenta.

TREM. Ya viene la tía Culpas.

PASCUAL. Yo digo que la tía Penas.

Salen BARTOLO, REMIGIO, SIMÓN y otros, acompañando a la MARQUESA.

REMIGIO. Señora; usía aquí en medio.
MARQ. Muy bien; donde ustedes quieran.
REMIGIO. Regidor; vaya usté adentro
y diga por qué no empiezan,
que ya está aquí la Justicia.
SIMÓN. Voy, señor... *(Éntrase.)*
MARQ. Está muy buena
la pieza, y está el teatro
con demasiada decencia.
BELICA. Abuelita, ¿está usted bien?
MOSCA. Ya mc empieza la jaqueca
a retentar.
SIMÓN. *(Saliendo.)* Al instante,
señor, me han dicho que empiezan.
(Suena dentro guitarra.)
SARGENTO. Ya suenan los instrumentos.
TREM. ¡Si no es más que una vihuela!...
BARTOLO. Señores; al que no calle
al punto se le echa fuera.
ROSA. *(Dentro.)* ¡Ay, ay; no puedo, no puedo;
los dolores me atraviesan!
COSME. *(Dentro.)* ¡Mujer, por amor de Dios!
ROSA. *(Dentro.)* Si mil pedazos me hicieran,
yo no salgo.
BARTOLO. ¿Qué es aquello?
MARQ. ¿Quién allá adentro se queja?
REMIGIO. ¿A que se dan de sopapos?
MARQ. Los pedirá la comedia.

ROSA. *(Dentro.)* ¡Ay, ay, ay!
TODOS. ¿Qué será esto?
COSME. *(Saliendo.)* ¡Que este lance me suceda!
¡Por vida de...!
TODOS. Autor, ¿qué es eso?
COSME. Señores, mi mala estrella.
Mi mujer, que hace de dama,
de segunda y de tercera,
en este instante le ha dado
un dolor...
REMIGIO. ¿Será jaqueca?
COSME. No, señor; dolor de parto.
Vaya; no es dable que pueda
hacerse ya la función.
MARQ. ¡Pobrecita!
REMIGIO. ¿Y esta fiesta
se acabó?
COSME. Si ustedes gustan,
yo les haré una comedia
unipersonal.
MARQ. ¡Qué risa!
Yo no sé de qué manera.
COSME. A más de representarles
las tres jornadas completas,
he de hacerles un sainete
y una tonadilla nueva,
sin necesitar que salga
más que mi persona mesma.
REMIGIO. ¿Qué dice usted?
COSME. Lo que escuchan.
MARQ. Pues ya tiene usted licencia.
Diga usted: ¿cómo se llama

o se titula esa pieza?
COSME. *La brevedad sin substancia.*
MARQ. A chabacano me suena.
COSME. Después de que acabe yo,
bailarán unas boleras
la Gaditana y su hermano,
y se concluirá la fiesta.
TODOS. ¡Viva, viva; que se empiece!
COSME. Allá va; toque la orquesta.

Tocan un poco; y después de las voces, sale COSME vestido de turco, y el alfanje desnudo.

COSME. *(Dentro.)* ¡Arma, arma; guerra, guerra!
¡Españoles, a las armas!
¡El rey baja despeñado!
¡Españoles, a las armas!
(Sale.) ¿Adónde corréis, cobardes?
Volved, perrazos, que os llama
vuestro general Gandulfo.
¡Ah Mahoma! ¿Ahora me faltas?
Mas ¡qué miro? Por el monte
la caballería salta:
allí braman los clarines;
allí retumban las cajas;
¡todo es horror, todo asombro!;
ya se acercan; ya me agarran;
pues a correr; y dé aquí
fin la primera jornada. *(Vase.)*
TODOS. ¡Bravo, bravo!
REMIGIO. ¿Si habrá, acaso,
casamiento en esta pieza?

MARQ. Bien puede ser que se casen
la izquierda con la derecha.

Sale COSME, después que tocan un poco, con capa y sombrero, espada en una mano y en la otra una luz.

COSME. Por el ojo de la llave
he visto un hombre en la sala.
¡Mataréla, vive el cielo!
¡Honor, límpiate la mancha
que te han echado! Mas ya
se apagó la luz. ¡Qué rabia!
Pasos siento. ¿Quién resuella?
¿No responde? Traidor, habla.
¡Que no te encuentre mi furia;
que no te alcance mi rabia!
Agradece, infiel, que da
fin la segunda jornada... *(Vase.)*
REMIGIO. ¡Excelente pensamiento!
MARQ. ¡Qué enredada es la comedia!
Rabiando estoy por saber
si acaba el paso en tragedia.
SARGENTO. Yo no sé cómo le puede
caber tanto en la cabeza.

Vuelven a tocar, y sale COSME de militar, con reloj.

COSME. ¿Qué hora tendremos?
El reloj toca y lo sabremos.
(Tocan siete horas: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.)
Y pues esto va largo, y son las siete,
mejor será dar fin a este sainete.

MARQ. ¡Qué gracioso! Me parece
composición de Comella.
REMIGIO. Me parece que está en prosa.
MARQ. Nada menos; que son berzas.
REMIGIO. Pero él acciona muy bien.
MARQ. Parece una palanqueta
cada brazo.
BARTOLO. No lo entiendo;
pero es muy buena comedia.

Tocan otra vez; empieza el *ritornello* de la tonadilla, y sale COSME de maja.

COSME. *(Canta.)*
Yo soy una real maja
que vengo de Sevilla;
y aquí acaba, señores,
la tonadilla... *(Vase.)*
TODOS. ¡Viva!
REMIGIO. ¡El hombre es un estuche!
BARTOLO. ¡Qué bien ha cantado el bestia!
MARQ. Esa música es de invierno,
pues he tenido muy cerca
un aguacero de babas.
REMIGIO. Tendrá el pobre muchas flemas.

Vuelven a tocar, y sale COSME con manto imperial, corona y cetro.

VOCES. *(Dentro.)* ¡Viva el rey; nuestro rey viva;
que viva nuestro monarca!
COSME. *(Saliendo.)* Ya, vasallos valerosos,

que mi frente coronada...
¡Vasallos! Qué, ¿no hay ninguno?
¡Vasallos! Si no hay un alma;
mas pues me han dejado solo
y soy rey de mojiganga,
la comedia aquí acabó;
perdonad sus muchas faltas.

TODOS. ¡Viva, viva!

MARQ. Me parece
que le falta a la comedia
la última hoja.

REMIGIO. Los mirones
acábenla como quieran.

MARQ. Que salgan los dos hermanos
a principiar las boleras.
(Tocan boleras, y bailan Gaditana y Rojo.)

TODOS. ¡Que vivan los dos boleros!

MARQ. Vaya para un par de medias.
(Les tira una onza.)

LOS DOS. ¡Viva usía muchos años!

MARQ. Ha estado buena la fiesta.

SARGENTO. Chicos; le ha echado al teatro
una onza la Marquesa.

TREM. Bien lo merecen los pobres.

MARQ. Con dificultad se encuentra
quien baile con tanta gracia.

COSME. *(Dentro.)* Lo que ha dado la Marquesa
se ha de repartir con todos.

ROJO. *(Dentro.)* Se lo ha dado para ella,
y no reparte con nadie.

MARQ. ¿Qué es esto? ¿Es otra comedia
aquestas voces que dan?

Salen COSME con el tambor y ROJO con la vihuela, riñendo.

COSME. ¡Atrevido!
ROJO. ¡Mala lengua!
COSME. ¿Tú darme con la guitarra?
ROJO. ¿Y tú darme en la cabeza
con el tambor, atrevido?
SIMÓN. Señores, ¿qué bulla es ésta?
TODOS. ¡Que se matan!
MOSCA. Vámonos,
niñas, de aquí.
REMIGIO. ¡Qué insolencia,
delante de la Justicia!
BARTOLO. Vaya, ¿por qué es la quimera?
ROJO. Señor, porque...
REMIGIO. Hable el autor
que es quien aquí hace cabeza.
COSME. Señor; viendo que teníamos
de entrada cuatro pesetas,
y que le tiró una onza
al teatro la Marquesa,
dijeron que era razón
que con los demás partiera;
su hermano le respondió
que no lo hiciese, y que era
para ella solamente;
y al fin me obligó dijera
que era un género de estafa·
echó mano a la vihuela,
y sin reparar en nada
me la encajó en la cabeza;

encontré a mano el tambor,
y por que no se riera,
por montera se lo puse.
La cuestión ha sido ésta.

ROJO. Señor, él es un...

REMIGIO. Silencio,
que tengo yo una cadena
para amansar a los guapos.

COSME. ¡Que a mí esto me suceda!

MARQ. Señores; a la verdad,
todo es una friolera;
y pues yo he sido la causa
de semejante pendencia,
ahí va ese doblón de a ocho
para que la marcha emprendan.
Éste le doy para todos;
cuidado no haya quimera.

LOS DOS. Damos a usía las gracias
por el favor que dispensa.

TODOS. Y aquí acaba este sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

EL CORTEJO SUBSTITUTO

SAINETE

PERSONAS

Don Pedro, cortejo substituto.
Don José, cortejo de
Doña Ana.
Don Juan, cortejo de
Doña Tecla.
Don Hilario, cortejo de
Doña Isabel.
Doña Isidora.
Felipa, criada.
Benito, criado.

EL CORTEJO SUBSTITUTO

Habitación de DON PEDRO, con sillas, mesa con libros, papeles y escribanía. BENITO aparece en el teatro y DON JOSÉ sale por la derecha.

JOSÉ. ¿Está ahí tu amo?
BENITO. Ahí está.
JOSÉ. Pues dile que aquí lo aguardo.
BENITO. Está muy bien. *(Vase.)*
JOSÉ. Mientras viene,
estos papeles veamos.
La Casandra. ¡Puf, qué peste!
No hay paciencia para tantos
traductores de novelas
y romances. *El Diario*
de Cádiz; si dura más
pienso que hasta los serranos
hubieran zampado cartas
en el cepillo. Leamos:
La Magdalena cautiva,
comedia nueva en tres actos.
Dale que han de ser poetas,
y dale que son naranjos.
Pero ¡tate!: *Observaciones*

de don Pedro Montefalco
sobre el mérito de varias
currutacas. Yo lo guardo.
¡Don Pedro escritor! ¿Por dónde?
Pero él sale.

PEDRO. *(Saliendo.)* Adiós, Pepazo.
¿Tú por acá? ¿Qué hay de nuevo?
¿Te ausentas, o estás acaso
de entredicho con doña Ana?

JOSÉ. No es nada de eso. Otro enfado
vengo a darte.

PEDRO. ¿Qué se ofrece?
Despachemos; que ahora acabo
de recibir diez esquelas
de diez damas que han quebrado
con sus cortejos; y es fuerza
asistir a su despacho
mientras dure el interregno.

JOSÉ. Pues, Periquito; mi encargo
se reduce a que esta noche
acompañes a un sarao
a mi doña Ana.

PEDRO. No puedo;
eso es ya mucho trabajo.
¿Qué pretenden los cortejos?
¿No consuelo, no acompaño
sus damas en las ausencias
y enfermedades?

JOSÉ. Es claro.

PEDRO. Pues si quieren más, que busquen
un substituto de palo;
que yo no puedo con tantas

obligaciones.

JOSÉ. Un rato
más o menos...

PEDRO. No es posible;
y si no mira el estado
de los cortejos del día.
Doscientos hay embarcados;
quinientos están enfermos;
trescientos andan viajando;
ciento y ochenta suspensos,
y diez que han abandonado
sus puestos cobardemente.
(Guarda el papel.)
Sobre que en catorce años
que desempeño mi empleo,
nunca he visto en los estrados
tan grande revolución.
Mucho asunto en este ramo
hallarán los escritores
de nuestro siglo.

BENITO. *(Sale con un papel.)* Un criado
viene con este billete.

PEDRO. ¡Ay!, ya no puedo con tanto
cortejo con tabardillo.
(Lee.) «Junto a los Desamparados;
número cuarenta y tres,
doña Leonarda Camacho.»
Esto es morir.

JOSÉ. Yo no sé
cómo puedes dar abasto.

PEDRO. Pediré que me jubilen
si aprieta más el trabajo;

y si no que me señalen
un compañero.

BENITO. *(Saliendo.)* En el patio,
licencia espera una dama.

PEDRO. Dile que suba, pelmazo.
Vete al punto; que sin duda
éste es caso reservado.

JOSÉ. Cumple con tu obligación.
Adiós. *(Vase.)*

PEDRO. Escribe en llegando.
¡Cáscaras! Sólo faltaba
que por irse a picos pardos
me encajase a mí la pupa.

ISIDORA. *(Saliendo.)* Don Pedro, beso su mano.

PEDRO. Señorita; este favor
fuera sin ese recato
más apreciable.

ISIDORA. Si en eso
consiste, ya me destapo.

PEDRO. ¡Hermosa cara! ¿Y quién rinde
adoración a ese cuadro?

ISIDORA. Don Ignacio Argamasilla.

PEDRO. ¡Oh, qué lindo pajarraco!
Ése muda más cortejos
que camisas. ¡Cuánto, cuánto
me da el tal hombre que hacer!
Pero, en fin, vamos al caso:
¿qué ha sucedido?

ISIDORA. Que ayer,
estándome yo peinando,
vino serio a preguntarme
de qué color era el lazo

del prendido; respondíle
que de cielo, y alterado
me replicó: «No ha de ser
sino verde guacamayo.
—Será cielo.—No será.
—Pues yo quiero.—Yo lo mando.»
Al oir esta terrible
palabra, le tiré un ramo
de flores a la cabeza;
pasóle un jazmín rozando
la patilla, y como un tigre
comenzó a pisotearlo.
Yo, más airada, le arrojo
el peine, después un paño
de cara, cuatro plumeros,
y al levantar luego el brazo
con la borla de los polvos
me dijo tal dicharacho,
que, del bochorno, un minuto
estuve con un desmayo.

PEDRO. ¡Qué perverso! Yo discurro
que no hay en el gremio cuatro
cortejos tan insufribles.
Mire usted: habrá dos años
que riñó con doña Clara
Falcón, por unos zapatos;
y, porque la pobre dama
le estampó algunos araños,
le pegó tal bofetón
que le hizo un desconchado
en la mejilla derecha,
de tres pulgadas en cuadro;

de modo que el lance fué
muy ruidoso en los estrados;
y estuvo cuatro minutos,
y un segundo, arrodillado
para conseguir que fuese
aquella noche a un sarao.

ISIDORA. El traidor tomó la puerta
sin hacer el menor caso
de mis suspiros, después
que lo antepuse a un hidalgo
portugués, nieto del rey
don Sebastián, que prendado
de mis gracias me mandó
un día cinco lacayos
con un papel en estilo
metafórico... Mas cuando...
¿Qué es esto? ¡Jesús mil veces!...

PEDRO. ¡Pobre señora! Un desmayo.
Apliquémosle el succino.

ISIDORA. ¡Ay de mí!

PEDRO. Remedio santo.

ISIDORA. Desde anoche estoy así.

PEDRO. ¡Vaya, que estoy espantado!
Yo no he visto un accidente
más violento. Le ha durado
medio minuto. ¡Qué horror!

ISIDORA. ¡Ay, don Pedrito; en sus manos
pongo mi vida!

PEDRO. *(De rodillas.)* Bien mío;
usted disponga a su agrado
de mi terneza. Yo juro
idolatrarla, entretanto

que un cortejo en propiedad
corte el interino lazo.

ISIDORA. Eso sólo me conforta.

PEDRO. Pero es fuerza que sepamos
qué servicios quiere usted;
¿los visibles, o privados?

ISIDORA. Explíqueme usted.

PEDRO. Señora;
como mi empleo es tan vasto,
no es posible enteramente
cumplir con empeños tantos.
Con unas sólo me obligo
a llevarlas al teatro,
al paseo, a la visita;
y con otras me contrato
para el tocador, la mesa,
la tertulia y el estrado.
Ya ve usted que sólo así
puedo servirlas con garbo,
y aun, con todo, no me libro
de araños y abanicazos.

ISIDORA. Pues, don Pedrito, conmigo
tendréis muy poco trabajo,
porque la Alameda es sitio
de polvareda y codazos;
el Arrecife es paseo
de coches y de caballos;
y sólo la calle Ancha,
entre once y doce, es el campo
donde puede una mujer
soltar las riendas al garbo.

PEDRO. Ya se ve; como que están

las tiendas llenas de argos,
y al olor de una basquiña
salen más de mil gazapos
fuera de sus madrigueras.

ISIDORA. Yo espero enjugar el llanto
muy pronto.

PEDRO. No tiene duda;
pues en yendo yo a su lado,
conocerán que está vaca
la prebenda, y a dos manos
recogerá memoriales
de tiernos enamorados.

ISIDORA. Pues cuenta con no faltar
a su deber.

PEDRO. Ni pensarlo.

ISIDORA. ¡Ay, que me da, que me da!...
(Se desmaya.)

PEDRO. ¡Qué dolor! ¿Otro desmayo?
Pues salga el succino.

ISIDORA. ¡Cielos,
yo fallezco!

PEDRO. Es un milagro
el succino. Ea, mi bien,
tenga usted valor...

ISIDORA. El paso
no es para menos.

PEDRO. Ponerse
una pítima en llegando.

ISIDORA. Ya me vuelve. *(Se desmaya.)*

PEDRO. ¿Otro deliquio?
Pues el pomo.

ISIDORA. Ya ha pasado.

PEDRO. Señora; tres accidentes
en tan cortísimo espacio
me tienen fuera de mí.
ISIDORA. Véngame usté acompañando.
PEDRO. Vamos, mi bien; y el succino
se lo llevaré aplicado.

Sala con sillas, y salen DOÑA ISABEL y FELIPA.

ISABEL. ¿Has visto pasar, Felipa,
por la calle a don Hilario?
FELIPA. Nada menos que seis veces.
ISABEL. Eso, sí; pene el ingrato,
que bastantes sinsabores
su inconstancia me ha costado.
FELIPA. Hételo por dónde viene. *(Vase.)*
ISABEL. Pues me ha de encontrar de mármol.
HILARIO. *(Saliendo.)* No pienses que vengo, ingrata,
a solicitar tu lado,
pues llegaron a su colmo
tu injusticia y mis agravios;
hoy sólo vengo a volverte
tus papeles; estos rasgos
que besaba en otro tiempo,
ya no quiero aun conservarlos.
ISABEL. Caballero; usted pudiera
mandarlos con un criado.
¡Válgame Dios! Cuánto siento
que se tome ese trabajo.
HILARIO. ¿Ves, inconstante; ves cómo
fueron falsos tus halagos,
cuando estás con tal frescura?

ISABEL. ¿Pues qué quiere, don Hilario;
que me dé cuatro sangrías
en despique de haber dado
a doña Clara de Rivas
su corazón, olvidando
antiguas obligaciones?

HILARIO. ¿Yo a doña Clara? ¡Qué engaño!

ISABEL. Yo lo sé de buena tinta,
mi señor, mas no me espanto;
doña Clara es una dama
de mérito, por su garbo,
por su chiste, por el gusto
de su aliño y el boato
de su casa; finalmente,
la tal dama fuera un pasmo
si no tuviera la falta
de un si es no es de desgarro,
mucho de coquetería
o ligereza de cascos;
defectos que, ciertamente,
jamás podrá dispensarlos
un galán de tanto punto,
tan constante, tan honrado,
y sobre todo tan firme,
como puedo yo jurarlo.

HILARIO. ¡Vive Dios que esa ironía
me desespera! Di: ¿cuándo
he dado el menor motivo?

ISABEL. La otra noche en el sarao,
después de la contradanza,
hubo el excelente paso
de abanicar y limpiarle

el sudor de cuando en cuando.
Hubo aquéllo... Mas ¿qué importa?
¿Para qué nos fatigamos?
Ya he mandado yo el billete
a don Pedro. Aquí le aguardo;
conque usted tiene licencia
para marcharse en gustando.

HILARIO. ¡Ya sufrir tanto es bajeza!
¡Vive el cielo!...

PEDRO. *(Saliendo.)* Si he tardado,
madamita, dispensadme.
¿Pero qué es esto? Tú, Hilario,
¿eres el enfermo?

HILARIO. Estoy
por hacer un atentado.
(Se tira en una silla.)

PEDRO. Hombre, ten pecho; estos lances
en amor son ordinarios.
Mira; ayer substituí
siete veces a don Fausto,
porque doña Juana y él
otras tantas se enfadaron
e hicieron las amistades;
de modo que seis lacayos
anduvieron todo el día
detrás de mí, destacados.

ISABEL. ¡Don Pedro!

PEDRO. Con tu licencia
desempeñaré mi encargo.
¡Dueño mío! *(Se arrodilla.)*

ISABEL. Con más gracia
se requiebra.

PEDRO. ¡Dueño amado!
Seré tierno, seré dulce,
seré...
ISABEL. Vaya usté en un salto,
y tráigame un alfiler.
PEDRO. Iré lo mismo que un rayo.
(Entra corriendo.)
HILARIO. Mujeres, todas son falsas.
ISABEL. Los hombres son unos santos.
PEDRO. *(Saliendo.)*
Aquí está, mi bien.
ISABEL. Más pronto
se ha de hacer lo que yo mando.
(Le tira un pellizco.)
PEDRO. ¡Ay, mi bien; que ésta es mi carne!
ISABEL. Pues cuidado con mis manos.
PEDRO. *(A Hilario.)* Haz las paces, por tu vida,
que esta mujer es el diablo,
y en dos días enterró
al substituto.
HILARIO. No trato
de humillarme.
ISABEL. Don Pedrito,
aquel libro...
PEDRO. Voy volando.
(Corre a la mesa y se lo trae.)
Ya está aquí, mi dulce dueño.
ISABEL. No sea usté tan atronado. *(Lo pellizca.)*
PEDRO. ¡Mis ojos; que no soy piedra!
ISABEL. Así lo iré yo amoldando.
Lea un poco.
PEDRO. Sí, señora.

«Capítulo veinte y cuatro.
Desapareció la noche
y salió el alba en su carro...»

ISABEL. Ni aun para eso tiene gracia.
(Le tira el libro.)

PEDRO. ¡Ay, que me ha descalabrado!
Hombre; desenójala,
que ya estoy descuartizado.
Yo te serviré de empeño.

HILARIO. No te canses; ni pensarlo.

PEDRO. ¿Si será martes? ¡Jesús
y qué día tan aciago!

ISABEL. Corra usted por la labor.
¡Qué cortejo tan pelmazo!

PEDRO. Hoy rodaré por la sala,
si no hace Dios un milagro.
(Vase corriendo.)

HILARIO. Puede ser que se arrepienta.

ISABEL. Me salvaré en ese caso.

PEDRO. *(Saliendo con la almohadilla.)*
Aquí está.

ISABEL. ¿Adónde va usted?

PEDRO. Estoy, señora, citado
para las ocho.

ISABEL. No quiero
que se vaya usted.

PEDRO. Me marcho,
porque es fuerza.

ISABEL. ¡Vil cortejo!
(Le tira la almohadilla.)

HILARIO. Todos huyen de su trato;
todos la dejan.

ISABEL. Prometo
mañana desengañarlo.
HILARIO. ¿De qué suerte?
ISABEL. Como guste
de venir, verá en mi estrado
la flor de Cádiz; mil niños
que, a mis pies arrodillados,
estarán de un sí pendientes.
HILARIO. Siempre ha gustado de trapos.
ISABEL. Ya se ve; no son sujetos
de su carácter.
HILARIO. No aguanto,
mi señora, tales zongas.
Si usted prosigue...
ISABEL. Mil cantos
hay en la calle; lo sé...
HILARIO. ¡Por vida!...

Salen JUAN, DOÑA TECLA y DOÑA ANA.

TECLA. Ya estáis votando.
¿Qué es esto, Isabel?
ISABEL. No es nada.
Las cosas de don Hilario.
Dime, Anita, ¿y don José?
ANA. En casa dejé encargado
que le enviasen acá.
ISABEL. Sí; pasaremos el rato.
JOSÉ. *(Saliendo.)* Señoras; beso los pies
de ustedes.
ISABEL. Vamos tomando
asiento.

JOSÉ. ¡Qué buena obra
vengo a leerlas!
ISABEL. ¿Es rasgo
de erudición?
JOSÉ. No, señora;
es un profundo tratado
de crítica que ha compuesto
don Pedro de Montefalco.
TODOS. ¿Y qué tal?
JOSÉ. Yo no sé más
sino que es curioso.
ISABEL. Vamos;
diviértanos usté un poco.
JOSÉ. Hoy he logrado pillarlo,
revolviendo sus papeles.
ISABEL. Veremos su entendimacho.
JOSÉ. Pues dice así: «Observaciones
de don Pedro Montefalco
sobre el mérito de varias
currutacas.»
TODOS. ¡Bravo, bravo! *(Aplaudiendo.)*
JOSÉ. «El día 22 de julio
cortejé a doña Ana Claros;
la mujer más melindrosa
que habrán visto los humanos.»
ANA. ¡Qué insolente!
JOSÉ. Escuche usted:
«Siempre lleva guantes blancos,
porque las manos parecen
unas suelas de zapatos.»
ANA. ¡Qué infame! Si lo pillara...
TODOS. ¡Vaya, que está bueno el chasco!

JOSÉ. «A doña Tecla Domínguez
cortejé en el mes de mayo;
la mayor tonta de Cádiz.»

TECLA. ¡Que hable de mí el perdulario!
He de sacarle los ojos.

JOSÉ. Oiga usted: «En el calzado
tiene toda su manía,
y parecen los zapatos
unas lanchas cañoneras,
según son anchos y largos.»

TECLA. La cólera me sofoca.

ISABEL. ¡Vaya, que el lance es pesado!

JOSÉ. «De doña Isabel de Parra,
aunque no la he cortejado,
tengo sobradas noticias
de su manía.»

ISABEL. Veamos.

JOSÉ. «Quiere parecer hermosa;
y como en sus tiernos años
unas malignas viruelas
el cuero la socavaron,
se dió a la albañilería,
y su ejercicio diario
es echar pellas de cal
en hoyos y desconchados.»

TODAS. Mira, mira cuál te pone.

ISABEL. Por eso yo no me enfado;
sólo, sí, le pronostico
sus ciento y cincuenta palos.

HILARIO. Esos yo se los daré.

ISABEL. También eso es excusado.
Nosotras, las agraviadas

somos y tenemos manos.
¡Muchacha!

FELIPA. *(Saliendo.)* ¿Qué manda usted?

ISABEL. ¿Hay muchas escobas?

FELIPA. Cuatro.

ISABEL. Pues ve a traerlas. Ustedes
(A los hombres.)
escóndanse en ese cuarto
cuando venga.

HOMBRES. Está muy bien.

ISABEL. Y ustedes, a mis mandatos
estén atentas.
(Sale Felipa con las escobas y caaa cual coge la suya.)

FELIPA. Pues vayan
las escobas.

ISABEL. Ten cuidado
de ponerte en esa puerta,
de centinela; en entrando
don Pedro...

FELIPA. Quedo enterada.

ISABEL. Callad, que he sentido pasos.

ANA. Él es.

ISABEL. A esconderse pronto.

HOMBRES. A la vista nos quedamos. *(Se entran.)*

ISABEL. El papel.

JOSÉ. Tómelo usted.

Salen ISIDORA y DON PEDRO.

ISIDORA. Isabelita, ¿qué cuadro
es éste?

(Felipa se pone a la puerta, y todas están con las escobas alzadas.)

PEDRO. Qué, ¿van ustedes
a barrer el Campo Santo?

ISABEL. A barrerle esas espaldas,
amado cortejo, vamos.

PEDRO. ¿Tiene usted algún martirio
de nueva invención?

ISABEL. *(Le agarra por una oreja.)* ¡Villano,
maldiciente, baladí!
¿Cómo tiene, el mentecato,
valor de satirizar
a las damas?

PEDRO. ¿Cómo o cuándo?

ISABEL. Este papel, de su letra,
lo condena.

PEDRO. ¡San Macario!
Mi bien; si éstas son mis obras
póstumas. ¿Quién las ha dado
al público?

ISABEL. ¿Quién? Un duende
que me dice todo cuanto
hacen mis cortejos.

ISIDORA. Vaya,
que está muy pesado el chasco,
y no quiero que prosiga
viniéndome acompañando.

ISABEL. Puede ser que tú también
estés en lista. Veamos.

ISIDORA. No es posible que don Pedro
procediese tan ingrato
con una dama que admite

sus interinos halagos.

ISABEL. En efecto; ya te hallé,
y dice...

ISIDORA. Detén el labio
y no leas..., pues del pecho...
el corazón... a pedazos...
quiere salirse..., y no tengo
ánimo para escucharlo.
Denme un succino, señoras,
porque el mío no lo traigo.
(Se desmaya sobre el hombro de don Pedro.)

ISABEL. En leyendo estas dos líneas
acudiré a su desmayo:
«A doña Isidora Soto,
aunque no la he cortejado,
sé que le apesta el sudor
continuo de los sobacos.»

ISIDORA. *(Vuelve en sí y embiste a don Pedro.)*
¿A mí, perro?

PEDRO. Dueño mío,
¿tiene usted dedos o garfios?

ISABEL. Detente, Isidora.

ISIDORA. Tengo,
con las uñas, de sajarlo.
¿Olerme mal el sudor?
¡Miren qué embustero! Cuando
en agua de azahar y rosa
todos los días me baño.
¡Jesús! Mañana ha de darme
testimonio un escribano
de la ropa que me quite,
y haré al punto publicarlo

en las tertulias.
ISABEL. ¿Queréis
hacer este asesinato
con todas sus ceremonias?
TODAS. Como quieras.
PEDRO. ¿Qué he escuchado?
¡Matarme quieren! Mis dueños;
acordaos de mis halagos,
de las carreras en pelo
que por vuestro amor he dado.
¿Quién en vuestras soledades
os asistirá, si falto?
Yo soy remedio y figura
de un cortejo propietario;
yo soy la llave capona
del amor; el secretario
de los antojos; el simple
cubierto de los estrados;
y, en fin, soy el bastonero
perpetuo de los saraos.
ISABEL. No sirve alegar servicios,
después de tantos agravios.
Hínquese aquí de rodillas.
PEDRO. Las tengo llenas de granos.
ISABEL. ¡Hínquese, o si no...!
PEDRO. *(Se arrodilla.)* Ya estoy.
ISABEL. Ahora levantad en alto
las escobas, y a la seña
de este pañuelo, aplastadlo.
(Doña Isabel da su escoba a Isidora y saca un pañuelo para hacer las señas. Todas tienen las escobas levantadas.)

PEDRO. ¿Cómo es esto? ¿Soy araña,
que me matan a escobazos?
ISABEL. Atención.
PEDRO. Un poco, esperen.
Moriré como cristiano.
¡Santos cielos! ¡Que no salga
un ratón de algún armario,
para ver este escuadrón
desaparecer chillando!
HOMBRES. *(Saliendo.)* ¿Qué ruido es éste, señoras?
PEDRO. Pepito, Juanito, Hilario,
favorecedme.
MUJERES. ¡Que muera!
PEDRO. Apelo, apelo a los machos.
ISABEL. Está bien; que lo sentencien;
pero, señores, cuidado,
que está confeso y convicto.
JUAN. Pues en virtud de esos autos,
sentencio que lo degüellen.
PEDRO. Pues a fe que es lindo pago,
después que, siendo tan feo,
tan tonto y tan perdulario,
te presenté a doña Tecla.
HILARIO. Yo sentencio lo contrario;
pues la mujer que en su casa
da silla a tal mentecato,
eso y mucho más merece;
y así, por mí, perdonado.
PEDRO. Hombre, ¿para qué te precias
de filósofo, si cuando
riñes con doña Isabel,
por la boca arrojas sapos

y culebras?

JOSÉ. Pues, señores,
yo elijo un medio entre ambos;
y así, sentencio que salga
con vida, pero a escobazos.

PEDRO. ¿Son carreras de baquetas?
Miren que no soy soldado.

ISABEL. ¡Sentencia justa! Muchachas,
deshollinadle los cascos.

PEDRO. Déjenme tomar siquiera
la delantera cien pasos.

TODAS. ¡Salga el pícaro!

PEDRO. ¡A la guardia!

TODAS. ¡Duro con él!

PEDRO. Que estos diablos
me matan.

(Le persiguen hasta el bastidor con las escobas.)

ISIDORA. Los escalones
los salta de cuatro en cuatro.

ISABEL. En las tertulias mañana
se publicará este caso,
para que ninguna admita
tales muebles; pues es claro
que el crédito de una dama
corre peligro en sus labios.

ISIDORA. Yo a mi casa me retiro,
pues me he sofocado tanto,
que temo me den doscientos
accidentes en llegando.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad defectos tantos.

FIN

LA CURA DE LOS DESEOS (1)

SAINETE

(1) En la colección publicada por el Sr. Castro, este sainete se intituló *La cura de los deseos y varita de virtud.*

PERSONAS

Marcos, zapatero.
Rosa, su mujer.
Sebastiana, su madre.
Hernando.
Don Pedro, viejo.
Don Teodoro, médico.

LA CURA DE LOS DESEOS

La escena representa tienda de zapatero. Aparece MARCOS trabajando en su mesilla.

MARCOS. ¡Que me pariera mi madre
para que en el mundo sea
zapatero remendón!
¡Ah fortuna! ¿No pudieras
haber trocado mi suerte?
¡Qué le hemos de hacer! Paciencia.

ROSA. *(Saliendo.)* Marcos, hijo, ¡qué deseos
me han dado!

MARCOS. Mujer, revienta.
¿Qué se te antoja? Despacha.

ROSA. Ahora me asomé a la reja,
y vi pasar por la calle
una señora... ¡Si vieras
qué bien calzada que iba!
¡Qué hermosa saya de seda,
con dos andanas de flecos
y muchas borlitas sueltas!
Mas, sobre todo, el mantón,
¡ay qué riquísimo era!

Lo menos, menos, tenía
el encaje sus dos tercias.
Vaya, me quedé asombrada.
¡Ay Marquitos, hijo! Es fuerza
que me compres otro igual.

MARCOS. Tú has perdido la chaveta,
mujer. Me ves sin camisa,
y que a estas horas no hay yesca
para encender el anafe,
¿y se te antoja una prenda
de tanto valor? ¿Acaso
falsifico yo moneda?

ROSA. Pues, hijo, falsificarla,
y saldremos de miseria.

MARCOS. ¿Y que en la plaza me cuelguen?

ROSA. ¿Y qué importa? Si te cuelgan,
morirás por haber hecho
las debidas diligencias
para tener a tu esposa
con decoro y con decencia.

MARCOS. Pues, hija mía, si aguardas
a vestirte con la renta
de monedero, andarás
como nuestra madre Eva.

ROSA. Pues buscar otros arbitrios.

MARCOS. Pero dime cuál.

ROSA. Cualquiera.
Sal a robar.

MARCOS. Gran demonio,
¿tú quieres que vaya a Ceuta,
después de haberme molido
las costillas con la penca?

ROSA. Pues quiero mantón, mantón.
MARCOS. Pues háztele de la estera,
y échale su guarnición
de cascabeles.
ROSA. So bestia,
¿de mí te burlas?
SEBAST. *(Sale con un niño en brazos.)*
¡Qué es esto!
Bribón, ¿siempre con quimeras?
¿Quieres matarme a mi hija?
MARCOS. Al contrario; ella desea
verme pernear.
ROSA. Sí, mucho.
¡Ojalá que yo te viera
en las manos del verdugo!
MARCOS. Antes ciegues que tal veas.
SEBAST. No me insultes a mi hija;
porque si doy cuatro vueltas,
te he de pudrir en la cárcel.
MARCOS. Pues al punto; que me prendan,
que me quemen; que lo manda
mi señora la Condesa
del Remiendo.
SEBAST. Qué, ¿te burlas?
¿Conque, según eso, piensas
que yo y Rosa no tenemos
sujetos que nos protejan?
ROSA. ¡Jesús! Mil veces me ha dicho
don Blas Gariticochea:
«Niña, no sea usted tonta;
en queriendo quedar suelta
se le seguirán los pasos

a su marido; y apenas
se revuelva irá a parar
a Melilla o a Alhucemas.»

MARCOS. ¡Qué buenas almas! Di: ¿cómo
entonces te mantuvieras?

ROSA. Nadie se muere de hambre.
¡Toma! En esta calle mesma
vive un señor que, en llegando
una mujer a sus puertas,
al punto le da una onza
de limosna.

MARCOS. ¿Y cuando llegan
hombres?

ROSA. Esos que se vayan
al Hospicio, o que se mueran.

PEDRO. *(Saliendo.)* Felices, señor maestro.
Adiós, señora maestra.

ROSA. Dios guarde a usted, caballero.

PEDRO. ¿Ha cosido usted la oreja
del zapato?

MARCOS. Sí, señor;
mírela usté.

PEDRO. Está muy buena.
Tome usted.

MARCOS. ¿Cómo, señor!
¿No ve usted que me da media
onza de oro? Sin duda
usted se equivoca.

PEDRO. Ea;
guárdela usté y no replique.

MARCOS. Pero, señor, en conciencia...

PEDRO. Usté es un hombre cargado

de obligaciones, y es fuerza
que los hombres de posibles
socorramos sus miserias.

MARCOS. Dios le pague a usted, señor,
la caridad; y usted vea
en qué puedo...

PEDRO. Basta, basta;
no quiero gracias. ¿Es esta
señora, madre de usted?

SEBAST. No, señor; que soy su suegra.

PEDRO. ¡Ay qué niño tan bonito!
¿Es varón?

ROSA. No, señor; hembra.

PEDRO. ¡Cuál se parece a su madre!

MARCOS. Tan solamente las cejas
son de su padre.

ROSA. Alma mía,
regalo de mis potencias,
ven con tu mamá. *(Tómalo.)*

PEDRO. ¡Qué madre
tan dulce y tan halagüeña!
Es un dije. ¡Co, mi vida!
Haz un pinito, mi prenda...
¡Cómo se ríe! Chiquillo;
toma ese par de pesetas
para rosquetes.

MARCOS. Señor,
Dios le pague a usted la buena
obra.

PEDRO. Déjese de gracias,
y ocúpeme en cuanto quiera.
Luego le traeré un zapato,

y le echará una puntera.
Sea usted agradecido,
y eso me basta. Maestra,
lo mismo le digo a usted.
SEBAST. Rosita es una cordera.
ROSA. En mí tendrá usté una esclava.
PEDRO. Pues adiós; hasta la vuelta.
MARCOS. Dios se lo pague...
PEDRO. No más...
MARCOS. ... y le dé la gloria eterna.
PEDRO. Adiós. (*Vase.*)
LAS DOS. Vaya usted con Dios.
MARCOS. ¡Qué hombres tan buenos se encuentran!
¡Yo estoy pasmado! ¡Qué santo!
No quiere se lo agradezcan.
ROSA. Toma tú, pronto, este niño.
SEBAST. ¿Adónde vas tan de priesa?
ROSA. Marcos; dame ese dinero,
que voy en una carrera
a comprar catorce varas
de cinta color de perla
para unos lazos.
MARCOS. ¡Demonio!
¿Conque no hay pan, y ahora piensas
en perendengues?
ROSA. ¿Qué importa,
si se ha entrado por las puertas
la fortuna?
MARCOS. ¿Cómo ha entrado?
¿Adónde está esa doncella,
que no la veo?
ROSA. Ya es tiempo

que hablemos, hombre, de veras.
Siéntate.

MARCOS. Mientras que hablas
compondré yo estas chinelas. *(Siéntase.)*

ROSA. Pues, hijito, bien conozco
que cuanto sudas y agencias
lo gastas en mantenerme.

MARCOS. Ya ves que ni el día de fiesta
suelto el cerote.

ROSA. Es verdad;
mas, aunque sudas y velas
trabajando, cada vez
padecemos más miserias.

MARCOS. Si el oficio está perdido...
Ayer a una petimetra
le remendé unos zapatos;
y yendo por la peseta,
la encontré en cueros, lavando
una camisa más negra
que mi corazón. La pobre
se escondió tras de la puerta
de la cocina, gritando:
«No tengo aquí faltriqueras.
La moza la llevará
cuando acabe las haciendas.»

ROSA. ¡Están perdidos los tiempos!
Mas, volviendo a la materia,
ya sabes tú que en mi casa
me han criado con decencia.

SEBAST. Mucho; tu padre el Marqués,
aunque cargado de deudas,
nos tenía como un dije,

hasta que Antonia la tuerta
lo engatusó; y, ya se ve,
quedamos a la inclemencia.

MARCOS. Vaya, vaya; no sé cómo
hay mujeres que se atrevan
a indisponer amistades;
y mucho más cuando median
circunstancias, y hay ganado...
¡Qué, si no tienen conciencia!

ROSA. Pues, hijo mío; supuesto
que no te encuentras con fuerzas
para mantenerme como
corresponde a mi nobleza,
será preciso tomar
otros arbitrios...

MARCOS. ¿Intentas
echar en la Lotería?

ROSA. Yo no fío en papeletas.
¿Ves ese viejo?

MARCOS. ¿Qué viejo?

ROSA. Ese que nos dió la media
onza.

MARCOS. Mujer; no merece
un sujeto de sus prendas,
tan bueno y caritativo,
tratarlo de esa manera.

ROSA. No seas tonto. Si ese viejo
me ha dicho que, como quiera
corresponderle, a los dos
nos ha de vestir de seda.

MARCOS. ¡Jesús! ¡Jesús!

ROSA. ¿Qué te espantas,

hijo mío? En esta tierra
muchos maridos tomaran
semejante conveniencia.

MARCOS. ¿Conque la limosna ha sido
para que ciegue?

ROSA. ¿Tú piensas
que hoy se dan palos de balde?

MARCOS. ¡Miren qué bondad! ¡Desea
ayudarme a sostener
esta cruz! ¡Ay qué culebra
es el dichosito viejo!

ROSA. Agradece a las sesenta
navidades, que le obligan
a entrar haciendo promesas;
porque los mozos del día
tienen tanta desvergüenza,
que a la segunda visita
nos piden las asistencias.

MARCOS. Pues, hija mía; ni viejo,
ni mozo, ni macho, ni hembra
pondrán los pies en mi casa.

ROSA. Pues mantenme con decencia.

MARCOS. Con la que pide tu clase;
y así, Rosa, no me muelas.

ROSA. ¿Conque yo he de ver a otras
con encajes de una tercia,
mientras voy amortajada
con mi saya de franela?

MARCOS. Hija mía, consolarse,
que así van las de tu esfera.

SEBAST. Mientes; que muchas conozco
cubrirse de plata y seda.

MARCOS. Comerciarán sus maridos,
y yo les temo a las quiebras.

ROSA. ¿Conque tengo de salir
con mantilla de bayeta?
¿Qué dirán de mí en el mundo?
¡Infame! ¿No te avergüenzas?
¡Yo me ahorco! ¡Vengan pronto!
¡Denme al instante una cuerda!
¡Ay, que me muero! ¡Qué rabia!
¡Que se me anuda la lengua!
¡Un confesor! ¡Ay, que expiro!
¡Ay, ay, que me caigo muerta!

SEBAST. ¡Rosa de mi corazón!
¡Que se me muere! ¡Ay qué pena!
Tú, perro, tienes la culpa.

MARCOS. ¿Yo la he tocado siquiera?

SEBAST. Ve a la botica de al lado
por un doctor.

MARCOS. ¡Santa Tecla!
Que halle un médico de aquellos
que asesinan a docenas... *(Vase.)*

ROSA. ¿Se fué ya?

SEBAST. Sí, ya se fué.

ROSA. Veremos si con la treta
de los accidentes puedo
trastornarle la cabeza.

SEBAST. Él es bonazo, y los teme.

ROSA. Déjate, que a pocas de éstas,
yo le pondré como un guante.

SEBAST. Vuelve a fingir, que ya llega.

Salen TEODORO y MARCOS.

TEODORO. Lan, larán, larán, larán.
¿Es esta niña la enferma?
SEBAST. ¡Ay, mi señor don Teodoro,
que imagino que está muerta!
TEODORO. Me alegro. Veamos el pulso.
Lan, larán, larán, larán.
Viva está. Veamos la lengua.
SEBAST. ¿Cómo? Si no puede abrir
la boca.
TEODORO. Traiga usté apriesa...
MARCOS. ¿Qué he de traer?
TEODORO. Unas tenazas.
MARCOS. Aquí las tengo en la mesa.
SEBAST. Ya abrió la boca; detente.
TEODORO. ¿A ver? Lan, larán... La lengua
manifiesta claramente
que están todas las arterias
medio punto, sí, más bajas
que los tendones y venas;
y como el cuerpo del hombre,
según Rapsis y Avicena,
sólo es un arpa viviente,
cuando el tiempo la destempla,
pulsa la sangre, supongo
en la vena cava, y suena
el tono de *la mi re;*
corre luego por la arteria
pulmonar, y da *la mi;*
entonces todas las venas

y los vasos capilares,
desconcertados, comienzan
ut, re, mi, fa, sol, sol, la;
de modo que el alma queda
aturdida, y tiene entonces
que taparse las orejas.

MARCOS. Todo eso será así;
pero, en resumidas cuentas,
¿qué es lo que tiene?

TEODORO. Deseos.
Éste es el mal que la aqueja.

MARCOS. ¡Qué maldita enfermedad!

TEODORO. ¿Va de noche a la retreta
esta niña?

SEBAST. No, señor.

TEODORO. ¿Pues cómo puede estar buena,
si le falta la armonía?
¿No quieren creerlo? Apriesa
traiga usted cien clarinetes,
ocho tamboras, sesenta
platillos, catorce trompas,
y que toquen hora y media
al lado de esta mujer.
Con eso cobrará fuerzas,
se templarán sus deseos
y la verá usted contenta.

MARCOS. Señor, son otros deseos
los que mi mujer desea.

TEODORO. ¿Qué sabe usted? Haga pronto
lo que el médico le ordena.
En la botica de junto
le dejaré la receta.

MARCOS. ¿Pero dónde he de llevarla?
TEODORO. Al cuartel de Santa Elena.
ROSA. ¡Ay de mí!
TEODORO. ¡Miren si ha vuelto!
Sólo el nombre de retreta
la ha reanimado. Señora,
tenga usted valor; ya queda
dispuesta su curación;
yo luego volveré a verla.
Hasta entonces. Lan, larán,
lan, larán, larán, larera. *(Vase.)*
MARCOS. ¡Qué doctor tan herbolario!
¡Maldita sea tu receta!
SEBAST. Ven, hija, y te acostarás
un ratito... Ya ves, bestia,
que la enfermedad de Rosa
son deseos; conque piensa
en cumplírselos; si no,
esto acabará en tragedia.
ROSA. Llévame tú de las manos,
que se me doblan las piernas.
(Vanse las dos.)
MARCOS. ¡Vaya, yo estoy aturdido!
¡Jesús! Catorce trompetas,
veinte timbales... ¿Qué diablos
de cataplasma es aquésta?
HERN. *(Saliendo.)* Vecinito, buenos días.
¿Cómo es esto? ¿Es día de huelga?
Parece que no trabaja.
MARCOS. ¡Qué trabajar! Si mi suegra,
mi mujer, esos demonios
con naguas, me traen vuelta

la cabeza.

HERN. ¿Pues qué ha habido?

MARCOS. ¿Qué ha de haber? Que se halla enferma
de deseos, y me pide
un mantón, cuando la perra
sabe que para comer
apenas me da la lezna.

HERN. No comprárselo.

MARCOS. ¿Usted sabe
quién es la niña? Ahora queda
casi expirando, porque
yo no bajo la cabeza.

HERN. ¿Quiere usté hacer un remedio?

MARCOS. ¿Se compone de trompetas,
tamboras, flautas, platillos...?

HERN. ¿Usté es loco, o se chancea?
No es eso. Voilo a traer.
Al instante doy la vuelta. *(Vase.)*

MARCOS. ¿Si irá a traer mi vecino
cuatrocientas castañuelas?
Yo, entre música y deseos,
voy perdiendo la chaveta.
¡Ah modistas! Vuestros moños
son la causa de que tengan
mil inocentes maridos
calentura en la cabeza.

Sale HERNANDO con un mazo de varas; y en la punta de cada una, una cedulita atada.

HERN. Vecinito; aquí le traigo
en este mazo la prenda,

la receta, o el remedio
con que curar la dolencia
de su mujer.

MARCOS. ¿Es acaso
zarzaparrilla?

HERN. Son ciertas
varas que tienen, amigo,
mil virtudes estupendas.
Leamos las cedulitas
para ver cuál aprovecha:
«Vara para las mujeres
que tan solamente piensan
en diversiones.»

MARCOS. ¡Qué vara
tan socorrida! Una de éstas
debe haber en cada casa.

HERN. «Vara para las soberbias,
que en su casa llevar quieren
los calzones.»

MARCOS. ¡Qué gran pieza!
¡Y qué nudillos que tiene!
Ya; si es medicina recia...

HERN. «Para las que siempre están
con patatús y jaqueca.»

MARCOS. ¡Qué linda vara! Me acuerdo
que mi madre estaba enferma;
mas mi padre la tendió
una vara como ésta
desde el cogote a las ancas,
y así se puso tan buena,
que trabajaba después
como una mula gallega.

HERN. «Para las que son amigas
de cortejo.»
MARCOS. ¡Brava pieza!
Ésta debiera ir encima
de las demás. Dos talegas
dieran muchos por tal vara.
HERN. «Para las largas de lengua.»
MARCOS. A ésas, si no se las cortan,
otra cura será eterna.
HERN. «Para las que son muy vanas
y tienen deseos.»
MARCOS. ¡Ésta,
ésta es la que necesito!
¿Pero cómo se usa de ella?
¿Se debe aplicar al vientre,
al pecho o a la cabeza?
HERN. Nada de eso. Mire usted:
cuando mi vecina tenga
algún deseo, al instante,
según las horas que sean,
déla usted tantos varazos
en los lomos con gran fuerza;
verá cómo de rodillas
le agradece la fineza.
MARCOS. Mas diga usted: ¿le parece
que en dando las doce y media
le haga la primera cura?
HERN. Mientras más las horas sean,
mejor.
MARCOS. ¿Y si tiene cuartos
el reloj, entran en cuenta?
HERN. Mucho. Vecino, hasta luego;

apriete usté y nada tema. *(Vase.)*

MARCOS. Seguro está. ¿Yo temer
cuando la salud se arriesga?
Nada de eso. Pero ya
mi mujer aquí se acerca.
San Marcos haga este día
que la vara no se tuerza.

ROSA. *(Saliendo.)*
Por fin, hombre, ¿qué resuelves?
¿Qué determinas? ¿Esperas
a que me dé otro accidente?
Vaya; respóndeme, bestia.
¿No te he dicho que deseo
un buen mantón?

MARCOS. ¿Lo deseas?
Pues toma deseos; toma. *(Le pega.)*

ROSA. ¡Que me matas! ¡Cesa, cesa;
no más! *(De rodillas.)*

MARCOS. ¿No quieres mantón?

ROSA. Ni mantilla de bayeta.

MARCOS. ¿Conque no tienes deseos?

ROSA. No. Me has roto esta cadera.

MARCOS. ¿Serás soberbia?

ROSA. Tampoco.
Seré como una cordera.

MARCOS. Me alegro; besa la vara;
vete ahora a tus haciendas;
y, cuenta, porque esta vara
cura también la pereza.

ROSA. Ya lo sé. Adiós, mi Marquitos.
¡Maldita tu vara sea! *(Aparte.)*
De nada valdrán mis gritos

en dándome esta respuesta. *(Vase.)*
MARCOS. ¡Válgame Dios! ¡Quién creería
que hubiera tales maderas
en el mundo! He de colgarla
con una colonia inglesa.
SEBAST. *(Saliendo.)* ¿Por qué está llorando Rosa?
¿Tú no haces la diligencia
del mantón? Menea los pies;
sal a la calle; trampea;
que deseo verla alegre.
MARCOS. ¿Deseos? Pues toma, suegra;
toma los deseos, toma. *(Le pega.)*
SEBAST. ¡Yerno mío, ten clemencia!
MARCOS. No tener deseos.
SEBAST. Hijo;
repara que soy tu suegra.
MARCOS. ¡Buen reparo! Por lo mismo
debo apretar las muñecas.
SEBAST. ¡Ay, que me matan, Dios mío! *(Vase.)*
MARCOS. ¡Ojalá fuera de veras!
Un prodigio es la varita.
En una bolsa de tela,
o tisú, la guardaré
como reliquia estupenda.
¿Si será de palo santo?
¡Jesús, qué bella madera!
TEODORO. *(Saliendo.)* Lan, larán... ¿Y la señora?
MARCOS. Adentro está.
TEODORO. Voy a verla;
porque el mal es de cuidado.
¿Qué tal probó la receta
de la música, del bombo,

platillos y panderetas?...
Porque deseo...

MARCOS. ¿Deseos?
Vaya contra esa epidemia. *(Le pega.)*

TEODORO. ¿Qué haces, pícaro, bribón!

MARCOS. ¿Qué? Tocarle la retreta
para curarle el deseo.

TEODORO. Preciso es tomar la puerta.
¡Infame, ya lo verás! *(Vase.)*

MARCOS. Seguro está que acá vuelva,
aunque por cada visita
una onza se le diera.

PEDRO. *(Saliendo.)* Aquí están estos zapatos.

MARCOS. Está bien.

PEDRO. ¿Y la maestra?

MARCOS. Algo mala.

PEDRO. Dígala
que deseo socorrerla.

MARCOS. ¿Conque deseos?

PEDRO. Lo he dicho,
y lo deseo de veras.

MARCOS. Pues tome usted contra todos
esos deseos... *(Le pega.)*

PEDRO. ¿Qué intentas?
¿Así me pagas, infame,
la caridad?

MARCOS. Si son friegas
para curar el deseo...

PEDRO. Si no corro, me derrenga. *(Vase.)*

MARCOS. Vaya; es un gusto curar
a estas gentes. ¡Qué comedia!

HERN. *(Saliendo.)* Vecinito, ¿cómo va?

¿La medicina aprovecha?
Porque, amigo, yo deseo...

MARCOS. ¿Deseos? Pues con madera
se curan... *(Le pega.)*

HERN. Que soy yo, Marcos.

MARCOS. Está usté enfermo, y es fuerza...

HERN. ¡Que se le ha vuelto el jüicio! *(Vase.)*

MARCOS. Todos sin deseos quedan.
Si alguien de los que me escuchan
necesitare de aquesta
varita para curar
a sus mujeres, que venga
a mi casa, y prestaré
por caridad esta prenda;
pues, como sepan usarla,
la mujer más altanera,
aunque se le salte un ojo,
no deseará una camuesa;
conque así, el que la quisiere
dé dos palmadas en muestra;
ínterin que pido a todos
perdón de las faltas nuestras.

FIN

EL CHASCO DEL MANTÓN

SAINETE

PERSONAS

DON TESIFÓN, figurón.
DON PEDRO, majo.
DON JUAN.
DOÑA INÉS.
DOÑA ISABEL.
PEPA, criada.
NICOLASA, prendera.

EL CHASCO DEL MANTÓN

Salón lárgo, con mesa y sillas. DOÑA INÉS sentada, tomando chocolate; y PEPA en pie, delante de ella, con un vaso de agua en la mano.

INÉS. ¡Qué malo es el chocolate!
PEPA. Siempre le encargo a Lorenzo
que lo compre del mejor.
INÉS. Luego que tome dinero
lo labro en casa. *(Llaman.)*
PEPA. Que llaman.
INÉS. Deja el vaso y abre presto.
TESIFÓN. *(Saliendo.)* Madama, Dios le dé a usted
muy buenos días.
INÉS. Corriendo,
tráele, al señor, chocolate.
TESIFÓN. No gusto de sorbeteos.
A estas horas tengo ya
en el vientre un par de huevos
con jamón y una botella
de Pajarete; lo aprecio.
INÉS. Agua.
(Pepa le da el vaso y toma el pocillo.)

TESIFÓN. ¡Qué gana de aguarse
las entrañas! Yo recelo
que se nos vuelva usted rana.

INÉS. Estoy hecha.

TESIFÓN. ¿Conque puedo
hablarle a usted sin testigos?

INÉS. ¿Testigos? ¿Quiénes son ésos?

TESIFÓN. Infinitos; nunca falta
quien venga a contarle un cuento.
Aquí se junta una turba
de mozuelos a recreo.
Se sabe si fulanita
ha estrenado traje nuevo;
si a zutanita le ha dado
una tollina el cortejo;
si menganita ha elegido
para marido un camello.
Ésta baila, aquélla brinca,
estotra entona el bolero;
unas entran y otras salen,
charlan, ríen tan sin freno,
que es imposible no tengan
mil legiones en el cuerpo.

INÉS. ¡Ja, ja, ja! Bien se conoce
que es madera de otros tiempos.
¿Conque, en fin, los cargos son
que en mi casa me divierto
con mis amigas?

TESIFÓN. No es ése
su mayor divertimiento.
Un majito sin jüicio,
con más moños que un borrego

de Pascua, la tiene a usted
en un continuo embeleso.

INÉS. ¡Jesús, y qué disparate!
¿Lo dice usted por don Pedro?

TESIFÓN. Pues ¿por quién lo he de decir?
Cada vez que aquí le veo
con aquella monterilla
que parece un solideo;
aquel pedazo de chupa
respingada, con más flecos
y con más cascabelitos
que caballo calesero,
me admiro que una mujer
que presume de talento,
tenga dares y tomares
con semejante muñeco.

INÉS. ¿Yo? ¡Jesús, qué disparate!
Si no hubiera otro sujeto
en el mundo, me parece
que no le hiciera mi dueño.

TESIFÓN. Siendo así, yo me descaro
y se acaban cumplimientos.

INÉS. Diga usted lo que gustare.

TESIFÓN. Si yo fuera algún monuelo
enturbiara los ojitos,
y torciendo luego el cuerpo
como un garabato, diera
un suspirillo de enfermo
moribundo; después, fino,
le dijera: «Dulce dueño:
sepa usted que yo la adoro,
que me abraso, que me quemo»;

y a sus pies me arrodillara
haciendo dos mil pucheros;
pero como soy un hombre
de faldón largo y sombrero
encanutado, no gasto
más mimos, ni más requiebros,
que decirle con franqueza
solamente que la quiero.

INÉS. La bondad de usted... Mas llaman.
Luego despacio hablaremos.
Abre, Pepa.

PEPA. *(Saliendo.)* Voy, señora.
Ahora empieza el jubileo. *(Abre.)*

Sale NICOLASA con un mantón envuelto en un pañuelo; y PEPA se va por la izquierda.

NICOLASA. Buenos días.

INÉS. Nicolasa,
siéntate aquí; ¿qué hay de nuevo?

NICOLASA. Déjeme usted que respire.
¡Qué calor hace! Me quemo.
Vaya; no sé cómo puede
sufrir este caballero
ese casacón de marca.

TESIFÓN. Yo tengo frío.

INÉS. Silencio;
y no vengas con locuras.
Dime: ¿qué traes aquí envuelto?

NICOLASA. Un mantón de venta.

INÉS. ¿A ver?

NICOLASA. Es riquísimo.

INÉS. En efecto.
¿Y qué pides?
NICOLASA. Veinte onzas.
TESIFÓN. ¿Veinte onzas? ¡Yo estoy lelo!
Quizás son de chocolate.
NICOLASA. Saque usted los espejuelos,
y mire usted si este encaje
es malla de un par de pesos.
TESIFÓN. ¡Pero gastar veinte onzas
en tales drogas, a riesgo
de que un perrito meón,
una astilla, un clavo viejo
las inutilice el día
que se estrenan! ¡Si no hay seso
en las gentes! Plata u oro;
que siempre valen dinero.
NICOLASA. Vaya, vaya, que el señor
es genovés; y aun me acuerdo
de haberle visto vender
longanizas de podenco.
INÉS. Pero siempre harán rebaja.
NICOLASA. ¿Bajar? Ni un ochavo menos.
Su ama tiene qué comer.
INÉS. ¿Y quién es?
NICOLASA. Doña Ana Cueto.
Se lo regaló un compadre
de cédulas, caballero
que arrastra coche, y que tiene
un escudo todo lleno
de animales y aguiluchos;
pero como el diantre ha hecho
que ahora venga su marido

de Lima con muchos pesos,
habrá registro, y es fuerza
el quitar sombras de en medio.

TESIFÓN. ¡Qué infame lengua! Allá va
esa honra por los suelos.

INÉS. Si tuviera, lo comprara.

NICOLASA. ¿Pues de qué sirve, salero,
ese petimetre antiguo
en esa silla tan tieso?
Que sacuda sus bolsillos;
y, por fin, que les dé el viento
a sus roñosos doblones.

INÉS. Yo nunca ocupo a quien quiero.

NICOLASA. Y con razón; porque tiene
ese gorro tan bien puesto...;
y luego, como le ha dado
esos colores el cielo...
¡Vaya si es prenda de gusto!
Bien haya, amén, tu pergeño,
rosa de mayo, ¡y qué lindos
ojillos de terciopelo!

TESIFÓN. ¡Qué pícara zalamera!
Cielos santos, ¿no hay encierros
para enjaular a estas maulas?

INÉS. Si me hiciera juramento
el señor don Tesifón...

NICOLASA. ¿Se llama así el caballero?

INÉS. Así se llama.

NICOLASA. ¡Gran nombre!
El sonido está diciendo
que será algún Infanzón.

INÉS. Pues digo que, en el supuesto

de volverlas a tomar,
me atreviera...

NICOLASA. Pues por hecho.

TESIFÓN. Adiós; caí en el garlito.

NICOLASA. Don Tesifón; este empeño
es digno de un montañés.

TESIFÓN. Yo, señora, soy gallego.

NICOLASA. Mucho mejor; veinte onzas
necesita este lucero
prestadas.

INÉS. Calla la boca.

NICOLASA. ¡Mal haya sean los genios
encogidos! Ya el señor
podrá formar sentimiento
si no las recibe usted.

TESIFÓN. Seguro está; ni por pienso.

NICOLASA. ¿Para qué es disimular,
si se está usted deshaciendo
porque las tome? Cuidado,
que soy yo la que me empeño;
mas esto será mejor.
Ahí queda el mantón. Salero,
de aquí a un rato volveré
a recoger mi dinero... *(Vase.)*

INÉS. Usted viva muchos años.

TESIFÓN. De modo que, en este tiempo,
veinte onzas... Ya se ve;
el pan está a tanto precio,
el aceite cuesta un ojo,
el vino se va subiendo,
y como son veinte onzas
más de cuatrocientos pesos...

PEDRO. *(Sale, toma una silla y se sienta.)*
Señores, felices días...
INÉS. Adiós, mi señor don Pedro.
TESIFÓN. No puedo ver a este mono.
PEDRO. ¡Qué suerte, qué suerte tengo
tan endiablada! ¡Tres sotas
a perder! Me recondeno.
INÉS. ¿Qué tiene usted? ¿Ha tenido
algún disgusto?
PEDRO. Me siento
un poco malo. ¡Qué sotas
tan malditas!
TESIFÓN. El sereno
le habrá resfriado. ¡Ya!
¡Si esos cucuruchos negros
sólo tapan la piojera!
PEDRO. Me han dejado sin dinero.
¡Vaya; si no he visto manos
como las de aquel banquero!
Jamás dió la chirimía
ni la facha, que es mi juego.
INÉS. Diga usted: ¿qué le parece
este mantón?
PEDRO. Que es muy bueno.
INÉS. Veinte onzas me ha costado.
PEDRO. Si fuera mío, ¡qué presto
le trasmudara yo en oro!
INÉS. No esté usted, por Dios, tan serio.
PEDRO. Tengo dolor de cabeza.
TESIFÓN. Si lleva sobre el celebro
una cola de caballo,
¿no ha de dolerle?

PEDRO. ¡Qué necio!
¿Por qué no se mira usted
con ese gorro?
TESIFÓN. Confieso
que el gorro ya no está en moda;
pero traigo el casco fresco.
PEPA. *(Saliendo.)* Señorita; doña Tecla
dice que, por un momento,
suba usted.
INÉS. Voy al instante.
Señores, al punto vuelvo.
PEDRO. ¡Si pudiera desquitarme!
¿Pero con qué, si no tengo
para comprar una soga?...
TESIFÓN. Por que este don Majadero
no enrede conversación
conmigo, voy al momento
a plantarme en la del Rey.
Si enderezaran el cuello
los del bigote y la pera,
¿qué dirían al ver estos
matachines, ni bien moros,
ni bien castellanos viejos?
PEDRO. Solo me miro, y el diablo
me está tentando. ¿A que vendo
el mantón? Con quince onzas
que me den, me voy al juego;
pongo cuatro sobre el Rey;
cayó a la izquierda; le tuerzo
un poquito; vino al golpe;
paz de doce; dicho y hecho;
cobro veinte y cuatro onzas;

tomo la puerta; le merco
a doña Inés un mantón
mucho más rico, y me quedo
con diez o doce medallas
para ganar otras ciento.
Yo le echo el guante. Ya está
en franquía. Pues larguemos
las gavias, y buen vïaje.

PEPA. *(Saliendo.)* ¿Adónde va usted corriendo?

PEDRO. Voy tras de don Tesifón,
pues se lleva...

PEPA. ¿Qué, don Pedro?

PEDRO. El mantón. Vuelvo al instante. *(Vase.)*

PEPA. ¿Qué intentará ese estafermo?
¡Señora! ¡Señora!

INÉS. *(Saliendo.)* Pepa,
¿por qué das voces?

NICOLASA. *(Saliendo.)* Mi dueño;
¿adónde está ese elefante,
para que me dé el dinero?

INÉS. Ya se fué.

PEPA. Si se ha llevado
el mantón...

INÉS. ¿Qué estás diciendo?

PEPA. Que don Pedro lo atisbó
y partió tras él...

INÉS. ¡Que un viejo,
un mueble tan despreciable,
me haya burlado! Más siento
el chasco que aun el mantón.

NICOLASA. ¡Miren el don Esqueleto,
cómo supo ser tunante!

¿Si acaso será su abuelo
el Rey de Angola? ¡Zarazas!,
que la indignidad se ha hecho
arte liberal.

INÉS. Si logro
echarle la vista, tengo
de ponerle como un trapo.

NICOLASA. Y dígame usted, salero:
¿quién me paga a mí la prenda?

INÉS. Él la pagará.

NICOLASA. Ese pleito
a usted le toca, mis ojos;
porque yo no quiero cuentos
con la señora Justicia.

INÉS. Pues yo no tengo dinero.

NICOLASA. ¿No tiene usté, y me parece
la Emperatriz de Marruecos?
Vaya, vaya; muchos moños,
muchos polvos en el pelo,
y estarán hasta las moscas
en ayunas.

INÉS. ¿Cómo es eso?
¿A mí tales insolencias?

NICOLASA. ¿Ya se atufa, y ahora empiezo?
¡Caramba con las usías;
que porque tienen dos dedos
de color en el hocico,
quieren les tengan respeto!

INÉS. Advierte que estás hablando
con doña Inés Mondoñedo,
vïuda de un Capitán...

NICOLASA. ... de gallinas. Fué un sujeto

muy conocido en su casa.
¡Puf, cómo apesta un regüeldo
de nobleza de avería!
Por Dios, niña; que doblemos
esa hoja, que está puerca;
y hablemos de mi dinero.
¿Quién me paga?

INÉS. Yo no pago;
y así, ve a un juez.

NICOLASA. Ya estoy viendo
que el mantón se ha de volver
sotana.

PEPA. ¿A mi ama?

INÉS. Presto;
vete a la calle.

NICOLASA. La trenza
he de cortarla primero. *(Se agarran.)*

TESIFÓN. *(Saliendo.)* ¿Qué ruido es éste, señora?

NICOLASA. Sólo esa cara de cielo
serenará la borrasca.

INÉS. Usté es causa de este exceso.

TESIFÓN. ¿Yo la causa?

INÉS. Sí; pues, falso,
mezquino, vil y grosero,
se ha llevado usté el mantón,
dejándome en el empeño
de pagarlo.

TESIFÓN. ¿Yo, señora?
¿Tengo cara de ratero?

NICOLASA. De ratero, no; de galgo,
según la carrera en pelo
que dió usted con el mantón.

TESIFÓN. Hoy es día de bureo.
Vaya, sóplenme este ojo.
NICOLASA. Con la boca de un mortero.
TESIFÓN. La verdad: ¿cuánto ha caído?
¿Para qué son los misterios?
Ya se ve; se seca el pico,
y es preciso un refrigerio.
Entonces, ¿qué mejor cosa
que un trompetazo de enebro
o cinamono? Un caudal
hay de frasquillos adentro.
INÉS. Váyase muy noramala,
deslenguado, desatento.
¿Cómo viene a chancearse
después de un hecho tan feo?
TESIFÓN. Si ustedes no hablan de veras...
INÉS. ¿Cómo no, cuando don Pedro
vió que tomó usté el mantón?
TESIFÓN. Don Pedro es un embustero.
Él le habrá echado la uña;
y aun, a estas horas, apuesto
que lo tiene encapillado
la sota de copas.
PEPA. Bueno;
don Pedro llega.
PEDRO. *(Saliendo.)* Señora,
beso a usted los pies.
INÉS. Me alegro
que haya usted venido.
TESIFÓN. Y yo.
NICOLASA. Dígale usted cuántos dedos
destacó contra el mantón.

PEDRO. Aun me parece lo veo
levantarse de la silla
después de dar un bostezo;
dar a la mesa tres pasos;
quitarse el gorro; y abriendo
las diez uñas, cepillarse
la calavera en tres credos.
Entonces dejó caer
con disimulo el sombrero;
y, al levantarlo, cogió
el mantón al mismo tiempo;
luego, sacando la caja,
tomó la puerta muy serio,
marchando al compás de un sorbo
de rapé, mayor que un trueno.
Diga usted que no lo vi.

TESIFÓN. Basta ya de manoteo;
que me parece usté un mico.
¡Habrá mayor embustero!

PEDRO. ¿Yo embustero?

TESIFÓN. Sí, señor.
Ya lo he dicho, y lo mantengo.

PEDRO. Si no estuviera en la casa
de una señora...

INÉS. Don Pedro,
téngase usted.

TESIFÓN. Pues que saque
el cuchillito, y veremos
si de una coz no le sumo
el ombligo para dentro.

NICOLASA. Antes que venga la Guardia
déme usté aquí mi dinero.

ISABEL. (*Sale con el mantón puesto.*)
¿Qué es esto, Inés? Me parece
que disgustada te encuentro.

INÉS. Ha sido con la criada.
¿No te sientas?

ISABEL. Sólo vengo
a que veas el mantón
que hoy me ha llevado un sujeto.

INÉS. ¡Qué miro?

PEDRO. Ahora se habrá
de descubrir el enredo.

INÉS. Es muy rico, Nicolasa.
¿Qué te parece?

NICOLASA. Estupendo.
Mi niña, perdone usted,
y en un instante saldremos
de una duda. (*Se lo quita y lo mira.*)

ISABEL. En hora buena.

NICOLASA. El mismísimo; me alegro.
(*Lo empieza a doblar.*)
Pan perdido, vuelve a casa,
y cuélgale a San Alejo
el milagro.

ISABEL. ¿Qué hace usted?

NICOLASA. Doblarlo; que así su dueño
me lo entregó.

ISABEL. Venga acá;
que con nadie me chanceo.

NICOLASA. Ni yo tampoco, señora;
y, para otra vez, le advierto
que no se ponga jamás
prendas robadas, a riesgo

de que en medio de la calle
la deje su dueño en cueros,
y represente usté entonces
la blanca del cuerpo negro.

ISABEL. ¿Qué es esto, Inés?

INÉS. Una prueba
de tu vil procedimiento.
¿Cómo te atreves, traidora,
a recibir los obsequios
de un hombre que me visita?

ISABEL. ¡Recibir! ¿De qué sujeto?

INÉS. De este infiel, de este voltario
que, mientras con fingimientos
me pretende, a ti te lleva
los regalos que me ha hecho.
Cúbrase usted de vergüenza,
mirando ya descubiertos
sus engaños.

TESIFÓN. En mi vida
he gastado chicoleos
con esa niña; y si no
diga usted si en algún tiempo
le eché paja ni cebada.

ISABEL. Ni mi gusto es tan perverso,
que a semejante espantajo
le entregara yo mi afecto.

TESIFÓN. Hace usted bien; porque yo
enamorara primero
a la Paruleta (1), que
a usted con aquesos quiebros.

---

(1) Otro manuscrito dice «a la Pezuleta».

ISABEL. No me importa, don Fantasma.
TESIFÓN. Tampoco a mí, doña Escuerzo.
Conque pata.
INÉS. ¿De qué sirven
los disimulos?
PEDRO. Yo pienso
escurrirme poco a poco.
ISABEL. Satisfacerte no quiero.
Venga mi mantón, y adiós.
NICOLASA. ¿El mantón? Ya tiene pelos
el asunto. Veinte onzas
me parece mucho peso
para su cabeza.
ISABEL. Venga;
que ya se me va encendiendo
la sangre.
NICOLASA. Pues, vida mía;
a bien que hay pozo allá dentro
para echarse de cabeza;
y si no tome al momento
la calaguala, que es fresca.
ISABEL. Ya esto es mucho. ¡Vive el cielo
que de mí no han de burlarse!
NICOLASA. So puerca, ya lo veremos... *(Agárranse.)*
INÉS. Nicolasa...
PEDRO. Paz, señoras.
TESIFÓN. Dejarlas que se den recio.
JUAN. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto, doña Isabel?
ISABEL. Ha venido usté a buen tiempo,
don Juan mío.
PEDRO. Ya hemos dado
con el embrollo en el suelo.

JUAN. ¿Qué es el disgusto?
ISABEL. Que dicen
que el mantón ha sido obsequio
del señor, y que es robado.
JUAN. No es así, porque a don Pedro
se lo compré en quince onzas,
y aquí le traigo el dinero.
TESIFÓN. Acabáramos con tantos
gritos, embrollos y enredos.
Señor don Pedro o don Diablo,
píntenos usté el suceso
con todas sus circunstancias,
pues tan bien sabe usté hacerlo.
PEDRO. Yo estoy aturdido.
NICOLASA. ¡Vaya
que es usted, en el comercio,
desgraciado! ¡Pobre hombre!
Ea; busque usté un barbero
que le afile bien las uñas,
pues ya no agarran al vuelo.
INÉS. Si hubiera yo conocido
quién era usted, nunca asiento
le hubiera dado en mi casa.
Ya le conozco, y le ordeno
que no pise mis umbrales.
PEDRO. Esto yo me lo merezco.
Ya que elegí aquella sota
maldita, de mí reniego. *(Vase.)*
ISABEL. ¿Estás satisfecha?
INÉS. Sí.
¡Ay don Tesifón! Mi yerro
perdone usté.

TESIFÓN. ¡Ay doña Inés,
que ya escarmentado quedo!
Vaya usted con Dios, y busque
un majito, un chuchumeco,
que la anime y que la estafe.

INÉS. Desde este instante prometo
no darle silla a ninguno.

TESIFÓN. Yo juro no ser cortejo,
pues conozco que es oficio
solamente de muñecos.

ISABEL. ¿Y con qué mantón me voy?

JUAN. Con el que trajiste puesto,
que yo lo compro.

NICOLASA. La plata
por delante, caballero;
que este mantón se hizo en martes,
y es día aciago.

JUAN. Ya entiendo.
Tenga usted esas quince onzas,
y venga usted por el resto.

TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

EL DESAFÍO DE LA VICENTA

SAINETE

PERSONAS

Ortega.
Tiburcio.
Cisneros.
Ibáñez.
Valdivia.
Vicenta.
Muñoz.
Hermosilla.
Rodrigo.
Fermín.
Manuela.

EL DESAFÍO DE LA VICENTA

Salón. Sale TIBURCIO con el peinador puesto, y un espejo en la mano.

TIBURCIO. El diablo del peluquero
ha tardado una hora larga
en peinarme. ¡Qué brutazo!
(La orquesta hace como que templa.)
Mas la orquesta... ¡Virgen santa!,
y yo no tengo espadín
para salir. ¡Oh, qué rabia!
¡Cisneros!

CISNEROS. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres, hombre?

TIBURCIO. Préstame, por Dios, tu espada.

CISNEROS. Y yo ¿qué me he de poner?

TIBURCIO. Pídela a Flores prestada;
pues a bien que no haces Rey
ni persona de importancia.

CISNEROS. Hijito mío; yo a nadie
quiero prestar mis alhajas.

ORTEGA. *(Saliendo.)* Señor Tiburcio, ¿es posible
que se ha de vestir la dama
primero que usted? ¿No mira

que ya templan?

TIBURCIO. Si me falta
un espadín...

ORTEGA. ¿Y el de usted?

TIBURCIO. Se le ha perdido la vaina.

ORTEGA. Usted es un descuidado.

TIBURCIO. ¿Y quién lo mete a usté en danza?

ORTEGA. Me meto porque yo soy
el sotautor; y mañana
he de hacer que le cercenen
el diario.

CISNEROS. ¡Que se pasa
el tiempo!

TIBURCIO. ¡Que me sucedan
a mí estos chascos! ¡Gualdrapa!
(Éntrase gritando.)

ORTEGA. Yo haré que el telón levanten;
y, después, caiga el que caiga.

Vanse; y sale la VICENTA mirando a todas partes.

VICENTA. Sola está la escena; y todos
se enjalbegan y acicalan
para empezar la comedia.
¡Furores míos; al arma!
¿Es posible que sin mí
se hagan funciones? ¡Qué rabia!
¡Así se exceptúa el garbo,
las agudezas, la gracia
de una bufa! Aqueste nombre
es propio a mis circunstancias,
pues no puede pronunciarse

sin un salpicón de babas.
¡Muero de pena! ¡Ah tiranos
compañeros, alimañas,
cocodrilos, hipopótamos,
esfinges, tigres hircanas;
vosotros me pagaréis
este desprecio, y mi saña
sabrá hacer comiquicidios
en vuestras fieras entrañas.
Mas, ¡cielos!; ¿qué es lo que miro?
Junto al agujero (¡ay ansias!)
tiene ya el apuntador
la comedia. Pues ¿qué aguarda
mi furor, que no la rompe
y en más tiras no la rasga
que presumidas y tontas
hay desde Cádiz a Albania?
¡Ah tiranos! Ya veréis
que una mujer irritada
es peor que el basilisco;
pues si, aun cuando nos halagan,
damos, como el alacrán,
con la cola la picada,
¿qué será cuando, ofendidas,
queramos tomar venganza?
Esto ha de ser. Hoy, agüemos
la función. ¡Manos, al arma!
¡Muera la comedia, y rabien
los ingratos que me agravian!
Letras viles, caed a tierra *(La rompe.)*
como racimos de pasas.
Tened sepulcro debajo *(Pisa los pedazos.)*

de mis tacones, ¡villanas!;
y el baboso apuntador
escriba en papel de estraza
el epitafio, que diga:
«Aquí la comedia acaba
a las manos de Vicenta,
entre cuyas fieras garras
ni aun para echar un cigarro
ha quedado tira sana.»
Eso sí; bufen, revienten,
y sean de mi venganza
testigos, palcos, cazuelas
y luneta, mientras trata
mi enojo de hacer en ellos
la más horrible matanza. *(Vase.)*

IBÁÑEZ. *(Saliendo.)* Adiós, Vicentita. ¡Hola!
¿Por qué va tan colorada?
¿Si habrá reñido con alguien?
Pero ¡qué veo? Las tablas
están llenas de papeles.
¿Serán, sin duda, las cartas
del novio? Curiosidad
me pica; quiero juntarlas.
Sed, tablas, lámina verde
donde leyéndolas vaya.
Aquí dice, pues: «Comedia»;
aquí, «famosa». ¡Zarazas!
Aquí dice... ¿Cómo es esto?
¿No es la función ensayada
para hoy? ¡Ah!, ¡ah! Chuscona,
que la ha rasgado de rabia.
Daré cuenta al sotautor

para que castigue tanta
demasía. ¡Sotautor!
¡Compañeros! ¡Ah muchachas!
Hoy no hay comedia.

TODOS. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?

IBÁÑEZ. Que la Vicenta, irritada,
sin duda porque no tiene
papel, ha roto de rabia
la comedia.

TIBURCIO. Ya no tengo
que buscar por hoy espada.

CISNEROS. Voime un ratito al billar.

VALDIVIA. A pie me voy a mi casa.

ORTEGA. Señores, ténganse todos.
¿Así me dejan en tanta
aflicción, cuando ya están
encendidas las arañas,
y la legión cazuelesca
ha empezado a dar palmadas?

TODOS. ¿Qué hemos de hacer?

ORTEGA. ¡Qué sé yo;
pues tengo un horno en la calva
de tanto pensar!... ¿Qué haré?
Dadme un consejo, muchachas.

VALDIVIA. Mire usted; salga usté a echar
todo el rimero de octavas
que ha dicho en los besamanos,
y daré una miscelánea.

ORTEGA. ¡Ah caribe! ¿Así te burlas?

IBÁÑEZ. Que por Hermosilla vayan,
y hará la comedia de
La brevedad sin substancia.

ORTEGA. No os moféis de mi pesar
cuando doy las boqueadas.
¿Qué he de hacer?
TIBURCIO. Cobrar aliento.
¿Ese corazón desmaya?
Cuenta a público tan pío
lo que ha pasado; y su gracia
impetrando, procuremos
servirle con lo que haya
más a mano.
TODOS. Dice bien.
ORTEGA. Aunque tengo mala gracia
para llorar, pues parezco
león dentro de la jaula,
esta vez he de regar
con mis lágrimas las tablas.
TODOS. Ánimo, y principie usted.
ORTEGA. Público de toda mi alma:
la graciosa, enfurecida
porque fuera la dejaban
de la presente función,
la hizo pedazos...
MUÑOZ. *(De soldado, desde el patio.)*
Que vayan
por otra; que hace hora y media
que estoy hecho una fantasma;
y sin que vea la comedia
no voy al cuerpo de guardia.
TIBURCIO. Señor militar, paciencia.
ORTEGA. Señor soldado, cachaza,
y esperarse.
MUÑOZ. Que no quiero.

IBÁÑEZ. De soldados y de majas
no es pagada con dinero
la cortedad con que hablan.

MUÑOZ. Mire usted, señor vejete;
diga usted a esa madama,
de mi parte, que es usted
un majadero de a marca.

HERM. *(Al otro lado, sentado en un banco, vestido de payo.)*
Digo, compadre comico.

ORTEGA. Diga, compadre polainas.

HERM. ¿Hay junción o no hay junción?

ORTEGA. Amigo; por más que haga,
por hoy no es posible.

HERM. ¡Toma!
Está buena la chanada
de haber pagado yo el banco
y salir con que no hay nada.

MUÑOZ. Comedia o morir.

HERM. Lo mismo
digo yo que el camarada.

VALDIVIA. Señor payo, si no hay otra...

IBÁÑEZ. Si no hay otra, señor guardia...

HERM. Mas que hagan cualquiera cosa,
porque yo he dado mi plata;
y, así, quiero ver y oir
todo cuanto ustedes hagan.

MUÑOZ. Comedia, comedia, pronto.

ORTEGA. Si no hay ninguna estudiada.

RODRIGO. *(De tuno, en un asiento.)*
Oiga usted, seor comediante:
ya me está doliendo el alma

de esperar en este asiento
sin tomar una fumada.
Al avío; una comedia
que me dé golpe, ¡canastas!,
que ya me voy enfadando.

ORTEGA. Haráse una miscelánea.

RODRIGO. Haga usted, ¡so mascarón
de urca!, lo que le manda
un hombre de forma. Cuenta
que tengo yo a mi Tomasa
en la cazuela, y le ha dado
ahora mismito la gana
de ver comedia. ¡Churrús!
Ya lo dije; y Santas Pascuas.

MUÑOZ. Comedia, y buena.

HERM. Comedia.
Y mire usted; que se haga
aquella, aquella... Ya sé:
adonde mata la dama
a todo el mundo.

ORTEGA. Las señas
que me da usted son bien claras.

TODOS. Función, y buena.

IBÁÑEZ. No es fácil
de repente ejecutarla.

FERMÍN. *(De vieja, en la cazuela.)*
Pues, señor mío, que sea;
que hay aquí una embarazada,
y por fuerza quiere ver
la función que mencionaba
hoy el cartel.

ORTEGA. No es posible.

FERMÍN. Pues es preciso. No nazca
el inocente muchacho
con la comedia estampada
en medio de la barriga.

TIBURCIO. Pues, abuela, que malpara;
y, supuesto que está clueca,
que del gallinero salga.

HERM. Señor; que hagan cualquier cosa.
¿Habrá gente más machaca?

RODRIGO. Sobre que estoy ya atufado
de mirarle a usted la cara
de perro mastín. ¿Me hace
usted la concomitancia
de hacernos una comedia?

ORTEGA. No se puede, en dos palabras.

RODRIGO. Pues a bien que usté algún día
irá a la Viña.

ORTEGA. ¡Zarazas!;
que si me voy a bañar,
me tirará una pedrada.
¿Qué hacemos?

VALDIVIA. Que cante usted
la tonadilla de marras.

RODRIGO. Mire usted; si canta usted
le pego fuego a la casa.

TODOS. Comedia.

VALDIVIA. Que el auditorio
grita.

ORTEGA. Mas que griten, Paca;
que acá otras veces gritamos
y no oye ni una palabra.

IBÁÑEZ. También es bueno, señores,

que todos los palcos callan.
MUÑOZ. A veces es porque en ellos
no se suele ver un alma.
ORTEGA. ¿Y ustedes han de hablar solos?
MANUELA. *(En un palco.)*
También de los palcos claman
que la función prometida
y en las esquinas fijada,
se ejecute. Qué, ¿no hay más
que alquilemos cualquier dama
la silla para venir,
y hallarnos después burladas?
ORTEGA. Pero, señora, por Dios.
FERMÍN. Dice bien doña Escofaina.
MUÑOZ. Y cómo que ha dicho bien.
HERM. El Evangelio en substancia.
Ustedes habían de ver
que lo pide una madama
con tres arrobas de harina,
muy compuesta y emplumada.
TODOS. Función buena. Fuera, fuera.
TIBURCIO. ¡Si un torozón os ahogara!...
ORTEGA. ¡Que me vea sonrojado
por una loca! Me aspara
si no le dijese que era...

Sale VICENTA por el patio, a caballo.

VICENTA. Quedo con esas palabras;
pues ha llegado ya el fin
de todas vuestras bravatas.
ORTEGA. ¡Qué miro? ¿Sueño o deliro?

¿Qué haces ahí, buena alhaja?
VALDIVIA. El diablo de la fachenda...
IBÁÑEZ. Ésta es la mosca que ara.
TIBURCIO. Yo me voy a la platea,
para ver en lo que para. (*Vase.*)
VICENTA. A espacito y buena letra,
dice un adagio; cachaza.
Boquigrande sotautor,
cuya reluciente calva
es un plato de natillas,
por lo lisa y jaspeada;
y vosotros, turba infiel
de comicales fantasmas,
atended a mis acentos,
escuchad las bocanadas
que este corazón furioso
por el aire desparrama.
Yo soy la Vicenta, yo.
¿Qué me miráis, africanas?
Yo soy aquella que nunca
habló seria una palabra.
Pues ¿cómo, si soy yo misma,
habéis tenido la audacia
de haber dispuesto comedia
sin que mi sal la salara?
¿No sabéis que sin graciosa
es el teatro una plasta?
¿Ignoráis que, cuando lloro,
se ríen a carcajadas;
al paso que, a vuestro llanto,
son todos unas estatuas?
Pues ¿cómo, si esto sabéis,

me habéis dejado plantada
y ejecutáis la función
sin la Vicenta? ¡Canallas!
Este agravio está pidiendo
la más sangrienta venganza.
Y así, armada de un lanzón,
del morrión y de la espada,
os desafío, os provoco
y os reto a campal batalla.
Salid todos, o salid
como os diere la regana,
que a todos o a cada uno
os espero en la estacada
desde el día de la fecha
hasta el domingo de Pascua.
Salid, traidores; y tú,
so narices de tenaza,
boca de serón de esparto,
sal el primero a campaña,
y verás cómo el ombligo
te paso de una lanzada.
Y en prueba de que yo soy
capaz de tan gran hazaña,
voy a subir al teatro
a poneros una maza,
para que digan las viejas,
loros, cotorras y urracas,
desde Cádiz a Medina
y desde el Puerto a Chiclana,
que sois unos estafermos,
puercos, sucios y panarras.
Esto he dicho y esto digo;

mi lengua no se retracta;
salid al campo, cobardes;
salid, viles; y al que salga,
mientras que logro matarle,
idos todos noramala. *(Vase.)*

ORTEGA. Aguárdate, picotera.

LOS OTROS. Espera, desvergonzada.

FERMÍN. ¡Bien haya tu boca, amén!
¡Quién te diera en esa cara
una docena de besos!
Si es un dije esa muchacha.

HERM. ¡Oiga usté, el de la peluca!

ORTEGA. ¿Qué quiere usté?

HERM. ¿Esta madama
ha rompido la comedia?

ORTEGA. Sí, señor.

HERM. Tiene tal gracia,
que aunque le rompiera a usted
en cuatro partes la calva,
no se me diera ni esto.

ORTEGA. Lo estimo, señor polainas.

RODRIGO. Vaya, díganos; la gente,
cuando está la circunstancia
mal puesta, como ahora a usted
le sucede, *verbi gratia,*
tira siempre a quedar bien;
si quiere usté una compaña,
iré yo para, en cayendo,
arrastrarlo por las patas.

ORTEGA. ¡Viva usted cuatro mil años!
Vaya; si todos me halagan.

IBÁÑEZ. Es vergüenza que mujeres

que atarse saben las naguas,
hayan sufrido este ultraje.
VALDIVIA. Diera un brazo por pillarla.

Sale la VICENTA con una navaja y corre tras de todos.

VICENTA. Pues aquí está la Vicenta,
¡cobardetes!
TODOS. ¡Que nos mata!
HERM. Allá va mi cachiporra.
RODRIGO. ¡Vivan las mozas de chapa!
(Los de fuera):
¡A ellos, Vicenta!
(Los de dentro, de rodillas):
¡Perdón!
VICENTA. Sí perdonaré, canallas,
como hagáis pleito homenaje,
sobre esta misma navaja,
de que nunca habéis de hacer
función sin mi personaza.
TODOS. Sí juramos.
VICENTA. Pues con eso,
aquí paz y después gracias.
(Los de adentro y fuera):
¡Viva la Vicenta; viva!
VICENTA. A todos les doy las gracias.
ORTEGA. Vaya, señores, al caso.
Ved que el tiempo se nos pasa.
¿Se va la gente o hacemos
algo con que contentarla?
HERM. Si hay función, allá voy yo.
RODRIGO. Pues yo también entro en danza.

FERMÍN. Fermín también.
MUÑOZ. Y Muñoz.
MANUELA. También la segunda dama.
ORTEGA. ¿Cómo es esto? Yo estoy tonto.
IBÁÑEZ. ¿Habrá mayores guitarras?
Miren ustedes quién eran
los cinco que nos gritaban.
TODOS. Vaya, ved qué se dispone.

Sale TIBURCIO y saca en la mano como una comedia.

TIBURCIO. La función que antes se echaba.
TODOS. ¿Cómo, di?
TIBURCIO. Un apasionado
que en un asiento se hallaba,
mirando lo que ha pasado
partió al instante a su casa
por una copia, que acaso
tenía; y ahora acaba
de traerla al vestuario,
por que supla a la que falta.
ORTEGA. ¡Cuánto estimo su favor!
Dale, en viéndole, mil gracias.
VICENTA. Pues si hay comedia, adiós, chuscos
mosqueteritos del alma;
que yo, para despedirme
de todos cuantos me amparan,
gustosa diré: ¡que viva
ciudad tan noble y bizarra!
HERM. Y todos repetiremos
entre festiva algazara:
TODOS. ¡Que siempre gloriosa viva
ciudad tan noble y bizarra!

FIN

EL DIA DE TOROS EN CADIZ

SAINETE

PERSONAS

Clara.	Ambrosio.
Simeona.	Eusebio.
Ignacia.	Canuto.
Pepa.	Norberto.
Carmen.	Don Lucio.
Doña Blasa.	Un cabo de escuadra.

EL DÍA DE TOROS EN CÁDIZ

Salón corto, con sillas. Salen CLARA y SIMEONA.

CLARA. ¡Déjame, mujer; que estoy
como una loca! ¡Qué rabia!
¡Encontrarme un día de toros
sin tener un real en casa!
No sé cómo no me mato.

SIMEONA. Señora, por Santa Clara;
tenga usted paciencia.

CLARA. ¡Cómo!
¡Buena quedara mi fama
si vieran los petimetres
que yo no estaba en la Plaza!
Vaya; yo no sé qué hacer *(Llaman.)*
en este apuro... Que llaman.

SIMEONA. Ya van.

CLARA. La sofocación
me ha de hostigar a que haga
un desatino. ¿Quién es?

Sale IGNACIA, petimetra.

IGNACIA. ¿No vienes; no vienes, Clara,
a los toros?

CLARA. No.
IGNACIA. ¿Qué es esto?
¿Estás, por ventura, mala?
CLARA. No.
IGNACIA. ¿Pues qué tienes, Clarita?
CLARA. Que no tengo ni una blanca.
IGNACIA. Vaya, vaya; que está Cádiz
desconocido; aun las damas
de nuestro mérito iremos
muy pronto por *la gandaya* (1).
CLARA. Yo me muero.
IGNACIA. Y con razón;
porque no es decible cuánta
reputación en los toros
una buena moza alcanza.

---

(1) En la comedia *El mejor par de los doce,* obra de D. Juan de Matos Fragoso y D. Agustín Moreto, se dice:

¿Qué es *gandaya?* Es una flor
a modo de la del berro;
pero pienso que lo yerro;
yo te lo diré mejor.
Buscar *la gandaya* es ir,
quien no tiene ocupación
ni oficio, ni pretensión
ni modo para vivir,
a buscar con qué comer;
y todo el lugar andado,
le anochece a este cuitado
como suele amanecer.
Y el que, cuando lo desmaya
el hambre, se va a acostar
sin comer y sin cenar,
es quien *haya la gandaya.*

(NOTA DE DON A. C.)

CLARA. Ya se ve; como que entonces
la más pobrecita carga
con todo el cofre; después,
como ocupamos las tablas
delanteras, y las flores,
el arrebol, la distancia,
todo alucina, la gente
(cual si fuéramos estampas
de venta) nos examina
tan absorta y elevada,
que después de hecho el despejo
se ven lagunas de babas.

SIMEONA. *(Saliendo.)* Señora, los silleteros.

CLARA. No hay remedio; que se vayan;
pero mira...

SIMEONA. Mande usted.

CLARA. ¿Qué sé yo?... Querida Ignacia,
dame un consejo.

IGNACIA. Que vendas
o empeñes cualquier alhaja.

CLARA. ¿Qué he de vender, si mis prendas
nunca ha querido sellarlas
el Contraste, y de vergüenza
se me ponen coloradas?

IGNACIA. ¿No tienes maltés?

CLARA. Sí tengo;
pero todas las mañanas
me quita el sueño, maullando
por una cuenta atrasada.

IGNACIA. Pues piensa lo que has de hacer;
y adiós, hija, que me aguarda
don Pedrito.

CLARA. Espera un poco.
IGNACIA. Si tú no resuelves nada...
CLARA. ¿Te parece, di, que venda
aquel colchón de la cama?
IGNACIA. Yo, aunque durmiera en el suelo,
lo vendiera.
CLARA. Ea; pues llama,
Simeona, al ropavejero
de aquí junto.
SIMEONA. ¡Adiós! Mi ama
da, la corrida que viene,
de costillas en las tablas... *(Vase.)*
IGNACIA. Hija mía, penitencia.
CLARA. ¿Y qué se ha de hacer, Ignacia?
Los tiempos están perversos,
y es preciso usar de maña
para aparentar decencia.
Yo conozco muchas damas
que llevan en las mantillas
encajes de media vara,
y sólo comen tres cuartos
de pescado en una salsa
que llaman *zámpalopresto;*
y aun días sé que le mascan
dando saltos y carreras,
porque la mesa es la palma
de la mano.

Salen SIMEONA y AMBROSIO.

SIMEONA. Aquí está Ambrosio.
CLARA. Vaya, Ambrosio, ¿tienes plata?

AMBROSIO. ¿Cómo he de tener un cuarto
si en día de toros no hay caja,
no hay armario, ni silleta
que a la tienda no me traigan,
de manera que parece
se muda el barrio a mi casa?

CLARA. Pues es preciso me compres
el colchón que ha tres semanas
me vendiste.

AMBROSIO. De manera
que si usted me da la alhaja
por la mitad...

CLARA. El dinero;
y no se hable más palabra.

AMBROSIO. Allá van dos pesos fuertes.
¿Dónde está el colchón?

CLARA. Mañana
puedes mandar un gallego.

AMBROSIO. ¿Qué gallego ni qué haca?
Yo le bajaré de un salto.

CLARA. Ve con Simeona; y despacha,
no entre alguien.

IGNACIA. Yo me voy.

CLARA. ¿Vendrás esta noche, Ignacia?

IGNACIA. No; porque ceno en la fonda
con un sujeto.

CLARA. Pues anda,
y guárdame una fineza.

EUSEBIO. *(Saliendo.)* Felicísimos, madamas.

CLARA. Don Eusebio, ¡qué milagro?
Yo le hacía a usté en la Plaza.

EUSEBIO. No perderé la corrida.

CLARA. Pues vamos; porque se pasa
el tiempo.

EUSEBIO. *(Mirando el reloj.)* Las dos y cuarto.
Aun es muy temprano. Vaya,
siéntese usted, que tenemos
que hablar cosas de importancia.

CLARA. Entra, y di al ropavejero
que todavía no salga.

IGNACIA. No me puedo detener...

CLARA. Vamos, que la tarde es larga,
y allí podemos hablar
a nuestro gusto.

IGNACIA. Adiós, Clara.

CLARA. Espera un poco, mujer.

EUSEBIO. Siéntese usted.

IGNACIA. Si me aguardan...

CLARA. Vámonos, porque más tarde
no habrá sitio.

EUSEBIO. Nos lo guarda
mi criado.

CLARA. ¡Ay! El pañuelo
se me olvidaba. ¡Muchacha!
Vuelvo pronto.

Va a entrar, y salen AMBROSIO con el colchón, y SIMEONA.

AMBROSIO. Con licencia
de ustedes.

CLARA. Ya estás pagada,
hija mía; conque, así,
ponte al instante tu saya
y tu mantilla; y adiós,

que no quiero yo criadas
respondonas.

SIMEONA. *(Hace que llora.)* Pero yo...

CLARA. No me llores.

SIMEONA. Si por nada
se pone usted como un tigre.

IGNACIA. Pero, mujer, ¿por qué causa
la despides?

CLARA. Porque tiene
una lengua como un hacha.

SIMEONA. Pues diga usté ¿en qué he podido
ofenderla?

IGNACIA. Vamos, Clara,
no te sofoques.

SIMEONA. Señor,
suplique usted a mi ama
que no me despida.

EUSEBIO. Yo
me empeño por la muchacha.

CLARA. No sabe usted quién es ésta.
Después que tiene sobrada
la comida, y que jamás
su salario se le atrasa,
no cesa de murmurarme.

EUSEBIO. Por esta vez, perdonadla.

CLARA. Por el señor te recibo,
insolente; ve y alcanza
al mozo.

SIMEONA. Ya estará lejos.
Después iré por la cama.

IGNACIA. Yo me voy. *(Vase, y llaman.)*

CLARA. Adiós, hijita;

hasta luego. Ve quién llama.
EUSEBIO. Vaya, mi doña Clarita;
¡si supiera usted las ansias
que me cuesta!
CLARA. ¡Pobrecito!
Se le conoce en la cara.
SIMEONA. *(Saliendo.)* Un hombre busca al señor.
EUSEBIO. ¿A mí buscarme?
CLARA. Hará falta
en otra parte.
EUSEBIO. Yo pienso
que me equivoca. ¿Qué traza
tiene ese hombre?
SIMEONA. Él es largo
y angosto como sotana,
moreno, mal encarado,
y tiene unas patillazas
que parecen dos orejas
como de perro de aguas.
EUSEBIO. No sé quién es.
CLARA. Di que entre.
Así la duda se acaba.
CANUTO. *(Saliendo.)* Guarde Dios la gente buena.
EUSEBIO. Canuto, ¿tú me buscabas?
CANUTO. No, señor; pero me dijo
el ropero que usté entraba,
cuando sacaba el colchón
de esa niña.
CLARA. Usted se engaña;
que era el colchón de la moza.
CANUTO. Ya; se equivocó.
EUSEBIO. Despacha.

¿Qué se ofrece?

CANUTO. Escuche usted,
con licencia, una palabra.

EUSEBIO. ¿Qué me quieres?

CANUTO. La verdad;
mire usted que si mi hermana
llega a oler que esta gachí
le jace sombra, la agarra
y le arranca a usted los flecos
del tustús a manotadas.

EUSEBIO. Pero si es una señora
decente...

CANUTO. La cercunstancia
de decente me ha gustao.
Sí, que mi hermana se espanta
de manojos; mire usted:
la otra tarde a una maama
que llevaba una mantilla
de soplillo y una saya
de lustre, con más pingajos
que una torre empavesáa,
le pegó tal arañazo,
que le arrancó de la cara
una espuerta de caliza,
y se le quedó la facha
lo mismo que una careta,
medio negra y medio blanca.

CLARA. ¡Vaya, que está bueno el chasco!
Don Eusebio; si lo llaman,
no se detenga por mí.

EUSEBIO. Perdone usted, doña Clara,
que es otro asunto. Ya ves

que se incomoda esta dama.
CANUTO. ¡Qué dama; si la conozco
lo mismito que a mi hermana!
Ésta vivió hará tres años
en la Viña, en una casa
de vecindad, y tenía
alquilada una covacha;
después, una bienhechora
le buscó mejor posáa;
la vistió como un palmito,
de modo que doña Clara
no da un paso, si con ella
dos genoveses no cargan.
CLARA. Yo no tengo sufrimiento.
No he visto historia más larga.
CANUTO. Como que es un asuntillo
de comercio.
CLARA. ¿Y usted trata
de cobrar el corretaje?
EUSEBIO. Doña Clara, ya se acaba.
Hombre; por amor de Dios,
que Carmen no sepa nada.
CANUTO. Seguro; yo no me precio
de tener la lengua larga.
Esto es tan sólo decirle
lo que hace al caso.
EUSEBIO. Pues anda,
que a la noche veré a Carmen.
CANUTO. Pero diga usted: ¿no hay nada
para el múo?
EUSEBIO. ¿Y qué he de darte?
CANUTO. ¡Válgame Dios y qué entrañas!

¿Soy tan indino que yo
no merezca ver la cara
de mi Rey? Ande usted pronto
con un estronque.

EUSEBIO. ¡Qué maula!
Toma, y márchate al instante.

CANUTO. Dios le pague a usted la santa
cariá; que hoy todavía
no he probado la manzana.

EUSEBIO. Anda con Dios.

CANUTO. Cara e cielo;
bajo de una mala capa...
(ya usted sabe). Aunque soy pobre,
mande a Canuto Mojarra. *(Vase.)*

CLARA. Caballero, usted dispense,
que yo me voy a la Plaza.

EUSEBIO. Yo iré al lado de la silla.

CLARA. ¡Y que alguna bribonaza
nos venga a reconvenir
en una calle!

EUSEBIO. Me agravia
tan infundada sospecha.

CLARA. Esto es mirar por mi fama.
Los hombres, con sacudir
en cualquier lance la capa,
quedan puros como el oro;
pero nosotras las damas
pagamos siempre las costas
en tales pleitos. ¡Ni en chanza!
¡Jesús! Si alguna mozuela
se me plantara de jarras
en un público, imagino

que al punto me desmayara.
EUSEBIO. Juro a usted, doña Clarita,
que con esa gente baja
yo no me trato, y que sólo
vuestro chiste y vuestras gracias
me embelesan.
CLARA. Bien. El tiempo
me dirá si usted me engaña.
EUSEBIO. Me conformo.
CLARA. Venga usted
junto a la silla. Muchacha;
cuenta con no abrir a nadie,
que anda rodando la plata
por esa cocina, y pueden
llevarme alguna cuchara. *(Vase.)*
SIMEONA. Yo ni a mi madre le abro.
¡Qué grandísima bellaca!
Juzgará, el tonto, que lleva
a su lado alguna Infanta. *(Vase.)*

Mutación de campo; a un lado se ve parte de la Plaza de Toros; a otro, un cuerpo de guardia; habrá dos filas de puestos con avellanas, naranjas, bocas, etc.

UNOS. ¡Bocas, bocas de la Isla!
OTROS. ¡Avellanas y naranjas!

Salen CANUTO y NORBERTO, marinero.

CANUTO. *(Borracho.)* Camaraílla, nenguno
a buen mozo a mí me gana.
Cabalito; cuantas mozas

han pasado hacia la Plaza
me han guiñao el ojo. Ya;
como yo tengo esta planta
y este aire de taco, toas
por mis huesos se esparraman.
(Pasa una silla de mano con una dama.)

NORBERTO. ¡Qué linda moza que llevan
en esa silla!

CANUTO. ¡Saláa!
¡Y cómo me gusta usted!
¿No has visto tú la sotana
que lleva con tantos pliegues?
¡Qué, si parece una manga
de camisola a la inglesa!

NORBERTO. ¡Pero cómo te miraba!
¡Qué estrella tienes!

CANUTO. Verás
como ésa que ahora pasa,
se vuelve aquí una aljofifa
por mi pechito.

NORBERTO. Abordarla
sin miedo.

Salen IGNACIA y PEPA, paseándose.

CANUTO. Si aquí no hay jambre...
Déjame poner la capa
a lo caló. Maamita;
si por la concomitancia
quiere usted que la acompañe
un hombre, mande en la plata
y en la persona.

IGNACIA. Se estima.
Esto sólo me faltaba.
PEPA. Váyase usté a su camino.
CANUTO. Sobre que he de convidarlas...
Probaremos dos chiquitas.
IGNACIA. No sea bestia.
CANUTO. Han de tomarlas,
porque lo quiere Canuto
y porque le da la gana.
IGNACIA. Tome el majadero. *(Le da una bofetada.)*
CANUTO. ¿Ves
cómo me tomó la cara?
Si la pobre está perdida
por mi cuerpecito.
NORBERTO. Vaya;
si tú tóo te lo mereces.
CANUTO. Pero si nadie me gana
a salao. El otro día,
en la calle de la Palma,
se dieron por este cuerpo
dos mozas una sotana;
pero la más regordeta
le echó a la otra las garras,
y agachándole el cogote
le tocó por la peana
tal redoble, que al rüido
salían por las ventanas
pensando que un Regimiento
con el timbalón entraba.
NORBERTO. Bien hecho; pero ¿qué dices
del vino que nos despacha
el Montañés?

CANUTO. La verdad,
es un vino de substancia.
NORBERTO. ¿No me convidas a medio?
CANUTO. Acá no hay dolores. Anda.
CARMEN. *(Saliendo.)*
¿Dónde vas, hombre?
CANUTO. A la tienda,
a tomar una tisana
para el estómago.
CARMEN. ¡Endino!
¿Conque ya estás con la traca?
Vete a acostar, borrachón.
NORBERTO. Señá Carmencita; vaya,
que no es regular.
CARMEN. Lo es;
porque, aunque pobre, es honrada
toda mi gente; y no quiero
que me tiren cuchilladas
las malas lenguas.
NORBERTO. ¡Canastos!
Que desde que usted se trata
con caballeros, está
que revienta.
CARMEN. Envidia y rabia;
muchito, con gente fina,
que no huele a brea.
CANUTO. Hermana,
que te la pegan.
CARMEN. ¿A mí?
CANUTO. Remuchito; si te aguardas
un poquito lo verás
venir con una maama

en coche de pie, tirao
de dos burros con casaca.

CARMEN. ¿Y tú lo sabes?

CANUTO. No pueo
decirte ni una palabra,
que estoy múo. Nobertillo,
ven, que el Montañés me llama.

NORBERTO. ¿A tomar una epidemia?
(Pasa una tapada con saya y mantón.)

CANUTO. ¡Viva ese cuerpo, y la saya
con más flecos y borlitas
que colgadura de cama!
¡Ay, que se junde Canuto! *(Vase.)*

CARMEN. ¿Quién será la señoraza
que va a los toros con ese
endinote? Aunque me ahorcaran
los he de esperar aquí,
para cortarles la cara. *(Retírase.)*

Salen DOÑA BLASA, figurona, y DON LUCIO, lo mismo, extravagantes.

BLASA. ¡Jesús! Don Lucio, parece
que el espíritu se ensancha
el día de toros.

LUCIO. Es cierto
que el campo parece un mapa.

BLASA. Usted viene embelesado
con las mozuelas que pasan.

LUCIO. Doña Blasa, ¿quiere usted
que diga lo que me encanta?

BLASA. Cuenta con lo que se dice.

LUCIO. No es nada malo. Esa gracia,
esos ojos retozones,
esas narices romanas,
ese talle, ese donaire...
BLASA. ¡Ay, que este hombre me traga!
¡Qué cortejo tan furioso!
LUCIO. ¡Si la pasión me achicharra!
BLASA. ¡Jesús, cuál tiembla!
LUCIO. Este es lance
de que saquemos las cajas.
BLASA. Vamos andando.
LUCIO. Primero
vaya un polvo. *(Saca la caja.)*
BLASA. Que reparan
las gentes.
LUCIO. Mas que reparen.
Abra usted también su caja.
BLASA. Dirán que es mucha llaneza.
LUCIO. ¡Qué rico! ¡Parece un ámbar!
Otro polvito.
BLASA. ¡Qué hombre
tan voraz!
LUCIO. ¡Si no se cansan
mis narices! Otro polvo.
BLASA. Ved que peligra mi fama.
LUCIO. ¡Si el amor se me ha subido
a los sesos!
BLASA. Tolerancia,
mi don Lucio.
LUCIO. No hay remedio.
De ésta me sorbo la caja.
BLASA. Las manos quietas.

Salen CANUTO, y NORBERTO con un pañuelo.

CANUTO. Norberto;
verás cómo junto plata
pa los toros. Caballero,
una limosna pa un alma
que va e tumbo.
BLASA. ¡Ay qué borracho!
Mi don Lucio, que se vaya;
que el tufo me da jaqueca.
LUCIO. Váyase muy noramala,
que yo lo mando.
CANUTO. Lo mismo
que si nadie lo mandara.
Vaya, que es día de Corpus
y ha salido la Tarasca.
BLASA. ¡Qué infame!
CANUTO. ¿De qué boegón
han sacado esas dos caras?
LUCIO. Conténgase el muy tunante.
CANUTO. Soniche; porque si pasa
por mi barrio el Sábao Santo,
le cuelgo con la casaca.
LOS DOS. Ea; váyase el borracho.
CARMEN. Pues ya viene aquí la jaula
con la mi señora. ¡Bueno!;
nos encontramos los guardas
con los metedores.

Salen CLARA en la silla, y EUSEBIO al lado.

CLARA. Hombre,
más poco a poco la marcha;

sin ese zangoloteo.

CARMEN. *(Se pone delante.)* Escucha, mula de lanza
(puesto que tu oficio es
romanear a las damas);
dime aquí si esa señora
es pesada o es liviana.

CLARA. ¡Hola! ¿Quién paró la silla?

EUSEBIO. Se cayó a cuestas la casa.

CLARA. ¡Digo! ¿Qué osadía es ésta?
¿Qué quiere esa bribonaza
deteniéndome la silla?

CARMEN. Oiga usted, so remilgada;
no le arranco a usted los tufos,
por tener tela cortada
con este endino. *(Le embiste.)*

EUSEBIO. Detente.

CLARA. Dejadme, brutos, que salga.
Abrid aquí. *(Abren la silla.)*

EUSEBIO. Óyeme, Carmen.

CARMEN. ¡Endino!; ¿así me engañabas?
Te he de arañar.

CLARA. ¿Dónde está
esa gran picaronaza?

CARMEN. Aquí estoy, doña Melindre.

CLARA. Mire usted bien lo que habla.

CARMEN. Pues no salga usté a la calle,
mi señora, con alhajas
ajenas.

CLARA. Los caballeros
acompañan a las damas
en público; y sus mancebas
lo ven, lo saben y callan.

CARMEN. Pues yo mando en el señor,
y no me da a mí la gana
que a nadie sirva de paje.

CLARA. Ya yo me enciendo, ¡caramba!
Múdese usted; que el señor
viene conmigo a la Plaza.

CARMEN. Es usía muy bisoña
para salir a campaña
conmigo; conque chitito
y tocar la retirada.

CLARA. ¿Retirarme? ¿A que si toco
el ataque de las majas,
tiene usted sin dilación
que volverme la culata?

CARMEN. Me parece que usté ha sido
halcón antes de calandria.

CLARA. Cabalito; y si lo duda,
le enseñaré aquí las garras
de esta mano.

CARMEN. ¿A que le pego?

CLARA. ¿A que le corto la cara?

CARMEN. ¿A quién, a mí?

CLARA. A usted, so puerca.
(Saca una navaja.)

TODOS. ¡Señoras; paz, paz!

CARMEN. Dejarla.

CLARA. He de beberle la sangre.

Salen CANUTO y NORBERTO.

CANUTO. ¿Quién se mete con mi hermana?
Chitito, que habla Canuto;

cachirulo, que hay navaja.
Doña Pánfila; ¿usted quiere
que yo le diga en sus barbas
lo del colchón?

CLARA. So borracho;
si me vuelve a hablar palabra
le abro del primer puntazo
una canilla en la panza.

CANUTO. ¿Yo borracho? ¿A que le pego
un sopapo en la maraña
de los pelos?

CLARA. ¡Vive Dios!...

EUSEBIO. ¡Tunante!; ¿tú te propasas
con una mujer?

CANUTO. Usté es
el tunante.

EUSEBIO. ¿Tú me tratas
de ese modo? He de matarte,
gran picarón. *(Saca la espada.)*

CANUTO. ¡Santa Marta *(Cae.)*
que me ha muerto! ¡Confesión,
que me han pasao!

TODOS. ¡A la Guardia,
que lo han matado!
(Acuden el Cabo de la guardia y soldados.)

CANUTO. El Santolio.

CABO. ¿Quién le dió la puñalada?

EUSEBIO. Nadie; si no le han tocado...

CANUTO. Me han pasado las entrañas
como una breva.

CABO. Prended
al señor.

CLARA. No le ha hecho nada.
CARMEN. Sí le ha hecho.
CABO. Lo veremos.
(Le registran.)
¿Dónde tenéis la estocada?
CANUTO. Aquí tengo un agujero
mayor que toa la Plaza
de los Toros.
CABO. ¿Dónde?
CANUTO. Aquí
me sopló toa la espada;
más abajo del riñón
occidental.
CABO. ¡Si no hay nada!...
CANUTO. Pues será por otro lado.
CABO. ¿Dónde está?
CANUTO. Junto a la panza;
más arriba del ombligo.
CABO. Por aquí tampoco hay nada.
CANUTO. ¿Ni por la tetilla izquierda?
CABO. Todo está limpio.
CANUTO. Pues vaya;
no me daría.
CABO. ¡Bribón!;
¿tú haces burla de la Guardia?
CANUTO. Yo no me burlo.
CABO. Llevarlo,
para que duerma la tranca.
CANUTO. Norberto; ve a la taberna
y di al Montañés que traiga
la sosiega.
CABO. ¿La sosiega? *(Con un palo.)*

Marche el borracho.

CANUTO. Cachaza,
melitar; porque Canuto
sabe muy bien la Ordenanza.

IGNACIA. Que van a hacer el despejo.
(Tocan clarines.)

EUSEBIO. Vámonos, mi doña Clara.

CLARA. Váyase con la señora,
que pronto hallaré compaña.

CARMEN. ¡Puf, qué asco! Busque usted
otra señora empolváa.

EUSEBIO. ¡Vaya, que he quedado fresco!

CLARA. Eso tienen los que engañan
a dos a un tiempo. ¿La silla?

CARMEN. En otro tiempo iba a pata.

CLARA. Ya se ve; cuando era yo
del gremio de las quebradas.

CARMEN. Ya quisiera usté un zancajo.

CLARA. Para salarlo.

CARMEN. Tomara
lo que me sobra.

CLARA. Si todo
en las morcillas lo gastan...

IGNACIA. Vamos, mujer, a los toros,
y dejarse de palabras.

TODOS. Y aquí acaba este sainete;
perdonad sus muchas faltas.

FIN

FELIPA LA CHICLANERA

SAINETE

PERSONAS

Antón Golondrino, novio.
Pedro Rechoncho, alcalde.
Chamorro, sacristán.
Tío Becerro, boticario.
Felipa, novia, de Chiclana.
Benito.
Blas.
Paya 1.ª
Paya 2.ª
Alguacil.
Silvestra, alcaldesa.

FELIPA LA CHICLANERA

Plaza del lugar. Al foro de la derecha estará la iglesia, con su campanario encima de la puerta; a la izquierda, puerta de taberna; en medio, fachada de la casa de ANTÓN GOLONDRINO, adornada con ramos y flores. Saldrán: BENITO, por la plaza, y SACRISTÁN, por la iglesia.

BENITO. ¡Chamorro! ¡Chamorro!
SACRISTÁN. ¿Qué?
BENITO. ¿Me dejas por un momento
mirar desde el campanario
si está la novia muy lejos?
SACRISTÁN. Ahora bajo yo de allá,
y la vi entrar por el pueblo
sobre una burra mohina
del tamaño de un camello.
¡Si vieras! Vienen con ella
más de veinte chiclaneros
con sus monteras caladas,
sus cachiporras de fresno
y las mantas en el hombro.
Vaya; salto de contento.

¡Qué gustazo! Seis azumbres
hoy me zampo en este cuerpo.

BENITO. Ya se ve; como que el novio
es hombre que tiene pesos,
habrá una fiesta que asombre.

SACRISTÁN. Por sentado; y fuera de eso
hay su pique en el asunto;
porque en Chiclana dijeron
que eran los de Las Cabezas
un hato de pordioseros,
y que estaban amarillos
de comer pan de centeno.
Mira tú quién nos murmura:
una gente que sabemos
que, con la leche, padece
de dolores flatulentos.

BENITO. Y si no fuera por Cádiz,
¿qué sería?

SACRISTÁN. Por supuesto;
como que en abril van todos
a mudar allí el pellejo.

BENITO. Pero ¿cómo acá no vienen
también esos caballeros?

SACRISTÁN. Porque el lugar está en alto
y le tienen mucho miedo
a las cuestas. *(Tambor dentro.)*

BENITO. Que ya llegan.

SACRISTÁN. Adiós; que voy en un vuelo
a repicar las campanas.
Oyes; dile al tío Becerro
el boticario, que toque
el almirez. *(Vase.)*

BENITO. ¡Qué bureo!...
¡Tío Becerro!
BECERRO. *(Sale a la puerta.)* ¿Qué se ofrece?
BENITO. La novia, la novia; presto,
dé usted golpes a ese mueble.
BECERRO. Ya verás qué ruido meto.
Tú, entretanto, Benitillo,
ve a espantar todos los perros
para que ladren; verás
qué bravísimo concierto.

El SACRISTÁN toca las campanas, asomándose al campanario; el BOTICARIO da golpes al almirez; BENITO hace que tira piedras, y ladran los perros; van saliendo: PAYOS de dos en dos con sus cachiporras al hombro; el ALGUACIL, TAMBORILERO, ALCALDE y GOLONDRINO, con flores en el sombrero; PAYAS y SILVESTRA, alcaldesa; y por último, FELIPA con una guirnalda de flores, sobre un borrico; y detrás más PAYOS. Dan una vuelta al tablado, y luego quedan en dos alas; y los personajes en medio.

SACRISTÁN. ¡Que viva la novia!
TODOS. ¡Viva!
BENITO. ¡Qué famoso tino tengo!
ALCALDE. Chitón; basta de rüido.
Alguacil, dile a esos perros
que no ladren; y tú, linda
Felipa, pimpollo tierno
de la famosa Chiclana,
deja que de ese jumento
te baje Pedro Rechoncho,
como alcalde y molinero
del lugar de Las Cabezas.
SILVESTRA. Si la baja lo repelo.

ANTÓN. Poco a poco, que yo soy
en esta fiesta el santero.
ALCALDE. ¿Qué dice? ¿Sabe que soy
el Alcalde de este pueblo?
ANTÓN. ¿Y sabe que soy el novio
y Regidor a más de eso?
ALCALDE. Pero yo debo bajarla,
para que tenga derecho
de revolcarse a su gusto
en la tierra que gobierno.
ANTÓN. Está bien; pero yo soy
caritativo y no quiero
que ninguno se eche a cuestas
la cruz que me ha dado el cielo.
ALCALDE. ¿Pero quién la ha de bajar?
ANTÓN. Yo, que en su persona tengo
posesión matrimonial.
ALCALDE. No será viviendo Pedro.
Alguacil; ponte delante
del borrico, y al primero
que quiera bajarla ponle
como una breva los sesos.
FELIPA. ¿Conque me he de estar aquí
lo mismo que un estafermo?
ALCALDE. Así lo mando, señora.
FELIPA. Pues yo me pondré en el suelo.
ALCALDE. No puede ser.
FELIPA. ¿Cómo no?
¿Pues no mando yo en mi cuerpo?
ALCALDE. No; que le tengo embargado
para coserlo al proceso.
FELIPA. ¡Dios mío, qué trasudores!

ANTÓN. Yo, de esta alcaldada apelo
a estos prudentes patanes
que aquí nos están oyendo.
Decid, fuertes cabezones;
decid, bravos chiclaneros,
¿quién debe bajarla?
UNOS. El novio.
OTROS. El Alcalde.
FELIPA. Pues quedemos
en una cosa; que ya
me empiezan a dar mareos.
ALCALDE. Yo no cedo.
ANTÓN. Yo tampoco.
TODOS. Pues a palos disputemos.
ANTÓN. ¿Yo he de alzar la cachiporra
contra mi patria? ¡En qué aprieto
te ves, Antón Golondrino!
¿Cómo podré, santos cielos,
acogotar sin piedad
a mis brutos compañeros?
Pero mi novia... El honor...
¡Ah! ¿Qué aguardo? Machaquemos
las liendres a tanto ganso
como se opone a mi esfuerzo.
Amigos; hoy es el día
que no quede en todo el pueblo
cabeza sana. ¡Al avance!
ALCALDE. Son nuestros cascos de hierro.
UNOS. ¡Mueran, mueran!
(Van a embestir y los detiene Becerro.)
BECERRO. Poco a poco.
Ténganse por un momento;

y, aguzando las orejas,
oigan todos el consejo
de un hombre que sabe hacer
purgas, jarabes y ungüentos.

ALCALDE. Diga pronto lo que quiere.

ANTÓN. Despáchese, tío Becerro.

BECERRO. Seré breve. Digo, pues,
que si emperrados y ciegos
os abrís media docena
de ojales en el pellejo,
no hay en mi botica aceite
de palo para coserlos.
Y así, soy de parecer
que templéis vuestro ardimiento
y se decida en Cabildo
la cosa con más sosiego.

ALCALDE. Dice bien; y hasta mañana
cada cual guarde su puesto.

FELIPA. ¡Dios mío! ¿Y he de pasar
la noche sobre el jumento?

ANTÓN. Eso no es razón. Aquí
se ha de juntar el Concejo.

BECERRO. Bien dice Antón Golondrino;
lo mejor es lo más presto.

ALCALDE. Pues, Alguacil, saca el banco
de la taberna.

BECERRO. Y seis medios,
para que el Ojo de Gallo
nos alumbre los cerebros.

ANTÓN. ¡Oh! ¡Cuánto un hombre prudente
vale en casos como éstos!
(Sacan el banco y se sientan todos.)

ALCALDE. Sentémonos. ¿Quién comienza?
ANTÓN. Por más sabio, el tío Becerro.
BECERRO. Diré lo que me parezca.
Padres *concristos,* silencio.
Habrá sesenta y dos años
que sin cesar deletreo
los rótulos de los botes,
las recetas del barbero.
En este penoso estudio...
FELIPA. ¡Ay, que me escurro!
(Se deja caer del burro.)
ALCALDE. ¿Qué es esto?
¿Cómo has dejado, Felipa,
al Cabildo boquiabierto?
FELIPA. Pero si yo me escurrí,
¿puedo remediarlo?
BECERRO. Ha hecho
santamente, pues así
queda cortado el empeño.
ALCALDE. ¡Qué agudeza de mujer!
ANTÓN. Ven a mis brazos, portento
de mujeres; pues, astuta,
has sabido hallar un medio
de sacar nuestras redondas
cabezas de tanto riesgo.
FELIPA. Si aún dudas de mi agudeza,
verás cómo te la pego,
aunque te pongas, bien mío,
cuatro pares de espejuelos.
ANTÓN. No, mi bien; basta que tú
lo digas, para creerlo.
ALCALDE. Vamos, pues, a la taberna,

para que allí confirmemos
estas paces.

BECERRO. Cabezones;
que el Alcalde paga; entremos.

TODOS. ¡Viva el Alcalde y los novios!

ALCALDE. Que vuelvan los instrumentos.

Entran todos en la taberna haciendo ruido de campanas, almirez, etc., y quedan SILVESTRA y PAYAS.

SILVESTRA. Escuchad, nobles matronas
de Las Cabezas.

PAYA 1.ª ¿Qué es esto?
¿Por qué no vamos también
a ver si el vino es añejo?

SILVESTRA. ¿Qué decís? ¿Cómo podréis
echaros el jarro a pechos,
viendo que una chiclanera
os usurpa los obsequios?
¿Imagináis, simplecillas,
que volverán los mozuelos
a cantar a vuestras rejas?
Ni lo penséis; todos ellos
rondarán desde esta noche,
en verano y en invierno,
las ventanas de Felipa;
y tendidos como cerdos
en el umbral, arañando
las vihuelas y panderos,
y estirando los gaznates
a manera de becerros,
le avisarán con un chino

de cinco libras de peso,
que a ella sola se dirigen
sus gustos y desconciertos.
Yo no me engaño; ella misma
ha dicho que viene al pueblo
a dejaros para siempre
doncellas.

TODAS. ¿Ha dicho eso?

SILVESTRA. No os alborotéis; lo ha dicho;
mas todo tiene remedio.

TODAS. ¿Y cuál es?

SILVESTRA. El acebuche
es el mejor que yo encuentro.

PAYA 1.ª Yo la arañaré la cara.

PAYA 2.ª Y yo llevaré un pimiento
para ponerle la lengua
como un zapato.

SILVESTRA. Celebro
vuestro valor. Compañeras;
cuidado con el secreto.

TODAS. Somos mujeres, y basta.

SILVESTRA. ¿Desmayaréis?

TODAS. Ni por pienso.

SILVESTRA. Pues ¡muera Felipa!

TODAS. ¡Muera!

SILVESTRA. Juradlo; pero silencio,
que salen.

Salen todos los hombres y FELIPA de la taberna.

ALCALDE. Es necesario
emplear al tabernero.

ANTÓN. Que se le dé, por mi voto,
el empleo de macero;
y nos llevará delante
un cántaro como un templo.

ALCALDE. Pues propóngase mañana.

ANTÓN. Vamos a casa.

ALCALDE. Marchemos.

BLAS. *(Saliendo.)* Señor Alcalde; al instante
acuda usted; presto, presto,
que se llevan...

TODOS. ¿Qué se llevan?

BLAS. Déjenme tomar aliento.

TODOS. Acaba.

BLAS. ... el buey del Alcalde.

ALCALDE. ¿Quién es el ladrón cuatrero
que al buey de todo un Alcalde
osa perder el respeto?

BLAS. Son dos mozos de Lebrija.

ALCALDE. ¿De Lebrija? ¡Vive el cielo
que han de soñar con Rechoncho!
Suspendamos los festejos;
y tú, fuerte Golondrino,
ve sin pérdida de tiempo
con un escuadrón de gansos
a traerme prisioneros
al Alcalde, a los ladrones,
a los mozos, a los viejos,
y si tienes buenos lomos,
tráete a cuestas todo el pueblo.
(Vanse todos, menos Felipa, Golondrino y payos.)

ANTÓN. ¡Qué golpe! Yo rabio, como

si me pisara un gallego.

FELIPA. ¿Conque vas a cazar gansos
y me dejas en el riesgo
de que el Alcalde...?

ANTÓN. Detente,
no prosigas; pues yo mesmo
vi que te guiñó seis veces
en la taberna.

FELIPA. El mostrenco
me tiró cuatro pellizcos
y dos golpes en el pecho,
mientras bebías.

ANTÓN. ¿Qué dices?
Ya esos golpes son requiebros
declarados. ¿Quién jamás
tuvo tan tristes agüeros
en sus bodas?

FELIPA. Infinitos,
mi bien, para tu consuelo.

ANTÓN. ¿Y viven ésos?

FELIPA. Y comen,
sin que les cueste dinero.

ANTÓN. Yo no tengo esa constancia;
pues antes, con estos dedos,
con las uñas, con los dientes,
con una estaca...

FELIPA. Mi dueño,
no te irrites; todavía
no me pareces muy feo,
y, así, parte descuidado,
que yo sabré convencerlo
a bofetadas, si acaso

se viene con chicoleos.
ANTÓN. ¡Oh, asombro de chiclaneras;
cómo se está conociendo
que los señores de Cádiz
te han dado buenos ejemplos!
En fin...; te digo...; mas ¡ay! *(Caracol.)*
que ya la señal han hecho
de partir. Adiós, Felipa.
FELIPA. Espera un rato.
ANTÓN. No puedo.
FELIPA. Me da la gana.
ANTÓN. ¿Y mi fama?
FELIPA. ¿Y si te dan en los sesos
una pedrada?
ANTÓN. No importa.
FELIPA. ¿Qué dices? ¡Ah! Si a lo menos
viese correr por la plaza,
poniendo mazas a perros,
un tierno Golondrinito
que en lo galán y discreto
se pareciese a su padre
como un pollo a otro polluelo,
quizás no sintiera entonces
que te fueras al infierno. *(Llora.)*
ANTÓN. Detén el llanto; suspende
ese copioso aguacero;
que tengo ya, como un pato,
el corazón en el pecho.
FELIPA. Déjame que llore, pues
poco me cuesta el hacerlo.
ANTÓN. Esto es hecho. ¿Eres mujer?
FELIPA. El traje lo está diciendo.

ANTÓN. ¿Tendrás valor?
FELIPA. Si me caso
contigo, ¿no he de tenerlo?
ANTÓN. Pues vente conmigo.
FELIPA. Vamos
a mudar temperamento
adonde gustes; pues muchas
son golondrinas en eso.
ANTÓN. No te alejes, dueño mío;
que al momento por ti vuelvo.
FELIPA. En la ventana estaré.
ANTÓN. Ten cuidado; y en oyendo
un rebuzno, ése soy yo. *(Tocan caracol.)*
Adiós, adiós.
FELIPA. Vuelve presto.
ANTÓN. Correré más que una liebre.
FELIPA. De gozo estoy que reviento.
LOS DOS. Y tomen de nuestro amor
los animales ejemplo.
(Vanse Antón y payos.)
FELIPA. Mientras vuelve Golondrino,
murmurar un rato quiero
para divertir mis males.
¡Qué horroroso es este pueblo!
Las casillas me parecen
madrigueras de conejos;
los payos son tan peludos,
tan chatos y tan horrendos
que, a tener astas visibles,
me parecieran carneros.
Todo es triste y espantoso.
Las mujeres son escuerzos.

¡Válgame Dios! ¿Si será
este lugar el infierno?

Salen SILVESTRA y PAYAS, acechándola.

SILVESTRA. Ella está sola. Muchachas;
pues todos están bebiendo
con mi esposo en la bodega
del tío Lucas, ahora es tiempo
de zurrarle la badana.
PAYA 1.ª Lleguémonos con silencio.
FELIPA. Si lo miro bien, mi novio
tiene cara de podenco,
y el Alcalde... Pasa fuera;
tentación..., que no consiento.
(La agarran.)
SILVESTRA. Llevadla, amigas.
FELIPA. ¡Que el diablo
me lleva!
SILVESTRA. Calla, o te meto
esta zanca por un ojo.
FELIPA. ¡Que las brujas de este pueblo
me quieren chupar la sangre!
SILVESTRA. Tapadle con un pañuelo
la boca.
FELIPA. ¡Favor, favor!
SILVESTRA. Metedla en mi casa.
TODAS. Andemos.
(La meten por la izquierda, y sale Antón.)
ANTÓN. Di esquinazo a los patanes;
y, como un gamo, aquí vuelvo
por Felipa. ¿Si estará

en la ventana? No quiero
rebuznar; porque al rüido
podrá salir tío Lucero
pensando que soy su burro,
y como está medio ciego,
se puede venir al bulto
y quebrantarme los huesos.
La cecearé. ¡Chis; Felipa!
¿Si estará el Alcalde dentro?
¿Qué será que de pensarlo
se me erizan los cabellos?
¿Si entraré? ¿Si no entraré?
Allá me arrastran mis celos;
aquí el honor me contiene;
entremos, pues; mas no entremos;
un pie quiere, otro no quiere;
¡triste de mí, que me veo
entre dos impulsos, como
un borrico entre dos piensos!
(Sale Felipa desgreñada.)
Pero ¡qué miro? ¡Felipa!;
dulce mona, amado dueño,
¿qué gatos se han enredado
en tu cabeza? Mas, ¡cielos!,
¿tú resoplas y no hablas?
¿Estás borracha? ¡Qué es esto?
¿Por la boca arrojas babas
y echas por los ojos ternos?
¿Estás muda? ¡Cielos santos!
¡Ya no cantará el bolero!
¿Qué se ha hecho aquella lengua
que rajaba por el medio,

como si fuera una sierra,
la fama de todo un pueblo?
¿Te la arrancaron acaso
con tenazas? ¿Te la hirieron?
¿Pues con qué? ¿Vas a pintar
el cuchillo? ¿Sí? ¡Qué veo?
(Felipa saca un pimiento largo.)
¿No es un sapo? Mas ¡qué digo?
¡Ay de mí, que es un pimiento!
¿La lengua de mi Felipa
salpimentada? No quiero
ya vivir; con esta piedra
me he de machacar los sesos;
esto es hecho; yo levanto
el brazo en alto; parezco
un sayón en esta acción.
¿Adónde me daré, cielos,
que no me duela? Esta mano,
como es hija de este cuerpo,
tiene respeto a su padre.
Pero ¡qué digo?, ¡qué temo?
Me empezaré a dar quedito;
que para apretar hay tiempo.
(Empieza a darse quedito; Felipa hace extremos de sentimiento, hasta que, al verle darse más fuerte, le detiene el brazo y dice):

FELIPA. Detente, mi bien.

ANTÓN. ¡Qué escucho?
¿Tú has hablado? ¿A quién le cuelgo
el milagro?

FELIPA. A tu peligro.

ANTÓN. ¿Pero quién así te ha puesto?
FELIPA. Endereza las orejas
y sabrás todo el suceso:
apenas en este sitio
me dejaste haciendo gestos
de dolor, y por tu vuelta
quedé ofreciéndole al Cielo
andar en camisa y gorro
mientras que dure el invierno,
cuando siento que me tientan
por detrás; vuelvo, y me veo
entre un biombo de caras
pintadas por Asmodeo.
La Alcaldesa, que mandaba
esta legión, hizo luego
señal de que me llevasen.
Yo, por desasirme presto,
a ésta le tiro un araño,
a aquélla muerdo el pescuezo,
y a estotra sumo el ombligo
con una coz que le pego.
Me agarran del pelo; grito,
y atrancándome el garguero
con el pañal de un muchacho,
me llevan por esos cerros.
Allí una maldita gansa,
desenvainando un pimiento,
me dió tal friega en la boca,
que me dejó sin resuello.
No brinca tanto una bestia
cuando le aplican el hierro,
como yo con la maldita

banderilla que me han puesto.
En fin, vengo desgreñada
a decirte, amado dueño,
que pues en tu tierra estilan
hacer con las novias esto,
cuando se quieran casar
busquen diablos del infierno,
que yo me vuelvo a la mía,
donde contaré el suceso
y haré que alisten al punto
los niños, mozos y viejos
para vengar este agravio
que se ha hecho a los chiclaneros.

ANTÓN. Detente, dulce Felipa;
detente; porque primero
que te ausentes, mis enojos
han de tocar a degüello.
Yo, con esta peña, haré...

FELIPA. ¿Qué has de hacer?

ANTÓN. Romperle un hueso
a la Alcaldesa.

FELIPA. ¿Qué dices?
¿Tú les pierdes el respeto
a las faldas?

ANTÓN. Que no agravien
a los calzones.

SILVESTRA. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?
¿Todavía no has partido?
¿Cómo, contra el mandamiento
de mi esposo, te detienes
con Felipa?

ANTÓN. Porque quiero

castigar bellaquerías.

SILVESTRA. ¿Y de qué manera?

ANTÓN. Haciendo un mujercidio. (*Levanta la piedra.*)

FELIPA. ¡No tires!

TODAS. (*Saliendo.*) ¡Tente, Antón!

FELIPA. ¡Que me derriengo!

A este golpe salen todos, y forman un grupo de esta forma: ANTÓN se queda con la piedra levantada; la ALCALDESA con una rodilla en tierra y las manos alzadas; los PAYOS con las cachiporras amenazando a Antón; el ALCALDE en medio, delante de su mujer; FELIPA desmayada en los brazos del SACRISTÁN; las MOZAS amenazando a Felipa con las piedras, y el tío BECERRO, con una botella y un vaso en la mano; y en esta acción quedan todos como medio minuto, sin hablar.

ALCALDE. ¿Qué haces, ganso?

ANTÓN. ¿Qué? A una loca darle su merecimiento.

PAYAS. Pues matemos a Felipa.

ANTÓN. No la matéis, deteneos.

FELIPA. Ni yo quiero estarme quieta.

ALCALDE. Decidme: ¿qué ha sido esto?

ANTÓN. Que la Alcaldesa, a mi esposa la ha refregado un pimiento.

BECERRO. El picante pide vino; vaya un trago.

ALCALDE. ¿Por qué has hecho semejante desacato?

SILVESTRA. No es Pascua, y no me confieso.

ALCALDE. ¿Así me hablas? Prendedla.

PAYAS. Nosotras la defendemos.
BECERRO. Si las hembras se amotinan,
los machos harán lo mesmo.
ALCALDE. La prudencia aquí me valga.
Vete a la bodega luego
arrestada, y no me veas
en cinco meses y medio.
SILVESTRA. No serán sino cuartillos
los que me tire al coleto. (*Vase.*)
PAYAS. Vamos todas a ayudarla. (*Vanse.*)
ALCALDE. ¿Estás, Antón, satisfecho?
ANTÓN. Lo estaré dentro de un año.
¿Y tú lo estás, dulce dueño?
FELIPA. Mucho, y aún más lo estuviera
si desterraran del pueblo
esa maldita semilla.
ALCALDE. Alguacil; haz fijar luego
un bando para que nadie
vuelva a sembrar más pimientos.
FELIPA. Ahora sí que estoy contenta.
ANTÓN. Dame un abrazo.
FELIPA. Doscientos
te daré de buena gana.
ANTÓN. Ven acá, dulce embeleso.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

LA FERIA DEL PUERTO

SAINETE

PERSONAS

Don Narciso.
Don Ignacio.
Don Anselmo.
Don Blas.
Doña Eufrasia.
Lora, maja.
Teresa, maja.
Zapateta.
Pepillo.
Curro.
Benito.
Alcalde.
Periquito.
Patrón 1.°
Patrón 2.°
Buñoleras.
Vendedores.
Ministros.

LA FERIA DEL PUERTO

La escena será telón de marina con dos bastidores por banda. Salen dos PATRONES con las capas debajo del brazo, llamando a varias personas que se pasean; después salen PEPILLO por un lado y ZAPATETA por otro; y dando algunas vueltas, mientras duran los primeros gritos, llegan a encontrarse.

PATRÓN 1.° Oiga usted, caballerito:
mi barco se da á la vela
ahora mismo.

PATRÓN 2.° El mío se larga,
si usted no se embarca apriesa.

LOS DOS. ¿Quién se embarca?

PATRÓN 1.° Atraca el bote,
Marianillo.

PEPILLO. Zapateta,
¿tú por estos andurriales?
Yo te juzgaba en la feria.

ZAPATETA. Calla, Pepillo; que estoy
echando chispas.

PEPILLO. Revienta;
¿quién te ha ofendido?

ZAPATETA. A mí, nadie

PEPILLO. Pues ¿qué fatigas son ésas?

ZAPATETA. Hombre, ya sabes que Lora
hoy chorrea por mi cuenta,
y que yo... Ya tú lo sabes;
la requiero. Vaya; es prenda
de gusto.

PEPILLO. Si te conozco;
sobre que tú te amartelas
al instante; pero al caso.

ZAPATETA. Pues si me conoces, piensa
tú cuál estará mi alma
sabiendo que va a la feria
con un peluquilla.

PEPILLO. ¿Y cómo
no vas a darle una felpa?

ZAPATETA. Nada menos; estas cosas
requieren pecho; a esa jembra
la he de pillar con la masa
en las manos.

PEPILLO. ¿Tú te arrestas
a ir al Puerto?

ZAPATETA. Aunque me ahogara.

PEPILLO. ¡Que me encuentre sin monea
en este lance!

ZAPATETA. Pues yo
tengo, en cobre, una peseta.

PEPILLO. ¡Vaya, que estamos lucíos!
¿Y qué haremos, Zapateta?

ZAPATETA. En casos de honra, se vende
todo el hato.

PEPILLO. En mí no hay prenda
que se atreva a presentarse
en el boquete.

ZAPATETA. Me tientan
ya los mengues por poner
esta chupa en almoneda.
PEPILLO. ¡El diablo son las mujeres!
Adiós; voló la decencia.
ZAPATETA. ¿Qué te parece la alhaja?
PEPILLO. Que puede honrar una percha
en la calleja de Soto.
Sobre que está casi nueva...
ZAPATETA. Como que aun estoy pagando
la dita. Dos años lleva;
y me faltan dos semanas.
PEPILLO. ¡Vaya; si abobas con ella!
ZAPATETA. Esto es hecho. A bien que yo,
en meneando la lezna,
soy un águila.
PEPILLO. ¡Que viva
el valor!
ZAPATETA. Pues a venderla;
que, en los calores que hacen,
casi, casi es conveniencia
ir en pechos de camisa.
PEPILLO. Y aun a ti te tiene cuenta
ir un poco disfrazado.
ZAPATETA. Deja; que esa mala hembra
ha de llevar un julepe
de patáas, que no se vea
libre de polvo en un año.
PEPILLO. No te dejo, aunque me pierda.
ZAPATETA. Pues sígueme, si eres hombre.
PEPILLO. Pronto verás, Zapateta,
quién es Pepillo.

ZAPATETA. Soniche;
no te llames luego iglesia.
PEPILLO. ¡Por vida!... Que tú me aburres.
ZAPATETA. ¿Me sigues?
PEPILLO. Muchito.
ZAPATETA. Arrea.

Vanse; salén LORA, TERESA y DON NARCISO, y los PATRONES llegan.

LORA. Haga usted porque al instante
pasemos el charco.
NARCISO. Deja;
que yo fletaré un falucho.
PATRÓN 1.º Yo tengo un barco que vuela,
caballerito.
PATRÓN 2.º Al señor
siempre lo llevo a la feria.

DON NARCISO se entra con los PATRONES, y quedan LORA y TERESA.

LORA. Dios quiera nos embarquemos
al punto; porque si ordena
la Tarasca que tu Curro
o el mueble de Zapateta
nos encuentren, me recelo
que se nos agüe la fiesta.
TERESA. Por mi Curro no haya mieo,
que en dándole dos pesetas
para tabaco y un trago,
se amansa como una oveja.

LORA. Dicho y hecho: mira a Curro.
CURRO. *(Saliendo.)* ¿Conque usté, señá Teresa,
sin decir oxte ni moxte,
se va a bureo?
TERESA. No vengas
jinchando el buche, caramba;
que pensará quien te vea
que tú me engordas.
CURRO. Chitito;
¿para qué mover la lengua
sin substancia? Yo no quiero
quitarte tus conveniencias;
pero, a lo menos, sepamos
quién suda.
LORA. Pues usted sepa
que por mí sudan ahora;
y que, si viene Teresa,
es porque de sus empleos
disfruto también las rentas.
CURRO. Aelante. Con dos palabras
queda la cosa compuesta.
¿Y quién es ese gachón?
LORA. El mismísimo que llega.
NARCISO. *(Saliendo.)* Ya tengo barco fletado.
CURRO. Una palabrita, prenda.
NARCISO. ¿Qué quiere usted?
TERESA. ¿Qué tramoya
armará este calavera?
CURRO. Servidor de usted.
NARCISO. También
lo soy de usté.
CURRO. Usted me tenga

por su criado.

NARCISO. Lo estimo.

CURRO. ¿Conque usted ya no se acuerda...?

NARCISO. ¿De qué?

CURRO. De cuando nos vimos.

NARCISO. ¿Pero en qué parte?

CURRO. A ver; venga
un papel para un cigarro.

NARCISO. Veré si en la faltriquera
encuentro algún sobrescrito.
Tome usted.

CURRO. Pues usted sepa
que soy Curro, el de la Tripa,
y querío de Teresa.

NARCISO. Lo celebro.

CURRO. ¿Tiene usted
tabaco?

NARCISO. Cuanto usted quiera.
Tome usted.

CURRO. ¿Conque ustés tres
se van ahora a la feria?

NARCISO. En este instante.

CURRO. Crea usted
que lo quiero bien.

NARCISO. Se aprecia.

CURRO. Tóo se lo merece un hombre
de circunstancias; de veras.

NARCISO. Mil gracias.

CURRO. ¿Tiene usté avíos
para encender una yesca?

NARCISO. No, amiguito.

CURRO. Pues después

fumaremos.

NARCISO. Norabuena.

CURRO. Pues, señor; esa Lorilla
es lo mismo que una perla.
¿Usted le ha visto bailar
el zorongo?

NARCISO. Nunca.

CURRO. ¡Ea;
si, cuando lo baila, aboba!
Y lo mismo ella maneja
su cuerpo cuando lo baila,
que si corriera tormenta
un barco.

NARCISO. Me alegro mucho.

CURRO. Pero ha dado un calavera
en perseguirla; y no hay duda
que si con usted la encuentra,
habrá un jollín, que los diablos
anden sueltos en la feria.

NARCISO. ¡Carambola! ¿Y quién es ése?

CURRO. Él es un tal Zapateta,
que suele picar tabaco
con un navajón de a tercia.

NARCISO. *(Aparte.)* Tercianas me dan de oirlo.

CURRO. Pero como usted quisiera
que le acompañase yo,
no movería la lengua
ese mandria.

NARCISO. Sí, amiguito;
justo es que usted se divierta,
que yo pago.

CURRO. Pues churrús;

yo marcho por la torera.
NARCISO. No se tarde.
CURRO. No hay cuidado.
NARCISO. Búsqueme usted en la feria.
CURRO. No se hable más. Déme usted
unas dos o tres pesetas
para el barco.
NARCISO. Tome usted.
CURRO. Hasta luego. Adiós, Teresa.
TERESA. Adiós, hombre.
LORA. ¿Qué le ha dicho
ese maldito tronera?
NARCISO. No es nada; cierto asuntito.
PATRÓN 2.° Vaya, señores, ¿qué esperan?
¿Nos largamos?
LORA. Al instante.
NARCISO. Me parece que recelas
algún encuentro.
LORA. ¿Han venío
a llenarle la cabeza
de viento? Pues no, ¡caramba!;
que si yo suelto la lengua...
TERESA. ¿Lo dices eso por Curro?
LORA. Cabal.
TERESA. No te ensoberbezcas,
mujer, que luego te pones
más alta que las estrellas.
NARCISO. No haya disgusto.
LORA. Si nunca
ha de haber para mí fiesta
en donde no haya un demon
que meta la pata.

NARCISO. Cesa,
mujer.
LORA. Ya está por cesao.
Vamos; y lluevan carretas. *(Vase.)*
IGNACIO. *(Saliendo.)* Ella acaba de pasar
con Narciso y con Teresa
por la plaza. Sí, no hay duda;
se van al Puerto. ¡Que tenga
ese tonto la osadía
de competirme! A la feria
voy a quitarle la moza
o romperle la cabeza.
PATRÓN 1.° ¿Va usté al Puerto, caballero?
IGNACIO. Sí, amigo.
PATRÓN 1.° Pues a la vela.
Vamos al muelle; verá
qué falucho tengo.
IGNACIO. Cuenta
que no hemos de detenernos.
PATRÓN 1.° Ni un minuto.

Salen ZAPATETA y PEPILLO.

ZAPATETA. ¡Tío Ginebra!
PATRÓN 1.° ¿Qué se le ofrece, amiguito?
ZAPATETA. ¿Ha visto usted si Teresa
la Crestona se ha embarcao?
PATRÓN 1.° Se fueron con tío Viruelas
ahora mismo.
ZAPATETA. ¿Con quién iba?
PATRÓN 1.° Con Lorilla, la Lucena,
y un caballero.

ZAPATETA. ¡Por vida
que a esa endina no la hubiera
topao en el muelle!

PEPILLO. A bien
que ahora nos vamos tras ella.
Diga usted: ¿cuándo se larga?

PATRÓN 1.º Ahora mismo.

ZAPATETA. Pues najencia,
que se pierde el tiempo.

PATRÓN 1.º Vamos.

IGNACIO. Patrón, ¿baja la marea?

PATRÓN 1.º ¡Qué ha de bajar, si hay más agua
que en el diluvio!

IGNACIO. Pues ea;
vamos al muelle.

ZAPATETA. Pepillo;
ya verás qué tunda lleva.

PEPILLO. Si sé; que donde tú vayas,
nenguno, nenguno llega. *(Vase.)*

Vista de la feria, con toda la mayor propiedad. BUÑOLERAS, VENDEDORES, etc., y salen DON BLAS y DON ANSELMO.

ANSELMO. Por cierto, don Blas, que está
cual ningún año la feria.

BLAS. Mucho; en el ramo de vinos
ha habido grande cosecha.

BENITO. *(Sale de payo.)*
¡Jesús, cuánto figurín!
¿Si será la Nochebuena
en este pueblo, que ponen
tanto Nacimiento?

BLAS. Espera;
que este patán ha de darnos
un buen rato. Hacia él te acerca.
ANSELMO. ¿Qué hay, amigo? Me parece
que aquesta es la vez primera
que usted viene a esta función.
BENITO. En mi vida vine a ella.
Pero, diga usted, señor:
¿aquí qué es lo que se reza?
ANSELMO. ¿Rezar? ¡Buena devoción!
¿Está usté acaso en la iglesia?
BENITO. Pues diga: ¿qué significa
tanto altarito?
ANSELMO. ¡Ésa es buena!
No son altares; son puestos
donde se venden diversas
mercancías.
BENITO. ¿Mercancías?
¿Y quién compra esas frioleras?
Yo sólo veo guitarras,
figurines, cornamentas,
aventaores de caña,
buñuelos y bagatelas
buenas para los muchachos.
BLAS. Pues todas esas cosuelas
se aprecian en tales días.
BENITO. Vaya, vaya; que esta feria
debe causar a las gentes
como en mi pueblo a las viejas,
que a los ochenta años tornan
a jugar con las muñecas.

Salen DOÑA EUFRASIA, figurona, y PERIQUITO, paje ridículo.

EUFRASIA. Oyes, Perico; esos pies
con las puntas hacia fuera;
cuenta no encorves el cuerpo;
endereza esa cabeza.
¡No he visto niño más terco,
ni más incurioso!

PERIQUITO. Ea;
yo no puedo andar mejor.

EUFRASIA. ¿Y a mí con tal insolencia
me respondes, vil insecto?

PERIQUITO. ¡Ay! ¡Señora, que me quiebra
usted el brazo!

EUFRASIA. Estos dedos
han de ser, si no escarmientas,
tus perennes torcedores.

PERIQUITO. Yo me enmendaré.

EUFRASIA. Pues cuenta,
y avísame si percibes
por esta verde alameda
a don Ignacio.

PERIQUITO. Está bien.

EUFRASIA. Oyes; vapula esa piedra
para sentarme.

PERIQUITO. Ya está.

EUFRASIA. Yo lo veré. Allí se observan
dos partículas de polvo.

PERIQUITO. Ya no hay nada.

EUFRASIA. No estés cerca,

que los efluvios que exhalas
me trastornan la cabeza.

PERIQUITO. ¡Maldita sea tu cara!
(Se sienta Eufrasia, y Perico se queda en pie con el sombrero en la mano.)

BENITO. Vaya; sobre que me tienta
el diablo, por ser yo niño.

ANSELMO. Amigo mío; a la tierra
donde fueres, has de hacer
lo que vieres.

BENITO. Me aconseja
muy bien. Yo quiero comprar
una baratija de éstas.
¿Qué vende usted?

VEND. Tengo cosas
primorosas: Santa Elena,
San Macario, el Paraíso
con la Sierpe, Adán y Eva,
cuernos de todos tamaños.

BENITO. Espere usté; ¿y qué menestra
es esa última?

VEND. Son
unos pititos, que suenan
como un clarín. Oiga usté. *(Pita.)*

BENITO. ¿Y quién compra esa madera?

VEND. Pues ¿qué tiene?

BENITO. Que esos muebles
en un toro se respetan,
y en un hombre causan risa
si en público se los cuelgan.

VEND. Eso es porque los letreros
son graciosos.

BENITO. A ver, lea.
VEND. Aquí dice: «Éste te pongan.»
BENITO. A tu padre y a tu abuela...
TODOS. ¡Ah, ah!
BENITO. Vaya; me ha gustao.
¿Y cuánto vale esa pieza?
VEND. Dos cuartos.
BENITO. Tome usté, amigo.
BLAS. ¿Se lo lleva usté a su tierra?
BENITO. No, señor; allá estos muebles
no se estiman, ni aun siquiera
de burlillas. Yo lo compro
para regalarlo a esta
señorita.
BLAS. ¿Qué intentáis?
(Llégase Benito a doña Eufrasia con la montera en la mano; en la derecha el pito.)
BENITO. Señora; si la pobreza
de mi endinidá merece
colgar en su reverencia
este pequeño cuernico,
que ojalá tan grande fuera
como el de un buey de diez años,
yo sería...
EUFRASIA. Ruda bestia. *(Le empuja.)*
¿Cómo a burlarte te atreves
de una mujer de mis prendas?
¡Ah, paje; saca la espada!
BENITO. Señora; si usted se emperra
porque es de poco valor
el regalillo, paciencia.

Cada uno da lo que tiene.
EUFRASIA. No he de menester ofrendas.
Vete, o hago que te ensarte
mi paje por una arteria.
BENITO. ¿Será cirujano el niño;
y eso que es él la lanceta?
EUFRASIA. Vaya el indómito al bosque
a propalar indecencias
con las rudas aldeanas.
ANSELMO. ¿Veis, en fin, cuánto se arriesga
en no recapacitar
con quién se trata?
BENITO. De veras
que, para sierpe, le faltan
tan sólo escamas y aletas.

Salen NARCISO, LORA y TERESA.

NARCISO. No estés triste, que tu majo
vendrá muy pronto.
LORA. Teresa,
¡qué calma hace! Parece
que el señor no está de fiesta,
o que tiene humores gruesos,
según lo mucho que pesa.
NÁRCISO. Ya; no quieres te lo nombre.
LORA. Oiga usted: cuando se arriesga
mi personaza a salir
en público con muleta,
es porque está el campo limpio
y a nadie cogen de leva.
NARCISO. ¡Ah falsa!

LORA. No venga usted
con pasitos de comedia.
La verdad; ¿usted pretende
que le regalen la oreja?
Teresa, dile al señor
si lo quiero.

TERESA. Y que se extienda.
¡Ya se ve, pues!

NARCISO. Si vosotras
no sabéis querer.

LORA. Mi prenda;
sepa usted que por acá
de otro móo se manejan
los quereres: las usías
se remilgan, se lamentan
y manifiestan su amor
con el flato y la jaqueca.
Pero acá la gente basta
grita, bota y patalea,
y el que logra que lo arañen
puede creer que lo aprecian.

BENITO. ¿Qué dice usted? ¿Le regalo
el cuernico a esta doncella?

BLAS. Que os exponéis.

BENITO. Ésta tiene
la cara de cuchufletas.
Yo me arremango. Señora:
aunque usted tendrá cosecha
de esta fruta, le suplico
que se lo cuelgue en la oreja.

LORA. Mire usted, seor espantajo;
ése que usted me presenta

está todavía verde.
Cuando estén los de su testa
maduros, le estimaré
me regale una docena,
que quiero a tóos sus parientes
mandárselos en conserva.

TERESA. Ea; la ida del humo.

LORA. Al instantito; najencia.

BLAS. ¿Qué le dijimos a usted?

BENITO. Calle usted; si tiene ésa
una sal para espantar
pitos, que a todos eleva.

Sale IGNACIO, y así que ve a NARCISO da vueltas, tirando de la mantilla a LORA cada vez que pasa junto a ella.

IGNACIO. Aquí está Lora y el bruto
de Narciso. ¡Huy, qué piernas!
Mejores son las del Diablo
Cojuelo. Mas con reserva
es necesario jugar
el lance. *(Le tira.)*

BENITO. En aquesta tierra
deben, por lo irregular,
nacer las mujeres ciegas.

BLAS. ¿Por qué, hombre?

BENITO. Porque toas,
paráas o andando, se pegan
lo mismo que garrapatas
al señorón que las lleva.

EUFRASIA. ¡Ay, Periquito, allí está
don Ignacio! ¡Quién pudiera,

sin eclipsar su decoro,
indicarle alguna seña!

LORA. Teresilla, ¿no es Ignacio?

TERESA. El mismito; y da más vueltas
que un molino.

LORA. Ya, con éste,
van tres tirones.

NARCISO. ¡Es buena
la confianza! Ignacito,
¿fué antojo, o vienes de rejas
verdes, de empinar el brazo,
y se te anda la cabeza?

IGNACIO. Eso es decir que estoy ebrio.
Salvaje, si no estuvieras
en este sitio, el garrote
te quebrara en la mollera.

NARCISO. No lo haces por el sitio,
sino porque de una buena
bofetada no te arroje
al suelo la cabellera
postiza, y salga la luna
por la mañana en la feria.

IGNACIO. ¿Tú me tratas de imperfecto,
so Arlequín? Mira, contempla
tu figura, que este espejo *(Lo saca.)*
lo traigo en la faltriquera
para escarmiento de feos.

(Se lo pone delante de la cara, y Narciso de un golpe se lo echa a rodar; se amenazan con los bastones; las mujeres se meten en medio; y doña Eufrasia agarra a don Narciso.)

NARCISO. ¡Por vida!...
LORA. Narciso; deja,
y no hagas caso de mandrias.
EUFRASIA. Que usted, don Ignacio, sea
tan estulto que propale
con aquesa gentezuela...
LORA. ¡Hola, doña Remilgada!
Cuenta lo que dice, cuenta;
que si tercio la mantilla,
ha de hacer con la paleta
del espinazo un saludo
a cuantos hay en la feria.
EUFRASIA. Haga usted por inhibir
esos modales; y advierta
que doña Eufrasia no es un
gusarapo como ella.
TERESA. A ver; deja que le arranque
los grifos.
LORA. Quita, Teresa;
que ahora verás cómo barre
el suelo con la peineta.
(Lora embiste a doña Eufrasia; los dos petimetres se amenazan con los bastones, sin darse; acuden las gentes de los puestos; el paje salta de alegría viendo que arañan a su ama.)
EUFRASIA. ¡Ah vil gusano!
IGNACIO. No impidan
que le rompa la cabeza.
TODOS. Deténganse.
IGN. y NAR. ¡Vive Dios!
ANSELMO. Dame tu espada.

BLAS. ¿Qué intentas?
ANSELMO. Divertirme.
BLAS. Tómala.
ANSELMO. *(Toma la espada de don Blas; a sus voces se contienen; él se pone en medio; y todos hacen círculo.)*
Señores; todos atiendan.
Entre señores de honor,
sin duda es una bajeza
pretender darse de palos;
y, así, para que esto sea
en forma de duelo, aquí
están dos espadas. Ea;
yo soy padrino de entrambos;
a combatir; hagan rueda.
NARCISO. De modo que yo, en pasando
el primer impulso...
IGNACIO. Fuera
reñir así, desafío;
y las leyes lo condenan.
ANSELMO. ¿Conque ya esto se acabó?
NARCISO. Yo perdono las ofensas
como noble.
IGNACIO. Yo no guardo
rencor.
BENITO. ¡Miren qué prudencia!
Esta acción vendrá mañana
descrita por la *Gaceta*.
ANSELMO. Ea; pues háganme el gusto
de abrazarse.
NARCISO. Como él quiera.
Yo estoy pronto.

Salen ZAPATETA y PEPILLO.

ZAPATETA. Si no quiere,
yo tomo el brazo, mi prenda.
ANSELMO. Entre éstos no meto paz.
BENITO. ¡Qué cara tiene de Gestas!
NARCISO. Pero, amigo, usted...
ZAPATETA. Chitito;
ven acá tú, calavera.
¿Pensabas que no vendría
a echarte el guante?
LORA. ¿Usted? ¡Deja!
¿Es usté acaso alguacil,
o me trae una talega
para taparme la boca?
Vaya, vaya; que quien vea
ese modo y ese traje,
pensará que ha hecho usted quiebra
por mantenerme.
BENITO. ¡Qué pico!
Vaya, vaya; ¡si una lezna
no es más aguda!
ZAPATETA. Lorita;
cuidado que, aunque no pueda
cascarte a ti, he de vengarme
con el futraque que llevas.
LORA. Ese hombre viene conmigo;
y, así, múdate, y no muelas
a la gente.
ZAPATETA. No he de irme
sin ti.

LORA. Si tengo una pierna
entumía...
ZAPATETA. ¿A que te llevo?
LORA. ¿Y cómo?
ZAPATETA. De esta manera.
Arree usté por otra parte.
NARCISO. Amigo, por Dios, advierta...
ZAPATETA. La cara le he de cortar.
LORA. Detente, endino.
ZAPATETA. Tú, perra,
me la has de pagar también.
(Zapateta con el navajón, y lo mismo Pepillo, corren detrás de todos, a tiempo que sale Curro con la torera debajo del brazo; da un grito; se suspenden todos; mira a todas partes fumando un cigarro, y después de una pausa, dice):
CURRO. Soniche; ¿qué bulla es ésta?
PEPILLO. Zapateta, nájate,
porque trae la torera.
ZAPATETA. ¿Qué le he hecho yo a Currillo?
BENITO. ¿Es éste que se presenta
el Alcalde?
BLAS. No; ¿por qué?
BENITO. Como todos le respetan...
CURRO. ¿No respondes?
NARCISO. Señor Curro;
con la mayor insolencia
me ha tratado...
CURRO. ¿Quién?
NARCISO. Aquel
mocito de la montera.

CURRO. Está bien. Tóo se compone
al punto con la torera.
Pongamos la cercunstancia
en su lugar; nadie mueva
el jocico.

TERESA. Tente, Curro.

CURRO. ¿Y de mí qué se dijera?
Basta que seas de la Tripa
para que yo no consienta
que nenguno de otro barrio
desaire a tu compañera.
Ven acá.

ZAPATETA. ¿Quién, yo?

CURRO. Tú, sí.

ZAPATETA. Señor Curro, usted no crea...

CURRO. Chito; no vale jacer
el *mondiú;* prevén la jeta,
que te voy a castigar
para que otra vez no seas
atrevío.

ZAPATETA. Señor Curro,
escúcheme usted siquiera.

LORA. Déjele usted.

CURRO. No hay remedio;
te vas a quedar sin muelas.
Y pues le ha ofendido a usted...
Ya no es bien tener prudencia.

ZAPATETA. Si yo no he sío...

CURRO. Silencio.
Mira, traigo la torera;
mas no la quiero ensuciar
en una mona. Con ésta

te voy a tomar el molde
del jocico.

ZAPATETA. De manera
que yo...

CURRO. Ponte de rodillas
sin resollar; y antes besa
la mano al señor.

TERESA. Currito...

ZAPATETA. Pero si yo...

CURRO. ¿A que te quedas
en el tiro? *(Empuña.)*

ZAPATETA. *(Se arrodilla.)* Ya estoy puesto.

CURRO. Di, pa que tóos lo entiendan:
«Señor, yo soy un endino
desgalichao, tronera;
y así, perdóneme usted.»

ZAPATETA. Yo no lo digo, aunque sepa
que usted me mata.

CURRO. Tunante;
espichas como arpa vieja,
si no te hincas.

ZAPATETA. ¡Que me matan!

TODOS. ¡A la Guardia!

BENITO. ¡Buena gresca!

Sale el ALCALDE con MINISTROS.

ALCALDE. Ténganse aquí a la Justicia.
¿Qué alboroto y bulla es ésta?

NARCISO. Señor Alcalde, ese hombre,
que a todo el mundo atropella.

ALCALDE. ¿Quién eres tú?

ZAPATETA. Yo, señor,
soy Perico Zapateta.
BENITO. Vaya; si de oir su nombre,
me tiemblan las faltriqueras.
ALCALDE. ¿Conque tú insultas a todos?
ZAPATETA. Yo no he chistao siquiera.
El señor Curro es quien quiso
matarme.
CURRO. Calla esa lengua,
monicaco; señor Juez,
es verdad que si usted llega
más tarde, sobre la trompa
le toco yo la retreta.
¿Pero yo matar un mandria?
Vaya; si me da vergüenza.
ALCALDE. Antes sabré yo estorbar
alborotos y quimeras;
amarren a esos dos tunos.
BENITO. ¡Que siempre por las mozuelas
se pierda la gente honrada!
ZAPATETA. La culpa tiene esa hembra.
CURRO. A bien que otro mal no pueden
hacerme que echarme a Ceuta.
BENITO. ¡Toma! Conque para usted
el ir allá es conveniencia;
porque por fin le han de dar
agua, pan y mucha leña.
EUFRASIA. Señor Juez, dé usted la orden
de que estas mujeres sean
arrestadas.
ALCALDE. ¿Pues qué han hecho?
EUFRASIA. Haber con manos groseras

profanádome el peinado
y herídome con la lengua.

LORA. ¿Quién es ella, para que
por su causa a mí me prendan?

EUFRASIA. Una nieta del Rey Chico
de Granada.

LORA. Enhorabuena.
¿Conque es usía morisca?
Señora mía, usted sepa
que nadie es mejor que nadie.

EUFRASIA. ¡Miren ustedes la inepta!
¿No he de ser mejor que tú,
cuando corre por mis venas
la sangre de los Gazules?

LORA. ¿Azul? Pues podrá venderla,
cuando le falten dineros,
a cualquiera pintarrejas.

EUFRASIA. Esto pasa ya de insulto.

ALCALDE. Señoras, haya prudencia;
cese el escándalo, y vayan
a divertirse a la feria
sin que se metan con nadie.

EUFRASIA. Don Ignacio; usted me venga
consolando, que si no
ha de darme la jaqueca.

IGNACIO. Yo siempre soy su criado.

ALCALDE. Cuidado; que si se encuentran
no haya cuestión.

LORA. Segurito;
porque soy como una oveja.
Don Narciso; ya ve usted
que cesó la competencia.

NARCISO. Siempre soy tuyo.
ZAPATETA. Endinota,
yo saldré de en cas de abuela...
LORA. Para un presidio; y así,
muy buen viaje, Zapateta.
TERESA. Adiós, Curro.
CURRO. No te aflijas,
que esta no es la vez primera
que por mis grandes acciones
con este triunfo me llevan.
ANSELMO. Vamos a nuestra posada.
BENITO. Y yo me voy a mi tierra,
que no quiero pueblo donde
se venden las cornamentas.
TODOS. Y aquí acaba este sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

EL FIN DEL PAVO

SAINETE

PERSONAS

Don Agapito.
Don Juanito.
Don Pedrito.
Don Antoñito.
Don Pepito.
Tomasa.
Petra, criada.
Juana.
Mariquita.
Martín, tuno.
Felipe, majo.
Un cabo de barrio.
Dos disfrazados.

EL FIN DEL PAVO

Calle. Salen DON PEDRITO y DON JUANITO, de petimetres.

JUANITO. Adiós, Pedrito. ¿Qué haces
en esta calle parado?
PEDRITO. Aguardo aquí unos amigos.
JUANITO. ¡Qué bien hueles! Por los labios
exhalas ámbar... ¿Ha sido
fontiñán o jerezano?
PEDRITO. En la fonda nunca bebo
sino tinto.
JUANITO. ¡Bravo, bravo!
¿Conque has tenido banquete?
PEDRITO. Mucho.
JUANITO. ¿De a doce realazos?
PEDRITO. De a peso fuerte por barba.
JUANITO. ¡Carambola!
PEDRITO. Y un gran pavo,
que vino a darme las Pascuas
de parte de cierto indiano,
me cortejó hasta la fonda
y ocupó también su plato.

JUANITO. Te has regalado, hijo mío,
como un canónigo. ¿Y cuántos
han sido los concurrentes?
PEDRITO. Tres muchachas y un anciano.
JUANITO. ¿Y a qué lleváis vejestorios
a esas bromas?
PEDRITO. Si es un pasmo
para jalear...
JUANITO. ¿Quién es?
PEDRITO. Don Agapito.
JUANITO. Ya caigo;
mucho que es hombre de humor;
y aun a pesar de sus años,
en descubriendo una moza
la da caza como un galgo.
PEDRITO. Pero no les dice nada.
JUANITO. Las mira y pasa de largo.
Cada cual tiene su gusto.
PEDRITO. Si quieres acompañarnos,
tendrás una bella tarde.
JUANITO. ¿Hay entruchada? Sepamos.
PEDRITO. Sí; porque como eran muchos
los principios, todos hartos
y acalorados un poco
con el tintillo, votamos
que en casa de algunas mozas
se diese sepulcro al pavo;
por lo cual don Agapito
tomó el cadáver debajo
de la capa de vicuña,
y viene a depositarlo.
JUANITO. ¿Y quiénes son esas ninfas?

PEDRITO. Yo me adelanté, en un salto,
a ver si Pepa Trespuentes
estaba en casa.

JUANITO. Es buen paño.
¿Y le hablaste?

PEDRITO. ¡Qué, si abrió
el postiguillo el retrato
de Lucifer!

JUANITO. ¿Quién, la vieja?

PEDRITO. Ese demonio; y chiflando
como una sierpe me dijo:
«Señor don Pedro, no abro
porque ha venido del Puerto
esta mañana su hermano
el Coronel, y no gusta
de ver en casa espantajos.»

JUANITO. ¿Qué Coronel? Si es Tambor;
y es capaz por un cigarro
de vender su parentela.
¡Vaya, vaya, que has quedado
fresco! Pero ya está aquí
don Agapito.

Salen PEPITO, y AGAPITO con el pavo.

AGAPITO. Acorchado
tengo el brazo de traer
nuestro difunto.

JUANITO. Veamos
si está gordo.

AGAPITO. Yo imagino
que era padre jubilado

en la manada. ¡Qué hermoso!
¡Oh qué venturoso empacho!

JUANITO. ¡El animal es alhaja!

AGAPITO. Conque, Pedro mío, ¿vamos
a presentar a esas mozas
este plenipotenciario?

PEDRITO. Amigo; tienen visita.

AGAPITO. ¿Conque se dió el golpe en vago?
Ya se ve; como es domingo,
se juntan en los estrados
a santificar las fiestas.
Paciencia. Yo había pensado
introducirme en la gracia
de Pepita con el pavo.
¡Pero qué le hemos de hacer!

ANTOÑITO. *(Saliendo.)* Vamos al punto, muchachos,
que ya tengo yo unas mozas,
y nos están aguardando.

AGAPITO. ¿Dónde viven?

ANTOÑITO. En la calle
de la Rosa, sobre mano
derecha, como quien va
al corralón de los carros.

AGAPITO. ¿Es una moza gordita,
con un ojo remellado,
la cara llena de pecas
y los dos dientes de abajo
medio podridos?

ANTOÑITO. La misma.

AGAPITO. ¡Qué culebrón! ¡Guarda, Pablo!
Hijo mío, es un dolor
que participe de un pavo

tan excelente esa ardilla.
PEDRITO. En casa de Antonia Ganchos
podemos ir.
AGAPITO. ¿Quién? ¿Aquella
que a todos quiere colarnos
que es hija de un Intendente;
y que, por no dar la mano
a un caballero algo viejo,
se huyó con uno muchacho?
PEDRITO. La misma.
AGAPITO. ¡Pobre pavito,
qué destino te habían dado!
Primero lo rifaré.
ANTOÑITO. Mas ¿dónde hemos de llevarlo?
AGAPITO. Pensemos en una casa
de estas mozas de recato
que tienen algún compadre,
padrino o apoderado
que les lleva la mesada
de un marido o de un hermano
que tienen allá en las Indias;
porque si nós encajamos
en casa de una culebra
que hable lenguajes extraños,
se arrimarán a comer
el moro y el italiano,
el judío y el chulito,
que es un mono derrengado,
con la cola en la mollera,
la montera y un cigarro.
ANTOÑITO. No es fácil lo que tú quieres.
PEPITO. Vamos pronto. Discurramos

lo que se ha de hacer.
PEDRITO. ¿No tienes
guarida donde llevarlo?
AGAPITO. ¿Qué he de tener, si las damas
saben que no tengo un cuarto?
Y como uno ya no es niño...
Pepito, que es un lagarto,
buen mozo, finito y dulce
como un mostachón de a ochavo,
tendrá casas a montones.
PEPITO. En esa que estáis mirando,
puede hacerse el sacrificio.
AGAPITO. Pero primero sepamos
si merece la deidad
clavarle el colmillo al pavo.
PEPITO. Entremos y lo verás.
AGAPITO. Es exponerse, si acaso
no nos agradan las ninfas,
a que me den un asalto
y se lleven prisionero
a este animal.
PEPITO. No hay cuidado.
AGAPITO. Sí lo hay, porque las damas
tienen hoy el calendario
muy cargado de vigilias.
Entra y di que asome el cuadro
a la ventana.
PEPITO. Esperadme... *(Vase.)*
AGAPITO. Esto es lo más acertado.
Con eso, si no nos gusta,
en la calle nos hallamos.
PEDRITO. Tú entiendes muy bien la aguja.

AGAPITO. Si hay culebrones que al paso
limpian, con sólo el aliento,
el polvo de los zapatos.
JUANITO. ¡Qué finas son!
AGAPITO. Son terribles.
Mira: siendo yo muchacho,
una de estas lagartijas
se tragó en cuatro bocados
un paquebote holandés
con anclas, jarcias y palos.

Salen a la ventana DON PEPITO y TOMASA.

PEPITO. Muchachos, mirad qué ángel.
AGAPITO. Mucho; de los que bajaron.
TOMASA. ¿Qué dice usted, caballero?
AGAPITO. Que usted no comerá el pavo.
TOMASA. ¿Por qué no suben?
AGAPITO. ¿Es gana?
Porque estamos despachados.
TOMASA. ¡Buena frescura! Otra vez
no venga con tales trapos
si quiere usted que le abran.
¡El demonio de los trastos! *(Vase.)*
AGAPITO. ¡Caramba y qué culebrón!
De buena te has escapado,
pavito de mis entrañas.
ANTOÑITO. Pero ya ves que es un chasco
para el otro.
AGAPITO. Calla, tonto.
¿No le viste sucio el blanco
de los ojos? Pues es hambre.

Lo menos habrá dos años
que ésa no come caliente.
¡Cuerniquiquis, qué lagarto!

PEPITO. *(Saliendo.)* ¡Hombre; vaya, que bochorno
mayor jamás lo he pasado!

AGAPITO. ¿Bochorno porque esa tonta
se atufó? ¡Qué simplonazo!

PEDRITO. ¡Todas son tontas, son feas
para ti! ¿Quieres acaso
alguna diosa?

AGAPITO. No quiero.
Mas podemos con el pavo
hacer una gran conquista.
¡Mira qué gordo y qué sano!
¡Y que yo lo he de tocar
con estos indignos labios!

PEPITO. Prontito; ¿qué es lo que hacemos?

ANTOÑITO. Vamos a depositarlo
en la puerta de una escuela.

PEDRITO. Yo, por mí, que vaya al saco
del primer lego que pase.

AGAPITO. ¡Y que le diese al hermano
un insulto, de ir oliendo
carne muerta! ¿Estás borracho?

JUANITO. Si quieren, yo tengo casa
donde pasemos el rato.

AGAPITO. ¿Pero qué casa?

JUANITO. Venid
y veréis ¡qué gran boato,
qué muchachas, qué graciosas!

AGAPITO. No me las ponderes tanto,
que ya te conozco. Tú,

en viendo cuatro moñajos,
aunque sea un mascarón,
como muchas que encontramos,
le dices, hecho un almíbar,
con la baba entre los labios:
«Madrecita mía; yo
me muero por sus pedazos.
¿Me chere usted?»

JUANITO. No me muelas,
y digan si quieren.

PEPITO. Vamos.

AGAPITO. ¿Está lejos?

PEDRITO. Que lo esté.

JUANITO. Sólo habrá cuarenta pasos.

AGAPITO. Vamos allá; que si es fea,
a bien que yo tengo el pavo. *(Vanse.)*

Sala adornada con sillas y una mesa. Salen JUANA y PETRA.

JUANA. ¿Se fué mi hermano?

PETRA. Ahí está.

JUANA. ¡Martín!

MARTÍN. *(Saliendo.)* ¿Qué se te ha antojado?

JUANA. Vete, que voy a salir.

MARTÍN. ¿Acaso te impido el paso?
Vete donde te dé gana,
que yo esta tarde no salgo.

JUANA. No quiero que me registres
el baúl con esas manos
de gavilán; conque, así,
toma la puerta volando.

MARTÍN. ¿Y adónde quieres que vaya

no teniendo pa un cigarro?
Ea; yo no me meneo
si no me das pa tabaco
y tres chiquitas. Lo dicho;
y no me muevo, ¡canastos!

JUANA. Mira; por vida de Juana
que te he de poner, por vago,
en la Carraca.

MARTÍN. No vengas
a calentarme los cascos.
Ya te he dicho que no quiero
tomar la lezna en la mano;
pues nó es regular que tú
andes con tantos moñajos,
y que tengas a tu sangre
cosiendo siempre zapatos.

JUANA. ¿Y eso qué importa?

MARTÍN. Muchito;
que no tengo cara e palo.
Y si tú tuvieras honra,
me habías de haber comprado
un futraque pa rozarme
con gente de tiros largos.

JUANA. Un demonio para ti.

MARTÍN. ¡Qué descastáa te ha criao
el Señor! *(Llaman.)*

JUANA. Petra, que llaman.

PETRA. Ya van.

JUANA. Vete, estrafalario.

MARTÍN. No me da gana.

JUANA. ¡Jesús!
¡Yo no sé cómo te aguanto!

Salen PETRA, AGAPITO, JUANITO, PEDRITO, ANTOÑITO y PEPITO.

TODOS. Dios guarde a ustedes, señores.
AGAPITO. Señorita... ¡Malo!, ¡malo!
JUANITO. Adiós, tocayita.
JUANA. ¡Bueno!
Tocayito, ¿qué milagro?...
Siéntense ustedes.
AGAPITO. Juanito;
¿y ésta ha de comer del pavo?
JUANITO. Si es la dueña de la casa...
AGAPITO. ¿Conque no hay más que este diablo?
JUANITO. ¿Quieres que haya un Escuadrón?
AGAPITO. No, hijo mío; yo me planto
al instante en la del Rey,
no me huela el contrabando;
porque la tal tiene cara
de roer huesos.
JUANA. Tocayo,
¿no se sienta ese señor?
Venga usted. *(A Agapito.)*
AGAPITO. Ya me olió el pavo;
mas no te dará en los dientes.
JUANITO. Fumaremos un cigarro.
Siéntate.
AGAPITO. Si así estoy bien.
Escucha, escucha; ya caigo.
Ésta, toditas las noches
corretea como un galgo
la ciudad; y cuando vuelve

a su casa, trae debajo
de la mantilla: turrón,
chocolate, tazas, platos,
monteras, gorros, sombreros,
y en una ocasión se trajo
el bastón de un Brigadier.

JUANA. Siéntense ustedes.

AGAPITO. Me marcho.

JUANITO. Yo estoy cansado de andar.

AGAPITO. ¡Ah, qué ojos que me está echando!
Por más que me mires, hija,
no comerás tú del pavo.

JUANA. ¿Y adónde van de paseo?

PEDRITO. Veníamos a ver si acaso
nos hacía usté el favor
de que se coma acá un pavo
que trae el amigo.

JUANA. Al instante.

(Martín se levanta, deja caer la capa, y corre adonde está Agapito.)

MARTÍN. Camaráa; suelte usted el jato,
y vamos a divertirnos.

AGAPITO. Usted viva muchos años,
que yo me voy a mi casa,
porque me siento algo malo.

MARTÍN. ¿Qué le duele?

AGAPITO. La cabeza.

MARTÍN. ¡Toma! Cantando y bailando
se quita el dolor.

AGAPITO. No es eso.

MARTÍN. ¿Pues qué es? Vaya.

AGAPITO. Que he tomado

una purga, y es preciso...
MARTÍN. Acá hay tóo lo necesario;
venga el pavo.
AGAPITO. *(Aparte.)* ¡Que no fuera
un cañón de a veinte y cuatro!
JUANA. Siéntese usted.
TODOS. No seas, hombre,
ridículo.
AGAPITO. Mas si el pavo
lo tengo ya prometido
al Hospicio...
MARTÍN. ¡Buen regalo!
Aquí estoy yo, que soy pobre
por todos cuatro costados.
PEDRITO. Siéntate, hijito.
MARIQ. *(Saliendo.)* Juanita,
¿quieres venir a un fandango?
JUANA. Mejor lo tengo ya en casa,
porque el señor trae debajo
de la capa la merienda,
y vamos a festejarnos.
MARIQ. Pues adiós.
AGAPITO. Oiga usted, niña;
si usted quiere acompañarnos,
habrá merienda; si no,
en este instante me marcho.
MARIQ. ¿Conque, por fin, yo solita
me merezco este agasajo?
AGAPITO. Como que me gusta usted.
MARIQ. Y usted también me ha gustado.
AGAPITO. Ea; vámonos allá.
MARIQ. Padrecito, ¿adónde vamos?

AGAPITO. ¿Y qué queremos nosotros?
MARIQ. ¡Viva la sal!
AGAPITO. Vaya el pavo.
(Se lo presenta.)
PEDRITO. Gracias a Dios que te vemos
contento.
AGAPITO. Con ese encanto,
¿quién no se encanta?
MARTÍN. Yo soy
quien toma el pavo a su cargo.
AGAPITO. Cuidado con algún perro.
MARTÍN. ¡Oh! No tenga usted cuidado;
que yo lo pondré en paraje
donde no llegue ni el gato.
(Vase con el pavo.)
MARIQ. Vamos, señor; ¿qué se hace
mientras viene ese guisao?
ANTOÑITO. Agapito, las boleras.
MARIQ. Qué, ¿cantas, cielo estrellao?
AGAPITO. Un poquito.
MARIQ. Desde luego
que te vi con ese cacho
de peluca, dije yo
que eras un estuche. Vamos.

Sale MARTÍN con capa y montera, por la izquierda, y un bulto debajo.

MARTÍN. Dé usted para el pan y el vino.
AGAPITO. No tengo suelto; esos cuatro
son mis cajeros.
PEDRITO. Ahí va

un duro.

AGAPITO. Escucha, muchacho:
cuenta que me des la vuelta.

MARTÍN. Váyase usted preparando
para cambiar esa onza,
porque un duro es un ochavo
de vino para mi cuerpo. *(Vase.)*

AGAPITO. Anda y bebe agua del caño.

JUANA. Pon entretanto la mesa.

PETRA. Voy, señora.
(Pone en la mesa los manteles.)

MARIQ. En este lado
nos pondremos. Arrimarse.
Dime, mi alma: ¿cuántos años
tienes?

AGAPITO. No me acuerdo bien.

JUANA. Tendrá veinticinco escasos.

MARIQ. ¡Tú echas por largo, mujer!

AGAPITO. Eso será, porque cuando
se labró San Sebastián,
jugaba yo con mi hermano
a chicha la jaba.

MARIQ. ¿Ves?
¿No lo dije? Veinte y cuatro.
Si esa carita de rosa
lo está diciendo, salao.
Ya se ve; ¡si es tan finito!
¡Jesús, cuál le está sudando
el bigote! Ven, mi vida,
Santiaguito de alabastro,
te quiero a ti.

AGAPITO. Vaya, vaya.

¡Si está por mí delirando
esta mujer!

PETRA. Ya está puesta
la mesa.

AGAPITO. ¿Conque ha llegado
el deseado momento?
Pues a sentarse, muchachos.
(Se arrima a la mesa.)

PEPITO y PEDRITO. Juanita, venga usté acá.

MARIQ. Pues yo me siento a su lado.

AGAPITO. ¡Ay! ¿Qué queremos nosotros?

JUANA. Muchacha; baja en un salto,
y mira si Martín viene.

PETRA. Apuesto que está borracho. *(Vase.)*

AGAPITO. ¿En qué piensa usted, mi vida?

MARIQ. En usté estaba pensando.

AGAPITO. ¿De veritas?

MARIQ. La verdad;
porque es usted más salao
que Morales, el gracioso
de la Comedia.

AGAPITO. ¿Son garfios
esos ojos? Sobre que
me los está usted clavando
por las entrañas.

TODOS. ¡Ja, ja!

AGAPITO. ¿De qué os reís?

MARIQ. No hagas caso,
niño mío.

AGAPITO. ¡Ay qué gachona!
Con el niño me ha matado.

Sale FELIPE y se llega a MARIQUITA.

FELIPE. ¿Es este móo, Mariquita,
de tratar con hombres blancos?
AGAPITO. Ya vino el arrendador.
MARIQ. Hombre, escucha, y no hagas malos
juicios; que yo vine aquí
para llevar al fandango
a Juanita. ¿No es verdad?
JUANA. Y como tenemos pavo
que merendar, le rogué
se quedase a acompañarnos.
AGAPITO. Muchachos, nadie se mueva.
PEDRITO. ¿Le conoces?
AGAPITO. Si ha seis años
que le mandaron a Ceuta
por ser jugador de manos...
JUANITO. ¡Caracoles, y qué mueble!
FELIPE. Pero ¿por qué no ha avisado,
y no hubiera estado yo
hecho un demonio esperando?
JUANA. Vaya; pelillos al mar,
y entre usté en rueda.
FELIPE. No gasto
yo convites.
MARIQ. Niño mío;
toma siquiera un bocado
de pechuga.
AGAPITO. Ya hay dos niños
en la fiesta. De aquí a un rato
ha de ser esto una escuela.

FELIPE. ¿A qué diablos aguardamos?
¿Quiere usted que le levante
la ternilla, de un sopapo?

MARIQ. Hombre, no te encolerices.

JUANA. ¡Jesús, qué genio tan raro!

MARIQ. ¿Qué se ha de hacer? Adiós, hija;
que no quiero disgustarlo.

FELIPE. Manden ustedes.

(Vase Felipe, y Mariquita dice al oído a Juana):

MARIQ. Ya vuelvo,
así que le dé esquinazo.

JUANA. No te tardes.

MARIQ. Hasta luego... *(Vase.)*

AGAPITO. Nosotros también nos vamos.
Conque hágame usté el favor
de darme al instante el pavo.

PEPITO. Hombre, ¿qué dices?

PEDRITO. No seas
ridículo.

JUANITO. ¡Estoy rabiando!

AGAPITO. Y yo también; pues estoy
en un puerto bloqueado
de tunos; y si me espero,
quizás saldrá otro corsario
que nos deje sin merienda.

JUANA. Yo no espero ningún majo.

AGAPITO. ¿Cómo es eso? ¿Conque ya
no viene acá aquel soldado
que comerciaba en chinelas
alagartadas?

JUANA. Despacio;

que de mí nadie se burla.
AGAPITO. ¿Burlarme yo? Ni pensarlo;
lo que quiero es mi pavito,
y verá como me marcho.
PETRA. *(Sale acelerada.)* Señora, ¡qué picardía!
JUANA. ¿Qué traes, mujer?
PETRA. Que su hermano
de usted, con otros tunantes,
se estaba comiendo el pavo
en la taberna.
AGAPITO. ¿Lo veis?
¡Si me lo estaba a mí dando
el corazón! Yo no sé
como muerto no me caigo.
JUANITO. Tocayita; yo no siento
la merienda, sino el chasco.
TODOS. Esto ya pasa de burla.
JUANA. ¿Y puedo yo remediarlo?
AGAPITO. Ya se ve que usted no puede,
porque desciende de gatos,
y *quot natura dat, nemo*
negare potest.
ANTOÑITO. Nos vamos.
AGAPITO. Dame la mano, que estoy
sin fuerzas, alicortado
y hecho todo una basura.

Sale MARTÍN con un hueso de pavo, royendo.

MARTÍN. ¿Quién de ustés me da un cigarro?
AGAPITO. Mirad a ese picarón.
JUANA. ¿Cómo vuelves, bribonazo,

con ese descoco; di?
AGAPITO. ¡Ladrones! *(Gritando al bastidor.)*
MARTÍN. ¿Pues yo he matado
a algún cristiano?
AGAPITO. ¡Ladrones!
JUANA. ¡Qué dirán de mí en el barrio!
Infame; mira el bochorno
en que me pones.

Salen AGAPITO, el CABO y dos DISFRAZADOS.

AGAPITO. Don Pablo;
mande usted que me lo amarren
como un cohete.
CABO. ¿Qué ha hurtado?
AGAPITO. Un pavo de quince libras,
más grande que un dromedario.
CABO. Picarón, ¿dónde le tienes?
MARTÍN. De aquí a poco en los zancajos.
Yo he robado; pero ha sido
pa comer, que no es pecado.
AGAPITO. Por ahí se empieza, bribón.
Además de eso, es un vago,
pues no quiere trabajar,
por vivir de los regalos
que hacen a esta señorita
muchos pobres mentecatos,
como los señores.
LOS CUATRO. ¡Viva!
AGAPITO. Cabal; yo quiero hablar claro.
MARIO. *(Saliendo.)* Cariño, ya estoy aquí;
conque vámonos sentando

a merendar.

AGAPITO. Si ese pillo
nos ha dejado colgados.

MARIQ. ¿Cómo es eso?

AGAPITO. Que él y otros
borrachones se han mamado
el pavito.

MARIQ. Para darme
la nueva no es necesario
que me ponga usted ese hocico
de mastín.

AGAPITO. ¡Vaya, yo rabio!
Señor don Pablo; que esté
donde no coma en un año.

CABO. Muy bien; tráiganlo al vivaque.

JUANA. ¡Ay mi pobrecito hermano!

MARTÍN. Pero, señor, ¿dónde dicen
los artículos que es malo
el comer lo que se encuentra?

AGAPITO. ¿No oyes, perro, a los muchachos
cantar a gritos tendidos
en las escuelas: «El cuarto,
no desear la mujer
ajena.» Pues ahí va el pavo.

JUANA. Señor don Pablo; que tiene
su oficio.

PEDRITO. Señor don Pablo;
hágame usted el favor
de dejarlo perdonado.

CABO. ¿Has de trabajar?

MARTÍN. Mañana
me tiro un par de zapatos.

CABO. Pues vete.
AGAPITO. ¿Cómo?
MARTÍN. Corriendo. (*Vase.*)
AGAPITO. ¡A la Guardia!
TODOS. Ten el paso.
AGAPITO. ¿Cómo deja que se escape
ese infame, ese pillastro?
CABO. Señores; la educación,
que es el alma de un Estado,
está viciada; y, así,
si la Ley levanta el brazo
para castigar severa
aun los menores resabios,
quedarán pronto desiertos
las ciudades y los campos.
AGAPITO. Yo no sé de educación;
sólo sé que traje el pavo
a cuestas toda la tarde
para esos perros borrachos.
¡Ay Mariquita de mi alma!
MARIQ. No venga usted con halagos,
porque tengo asco.
AGAPITO. ¿Qué dices?
MARIQ. Que me da grima escucharlo.
AGAPITO. ¿Así tratas a tu niño?
MARIQ. ¡Y que, con trescientos años,
creyese que lo quería!
AGAPITO. Pues ¿qué hay en eso de extraño?
MARIQ. ¿No mira usted que esa cara
no es de moda; que esos cuartos
tienen ya los muelles flojos
y que están jediendo a rancio?

AGAPITO. ¿Esto escucho y no me ahorco?
MARIQ. ¡Jesús! Mujer, yo me marcho.
JUANA. ¿Que te vas?
MARIQ. Voy por un fraile
que me conjure a este diablo. (*Vase.*)
JUANITO. Vámonos a pasear.
AGAPITO. No me llevéis por el campo,
si no queréis que me arroje
por la muralla.
TODOS. Don Pablo;
usted mande.
JUANITO. Adiós, tocaya.
JUANA. Vaya usted con Dios, tocayo.
AGAPITO. Siempre que la encuentre a usted,
seis maldiciones la encajo.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad defectos tantos.

FIN

EL GATO

SAINETE

PERSONAS

NICOLÁS, sastre.
MARÍA, amiga de
PABLO, compadre de Nicolás y Rita.
CURRILLO, hijo de Nicolás.
RITA, mujer de Nicolás.
ATANASIO, zapatero, hermano de Rita.

EL GATO

Casa pobre: una silla baja con espuerta; otras varias sillas de paja. Salen: NICOLÁS con capotón y montera pobre, y detrás RITA.

RITA. ¿Adónde va usted, señor,
tan de prisa?

NICOLÁS. No me tardo;
porque voy aquí a la vuelta,
y después hacia esta mano,
como quien va en derechura...;
en fin, pronto vuelvo.

RITA. ¿Cuándo?
¿Te parece que ese es modo
de cumplir, picaronazo,
con tu obligación?

NICOLÁS. Mujer,
¿qué dices? ¿Pues en qué falto?

RITA. ¿En qué faltas? ¡Ciertamente
que está muy bueno el descaro!
No han dado las once, y ya
sueltas la aguja; echas mano
a la monterilla, y vas...,
¿quién lo sabe?, a picos pardos
con alguna pelandusca,
o a gastar los pocos cuartos

que ganas, en la taberna;
y mas que se lleve el diablo
a tu mujer y a tu hijo.
Mira, Nicolás, que aguanto
porque soy mujer de bien;
pero el día que a los cascos
se me suba el berrenchín,
he de hacer una...; cuidado,
que las mujeres podemos
a cada instante vengarnos.

NICOLÁS. Vaya, mujer, que tu genio
es capaz de hacer a un santo
darse contra las paredes.
Si voy no más de aquí abajo,
por dos adarmes de seda
para el fraquetón de paño.

RITA. Pues yo no quiero que salgas;
larga el capotón, volando,
y remata los calzones
del señor don Laureano
Molinete.

NICOLÁS. *(Tira montera y capotón al suelo.)*
Hasta mal haya
el día en que me casaron.
¡Que no me hubiera mordido
un perro rabioso cuando
entré a tomarme los dichos!
(Se sienta a trabajar.)

RITA. Echa, infame, echa más sapos
y culebras. La infeliz
fuí yo, que le di la mano
a un borracho, a un holgazán,

y desprecié un Mayorazgo
que tenía diez olivos
y una casa con dos patios
en Lebrija. ¡Qué locura
venir a pasar trabajos,
cuando pudiera rodar
coche!

NICOLÁS. Si quisieres carro,
el capataz es mi amigo;
verás cómo te lo planto
a la puerta, y en dos horas
visitas a todo el barrio.

RITA. Eres un tonto, un jumento.
Yo me voy; porque si agarro
un demonio, te he de abrir
la cabeza en dos pedazos. *(Vase.)*

NICOLÁS. Ésta no es mujer, que es sierpe.
¡Que me hubiera yo casado!
Los primeros ocho meses,
vaya; parecía el majo
de mi mujer; pero luego
que arrojó al mundo un muchacho
que me ensuciara, empecé
a encorvar el espinazo;
se acabó la guirindola
almidonada, el zapato
pespunteado, y quedé
un almacén de guiñapos.
¡Ay qué vida! Nicolás;
si no fuera por los tragos
que te tiras, a estas horas
ya te hubieran enterrado.

Sale PABLO con gorro, chupa larga, sombrero gacho y capa.

PABLO. Compadre, ¿no sabe usted
la noticia que me ha dado
un sujeto inteligente?
NICOLÁS. Nada sé, compadre Pablo.
PABLO. Pues, compadre; este sujeto
me dijo que habían llegado
dos botas de Manzanilla
a la tienda de ahí abajo,
que puede beberla un Rey.
NICOLÁS. Vaya, déme usté un abrazo.
En dando las doce, iremos
los dos a paladearlo.
PABLO. ¿A las doce? ¡Y yo creí
que bajase usted volando
la escalera; vaya, vaya,
que tiene usted lindo cuajo!
NICOLÁS. Por una hora más o menos...
PABLO. Yo soy pronto en estos casos.
Cuando estaba mi mujer
(que Dios haya) agonizando,
salí con una receta
como a las once y tres cuartos
de la mañana; y al pie
de la torre de Recaño
encontré a Miguel Perales,
que venía en su caballo
de la Isla: « —¡Adiós, Miguel!
—Dios guarde a usted, señor Pablo.
—¿Qué hay de nuevo por la Isla?

—Que en la tienda del Naranjo
hay un vino para hombres
de gusto.» Pasó de largo,
y yo tomé el arrecife
hasta la Isla, pian, piano.
¡Compadre, si viera usted
qué néctar! Hasta las cuatro
me tiré cuarenta medias;
y a no ser por el cuidado
de mi mujer, hago noche
en la taberna. Mas, cuando
volví a Cádiz, la encontré
amortajada. ¡Qué paso
tan doloroso! ¡Ojalá
no hubiera vuelto en un año,
pues, a lo menos, hubiera
pasado el dolor a tragos!

NICOLÁS. ¡Compadre; qué feliz fué
usté en haber enviudado!
Usted trabaja si quiere;
bebe, pasea, hace cuanto
le da la gana, sin que
nadie le cuente los pasos;
pero yo, ¡pobre de mí!,
tengo una mujer al lado
que no me deja siquiera
respirar.

PABLO. Usté es muy blando,
compadrito. Mi mujer
(téngala Dios en descanso)
era lo mismo que un tigre;
pero yo, con mis halagos,

mi prudencia y mi dulzura...
y una vara de a dos cuartos,
en poco tiempo logré
que no moviera los labios.

NICOLÁS. Amigo; bien se conoce
que no tuvo usté un cuñado
que por cualquier frïolera
quisiese desafiarlo.

PABLO. Es verdad; pero hay mil modos
de manejarse. Atanasio
es de los nuestros; le gusta,
como es regular, un trago
de buen vino; conque todo
se reduce a convidarlo;
y por dos o tres chiquitas
será siempre su abogado.

NICOLÁS. Dice usted bien; y aun por eso,
cuando me ha visto borracho
se ha encolerizado más.

PABLO. ¡Pues!, la envidia. Si yo calo
a las gentes. Los que tienen
un olfato delicado,
no se pueden contener.
¿Qué hacemos, compadre; vamos
a probar aquella bota?

NICOLÁS. Escurrámonos volando,
antes que Rita nos sienta.
(Toma la montera y capotón.)

RITA. *(Saliendo.)* ¿Adónde te vas?

NICOLÁS. No tardo
tres minutos.

PABLO. Comadrita;

usted no tenga cuidado,
que va conmigo.

RITA. Primero
es atender al trabajo
que salir a emborracharse.

PABLO. Comadre, ¿qué está usté hablando?
¡Válgame Dios! ¿Tengo cara
de bebedor? Tomo un trago
cuando se ofrece un bautismo,
y si voy a algún fandango,
si me llevan a una boda,
un entierro, o cuando salgo
con la demanda; y no más.
Fuera de esto, ni probarlo.

RITA. ¿Pero dónde van ustedes?

PABLO. Mire usted, comadre; vamos
a tener a una señora
casada que está de parto;
y como he dado palabra...

RITA. Pues vaya usted solo.

NICOLÁS. Abajo
le espero a usted... *(Vase.)*

RITA. Mira, infame...

PABLO. Déjelo usted con mil santos.

RITA. Usté es su alcahuete.

PABLO. Vaya,
que la ha cogido a usté el diablo
por ahí.

RITA. Vejete loco.

PABLO. Usté es una... Pero callo;
porque si no... Usté agradezca
que está esa mujer de parto. *(Vase.)*

RITA. ¡Qué pícaro! Ya no puedo
sufrir la vida que paso.

MARÍA. *(Saliendo.)*
Tenga usted muy buenos días,
vecinita.

RITA. ¡Qué milagro!
¿Usté en mi casa?

MARÍA. Oí voces,
y como me sobresalto
de nada, vine a saber...

RITA. No era cosa de cuidado.
Me enfadé con mi marido,
y alcé la voz.

MARÍA. Me hago cargo.
¡Ay qué martirio es luchar
con un vicioso!

RITA. No hay clavo
más agudo que un marido
mala cabeza.

MARÍA. ¡Qué ratos
pasará usted! ¡Pobrecita!
Vaya; merecen mil palos
esas mujeres chuponas
que emboban a los casados.

RITA. ¡Qué dice usted? ¿Nicolás
también anda en malos pasos?

MARÍA. ¿Lo ignoraba usted? ¡Jesús!
Me pesa de haber hablado
sin reserva... ¡Dios me libre!
Por mi causa, ni pensarlo,
no quiero que se indispongan
los matrimonios. ¡Qué cargo

de conciencia! Si su esposo
es jugador, si es borracho,
si mantiene una manceba
y hace otras cosas que callo,
allá se las haya. Usted
no lo sabrá de mis labios.
¡Jesús, no quiero infernarme!

RITA. Eso es hacerme un agravio.
Siendo usted mi amiga, debe
advertirme todo cuanto
me perjudique.

MARÍA. ¿Y que luego
digan que yo he sido el diablo
que ha sembrado la cizaña
entre ustedes? No; no trato
de tener que confesar
culpas ajenas. ¿Qué gano
con decirla a usted que ayer
lo encontraron merendando
en no sé qué ventorrillo
con una moza del barrio?
No, señora; yo no quiero
andar en chismes; yo gasto
mucha prudencia. ¡Caramba!
¡Matrimonios! ¡Guarda, Pablo!
Rabian, patean, se arañan;
se arma una gresca del diablo,
pero luego hacen las paces,
y carga todo el nublado
sobre el que habló y el que dijo.
¡Dios me libre! Ni pensarlo.

RITA. No es menester que me diga

las gracias de ese villano,
que bien le conozco. ¡Infame!
¡Vive el cielo!...

Sale CURRILLO a caballo en una caña, corriendo.

CURRILLO. ¡Arre, caballo!
RITA. ¿Oyes, pícaro; no miras
que hay gente?
CURRILLO. Si estoy domando
este potro...
RITA. Ven acá.
CURRILLO. ¿Qué quiere usted?
RITA. Di, pillastro:
¿adónde está la cartilla?
CURRILLO. Si me la rompió un muchacho...
RITA. No sé cómo no te ahogo.
Habrá lo menos tres años
que está en el Jesús. ¡Maldito!,
¿cuándo aprendes? *(Le da un pellizco.)*
CURRILLO. ¡Ay mi brazo! *(Llora.)*
RITA. Miren qué cara de dogo
pone cuando llora. El diablo
es contigo un Narcisito.
Marcha de aquí. *(Le amenaza.)*
CURRILLO. Ya me marcho;
no me pegue usté. *(Vase llorando.)*
RITA. En lo feo
y en lo maula, es un retrato
de su padre.
ATANASIO. *(Saliendo.)* Buenos días.
RITA. Esto ya es vivir rabiando. *(Llora.)*

MARÍA. ¡Pobrecita!
ATANASIO. ¿Qué hay de nuevo?
RITA. Que tu bendito cuñado
no piensa más que en beber
y enamorar. ¡Bribonazo!
ATANASIO. Pero ¿para qué es matarse?
¿Acaso hay más que plantarlo
en medio de la corriente
con el lío de sus trapos?
MARÍA. Ese es el mejor remedio.
¡Jesús! Si hubiera yo dado
con un hombre de esta clase,
ya no estuviera a mi lado.
¡Pícaros!; que los tolere
la que los parió.
RITA. Yo aguanto,
porque no tengo a mi madre.
ATANASIO. ¿No tienes aquí a tu hermano?
Pues ¿para qué es afligirse?
Mientras yo cosa zapatos
no te puede a ti faltar
que comer.
MARÍA. San Cayetano
es un santo milagroso.
Fuera de eso, a cada paso
se hallan en Cádiz señores
tan buenos y tan humanos
que, por devoción, socorren
uno, o dos, o muchos años
a mujeres desvalidas
que están sin ningún amparo.
ATANASIO. Si me crees, mándalo pronto

a escardar lana.

MARÍA. Tratamos
sólo de su bien de usted.

RITA. Pues, en viniendo, le planto
en la del Rey.

ATANASIO. ¿Dónde está
su ropa?

RITA. Sus pocos trapos
los tiene en una talega.

ATANASIO. Pues ve al instante a sacarlos.
(Vase Rita.)

MARÍA. Eso es lo mejor. Más vale
ir pobremente, pasando
con sus puntadas, que estar
lidiando con un borracho.

ATANASIO. ¡Ya se ve! Toma; si en Cádiz
es la aguja un mayorazgo;
y si no, que se examinen
las papeletas del barrio;
y si la mitad no son
costureras, pierdo un brazo.

RITA. *(Sale con un saco.)*
Aquí están los arambeles
de mi esposo.

MARÍA. Con tío Pablo
viene aquí.

Salen NICOLÁS, y PABLO con una botella debajo de la capa.

NICOLÁS. Mujer, ¿qué haces
con mi ropa?

RITA. Te la saco

para que cargues con ella,
y te vayas con mil diablos
adonde jamás te vea.

NICOLÁS. Pero ¿qué motivo he dado
para echarme de esta suerte?

RITA. ¿Qué motivo, bribonazo!
El ser un hombre perdido,
un holgazán, un villano
mal entretenido. Presto;
carga con esos harapos,
y vete con la chupona
que cortejas.

NICOLÁS. ¿Cómo o cuándo?
¡Válgame Dios, qué calumnia!

RITA. ¡Tunante!, ¿quieres negarlo?
¿Conque no vienes ahora
de casa de Juana Gancho?

NICOLÁS. Es mentira. Que lo diga
mi compadre.

PABLO. Ese es un falso
testimonio. Mi compadre
viene de beber un trago,
y eso no es ningún delito;
porque hoy se ven en los bancos
de las tabernas, Marqueses,
Vizcondes y Mayorazgos;
y yo conocí a un señor
muy decente que, en el claro
de dos pipas, se ponía
el peluquero a peinarlo.

RITA. Qué, ¿también usted lo tapa?

ATANASIO. Pues si su compadre Pablo

lo alcahuetea...
PABLO. ¿Quién? ¿Yo?
¿Alcahuete un hombre blanco?
RITA. ¿Qué se admira, si los hay
con casaca y empolvados?
PABLO. No serán hombres; serán
figuras de tres al cuarto.
¿Yo alcahuete? ¡Pues es cierto
que le servía a buen amo!
RITA. Dejemos conversaciones,
y cargue usted con sus trapos.
NICOLÁS. ¿Pero es posible, mujer?...
ATANASIO. Si no te marchas te arrastro,
y aljofifo con tu cuerpo
los ladrillos.
PABLO. Atanasio;
¿conque cuando yo venía
(Saca botella y vaso.)
a que tomases un trago
de mi pipa, ahora te extremas?
ATANASIO. ¿Yo podía adivinarlo?
¿Qué tal es?
PABLO. Si yo en mi vida
he bebido vino malo...
Vaya una uvita.
(Le echa, y Atanasio bebe.)
RITA. Por cierto
que tengo yo un buen hermano.
ATANASIO. ¡Qué buena boca!
PABLO. Es un néctar.
Yo no tengo por pecado
emborracharme con él.

NICOLÁS. Que quiero paladearlo.
PABLO. Dos deditos.
RITA. Ya no sufro
tales infamias.
MARÍA. ¡Buen chasco!
RITA. A emborracharse a otra parte.
Hijito mío, volando;
échate el ajuar a cuestas.
ATANASIO. Rita; ya esto se ha acabado.
Vayan pelillos al mar,
y dense al punto un abrazo.
RITA. Primero me tiraría
por la muralla.
PABLO. Despacio;
que esto se ha de componer.
NICOLÁS. Yo te juro no dar paso
sin tu licencia.
RITA. No quiero;
ya lo he dicho, y ni los diablos
me convencerían; vete,
o yo soy la que me marcho.
PABLO. ¿Es posible, comadrita?
ATANASIO. ¡Qué duros tienes los cascos!
NICOLÁS. Déjala; pues ella quiere
separación, ya me najo;
pero mira, puede ser
que me eches menos. *(Llorando.)*
ATANASIO. Ea, vamos;
coge tu ropa, y no llores
por esa loca.
PABLO. Atanasio;
arrópese usted, que el tiempo

está fresco. *(Le da el vaso.)*

RITA. ¡Qué borrachos!
Vamos, Nicolás, acaba
de marcharte.

NICOLÁS. Ya este trato
pasa de raya. ¡Indinota,
permita el Cielo que un rayo
me parta cuando yo pise
tus umbrales! Venga el saco.
Ya esto se acabó, compadre;
sígame usted.

ATANASIO. Yo no largo
a los amigos.

PABLO. Derechos
a la taberna, muchachos.
(Hacen que se van y vuelven.)

NICOLÁS. Esperarse. Rita, dame
al momento el relicario
que te regalé la Pascua.

RITA. Pero si ya me lo has dado...

NICOLÁS. No quiero, infame, que tengas
prenda mía.

MARÍA. ¡Qué villano!

RITA. Hijo mío, dices bien;
toma, y márchate volando.

NICOLÁS. Vamos, compadre.

PABLO. A beber,
porque me va dando flato.
(Hacen que se van.)

NICOLÁS. Escucha; venga mi hijo.

RITA. Me libras de un espantajo.
¿Dónde estás, cara de cielo?

¡Currillo!

CURRILLO. *(Saliendo.)* ¿Quién me ha llamado?

RITA. Niño, vete con tu padre.

NICOLÁS. Prontito, dame la mano;
vámonos de aquí.

PABLO. Comadre,
¿es posible que mi ahijado
no le tire a usted?

RITA. Ni esto.

PABLO. ¡Vaya, si usted es de mármol!
¡Aborrecer a su hijo!
Si fuera de contrabando
lo debiera usted querer.

ATANASIO. Véngase usted, señor Pablo.

NICOLÁS. Lo mejor se me olvidaba.
Mira, Rita, dame el gato.

RITA. ¿El gatito? No; primero
carga con todos los trastos.
¡Si me estoy mirando en él!

NICOLÁS. Y mas que te estés mirando;
yo lo traje; por más señas,
que me dió cuatro arañazos.

RITA. ¿Y qué importa? Para eso
me he desvelado en criarlo.

NICOLÁS. El gato es mío, y sin él
no me muevo.

RITA. Un rejonazo.

PABLO. Comadrita; mire usted
que está el gato vinculado.

ATANASIO. Venga el animal, prontito.

MARÍA. Désele usted con mil santos.

RITA. Si eso es arrancarme un ala

del corazón...

NICOLÁS. Venga el gato.

PABLO. Vaya, saque usté ese micho.

MARÍA. Resolución.

RITA. Bribonazo;
por no verte en mi presencia
un instante, me deshago
de la cosa que más quiero. *(Entra.)*

PABLO. Bien se conoce que el gato
no es hijo de usted, compadre.
Vaya, yo estoy admirado.
Sobre que el ser animal
es hoy día un mayorazgo.

NICOLÁS. Puede ser que ella se acuerde.

ATANASIO. Aunque arroje los livianos,
de pena, no te me ablandes.

NICOLÁS. ¿Yo ablandarme? ¡No, canastos!
Donde yo fuere ha de ir
el gatito.

PABLO. De ermitaño
se quedará en la taberna.

RITA. *(Sale con el gato.)* Mono mío, dulce encanto,
¿cómo viviré sin ti?

NICOLÁS. Venga mi alhaja, volando.

RITA. Déjame darle mil besos.
(Lo besa y se lo da a Nicolás.)

NICOLÁS. Compadre, a usted se lo encargo.

PABLO. Bien; yo cuidaré del micho.

RITA. ¡Ay mi gatito! ¡Qué trago
de amargura! Yo me muero;
yo he perdido mi descanso,
mi consuelo, mi delicia.

¡Ay qué dolor!
(Se tira en una silla.)

NICOLÁS. Rita; hagamos
las paces, y te lo vuelvo.

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. No lo suelte usted; no quiero
vivir con este borracho;
más quiero morir de pena.
¡Infeliz de mí; qué ratos,
sin mi gatito, me esperan!

NICOLÁS. Límpiate los ojos; vamos,
yo me enmendaré, Ritita.

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. No, señor; es un perdido,
un bribón, un perdulario,
y le aborrezco de muerte.

NICOLÁS. Vámonos, compadre Pablo,
que esto no puede sufrirse.

RITA. Espérate. Mas ¿qué hago?
¡Yo no sé lo que me digo!
¡Ay triste; que me desmayo,
que me vuelvo loca!

NICOLÁS. Niña,
los enojos se acabaron.
Vaya, ¿largo la talega?

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. Suéltelo usted; que no puedo
resistir.

NICOLÁS. Dame un abrazo.

RITA. No; primero es mi gatito.
Ven, bien mío, mi regalo;
ven con tu ama. ¡Ay qué mono!

PABLO. Tenga usted mucho conato
con ese animal, compadre;
pues, mientras que viva el gato,
no le faltará padrino.
RITA. Pero Nicolás; cuidado,
que te enmiendes.
NICOLÁS. Yo prometo
atender a mi trabajo.
MARÍA. ¡Qué tonta es usted, vecina!
RITA. Usté hace oficio de diablo,
pues procura indisponer
los matrimonios. Volando,
váyase usted de mi casa.
MARÍA. Bien temía yo este pago.
Por fin, gente sin crianza. *(Vase.)*
RITA. Déjame que de un sopapo
le quite los moños.
NICOLÁS. Tente,
Rita mía, y no hagas caso
de chismosas.
ATANASIO. Tío Pablito,
¿qué hacemos nosotros?
PABLO. Vamos
a la tienda del Cañón.
Haremos la salva entrambos,
pidiendo primero a todos...
TODOS. Perdón de defectos tantos.

FIN

LA INOCENTE DOROTEA

SAINETE

PERSONAS

Don Jacobo, tutor de
Dorotea.
Don Narciso, amante de dicha.
Pedro, criado de Narciso.
Felipa, aya de Dorotea.
Notario.

LA INOCENTE DOROTEA

Salón corto. Salen DON NARCISO y PEDRO.

NARCISO. Escucha, Pedro.
PEDRO. Entre usted,
que el viejo no se halla en casa.
NARCISO. ¿Y si viene?
PEDRO. Si viniere,
abriré la puerta falsa,
y se irá usted.
NARCISO. ¿Y qué has hecho?
PEDRO. Todo cuanto deseaba.
Ya soy criado del viejo,
y sé toda la maraña
que hay en el asunto.
NARCISO. ¿Cómo?
PEDRO. Ya supo usted, por el ama
que despidió don Jacobo,
cómo cría una muchacha
en lo interior del jardín,
con tal recato y tal maña
que la infeliz, hasta ahora,
no sabe si el hombre anda

en dos pies, o es, por ventura,
animal de cuatro patas.

NARCISO. Pero bien; ¿has descubierto
para qué tanto la guarda?

PEDRO. Mire usted: como de un año
quedó la desventurada
huérfana de padre y madre,
con una herencia que pasa
de treinta talegas, ese
vejancón que la desgracia
le dió por tutor, formó
el proyecto de crïarla
para su esposa, y quedarse
para siempre con la plata.
Mas temiendo que la niña,
cuando a los quince llegara,
no prefiriese un buen pelo
a su reluciente calva,
se la entregó a una mujer
de toda su confianza;
y tomó tal providencia,
que a estas horas la muchacha,
con diez y seis primaveras,
no conoce más que al aya.

NARCISO. ¿Y él la visita?

PEDRO. Tampoco.

NARCISO. ¿Qué dices? ¿Y por qué causa?

PEDRO. ¿Quién es capaz de saber
lo que tal vejete traza?

NARCISO. ¡Quién la viera!

PEDRO. Yo la he visto;
y cuanto dijo a usté el ama,

es nada en comparación
de su belleza y su gracia.

NARCISO. Mas ¿cómo pudiste verla?

PEDRO. Si me escondió entre unas ramas
la preceptora...

NARCISO. ¿Qué dices?

PEDRO. ... y ya la tengo ganada...
Escuche usted: la tal es
una mujer fresconaza;
muy regulares bigotes;
bien dispuesta y vivaracha;
conque yo (¿qué había de hacer?)
le hice mis carantamaulas;
y entre amorosos halagos
le introduje en las manazas
dos onzas, que fueron dos
cañonazos de metralla;
de modo que, enternecida,
escuchó las tiernas ansias
de usted, y juró servirle
de alcahueta o, como llaman
los cultos, de zurcidora.

NARCISO. Tú animas mis esperanzas.
Di: ¿con qué podré pagarte?

PEDRO. Con sólo que a mí y al aya
nos dé usted, para casarnos,
salario, comida y casa.

NARCISO. Yo, Pedro, te lo prometo.

PEDRO. Chito; que viene a esta sala.
Mire usted qué hermosas pellas
de carne. Vaya, me encanta.

FELIPA. *(Saliendo.)* ¿Quién está aquí?

PEDRO. No te asustes,
dulce prenda idolatrada;
que el señor es el amante
(ya me entiendes) que derrama
las onzas y...
FELIPA. Quedo impuesta.
Supongo que aquí se trata
de casamiento.
NARCISO. Señora;
¿un hombre de circunstancias
pudiera con otro objeto
mirar a una niña honrada?
FELIPA. Ya se ve; pues de otro modo
hiciera yo en esta farsa
un papel poco decente.
PEDRO. No escrupulices, mi alma;
seguro está que te llamen
correvedile. Es alhaja;
¿no se lo dije yo a usted?
NARCISO. Haces muy bien en amarla.
PEDRO. ¿Y tú me quieres?
FELIPA. En siendo
por delante de la Santa
Madre Iglesia...
PEDRO. Por supuesto.
FELIPA. Pues hablaremos mañana.
Conque, en fin, ¿usted querrá
que lo presente?
NARCISO. Mis ansias
son arrojarme a sus pies.
Mas temo que mi desgracia
me haga sentir los rigores

de un desdén.

FELIPA. ¡Jesús! ¡Qué infaustas
son sus ideas! Ya veo
que no ha tratado con damas;
pues ellas le hubieran hecho
adquirir mil confianzas.
Vamos, señor; venga usted.

NARCISO. No me atrevo, no. Expirara
de dolor si me mirase
desairado.

FELIPA. Usted me espanta.
¡Qué amante tan encogido!
Si de plan usted no cambia,
desde ahora le predigo
que lo enterrarán con palma.

NARCISO. La timidez es efecto
del amor.

FELIPA. Esa palabra,
en el idioma del día,
ya no significa nada;
y, así, sólo algún poeta
miserable suele usarla
cuando sin desayunarse
escribe algunas octavas
a su Lisis, y divierte
el hambre por requebrarla.
Conque déjese de ideas
tan quijotescas y rancias,
pues hoy en día el amor
se ha convertido en substancia.

NARCISO. Yo no iré contra mi genio.

FELIPA. Pues si no echa el pecho al agua

y no imita a los amantes
del día, que se declaran
y antes que les den respuesta
echan manos a las gazas,
sólo será perder tiempo.

NARCISO. Yo quiero usar una traza.

PEDRO. ¿Cuál es?

NARCISO. Traeré mi retrato;
y si vemos que le agrada,
entonces me atreveré
a declararle mis ansias.

PEDRO. ¡Gran pensamiento!

FELIPA. ¡Ay!, que el amo
tosió.

PEDRO. Por la puerta falsa
puede usted salir.

NARCISO. Adiós.

(Vase corriendo por la izquierda.)

FELIPA. Lo que siento es que una mala
lengua se ponga a decir
que yo he sido, en esta danza,
la tercera.

PEDRO. ¿Quién había
de poner en ti esa tacha?

JACOBO. *(Saliendo.)* Pedro; toma este bastón
y este sombrero.

FELIPA. ¡Qué cara
tan encendida! ¡Y sudando!
¿Viene usted de alguna fragua?

JACOBO. ¡Qué calor! ¡Ya! Si he corrido
casi toda la mañana
(Se quita el gorro y se limpia.)

haciendo las diligencias
para casarme hoy sin falta.

PEDRO. ¿Casarse?

FELIPA. ¿Qué dice usted?

JACOBO. Es preciso que lo haga.
La niña, como usted sabe,
en muy pocos años anda;
y, aunque es una inocentona,
como es algo vivaracha,
cargaría mi conciencia
si más tiempo le privara
del consuelo de un marido
y de la dulce esperanza
de una numerosa prole.

PEDRO. ¿Numerosa?

JACOBO. Qué, ¿te espantas?

PEDRO. Si ya tiene usted setenta,
¿no he de espantarme?

JACOBO. Panarra;
los varones de otro siglo
somos de tan buena masa,
que a los cien años tenemos
como una rosa la cara;
y, si no, mira qué dientes
tan blancos; los seis que faltan
todavía los conservo
enteros en una caja.
El cuerpo, ya tú lo ves,
no es más derecha una lanza;
y eso que siendo muchacho
cargué con una tinaja
de lejía, y me quebré;

pero no me estorba nada.
Pasan los días, y yo
me encuentro cada mañana
lo mismo que una azucena.
Mas ya, amiga, nuestra casta
degeneró. ¡Es un dolor!
Hoy los jóvenes se casan
a los veinte; y a los treinta
el viento los desbarata.

FELIPA. Pero con todo...

JACOBO. Señora;
aquí no hay pero que valga.
Yo apostaré cien mil pesos
a que no hay en toda España
un mozalbete que tenga
robustez, brío y constancia
para enterrar seis mujeres,
como tengo yo enterradas.

PEDRO. Esa razón me convence.

JACOBO. Si es una cuenta sin falta...
Pero no perdamos tiempo.
Vaya usted, y a la muchacha
fórmele un breve bosquejo
de la dicha que le aguarda.

FELIPA. Voy al punto... a buscar medios *(Aparte.)*
de que te soplen la dama. *(Vase.)*

JACOBO. Hijo Pedro; discurramos
entre los dos una traza
para prendar a mi esposa.

PEDRO. Sólo su presencia basta.

JACOBO. Con todo, Pedro, ya sabes
las raras extravagancias

de las mujeres. ¡Qué locas!
A las más se les va el alma
por esos petimetritos
que no estudian ni trabajan
más que en intentar adornos
para ocultar muchas lacras,
como fuentes y apostemas
(adquiridas o heredadas).
Y a un hombre formal, a un hombre
como un Hércules le tachan
de alhamel, de ganapán
y otros apodos que sacan
de sus vacías cabezas.
Ya se ve; piensan las damas
que un hombre, para ser fino,
ha de estar hético; y andan
tras de un necio porque tiene
como un galgo las quijadas.

PEDRO. Pero bien; ¿y qué remedio?

JACOBO. Yo he leído que la causa
de estas razones está...
¡Si daré con las palabras?
Ya me acuerdo... en las primeras
impresiones que se graban
en el celebro... Por eso,
si una niña, por desgracia,
al abrir los ojos ve
un asno, la idea se arraiga;
y, en siendo moza, se muere
por unas orejas largas.
Si es papagayo el que mira,
no hay remedio, no le agradan

los amantes que no tienen
la nariz acaballada.
De aquí nacen tantos gustos;
de modo que cierta dama,
a quien mientras era niña
divertía mucho su ama
con un *Cuadro del Júicio*,
cuando quisieron casarla
le dijo al padre, resuelta,
que hasta que no la buscaran
un mozo muy parecido
al diablo, no se casaba.

PEDRO. ¿Y qué se saca de ahí?

JACOBO. Escucha lo que se saca:
Dorotea es una niña
que no ha visto ni en estampa
una figura de hombre;
conque si yo tengo maña
para robar su atención
cuando baje a visitarla,
es cierto que yo seré
el modelo de las Gracias
allá en su imaginación;
y aunque la cerque una parva
de Cupidos, a sus ojos
parecerán cucarachas.

PEDRO. ¡Es famosísima idea!
¡Jesús! ¡Jesús! No pensara
que usted penetrase tanto.
Pero vamos; ¿con qué gala
o qué traje piensa usted
sorprenderla y arrobarla?

JACOBO. Todavía no he resuelto.
Mas tú, que tanto te jactas
de entendido, ¿cómo piensas
que me vista?

PEDRO. Con casaca
es una cosa común.

JACOBO. El asunto es admirarla.

PEDRO. Mire usted: yo me vistiera
como un Hércules, con barba,
en cueros, y una gran piel;
y en la derecha una maza.

JACOBO. Esa figura sería
muy buena para una dama
instruída en el gran mundo;
mas no para una muchacha
simplezuela y encogida
que se horroriza de nada.
Yo quiero un traje bonito,
que indique ternura y gracia;
una cosa...

PEDRO. Sí, ya entiendo.
Mire usted: para elevarla
no hay cosa como vestirse
de angelito, con sus alas,
su tuniquita prendida,
su pelito a la romana
y su...

JACOBO. ¡Bravo pensamiento!

PEDRO. ¡Cuál se le caerá la baba!
Ya parece que lo miro
recostadito en sus faldas,
mientras la niña le oxea

los mosquitos de la cara.
JACOBO. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué bella escena!
PEDRO. ¡Ah, ah, ah! Para una estampa
es cuanto cabe.
JACOBO. Mas, tate;
¡qué imaginación tan rara
me ha dado Dios! Me parece
que, para que sobresalga
mucho más mi gallardía,
vengas tú con la botarga
y los cuernos de diablillo...
PEDRO. ¿Yo de diablo? ¡Santa Paula!
JACOBO. ¡Verás qué bello contraste!
PEDRO. Yo no quiero.
JACOBO. Tonto, calla.
Ya verás cómo después
se celebra la chulada.
PEDRO. De modo que por usted
soy capaz de hacer...
JACOBO. ¡Qué capa
te he de regalar! Ven, hijo;
compraremos nuestras galas,
y en dos minutos verás
cómo el sastre las hilvana.
PEDRO. Vamos allá. ¡Pobre niña!;
brava visita le aguarda. *(Vanse.)*

Ameno jardín con verja y maccetones de flores. Salen DON NARCISO, y FELIPA con un retrato enrollado.

FELIPA. Sí, señor; a don Jacobo
se le ha metido en la calva

casarse con Dorotea.
NARCISO. Si no desdeña mis ansias,
yo la libraré del riesgo.
FELIPA. Vamos prontito; no salga...
Escóndase usted detrás
de esas murtas.
NARCISO. Mi esperanza
se cifra en usted.
FELIPA. Yo sé
mi papel. No sea machaca.
(Escóndese Narciso.)
En uno de esos jarrones
pondré el retrato. *(Cuélgalo.)* ¡Qué brava
será la escena! Yo temo
el soltar la carcajada.
DOROTEA. *(Saliendo.)* Ama mía, ¿ha visto usted
qué hermosas están las varas
de azucenas?
FELIPA. Ya las vi.
DOROTEA. ¡Ay!
FELIPA. ¿Qué tienes?
DOROTEA. ¡Una gana
de ver el mundo!...
FELIPA. Muy pronto
lo verás.
DOROTEA. Esta mañana
me levanté muy temprano
y vi encima de una tapia
dos palomas. Oiga usted:
las picaronas estaban
murmurando allá mil cosas;
una de ellas, muy ufana,

hinchaba el buche y, con pasos
muy graves, tendía el ala,
bailándole alrededor.
Yo celebraba la gracia,
cuando de repente vi
que empezaban las taimadas
a besarse con los picos.
¡Vaya; si me dió tal rabia
de verlas tan divertidas,
mientras yo aquí encerrada
no tengo con quien jugar,
que corté al punto una rama
de romero, y si no vuelan,
les pego muy bien a entrambas!

FELIPA. Mañana tendrás quizás
con quien charlar.

DOROTEA. Dios lo haga.
Ahora voy a entretenerme
en tejer una guirnalda
de alhelíes y mosquetas.
¿Si tendré con qué cortarlas?
Aquí tengo las tijeras...
Voy a ese jarrón... ¡Ay, ama!
(Corre hacia el jarrón donde está el retrato y, al verlo, grita dejando caer las tijeras, y da algunos pasos hacia atrás.)

FELIPA. ¿Qué tienes?

DOROTEA. ¿No mira usted
qué figura está colgada
de ese rosal?

FELIPA. Ya la miro.
¿Y es por eso la algazara?

De poco te asustas.

DOROTEA. Como
me cogió tan descuidada,
grité, como es natural.

FELIPA. Corta las flores; ¿qué aguardas?

DOROTEA. Yo no quiero.

FELIPA. ¿Por qué no?

DOROTEA. Se me ha quitado la gana.
Dígame usted: ¿qué animal
es el que tiene una cara
tan parecida a la nuestra?

FELIPA. Ése es el hombre.

DOROTEA. ¡Qué gracia
tiene en los ojos! Parece
que a mí sola me los clava...
Y, dígame usted, los hombres,
¿para qué sirven?

FELIPA. ¡Ay mi alma!,
que esos avechuchos son
la alegría de las casas.

DOROTEA. Yo lo creo, porque sólo
de ver su imagen me baila
el corazón de placer.
¿Y abundan mucho?

FELIPA. No faltan;
cada mujer tiene el suyo,
aunque también hay mil damas
que los tienen a docenas.

DOROTEA. Pues haga usted que me traigan
uno siquiera.

FELIPA. Ten pecho;
¿y si acaso no te agrada

el que te traiga?
DOROTEA. Si tiene,
ama mía, tanta gracia
como éste, le doy a usted
desde luego la palabra
de cuidarlo más que a mí,
y de hacerle tantas, tantas
caricias... Ya verá usted
qué ratitos nos aguardan;
porque él y yo jugaremos,
mientras usted con su caja
tomará su par de polvos,
contenta como una Pascua.
FELIPA. ¿Tanto te gusta, mujer?
DOROTEA. Pues si tiene unas pestañas
tan rizadas, y unas cejas
tan negras, tan arqueadas...
¡Mire usted qué linda boca!
¡Ríete, ríete, mi alma!
Yo te lo ruego... ¡Qué serio
está su merced! ¡Qué cara
tan graciosa! Sí, mi vida;
tu Dorotea te ama;
tú serás mío; yo, tuya;
ven a mi pechito...
(Quiere abrazarle y la detiene Felipa.)
FELIPA. Aguarda.
¿Te has vuelto loca?
DOROTEA. Ama mía;
yo no sé lo que me pasa;
pero desde que lo vi
siento en el pecho unas ansias,

un ardor, pero tan dulce,
tan suave, que me halaga
y me conmueve. ¡Ay de mí,
que ya me van dando ganas
de llorar! Vaya usted pronto;
tráigalo usted sin tardanza;
quizá él me consolará;
si no mi vida se acaba;
moriré, sí, moriré,
si el hombre no me acompaña.

FELIPA. Vaya, mujer, no te aflijas;
que ahora me pondré la saya
para traértelo.

DOROTEA. ¿Sí?
Pues ya no lloro. ¡Ay qué ama
tan hermosa tengo yo! *(La abraza y besa.)*

FELIPA. ¡Mujer, que me despedazas!

DOROTEA. Le he de dar a usted cien besos.

FELIPA. No quiero más; basta, basta.

DOROTEA. Si estoy loca de contento...
¡Qué gusto!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Vaya!
¡Cuál me río!... Me parece
que la miro entrar cargada
con mi hombrecito, y que viene
a ponérmelo en mis faldas.
Cuenta no se tarde usted.
¡Jesús, y cómo me salta
el corazón!... Ahora voy
a tejer una guirnalda
para adornarle el cabello.
¡Válgame Dios, y qué casta
de animales! Si uno solo

tanto trastorno nos causa,
¿cuál estará la infeliz
que maneja una manada? *(Vase.)*

FELIPA. ¡Cáspita con la inocente!
Ya veo que las muchachas
tienen más fino el olfato
que el mejor perro de aguas.
Don Narciso, salga usted.

NARCISO. *(Saliendo.)* No hallo, señora, palabras
para ponderarle a usted
el regocijo que baña
mi corazón.

FELIPA. Bien lo creo.
Y pues sus desconfianzas
habrán cesado, es forzoso
que asalte al punto la plaza,
mientras yo voy a espiar
si el enemigo se avanza. *(Vase.)*

NARCISO. Amor, préstame expresiones
para pintarle la llama
que me consume. Escondamos
el retrato entre estas ramas. *(Lo esconde.)*
Ahora en el ameno lecho
que estas murtas me preparan,
recostado... Mas ya vuelve;
fingiré que duermo.

DOROTEA. *(Saliendo.)* Mi ama
fué sin duda por el hombre.
Mientras que vuelva, sentada
junto a la imagen, haré
dos primorosas guirnaldas
para ceñirnos...; mas ¡ay!

¡Qué miro? No está en la jarra.
¡Que me fuera yo de aquí!
¡Qué mujer; miren qué mala
intención! Se lo ha llevado
por que me mate de rabia.
¿Si lo habrá escondido? Voy
a registrar... ¡Dios me valga!
(Repara en Narciso.)
¡Ay!, que es el hombre... La chusca
en el jardín lo ocultaba,
y ha querido sorprenderme...
Vaya, vaya; que son chanzas
muy pesadas...; con el susto
tiemblo como una azogada...
Yo me acerco, a ver si duerme...
¡Ay!, que tiene las pestañas
cerraditas... Mas ¡qué grande!...
¡Si me lleva media vara
de cuerpo!... ¡Quién lo creyera;
y pintado aparentaba
ser un animal pequeño!...
¿Si tendrá la piel muy blanda?
(Le toca.)
¡Ay qué suavita! La seda,
en comparación, es basta.
Yo no me canso de verlo.
¡Mas, sobre todo, la cara
qué halagüeña, qué amorosa!
Eres hermoso, me encantas...
¡Ay, cómo te adoro! Y tú,
¿me quieres mucho? ¿Me amas
como yo a ti?

NARCISO. Sí, mi bien...
(Se levanta, y ella se retira temblando.)
DOROTEA. ¡Ay triste; que se levanta!...
Yo no te quiero hacer mal...
No te enojes...
NARCISO. Prenda amada,
¿por qué tiemblas? ¿Qué recelas
de un pecho que te idolatra;
que viene ansioso a romper
tus cadenas; que a tus plantas
su fe, su amor y esta mano
fina y tierna te consagra?
¿No me respondes? ¿Acaso
desprecias mis finas ansias?
¿Serás crüel?
DOROTEA. ¿Yo crüel,
y aun pintado te adoraba?
Tú sí eres un ingrato.
NARCISO. ¿Ingrato yo? ¿Por qué causa?
DOROTEA. Porque me ofreces no más
la mano, cuando esperaba
que fueses todito mío.
NARCISO. Mira, mi bien, que te engañas,
porque la mano es el lazo
que ha de estrechar nuestras almas
luego que nos desposemos.
DOROTEA. Yo no entiendo esas palabras.
¿Qué es desposarse?
NARCISO. Es unirse
dos que constantes se aman,
para jamás separarse.
DOROTEA. Pues ya yo estoy desposada;

porque, desde este momento,
adondequiera que vaya
te he de llevar a mi lado.
Aquí nada te hará falta:
el ama trae cuanto pido;
cuando haga frío, en la sala,
sentados junto al brasero,
jugaremos a las cartas.
La primavera, vendremos
al jardín por las mañanas,
y haremos ramilletitos
de azahar, jazmín y albahaca;
y el verano, por las siestas,
a la sombra de unas parras
dormiremos, disfrutando
la frescura de las auras.
Ya verás, amado mío,
qué vida tan regalada
pasamos; sí, viviremos
sin afanes y sin ansias.

NARCISO. Esa pintura, mi bien,
es muy bella; mas te aguardan
placeres mucho más gratos
cuando de este encierro salgas
para gozar del bullicio
de la sociedad. Las galas,
los paseos, los teatros,
banquetes, bailes y tantas
diversiones como ocupan
el corazón de las damas,
darán mayores realces
a nuestra dicha...

DOROTEA. Te engañas;
ese tumulto, esas fiestas
y todita esa algazara
turbarían nuestras dichas.
Sí; contigo más me agrada
la soledad. Cuando esté
mirándote embelesada,
me molestará el susurro
del aire, me dará rabia
el murmurio de la fuente,
y aun reñiré a la pintada
mariposilla que entonces
con sus giros me distraiga.
Fuera de eso; ¿y si le gustas
a otra mujer, y te cambia
por su hombrecito? ¿Qué hiciera
Dorotea en tal desgracia?
¿Imaginas que al instante
mi pecho se consolara,
aunque me trajesen otro?
Pues si lo piensas te engañas;
porque irritada y llorosa
me arrojaría a la cara
de mi enemiga, y asida
de su cuello así exclamara:
«Este es mi hombre, mi hombre»,
aunque después me mataran.

NARCISO. ¡Ah bellísima inocente!
La candidez de tu alma
más me enamora. ¿Es posible
que con tanto ardor me amas?

DOROTEA. ¿Que si te amo? ¿Qué hiciera

para que no lo dudaras?
¡Que no tuviera en el pecho
un postiguito! Si basta
jurarlo, juro mil veces
por tus ojos, por tu gracia,
que te quiero y te querré,
aunque tu amor me costara
la vida, y lo mismo fuera
si otra vez resucitara.

NARCISO. Deja, mi bien, que mis labios
sellen en tu mano blanca
la terneza...

DOROTEA. Si soy tuya,
¿por qué, mi bien, no me abrazas?

NARCISO. ¡Feliz suerte!

DOROTEA. ¡Yo no sé
por qué estoy tan azorada!

FELIPA. *(Saliendo.)* Don Jacobo viene...

NARCISO. ¡Oh cielos!

DOROTEA. ¿Qué es esto? ¿Quién viene?

FELIPA. Vaya
y tome sus providencias;
porque, si un punto se tarda,
se quedará usté en el aire.

DOROTEA. Yo no entiendo lo que me hablan.

NARCISO. Sí; yo parto...

DOROTEA. ¿Adónde vas?

NARCISO. No receles, prenda amada;
pronto volverá mi afecto
a sacarte de las garras
de este monstruo.

FELIPA. ¡Que ya siento

los pasos!

NARCISO. Adiós... *(Vase corriendo.)*

DOROTEA. Aguarda...
¿Qué es esto? ¿Viene a tragarme
alguna fiera?

FELIPA. No es nada;
no te asustes.

Salen JACOBO vestido de ángel, con alas muy grandes,
y PEDRO de diablo.

JACOBO. ¡Bella niña!

DOROTEA. ¡Ay Dios mío de mi alma! *(Retirándose.)*

JACOBO. Si acaso la donosura
de mi presencia...

DOROTEA. ¡Ay qué cara
tan horrorosa! ¡Qué feo!

JACOBO. *(A Pedro.)* Retírate, que la espantas.

PEDRO. Quien la ha espantado es usted.

JACOBO. ¿Un ángel puede espantarla,
gran borracho?

PEDRO. No es el ángel;
es esa endiablada cara.

JACOBO. ¿Qué dices?

PEDRO. Que aunque la mona
se vista...

JACOBO. Demonio, calla,
que lo echas todo a perder.
Si mi admirable y gallarda
presencia, feliz doncella,
te sorprende, y si te causa
pavor, como es regular,

la fiera y horrible traza
de ese malvado enemigo
de toda la especie humana,
yo haré al punto que a mi voz
a los infiernos se vaya,
para que escuches sin susto
mis celestiales palabras.

DOROTEA. ¡Pero si usted me horroriza
más que esotro!

JACOBO. ¿Por qué causa?

DOROTEA. Porque me parece usted
mucho más feo.

JACOBO. *(A Pedro.)* ¡Caramba,
que si le gustan los diablos,
andará siempre cargada
de familiares!

PEDRO. Lo dije;
si las mujeres se pagan
de lo peor.

JACOBO. ¿Es posible
que no te rindas, ingrata,
al amor de un paraninfo
que, sostenido en sus alas,
viene halagüeño y amante
a suspirar a tus plantas?
¿No te mueven mi belleza,
mi tierna edad y las gracias
de estos ojos?

DOROTEA. ¡Ay qué ojos,
con dos libras de legañas!

PEDRO y FELIPA. ¡Ah, ah, ah!

FELIPA. ¡Famoso paso!
JACOBO. ¿Qué es lo que dices, tirana?
DOROTEA. Que es usted feo y muy feo.
¿No se ha visto usted la cara
llena de arrugas; la tez
color de papel de estraza;
y, finalmente, esos ojos,
que, por más que los alaba,
parecen dos agujeros
cercados de telarañas?
Sí, señor; es usted feo,
y el hombre que a mí me ama
es muy hermoso.
JACOBO. ¿Qué dices?
¿Qué hombre es ése? Hay aquí trampa.
Doña Felipa, ¿qué es esto?
FELIPA. También estoy admirada
de oirla; mas deje usted,
que yo la pondré más blanda
que una cera. *(Le habla aparte.)*
JACOBO. ¿Qué hago, Pedro?
PEDRO. Hágale usté alguna gracia.
JACOBO. ¿Yo hacer gracia? Si las mías
están ya todas mojadas...
PEDRO. Qué, ¿no puede usted volar?
JACOBO. Me pesan mucho las ancas.
Dile tú algo; quizás
conseguirás ablandarla.
PEDRO. No tengo licencia.
JACOBO. Yo
me doy de calabazadas.
Dile que vengo volando

por esa esfera estrellada;
dile que los angelitos
tienen arrugas y canas;
dile...

PEDRO. ¿Le digo también
que tienen atiborradas
las narices de tabaco?

ACOBO. ¡Maldito; tú me achicharras!

FELIPA. Ya la tengo convencida.
Pero ella ha visto una estampa
de Cupidillo, y me ha dicho
que no hablará una palabra
si no le permite usted
ponerle la venda.

JACOBO. *(Se arrodilla, y Dorotea le ata un lienzo a los ojos.)*
Mi alma,
haz de mí lo que gustares,
pues me tienes a tus plantas.

PEDRO. Si él se ha vuelto Cupidillo,
yo seré Plutón.

DOROTEA. ¡Qué cara
tan peregrina!

JACOBO. ¿Te gusto? *(Se pone en pie.)*

DOROTEA. Ahora sí que usted me agrada.

JACOBO. ¿Conque tengo de ser ciego,
teniendo la vista clara?

NARCISO. *(Saliendo. Al oído.)* Doña Felipa; ya traigo
la gente para sacarla.

FELIPA. ¡Chitón!

JACOBO. Dime: ¿serás mía?
(Narciso se pone al lado de Dorotea.)

DOROTEA. Esta mano lo afianza.
(Se la da a Narciso.)
JACOBO. ¿Dónde está que no la encuentro?
FELIPA. Acérquela usted. ¡Qué pava!
(Le da la suya a Jacobo.)
JACOBO. ¿Por qué tanta cortedad?
¡Ay manita idolatrada!
Di: ¿me quieres, dulce prenda?
DOROTEA. *(A Narciso.)* Te quiero con toda el alma.
JACOBO. ¡Ay qué gusto! Amado dueño,
pues dices que me idolatras,
da un abrazo a tu Cupido.
DOROTEA. Tómalo, mi bien.
JACOBO. ¡Qué rara
fortuna! Aprieta, mi bien.
FELIPA. Apriétale más, muchacha.
JACOBO. ¡Mi niña, que me revientas!
DOROTEA. Te quiero mucho.
JACOBO. ¡Caramba!
Quiero verte la carita,
que estarás muy colorada.
(Dorotea abraza a Narciso, y Pedro se mete en medio de Felipa y Jacobo, y lo abraza; a este tiempo se baja don Jacobo el lienzo, y se queda admirado viendo entrar al Notario con dos o tres testigos.)
¿Qué es esto?
PEDRO. Voy al infierno
a llevármelo en volandas.
JACOBO. ¿Qué gente es ésta? ¿Qué buscan?
¡Picarón!... Y tú, villana,
¿qué haces abrazando a un hombre?

NARCISO. Señor don Jacobo, basta;
que esta señora es mi esposa.
JACOBO. ¿Esposa de usted, y acaba
de darme la mano?
FELIPA. Es falso;
que yo fuí la desgraciada.
JACOBO. ¿Pues qué picardía es ésta?
NOTARIO. Pues, don Jacobo, aquí salga
la verdad. Usté ha tenido
encarcelada a esta dama
desde sus primeros años,
a fin de sacrificarla
a su avaricia.
JACOBO. Y usted
¿qué tiene que ver?...
NOTARIO. Cachaza.
Yo, señor, vengo con orden
de conducirla y dejarla
depositada, hasta que
con don Narciso Miranda
se despose.
JACOBO. ¿Cómo es esto?
Conque, infame, ¿tú te casas?
DOROTEA. Yo no sé lo que es casarse;
mas si la cosa remata
en quedarme para siempre
con mi hombre, sin tardanza
me casaré, y aun haré
cuanto le diere la gana.
JACOBO. Y usted, señora alcahueta,
¿qué dice?
FELIPA. Si se propasa,

lo contendrá mi marido.
JACOBO. ¿Qué marido, di, malvada?
PEDRO. Un demonio, que sabrá
azufrarle bien la calva.
JACOBO. ¿Tú su marido, bribón?
Mira, si agarro una estaca...
NARCISO. Delante de mí, ninguno
a mis criados ultraja.
JACOBO. ¿Éste su criado? ¡Cielos!
¿Qué es aquesto que me pasa?
FELIPA. Sí, señor; todos de acuerdo
hemos urdido esta trama
para arrancar de sus uñas
a esta inocente.
JACOBO. Me ahorcara
si tuviera aquí un cordel.
PEDRO. Trate usted de abrir el arca
para entregarle su dote,
que tanto le enamoraba.
JACOBO. Primero daré una oreja.
NARCISO. Eso se verá mañana.
DOROTEA. Vaya; yo estoy aturdida,
sin entender lo que hablan.
PEDRO. Ea; vuele usté al infierno,
pues ya se acabó la farsa.
JACOBO. Yo volaría si a todos
conmigo me los llevara.
Despreciarme por ser viejo...
No siento las calabazas,
sino largar las talegas;
y es preciso que al largarlas
me den el último ataque

la gota y las almorranas.

NARCISO. Ven, amado dueño.

DOROTEA. Vamos
donde quieras; pero daca
la manita, no te agarre
alguna de las que andan
tras de los hombres ajenos,
y yo me quede burlada.

NARCISO. ¡Qué inocencia!

PEDRO. Y tú ¿qué dices?

FELIPA. En dejando la botarga
seré tuya.

PEDRO. Pues pidamos...

TODOS. El perdón de nuestras faltas.

FIN

EL LETRADO DESENGAÑADO

SAINETE

PERSONAS

Don Tadeo.
Isidora.
Don Pedro.
Gregorio.
Don Ambrosio.
Don Roque.
Don Calixto.

EL LETRADO DESENGAÑADO

Calle corta. Salen: por un lado, TADEO con fraque; y por otro, ISIDORA con saya y mantilla.

TADEO. ¿Adónde bueno, Isidora,
vas con todo ese poleo?
ISIDORA. Voy a ver a una amiguita.
TADEO. No será sino a don Pedro.
ISIDORA. Calla, bobo; si te he dicho
que a ti solito te quiero.
TADEO. No lo dudo; pero como
lo has tratado tanto tiempo,
es fuerza que algún cariño
le cobrases; fuera de esto,
don Pedro es un abogado
que maneja muchos pesos,
y yo sólo soy un pobre
pasante que ni dinero,
ni otra cosa que lo valga,
para regalarte tengo.
ISIDORA. ¿Y qué importa, saleroso,
si el gusto no tiene precio?
Además, que aquel que suda,

por más plata que eche al viento
de nuestra gran vanidad,
tan sólo adquiere el derecho
de llamar a todas horas
y entrar muy grave, tosiendo;
pero, a la verdad, ni pizca
de cariño le tenemos.
Ya se ve; tienen el mando;
es preciso complacerlos;
y lo que huele a prisión
causa a todo el mundo tedio.
Por eso, en enfermedades
y ausencias, ocupa el puesto
un figurín que, con cuatro
trapitos que le ponemos,
deja el pobre manejarse
como si fuera un muñeco.
De aquí podrás conocer
que los tres años de empeño
con don Bestía, poco golpe
le han de haber dado a mi genio;
porque si el gusto se cansa
a los dos años y aun menos,
¿qué será el disgusto? ¡Puf!
Asco me da si lo pienso.

TADEO. ¿Conque sacamos en claro
que tiene plazo el afecto
que me profesas?

ISIDORA. ¿Acaso,
en el mundo, es algo eterno?
Pero deja reflexiones
melancólicas, y luego

vete a casa.
TADEO. Cuando acabe
de escribir un pedimento
iré a verte, prenda mía.
ISIDORA. Dentro de muy poco espero
no volverte a ver, cariño,
con la tinta entre los dedos.
TADEO. A la verdad, no quisiera
que descubriese don Pedro
si tiene rival o no.
ISIDORA. Que lo sepa. ¿Y qué tenemos?
TADEO. Yo por ti lo sentiría;
pues dice que si no ha hecho
un disparate contigo,
es por no saber de cierto
si lo has plantado por otro.
ISIDORA. ¿Eso dice? ¡Qué sujeto!
¿A que hoy te saco de allá?
TADEO. No te expongas a ese riesgo.
ISIDORA. ¡Canario! ¿Si no eres hombre,
por qué enamoras?
TADEO. ¿Qué es eso?
En tocándome al honor,
todo al punto lo atropello.
Ya puedes ir cuando quieras.
ISIDORA. Pues bien; luego lo veremos.
TADEO. ¿Y qué harás?
ISIDORA. Si lo has de ver...
TADEO. Está bien.
ISIDORA. Pues hasta luego. (*Vanse.*)

Estudio del letrado, con mesa, sillas, etc. Salen DON PEDRO y GREGORIO.

PEDRO. Abre esa puerta, que llaman.
GREGORIO. ¿Quién es? *(Abre.)*
AMBROSIO. *(Saliendo.)* Mi señor don Pedro,
buenos días.
PEDRO. Don Ambrosio,
siéntese usted. ¿Qué tenemos?
AMBROSIO. Yo venía a ver si, acaso,
me forma usté el pedimento
que le dije.
PEDRO. ¿De la casa?
Ya hago memoria; en viniendo
el pasante, en tres minutos
lo hilvanaré. ¡Qué; si tengo
la cabeza como un loco!
AMBROSIO. No estudiéis tanto.
PEDRO. No leo
cuatro renglones al día.
Otro es mi mal. ¡Yo fallezco!
AMBROSIO. Vamos; ¿qué os ha sucedido?
PEDRO. ¡Que he perdido mi sosiego,
mi fortuna, mi delicia,
mi esperanza y mi consuelo!
AMBROSIO. Ya es eso mucho perder.
PEDRO. Pues aún yo no lo exagero,
porque sólo me ha quedado
la vida para tormento.
AMBROSIO. Sepamos ese infortunio.
PEDRO. Si usted me guarda secreto,

le descubriré mi pena.
AMBROSIO. Hábleme usted sin recelo,
pues sabe que soy honrado.
PEDRO. Eso, amigo, me da aliento.
¿No sabe usted que Isidora
me ha plantado?
AMBROSIO. ¡Justo cielo!
¿Eso origina sus quejas?
Yo creí que era usted reo
de Inquisición o de Estado.
PEDRO. A usted le parece juego,
porque tiene ya sesenta
Navidades sobre el pelo.
AMBROSIO. Eso será. ¿Y cómo ha sido?
¿Usté la tenía afecto?
PEDRO. Sí, señor. ¡Quién lo creyera!
Después de tan largo tiempo,
en que la infiel me ha comido
las *Pandectas,* el *Digesto*
y tantos libros en folio
como contiene el Derecho,
tuvo ayer la avilantez
de decirme que ya huelo...
AMBROSIO. ¿A qué huele usté?
PEDRO. A miseria;
y dice bien, pues no tengo
ni cerilla en los oídos.
AMBROSIO. Amigo mío, escarmiento.
PEDRO. Vaya; yo me muero pronto.
AMBROSIO. Olvídela usted.
PEDRO. No puedo,
don Ambrosio. Si parece

que la infiel me ha dado sesos
de mosquitos...

AMBROSIO. Haga usted
por poner otra en su puesto.

PEDRO. ¿Poner otra? Si ninguna
puede tener su salero...
Sobre que es la quinta esencia
de las mozas de este pueblo.

TADEO. *(Saliendo.)* Señores; muy buenos días.

PEDRO. ¡Válgame Dios, don Tadeo;
que sabiendo usted que estoy
rabiando aquí como un perro,
venga tan tarde al estudio!

TADEO. Yo también, señor don Pedro,
me siento malo.

PEDRO. Paciencia;
hagamos un pedimento.
¡Ay don Ambrosio! ¡Yo expiro!

AMBROSIO. No sabe usté cuánto siento
molestarlo.

PEDRO. A bien que es cosa
que se despacha en un vuelo.
¿Está ya el margen?

TADEO. Ya está.

PEDRO. Pues bien; vaya usted poniendo:
Don Antonio de Oropesa...

TADEO. Oropeza.

PEDRO. Dicho y hecho:
con zeta lo ha puesto usted.

TADEO. Ya verá usted cuál lo enmiendo.

PEDRO. Vaya usted a escribirle al Rey
de Argel, andaluz podenco,

que yo noto en castellano.

TADEO. De suerte, señor don Pedro,
que yo no debo pagar
sus disgustos o sus celos.

PEDRO. ¡Ay don Tadeo del alma!
¿Sabe usté acaso si tengo
substituto?

TADEO. Me parece
que hay, en la jaula, jilguero.

PEDRO. Otro canta, y yo suspiro.
No puede ser, don Tadeo;
y si es cierto, ¡vive Dios!,
que en llegando a conocerlo
le he de hacer ver que Minerva
tiene morrïón y peto.

AMBROSIO. Vaya; sosiéguese usted,
que mañana el pedimento
se acabará.

PEDRO. No, señor;
ahora lo haré, aunque eche fuego.
Escriba usted.

TADEO. Ya está el nombre.

PEDRO. Lo demás, hasta que entremos
en materias. Don Ambrosio;
dichoso usted, que es ya viejo
y se reirá del amor.

Salen DON ROQUE y DON CALIXTO.

ROQUE. Amigo; con sentimiento
venimos a visitarte.

PEDRO. Calixto, Roque, ¿qué es esto?

¿Conque ya de mi desgracia
corre la nueva en el pueblo?
CALIXTO. Todos tus amigos saben
tu infortunio.
PEDRO. Yo me muero.
ROQUE. ¿Tú lloras?
PEDRO. ¿No he de llorar?
Hércules hacía lo mismo,
y se comía un león
como si fuera un carnero.
CALIXTO. Perico, conformidad.
ROQUE. Vaya; formemos el duelo.
PEDRO. Siéntense ustedes.
TADEO. ¿Se deja
el trabajo?
PEDRO. Esto es primero.
Arrímese usté a llorar.
ROQUE. ¿Por qué ha sido el rompimiento?
PEDRO. Yo no lo sé; puede ser
que ya le parezca feo.
Ved aquí el caso: ayer noche
fuí a su casa con intentos
de sacarla a pasear.
Llamé seis veces; me abrieron,
y hallé a Isidora que estaba,
junto a un bufete, leyendo.
Dejó el libro sin mirarme;
volvióme la espalda, y luego
comenzó a abrir y cerrar
el abanico. Me acerco
y le digo con dulzura:
«¿Qué tienes, mona? — No tengo

nada», respondió con aire.
Díjele entonces: «Mi dueño,
¿no miras a tu Perico?»
Y me respondió torciendo
el hocico: «¡Linda cara!»

CALIXTO. Eso sería un requiebro.

TADEO. Una fineza. ¡Ah, ah, ah!

PEDRO. ¿Qué fineza ni embeleco?
¿Y el tono con que lo dijo?

AMBROSIO. Y bien; ¿cómo acabó el cuento?

PEDRO. Preguntéle por qué causa
me trataba con tal ceño;
y la infame, con descoco,
me respondió: «Caballero,
hasta aquí tuvo su plata
dentro de mi casa asiento;
parece que ya la veta
no produce; otro minero
aguarda licencia. Agur;
que está usted perdiendo tiempo.»

CALIXTO. ¿Y tú qué hiciste?

PEDRO. La rabia
me puso entonces tan ciego,
que no sé si la embestí;
pues cuando volví en mi acuerdo
me hallé en medio de la calle
tropezando con un perro.

ROQUE. De aquí a dos días harás
las paces.

PEDRO. ¿Paces? Primero
he de dar las boqueadas.
¿A mí tales vilipendios,

después que por sostenerla
he enredado al Universo?
No, señor; aunque me ruegue,
he de estar tieso que tieso.

ROQUE. Pero ¡qué linda muchacha!

TADEO. Se le derrama el salero.

CALIXTO. Ninguna pisa la calle
con más poder.

PEDRO. ¡Qué recuerdos!
Cuando yo salía con ella,
el aire que hacía su cuerpo
me servía de abanico.

AMBROSIO. Yo no le encuentro defecto.

CALIXTO. Yo le hallo uno.

ROQUE. ¿Cuál es?

CALIXTO. Que tiene el tobillo izquierdo
dos dedos más levantado
que el otro. ¿No es verdad, Pedro?

PEDRO. No lo niego. Fué un esguince,
bailando un día el bolero
en la calle de la Bomba.

TADEO. Eso tienen los bureos.

CALIXTO. En verdad que no has de hallar
otra Isidora.

PEDRO. Lo creo.
¡Ah, si vieras qué sutiles
son sus manos! En dos Credos
me limpiaba los bolsillos
cuando llevaba dinero.

GREGORIO. *(Saliendo.)* Doña Isidora Bermúdez
por usted pregunta.

PEDRO. ¡Cielos!

¡Isidorita me busca!
Amigos míos; yo tiemblo
lo mismo que un azogado.

TADEO. *(Aparte.)* ¡Yo no penetro el enredo
de Isidora!

PEDRO. ¿Qué he de hacer?

ROQUE. Vaya; sosiégate, Pedro;
¿qué temes?

PEDRO. ¿Qué he de temer?
Quebrantar el juramento
de no tratar más con ella.

CALIXTO. Pues despídela con ceño.

PEDRO. ¿Cómo? Si así que me dice:
«Periquito, mono, negro,
yo te chero», me trastorno;
y hombre al agua sin remedio.

AMBROSIO. Decidle que no está en casa.

CALIXTO. Pues que salga don Tadeo
a despedirla.

TADEO. Muy bien;
le diré que está en el Puerto.

PEDRO. No vaya usted; que es capaz
de embestirle a un Granadero.
Se conoce que usté ignora
a lo que saben los dedos
de estas ardillas. Mirad
cómo tengo yo el pescuezo;
pues sólo en curarme araños
he gastado, cuando menos,
seis botes de ungüento blanco
y tres de bálsamo Alcedo.

CALIXTO. Pues ¿qué se ha de hacer?

PEDRO. Que entre.
(Vase Gregorio.)
Amigos: en conociendo
que voy a dar un zarpazo,
tosan ustedes a un tiempo.
ISIDORA. *(Saliendo.)* Señores; felices días.
TODOS. Beso a usted los pies.
PEDRO. Asiento.
TADEO. Yo quiero servir de paje.
ISIDORA. Espérese usted. Don Pedro
tiene cara de lacayo.
PEDRO. No trate con tal desprecio
a un hombre de mi carácter.
ISIDORA. Yo juzgué favorecerlo;
porque servir a las faldas
es propio de caballeros.
PEDRO. Ya sé que es obligación. *(Se arrima.)*
ISIDORA. Señor don Pedro; me alegro
de ver esa real persona.
PEDRO. No ha mucho que, en otro puesto,
me comparó usté a Holofernes.
ISIDORA. Si yo siempre me chanceo
con quien estimo...
PEDRO. Ya; chanza.
TODOS. ¡Je, je, je, je, je! *(Tosen.)*
ISIDORA. ¿Qué es esto?
Parece que en esta casa
todos padecen de muermo.
TADEO. Vaya, que el lance es gracioso.
ISIDORA. Miren qué tres estafermos
para un tablado en la plaza
de San Antonio.

PEDRO. ¡Qué ojuelos
tan lindos! Mas resistencia.
Y bien, señora; ¿en qué puedo
servir a usted?

ISIDORA. No soy digna
de ese honor; porque un sujeto
me ha puesto el clavo y la ese
en la carita.

PEDRO. ¿Está lejos
el dichoso?

ISIDORA. Está tan cerca
que me escucha y yo lo veo.

PEDRO. Isidora, no me mientas;
porque yo...

TODOS. ¡Je, je, je!

ISIDORA. Presto;
muchacho toma un real;
cómprales a estos enfermos
un poco de lamedor
de azofaifas para el pecho.

TADEO. Como hace Norte, sin duda
se han resfriado.

ISIDORA. Lo siento;
que se arropen y les pongan
esta noche en el celebro
una rueda de molino
para que suden. ¡Qué gestos!

PEDRO. *(Se levanta.)* Señora, usted me perdone;
que ahora tengo cuatro pleitos
entre manos, y es preciso
no desperdiciar el tiempo.

ISIDORA. No me prive usté del gusto

de mirar lo que más quiero.
Siéntese usté otro ratito.

PEDRO. Si aprieta más, me blandeo.
Vaya, ¿qué me quiere usted? *(Se sienta.)*

ISIDORA. Decirle a usted lo que siento;
sobre que no he de negar
que es esta casa mi centro.

PEDRO. ¡Qué palabras! Cada una
es un puñal. No te creo,
traidora; porque ya he visto
que todos son fingimientos. *(Muy blando.)*

TODOS. ¡Je, je, je, je!

ISIDORA. ¡Pobrecitos;
qué lástima de gargueros
para un dogal!

PEDRO. No hagas caso.
¡Ah crüel; si fuera cierto
lo que dices!...

ISIDORA. Pues lo es;
porque en este sitio tengo
al dueño de mis potencias.

PEDRO. Mira: ¡si vieras mi pecho;
si tú vieras los estragos
que hacen en mí tus despegos!...

TODOS. ¡Lan, larán, larán, larán!...

PEDRO. De vuestras bocas reniego.

ISIDORA. Vaya; mudaron de tono.
¿Tienen estos caballeros
algún fuelle para darles,
como a los órganos, viento?
Cuenta que ya yo me atufo.

PEDRO. Señores; basta de juego.

Déjenme ustedes hablar,
que este es un asunto serio.

CALIXTO. Pues ¿por qué nos suplicaste
que tosiéramos en viendo
que te rendías?

PEDRO. Entonces,
amigos, era otro tiempo.

TADEO. ¿Y el juramento no obliga?

PEDRO. ¿No mira usted, don Tadeo,
que Isidorita se pone
en la razón? Acabemos.
Dulce mona de mis ojos,
negra de mis pensamientos,
¿conque delante de ti
tienes el único objeto
de tu cariño?

ISIDORA. Cabal;
y seré, en quererle, ejemplo
de mujeres, si conmigo
no es indigno en sus manejos.

PEDRO. ¡Ah morenita; una roca
será en amarte mi pecho!
Sí; yo lo juro a tus pies,
hermosísimo embeleso
de tu Perico.

ISIDORA. Despacio;
porque miro a usted muy lejos
del punto que aquí se trata.

PEDRO. Vida mía, no te entiendo.

ISIDORA. Pues sépase que yo hablo,
no de usted, de otro sujeto
que me gusta más que usted.

PEDRO. Me ha dejado sin resuello.
TODOS. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué lindo chasco!
PEDRO. Dime, cocodrilo fiero:
¿quién de los presentes tiene
la dicha de ser tu dueño?
ISIDORA. Yo no quería decirlo
porque le tengo a usted miedo;
pero como me lo pide
por favor, fuera mal hecho
no concedérselo el día
que está usted jediendo a muerto.
Ea, pues; de estos señores,
al que tenga mejor gesto
déle usted la enhorabuena.
PEDRO. Con una tranca en los sesos.
¿Es Calixto?
ISIDORA. No, señor;
que está ese pobre muy seco.
CALIXTO. Me han puesto así los ayunos.
PEDRO. ¿Es Roque?
ISIDORA. Ponga usted cero.
¿No ve usted que tiene mucha
barriga para cortejo?
ROQUE. Es que me doy buena vida.
ISIDORA. Más valdrá usté en el perneo.
PEDRO. ¿Qué fuera que don Ambrosio
se haga el hipócrita?
ISIDORA. Menos;
en mi vida me ha gustado
la gente de poco pelo.
AMBROSIO. Lo estimo.
PEDRO. ¿Quién es, ingrata?

TADEO. Yo solo falto, don Pedro.
PEDRO. Aquí no toca usted pito.
Copie usté aquel pedimento.
ISIDORA. Pito, no; primer violín
toca el señor don Tadeo.
PEDRO. ¿Conque es tu amante?
ISIDORA. Cabal.
PEDRO. ¡Que esto escucho y me contengo!
¡Un hombrecillo; un salvaje
que es un alarbe escribiendo,
se prefiere a un literato
que se ha metido en los sesos
tres mil títulos de libros
entre grandes y pequeños!
Ea, salga de mi casa;
allí tiene usté el sombrero.
¡Hijo mío, a mendigar
pan a otra parte!
TADEO. *(Gritando.)* ¡Silencio;
no me toque usted la ropa,
porque entonces nos veremos!
PEDRO. ¿Usted me levanta el grito?
ISIDORA. No, señor; yo soy quien quiero,
si prosigue usted ladrando,
descañonarle el pescuezo.
PEDRO. Detengan a esa mujer.
CALIXTO. Vaya; se acabó el estruendo.
AMBROSIO. Váyanse ustedes.
ISIDORA. Nos vamos;
pero sepa ese estafermo
que vale más un zapato
de mi chulo, que sus pesos.

TADEO. Sí, señor; ella lo dice,
y yo también lo mantengo.
ISIDORA. Deja a ese cara de cafre.
TADEO. No lo alabes, que me encelo.
ISIDORA. Pero si lo quiero tanto...
TADEO. Son pasiones; ya lo veo.
ISIDORA. Agur, prenda; y no se olvide
de convidarme a su entierro. *(Vase.)*
PEDRO. ¡Ay amigos!; despertadme,
porque yo pienso que es sueño
lo que me pasa; mas no,
que según el traqueteo
convulsivo de mis bofes,
ya no dudo que sea cierto.
CALIXTO. Me alegro de que un baboso
tenga tan malos sucesos.
PEDRO. ¿Pero a quién, siendo de carne,
no engañarán sus requiebros?
ROQUE. ¿Abrirás los ojos?
PEDRO. ¡Sí!;
desde este instante aborrezco
todo cuanto tenga nombre
femenino. ¡Por Tadeo
dejarme esa bribonaza!
AMBROSIO. Paciencia, señor don Pedro,
y hágame usted el favor
de acabarme el pedimento.
PEDRO. ¿Cómo, si voy a meterme
en la cama? Yo recelo
un ataque a la cabeza.
Muchacho; llama a un barbero,
que venga al instante a echarme

un cáustico en el celebro.
CALIXTO. ¡Pobre Pedro!
PEDRO. Acompañadme
otro rato en mi aposento.
CALIXTO. Vamos todos; suplicando...
TODOS. Que perdonen los defectos.

FIN

ÍNDICE

